Macedonio

OBRA COMPLETA TOMO 6

MACEDONIO FERNÁNDEZ

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA (PRIMERA NOVELA BUENA)

CORREGIDOR

Museo de la Novela de la Eterna

(Primera novela buena)

Macedonio Fernández

Museo de la Novela de la Eterna
(Primera novela buena)

Ordenación y notas:
Adolfo de Obieta

OBRAS COMPLETAS VOLUMEN 6

CORREGIDOR

Fernández, Macedonio
Museo de la novela de la eterna primera novela buena : obra completa volumen 6 . - 3a ed. 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Corregidor, 2015.
272 p. ; 20x14 cm. - (Obras completas / Adolfo de Obieta; 6)

ISBN 978-950-05-3014-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

Diseño de tapa:
Ezequiel Cafaro

Pirateca
los libros no se roban
¡se expropian!

Todos los derechos reservados.

© Ediciones Corregidor, 2015
Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.
Web site: www.corregidor.com
e-mail: corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN 978-950-05-3014-9
Impreso en Buenos Aires - Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

MUSEO DE LA NOVELA DE LA "ETERNA" Y LA NIÑA DE DOLOR, LA "DULCE PERSONA" DE-UN-AMOR QUE NO FUE SABIDO

Con un Final de Muerte Académica: presentación en el arte, y en la vida, de un uso sabio de la Ausencia, equivalencia voluntaria de dulcificada muerte.

Y un acto previo de Maniobra de los Personajes: muestra de respeto y garantía al Público Lector que por primera vez se le tributa.

DEDICATORIA A MI PERSONAJE LA ETERNA

El ímpetu máximo de la piedad sin ningún elemento vicioso, confuso o demencial en el acto de abnegación y acudimiento, lo he conocido en la Eterna: nada de lo que se recuerda o publica o comenta prepara para comprender el ímpetu de su Acto de Piedad, fulmíneo y total. La más gallarda Prontitud del alma es el salto altruístico de socorrimiento o de alegración o consolación con ímpetu total e instantáneo con que se mueven los pasos de la Eterna.

En
Pronto Mayor
la sublime Presteza la hallé yo

Estaba en la Eterna; y noquiera se vio.
Noquiera y en nadie su rayo se vio.

La Realidad y el Yo, o principalmente el Yo, la Persona (haya o no Mundo) sólo se cumple, se da, por el momento altruístico de la piedad (y de la complacencia) sin fusión, en pluralidad. El acto no instintivo de Piedad, reteniéndose el lúcido discernimiento de pluralidad, sin confusión del Otro con el Nosotros, es la finalidad del Haber Algo, del Mundo, y es lo sólo ético: ser otro todavía en el hacerlo todo por un otro.

A
Persona Máxima

Capaz de fijar el tiempo. De compensar la muerte. De cambiar el pasado.

Y, si genial en el Sí, de matar
con su No
con su olvido
con su comicación
con su avergonzar

Mas siempre dolorosa de su pasado no dimitible, no desasible.

LO QUE NACE Y LO QUE MUERE

Damos hoy a publicidad la última novela mala y la primera novela buena.[1] ¿Cuál será la mejor? Para que el lector no opte por la del género de su predilección desechando a la otra, hemos ordenado que la venta sea indivisible; ya que no hemos podido instituir la lectura obligatoria de ambas, nos queda al menos el consuelo de habérsenos ocurrido la compra irredimible de la que no se quiere comprar pero que no es desligable de la que se quiere: será Novela Obligatoria la Última novela mala o la primera buena, a gusto del Lector. Lo que de ningún modo ha de permitírsele para máximo ridículo nuestro, es tenerlas por igualmente buenas las dos y felicitarnos por tan completa "fortuna".

La Novela Mala merece un homenaje; ahí va el mío. No se dirá así que no sé hacer cosas mal; que, limitado de talento, no me alcanzó para uno de los dos géneros de la novela, el de mala; el mismo día muestro el pleno de mis capacidades. Es cierto que he corrido el riesgo de confundir alguna vez lo malo que debí pensar para *Adriana Buenos Aires* con lo bueno que no acaba de ocurrírseme para *Novela de la Eterna;* pero es cuestión de que el lector colabore y las desconfunda. A veces me encontré perplejo, cuando el viento hizo volar los manuscritos, porque sabréis que escribía por día una página de cada, y no sabía tal página a cuál correspondía; nada me auxiliaba porque la numeración era la misma, igual la calidad de ideas, papel y tinta, ya que me había esforzado por ser igualmente inteligente en una y otra para que mis mellizas no ani-

[1] Así se anuncia ya en *Papeles de Recienvenido* y *Continuación de la Nada* (1944). Como se dijo en la Advertencia a *Adriana Buenos Aires,* con su publicación se restaura el plan original, pues aunque no de venta conjunto-obligatoria, la aparición ha resultado prácticamente contemporánea. (*N. del E.*)

maran querella. ¡Lo que sufrí cuando no sabía si una página brillante pertenecía a la última novela mala o a la primera buena!

Hágase cargo el lector de mi desasosiego y confíe en mi promesa de una próxima novela malabuena, primerúltima en su género, en la que se aliará lo óptimo de lo malo de *Adriana Buenos Aires* con lo óptimo de lo bueno de *Novela de la Eterna,* y en que recogeré la experiencia ganada en mis esfuerzos por probarme que algo bueno era malo, o viceversa, porque lo necesitaba para concluir un capitulo de una u otra...

PRÓLOGO A LA ETERNIDAD

Todo se ha escrito, todo se ha dicho, todo se ha hecho, oyó Dios que le decían y aún no había creado el mundo, todavía no había nada. También eso ya me lo han dicho, repuso quizá desde la vieja, hendida Nada. Y comenzó.

Una frase de música del pueblo me cantó una rumana y luego la he hallado diez veces en distintas obras y autores de los últimos cuatrocientos años. Es indudable que las cosas no comienzan; o no comienzan cuando se las inventa. O el mundo fue inventado antiguo.

PERSPECTIVA

No hay peor cosa que el frangollo, si no es la fácil perfección de la solemnidad. Éste será un libro de eminente frangollo, es decir de la máxima descortesía en que puede incurrirse con un lector, salvo otra descortesía mayor aún, tan usada: la del libro vacío y perfecto.

He hecho lo que pude para que en el zurcido de múltiples pasajes de mi prosa novelística, que arrastra consigo infatigables remiendos de revisación, no se adviertan costuras; y me hago un mérito confesar lo que nadie descubriría, porque si algún libro costó trabajo fue éste, y yo creo que todo el arte es labor y muy ardua.

Pero sé que me aguarda una personalísima inmortalidad compensatoria: Pasarán las generaciones de lectores de vidriera y nadie comprará.

Ésta será la novela que más veces habrá sido arrojada con violencia al suelo, y otras tantas recogida con avidez. ¿Qué otro autor podría gloriarse de ello?

Novela cuyas incoherencias de relato están zurcidas con *cortes transversales* que muestran lo que a cada instante hacen todos los personajes de la novela.

Novela de lectura de irritación: la que como ninguna habrá irritado al lector por sus promesas y su metódica de inconclusiones e incompatibilidades; y novela empero que hará fracasar el reflejo de evasión a su lectura, pues producirá un interesamiento en el ánimo del lector que lo dejará aliado a su destino –que de muchos amigos está necesitado.

En fin, tuve una rabia de tres días por la última organización y revisación del desorden de esta novela; felizmente uso puño postizo y había guardado todos los usados desde que comencé a pensarla; aproximadamente mil contenían todos los apuntes, además de mil veces una docena de libretitas y blocs y hojas sueltas; lo eché todo en un rincón de mi aposento y me tiré al suelo tres días desde que salía de la cama: rabiaba y lloraba, y chillaba como cien veces: Última vez que escribo para publicar.

Si la Eterna me hubiera visto, hubiera reído tanto que arriesgaría enfermar porque es malo reír y no querer reír y ésa es su risa ante el Rezongar. Nunca lo comprendió al Rezongo ¡qué criatura desesperante! y yo lo aprecio tanto y me es tan esencial que le he comprado una costosa y ornamentadísima boquillita de vinagrol, materia que he encargado se descubra y solidifique para boquillas de fumar rezongos. El rasgo que supremamente levanta en ella el borbotón mortal de la Risa es ese rezongo más típico en el varón. "¡Pataditas en el suelo!" exclama, y no puede refrenarse de atizarlo. Alguien estuvo a punto de morir, ahogado de furor, por el arte y paciencia con que en una larga conversación telefónica, buscada por ella y que comienza con palabritas de alivio y condolencia, lo lleva a la última desesperación del ridículo haciéndole sentir que ha caído en algún notable exceso de pataditas en el suelo.

Este misterio de la Eterna que sólo yo conozco es: que halla más bondad en el sentimiento del hombre que en el alma de la mujer, y quisiera corregir aquel defecto del carácter del varón. Dos son pues los Misterios de la Eterna: genial en darse a toda dicha ajena; genial en la percepción del Ridículo hasta enfermar ella y los otros, por su propia Risa. Por eso ella es Misterio, que nunca conocí.

Luego:

Todo el dolor de lo humano, sin precisión de que padre e hijo se enamoren de la misma, sin que hermano y hermana se deseen, sin el parentesco, o la aberración, o la ceguera, o la locura, haciendo la Tragedia, y

Toda la dicha de lo humano sin casamiento del millonario con la obrera, sin necesidad de que para que un matrimonio sea feliz deba la mujer ser fea y el marido ciego; sin poderíos ni glorias, por la sola certeza de la Pasión.

PRÓLOGO A MI PERSONA DE AUTOR

El mayor peligro que se corre publicando a esta altura de la vida una novela, es que se nos ignore la edad; la mía es de 73, y espero que esto me evitará un prospectivo juicio como: "Para ser la primera novela buena, no está del todo mal; y siendo la primera novela del autor, le auguramos un halagüeño porvenir si persevera con firme voluntad y disciplina en sus inauguraciones estéticas. De todos modos, esperamos sus futuras obras para cerrar nuestro juicio definitivo". Con tal postergación, me quedo sin posteridad. Y esto sería prematuro. No a cualquier edad es sentador que el crítico nos acuerde la postergación de juicio que se concede para noveles y gaste confianza en nuestro porvenir.

Además, yo había proyectado que esta novela se publicara después de los 22 años en que se sabe que se habrá agotado totalmente el petróleo terrestre, porque una adivina me garantizó que estaba dispuesto en la providencia del mundo que simultáneamente se agotara la provisión de bostezos de lector con que se cuenta al presente. Pero la Corporación Universal de Lectores se ha comprometido a vengarse de cierto escritor reservando para él –que anuncia próxima obra– todos los muy abundantes de que disponía para mi no menos anunciada obra. Para que vean ustedes lo que es la buena suerte de un escritor. ¿Quién no se lanza alegremente a la publicidad con esta garantía con que nadie contó hasta hoy?

También, oh, me es simpático, desde que soy autor, ese señor que dijo: "Yo he leído todos los libros". Cuento con él muy oportunamente, pues es triste el epígrafe de *La Razón*: "Sobre la imposibilidad de leer todo lo que se escribe". Apresuro mi libro a que salga antes de comenzar esa enojosa imposibilidad.

ANDANDO

Célebre novela en prensa, tantas veces prometida que la vez que sale, el autor no le ha jugado un boleto.

Nadie muere en ella –aunque ella es mortal– pues ha comprendido que, gente de fantasía los personajes, perece toda junta al concluir el relato: es de fácil exterminación. Tarea innecesaria que se toman los autores, con peligro de olvidos y de repetirle la muerte a alguno, de dar aquí y allá expiración a cada protagonista, como anda el sacristán apagando luces hacia el fin de la misa, por no dejar al pez vivo sin agua, al "personaje" sin novela.

Y más, que tengo seguridad que nadie vivo se ha entrado a la narrativa, pues personajes con fisiología, además de muy estorbados de cansancios e indisposiciones –por lo que no se ve a protagonistas enfermarse y retirarse en cura, sino sólo representar enfermase como parte de su trabajo y continuar figuración activa de enfermos y moribundos– son de estética realista y nuestra estética es la inventiva.

Obra de imaginación que no cabe de sucesos –con peligro de estallar la encuadernación– y tan precipitados que ya han empezado en el título para que quepan y tengan tiempo; el lector llega tarde si viene pasada la tapa.

Novela en que todo se sabe o al menos se ha averiguado mucho, para que ningún personaje tenga que mostrar a la vista del público que no sabe lo que le sucede, que el autor ignora lo que le sucede o lo mantiene a aquél en la ignorancia por falta de confianza. No se ve a nuestros protagonistas exclamar: ¿qué es esto, Santo Dios? ¿qué pensar? ¿qué hacer ahora? ¿cuándo cesará este sufrimiento? El lector no sabe qué contestar, no acierta mortificado, y sólo se notifica.

Es lo que tiene que pasarle a autores:

1) Que no han prometido lo bastante su novela.

2) Que no saben redactar "lo indecible" con frase "inefable".

3) Que siguen creyendo que las sonatas, los cuadros, los versos, las novelas, necesitan título.

Novela en que la Imposibilidad, de situaciones y caracteres, que es el criterio para clasificar algo como artístico sin complicación de Historia, ni Fisiología, se ha cuidado tanto, que nadie, ningún conocedor cotidiano de imposibles, ninguno a quien le sean familiares, podrá desmentir la constante fantasía de nuestro relato alegando que hechos o personajes los tienen vistos enfrente o a la vuelta.

Mejor sería aún que hubiéramos efectivado "la novela salida a la calle" que yo proponía a amigos artistas. Habríamos menudeado imposibles por la ciudad.

El público miraría nuestros "jirones de arte", escenas de novela ejecutándose en las calles, entreverándose a "Jirones de vida", en veredas, puertas, domicilios, bares, y creería ver "vida"; el público soñaría al par que la novela pero al revés: para ésta su vigilia es su fantasía; su ensueño la ejecución externa de sus escenas. Pero necesitaríamos otra teoría a más de la que venimos sosteniendo de la Imposibilidad como criterio del Arte.

Novela cuya existencia fue novelesca por tanto anuncia, promesa y desistimiento de ella, y será novelesco un lector que la entienda. Tal lector se hará célebre, con la calificación de lector fantástico. Será muy leído, por todos los públicos de lectores, este lector mío.

EL AUTOR TAMBIÉN HABLA

A veces preocupado me pregunto cómo podría ser olvidable esta novela sublime y difícil –ahora para el lector, antes para mí– si ha de contenerse en ella un General con susto que titubeante por los escalones a oscuras del subterráneo de la Casa de la Novela guiado por la Eterna pone con sus temblores a la Eterna en el caso de decirle: —Pero, general, tómese de mi pollera y camine seguro que no lo voy a descarriar.

Y también se leerá cómo ocurrió que la Eterna, en un día sin viento de Buenos Aires, despachó a cruzar toda la ciudad a un mensajero con un brazo entablillado y una mano paralítica que llevaba apresada en una contracción de los dedos una vela encendida que transportó hasta quemarse porque nadie se brindó a soplarla y el mensajero no tenía aliento para hacerlo porque era personaje de la presente novela y había quedado exánime por los "esfuerzos" de personaje que imperiosamente le exigían la dignidad y gloria de figuración en novela tan indudablemente sublime. Hecho cenizas heroicas quedó en un relicario el mensajero, pero no porque el porteño no sea el más benévolo y apiadado de los hombres sino porque tanto catedrático, tanto escritor, tanto periodista, tanto político, capitalistas, comunistas, nuevas y viejas religiones, penicilinistas, tienen a los porteños tan llenos de prometimientos y faltos de realidades y sinceridades ¡que desconfiaron del mensajero! ¡que desconfiaron de la Eterna! y al mensajero más enternecedor que jamás hubo le mezquinaron el mínimo que es un soplo de ayuda.

Y también se sabrá que di vida a la inexistencia de Deunamor,[1] como la Posteridad ha dado vida a inexistencias ilustres como auto-

[1] En *Índice de la nueva poesía americana* (1926) aparece una "Salutación de Deunamor al No-Existente-Caballero - Novela de nuestra total esperanza",

res haciéndolos de la nada para la gloria. Otra inexistencia a la que se ha dado vida por óperas, novelas, poemas, es: el amor no correspondido, suceso que nunca ha ocurrido (siendo verdadero amor). Innumerables cosas que no existen se han inventado: hay todo otro mundo de inexistencias (la subconciencia, el deber, la cenestesia, mucho "Dios" de las "religiones"); déjeseme tener una sola inexistencia en mi novela: El No-Existente-Caballero; es dotar a una obra de arte del personaje necesario para que los otros ostenten su existencia; el único no-existente personaje, funciona por contraste como vitalizador de los demás.

Y Deunamor acepta, mientras le dure, poner a disposición de nuestra novela el total de su no-existencia, sin temer arriesgarla al ingresar en el "ser del arte"; éste lo enamora menos que su no-existencia y a ésta prefiere la "altruiexistencia": la existencia en otros, es decir el amor; a lo único que no se arriesgaría es al vivir por vivir o con cumpleaños, una larga existencia, el longevismo.

Pretendo, con tan ricos elementos, hacer la primera "novela", no del día en que aparezca, por la mañana, que en esto todas tuvieron su minuto de primeras; me he retardado demasiado en Literatura; me urge madrugar, pues para algo se apura el demorado: para llegar adonde no sea tarde y yo he visto que no es tarde en el género "novela": lo empezará un moroso. Repetiré: pretendo hacer la primera novela genuina artística. Y también la última de las protonovelas: la mía hará última a la que la preceda pues no se insistirá más en ellas.

Para todo lo cual creo, como Autor, haberme acreditado con las siguientes especialidades en novelismo:

---

ranza", incluida en "Miscelánea" (t. VII). Deunamor reaparece en "No toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos", que lleva precisamente por subtítulo "Arreglo de papeles que dejó un personaje de novela creado por el arte, Deunamor el No-Existente-Caballero, el estudioso de su esperanza"; en "Solución" y "Conclusión" dicho personaje concreta su doctrina metafísica, correlacionable con la de esta novela. (*N. del E.*)

La Novela que Comienza.
La Novela Impedida (por vicio redhibitorio).
La Novela Salida a la Calle, con todos sus personajes, en ejecución de sí misma.
La Prólogo-Novela, cuyo relato se hace a escondidas del lector en los prólogos.
La Novela Escrita por sus Personajes.
La Novela Inexperta, que se atarea en ir matando por separado a "personajes", ignorando que seres escritos mueren todos juntos en un Final de lectura.
La Novela en Estados.
La última Novela Mala - La Primera Novela Buena - La Novela Obligatoria.

A LOS CRÍTICOS

El suicidio ha hecho escritor glorioso a algún mediocre; antes de él puede llegar a esa "segunda edición" que calma tanto; el suicidio que espere hasta tener razón. Pero más precauciones he tomado contra el verdadero suicidio, que es el vivir después de fracasar. Corregir es casi todo el Éxito, es lo que hace geniales. Corregir, corregir es el otro gran Poder; así esta novela empezada a los treinta años, continuada a los cincuenta y a los setenta y tres, tiene finalmente lo supremo: un sujeto de Buen Gusto como autor tercero y corregido resultante de los tres. Seré, en fin, autor de una carta a los críticos, la "carta al comisario" pero de seguir viviendo: el suicidio no es corregible.

CARTA A LOS CRÍTICOS

Soy el uno que os comprendió, el primero que aferró vuestra definición esencial: sois los eternos esperadores de la Perfección, y los cotidianamente reducidos a elogiadores de la encuadernación, obligados por el frustrarse uno tras otro, día a día, del poema, la novela, el libro; sois los únicos que amáis y concebís la Perfección; los escritores nada de esto, publicadores de borradores, libros de apuro, de oportunidad, de rumbeo; la Perfección vendrá algún día en un libro, tal como con razón la esperabais y concebíais: hasta ahora no se ha visto Perfección sino en la gracia y poder moral de algunos hombres y mujeres que todos llegamos a conocer alguna vez y que nunca arribarán a la publicidad histórica ni cotidiana.

Pero estáis bien en esperar y estoy seguro de que el día en que aparezca en Libro la aplaudiréis todos unánimes, inmensamente agradecidos.

Los escritores, los que no acabamos de entender que ha tiempo debiéramos habernos atenido a la actitud de críticos sabiendo qué terrible fatiga es construir un libro en estrictez de arte y qué mínima la probabilidad de acertar, no sólo sufrimos sino que nos marchitamos pues no hacemos el Libro y en espera de hacerlo perdemos la simpatía de esperar encontrarla en las tentativas de otros.

Yo no encontré una ejecución hábil de mi propia teoría artística. Mi novela es fallida, pero quisiera se me reconociera ser el primero que ha tentado usar el prodigioso instrumento de conmoción conciencial que es el personaje de novela en su verdadera eficiencia y virtud: la de conmoción total *de la conciencia del lector, y no la de ocupación trivial de la conciencia en un tópico particular, efímero, precario, de ella, y que con esto y algunos otros pensamientos que van formulados en el conjunto del libro encamino,*

hago más llegadora esa Perfección que vosotros esperáis, y, ejemplificando algo también, una severa doctrina del arte literario.

Si me equivoco, no seré el primero ni el último. Podéis sentenciarlo con todo rigor.

Yo bien comprendo que mi obra os dejará esperando la Perfección, quizá más agudamente. Si más agudamente, mi libro sirvió.

Soy el alguno que adivinó que sabéis lo que no es la Perfección.

M. F.

PRESENTACIÓN PARA LA ETERNA

Hesitación.

Como esos días invernales de tormenta y sol, que temblorosos se apagan por instantes y hacen del mundo espectáculo del torcedor de la Indecisión, tuve algunos míos, luego de conocer a la Eterna, en que entre ella y el Arte y el Misterio, vacilé, en tanta oscuridad y apocamiento venía yo. Del todo desextraviado, vivo desde entonces en el hallazgo.

Entre todas las veces que logré fe en mí, sólo la de ella fue presta.

Y sólo porque ella quiere sonreír una última vez a su amor desde fuera de este amor, desde el Arte, compongo este libro que no necesitamos.

Nada difícil es que sea él poco importante, pues lo hice ya mucho antes iniciado en escepticismo, no del Arte sino de que para nosotros guardara el Arte ya consulta alguna.

Pájaro de tormenta no cernirá, no cruzará en nuestro amor.

Pero aquella sombra del Fin, de la ocultación...

Cuando nos llega nos estrechamos, nuestras figuras y nuestras ropas recogiendo, que no las toque el pálido pavor cercándonos.

Todo lo que son tristes sus ojos es alto mi ser, mi ser de espera. Y el instante pasa. Mas una vez, y lo haré, había que hendir esa sombra, que no volverá más.

Aún no lo crees. Tampoco yo te adivinaba. Lo imposible que tú eres. Lo imposible de la Respuesta a la muerte, que yo tengo. El todo-amor que tú eres; el todo-conocedor que yo traía.

A ti, existas o no, dedico esta obra; eres, por lo menos, lo real de mi espíritu, la Belleza eterna.

HOGAR DE LA NO EXISTENCIA

Anhelo que me animó en la construcción de mi novela fue crear un hogar, hacerla un hogar para la no-existencia, para la no-existencia en que necesita hallarse Deunamor, el No-Existente Caballero, para tener un estado de efectividad, ser real en su espera, situándolo en alguna región o morada digna de la sutilidad de su ser y exquisitez de su aspiración para poder ser encontrado en alguna parte, en mi novela mientras espera, y cuando llega de vuelta de la muerte su amada, que él llamaba Bellamuerta, es decir que embelleció a la muerte con su sonreír en el morir y que sólo tuvo muerte de Beldad: la hecha sólo de separación, de ocultación, la muerte que engendra toda la belleza de la Realidad: la que separa amantes, pues otra muerte no hay, no se muere para sí ni hay muerte para quien no ama; ni hay belleza que no proceda de la muerte, ni muerte que no proceda del amor, pues ella hace toda la exaltación de la Idilio-Tragedia, exaltado el idilio por temor de la muerte y hecha la tragedia en su dolor mayor de idilio destruido.[1]

Es decir que mi novela tiene lo sagrado, la fascinación de ser el Dónde a que descenderá fresca la Amada volviendo de una muerte que no le fue superior, que no necesité Ella para purificarse y sí sólo para inquietar al amor y por ello descenderá fresca de muerte, no resucitada sino renacida, sonriente como partió y con apenas un solo ayer de su ausencia de años.[2]

1 Cf.: "La Idilio-tragedia" en "Miscelánea", además de otras referencias en esta novela. (*N. del E.*)

2 A "Ella", nombrada o aludida en varios pasajes y a quien luego se caracteriza como "personaje con el ser de ser esperado", habría pensado M.F. consagrar un libro, según resulta de una carta escrita en 1932 a Ramón Gómez de la Serna (*Epistolario*) en que se dice: "Yo concluiré pronto mi

Las abejas del latido, de la Vida, posarán en la nueva sonrisa de la retornada, como lo hicieron en su sonrisa del partir hallándolas frescas y unidas ambas sonrisas por un tiempo todo presente, un tiempo inmarchitable que alientos no corrompan.

Pura y unida también cual fue la espera de Deunamor cuya no existencia más pura que la muerte puede, "entre iguales", desposarse de nuevo con ella como si hubiera conocido muerte sin confusión ni mancha.

Novela de la Eterna y mi metafísica *Ella* (teoría de la Eternidad de Figura, Sentir y Memoria)", y de este comienzo de página independiente: "Explicación. –Habiendo vivido de joven entre poetas, pensadores, músicos, estadistas, no me conquistó ni repugnó la inclinación a ocupar la atención pública y a dejar recuerdo público. Por primera vez, ya en las sombras y sobras de la llamada vida me aparece impulso a publicar y perpetuar una persona y un hecho, lo que no ha de ocurrirme nuevamente. Así es que entro para salir en el mundo de los profesionales de la expresión del sentir y pensar, sin posible pretensión, no poseyendo, ni lamentándome de ello, el tino y fuerza de la profesión; antes más bien rogando perdones y ayuda para que se logre mi afán de un poco de gloria para ese nombre (afán que Ella mirará con desaprobación y lástima de mí) y principalmente de simpatización e inteligencia de aquella persona, su carácter y su hecho." (*N. del E.*)

SOMOS UN SOÑAR SIN LÍMITE Y SÓLO SOÑAR. NO PODEMOS, PUES, TENER IDEA DE LO QUE SEA UN NO-SOÑAR

Todo cuando es y hay es un sentir y es lo que cada uno de nosotros ha sido siempre y continuadamente. ¿De dónde puede un sentir, una sensibilidad, tomar noción alguna de lo que pueda ser un no-sentir, un tiempo sin sucesos, pues sólo hay, sólo existe lo que es suceso, nuestro estado en nuestra sensibilidad? Nuestra eternidad, un infinito soñar igual al presente es certísimo.

Pero se me dirá que hay sueños que cesan, que se tornan tan rebeldes que nunca los recobramos: hay los que se ocultan, las ocultaciones de los que quizás existan pero que no veremos ni reconoceremos más.

Esas ocultaciones sólo existen para un Soñar hesitante: hay sueños que reclaman para volver la plenitud de nuestra alma, un alma rebosante, una certidumbre sin sombra en nuestra decisión de soñarlos.

¡Quién sabe en esta debilidad de soñar cuántas veces hemos despedido el ensueño de los que vuelven, hemos descreído, negado la visita plena y entera que nos brindaba alguien que Volvía de la Ocultación![1]

[1] Cf.: "Majestad", en "Miscelánea".

A LOS LECTORES QUE PADECERÍAN SI IGNORASEN LO QUE LA NOVELA CUENTA

(En que se observa que los lectores salteados son, lo mismo, lectores completos. Y también, que cuando se inaugura como aquí sucede la literatura salteada, deben leer corrido si son cautos y desean continuarse como lectores salteados. Al par, el autor descubre sorprendido que aunque literato salteado, le gusta tanto como a los otros que lo lean seguido, y para persuadir a ello al lector ha encontrado ese buen argumento de que aquéllos leen todo al fin y es ocioso saltear y desencuadernar, pues le mortifica que llegue a decirse: "La he leído a ratos y a trechos; muy buena la novelita, pero algo inconexa, mucho trunco en ella".)

No te pido, lector salteado –inconfeso de leer del todo y que no dejarás de leer toda mi novela, con lo que la numeración de páginas vana para ti habrá sido desatada en vano por ti, pues en la obra en que el lector será por fin leído, *Biografía del lector*, sábese que se dirá lo que, desconcertante, le ocurrió al salteado con un libro tan zanjeado que no hubo recurso sino leerlo seguido para mantener desunida la lectura, pues la obra salteaba antes–, disculpa por presentarte un libro inseguido que como tal es una interrupción para ti que te interrumpes solo y tan incómodo estás con el trastorno traídote por mis prólogos en que el autor salteado te hacía figurarte y soñar sobresaltado que eras lector continuo hasta dudar de la inveterada identidad del yo salteante.

Si has de leer del todo, como pronóstico, no andes probando de mi novela aquí y allá para ver: si ya está, si le falta azúcar o fuego; e hicieras mejor cual mi dueño de casa que, "sólo para probar", como dice mansamente a la cocinera, se ata servilleta y se da cuchi-

llo y tenedor.[1] Te he hecho lector seguido gracias a una obra de prefacios y títulos tan sueltos que has sido por fin encuadernado en la continuidad inesperada de tu leer.

Ahora no podré más tenerte contento. Te he adelantado ya todas las postergaciones que logré combinar: no tengo más prólogo hasta después de la novela. Cuánto me oprime el empeño artístico en que me he comprometido; aún no tengo ni comprensión verdadera de la teoría de la novela, ni estética ni plan de la mía.[2]

Y bien, en cuanto al punto del título de este prólogo, es decir en cuanto al lector molestado por no saber todo de la novela:

Es cierto que "el Viajero entonces pronunció algunas palabras que desde esta novela no se oyeron y saludando *se alejó*" (suelen hacerlo los viajeros). Mi novela saludó también pero quedó muy mortificada de que aún a ella uno de sus personajes no le dejara leer todo. Ella es curiosa de lo que va a contar, lectora suya, o más bien de su narrativa, como es inherente al Arte (por el Arte, al Arte) que se ama, a lo que se escribe sin saber lo que sucederá y habrá que escribir más adelante descubriendo dócilmente y resolviendo cada situación, cada problema de suceso o de expresión. Soy un autor que desespero de mi novela cuando tardo en proseguir una escena. Está enamorada (y la Eterna no lo está) de sí misma (tampoco de sí misma lo está la Eterna: en un desinteresamiento de sí, inmenso de

1 "Postre muy probado es mejor pero no llega al comedor." "Quedarse en la cocina es, en la mesa, convidado y ausencia." "Comensal invisible pero aprovechado."
Refranes de mi ingenio para molestar al lector salteado que ande diciendo que pudo leer a medias mi novela, dejar de leer la mitad salteada, lo que nadie resistirá a hacer con mi muy quedada y precedida novela. Lo tengo tan dominado a mi lector salteado, que será el único de su género que habrá leído lo salteado.

2 No faltan obras más difíciles que la mía: es decir, las hay que faltan. Sin embargo, desde esta mañana estoy sintiendo el canto de peinarse de Maruca y ahora a la tarde me parece que está concluyendo las dos cosas: no siempre lo difícil queda sin hacer.

belleza y que me llena de dolor y reverencia, desoye el pedido que cada día le hago de que se ame; ¿es que ni ella ni yo debemos amarnos ni amar, o es que un error supremo desordena la visión que ella tiene de sí y de la altura a que se halla de su destino? Yo no estoy incierto; clarísimo es, Eterna, que estamos en la pasión; que tú no quieras que exista, no admites ni como posible en el tramo actual de tu vida; y no obstante amas el Arte, sin amarte a ti) y es novela a la que le ocurren percances y aventuras, indecisiones de arte, extraviarse en él, callar, ignorar; mientras se está contando sucesos es arrollada por otros, contiene accidentes y sufre accidentes, como vemos ahora en los tranvías que interiormente llevan dibujos-avisos de cómo un transeúnte es atropellado, mientras su miriñaque reparte exteriormente choques y sustos. Es curiosa de si misma, como esos chicos disfrazados que gritan "¡Ahí vienen máscaras!" y las siguen extasiados. Lo que en ellos ha sido disfrazado es que eran como chicos ante todo público. El andar disfrazado es en ellos absolutamente un disfraz: el de ser máscara. Yo, el autor, soy principalmente público aun ahora en la publicidad. Mucho busco y me falta de saber y vivir pues aún hay un vivir que quisiera experimentar aunque creo saber ya: que la finalidad del Arte es el fin de la vida, de lo individual de ella: la Tragedia-Idilio que es el Amor, y éste es hecho de Beldad por la Muerte que hace en el amor tanto la tragedia como el idilio, pues la certeza, en el camino, de la destrucción personal de los amantes (también la tienen los que no aman que teniendo muerte no tienen Beldad de vida, asunto de individualidad), exalta, hace el amor como a su tragedia. La muerte sólo es de amor; la que hay es sólo la de otro, su ocultación, pues para sí no hay ocultación. Pero mucho me falta saber del amor en ejercicio, de cómo se alimenta emocionalmente su sed cotidiana, de su delicado e inaplacable comercio. Y de su presentación por el Arte.

Así, pues, a medida que escribo, indago y espero sucesos, como el lector. Y cuando pienso en el lector salteado, advierto que debo imaginar qué corresponde darle a sentir al Viajero después de lo que acababa de ocurrir, para deducir qué es lo probable que dijo y no se oyó. Lo que haya dicho será lo que yo os diga. No es improbable que

él haya articulado "Soy Viajero en Novela, en un relato en marcha: no debo, pues, detenerme, y en esta escena ya demasiado estuve. Que el lector me vea alcanzando el tren o zarpando en todo momento; ha de verme partir tantas veces que no me conozca el estar y aún tema me salga de la novela en el arranque de una partida".

En realidad el Viajero estaba concluyendo de quedarse cuando al divisar al lector se alejó. En el intervalo, en el momento que faltaba para concluir, se le dio las ganas de estar, sobrevino el nunca intempestivo lector. Creo que éste se hallará satisfecho con la frase que doy, como si acabara de saberla, poniéndola en la boca del Viajero: es todo lo que pensó, de lo cual algo dijo y nada se oyó.

Dejo completado el pasaje y así cumple a mi novela que prometió contarlo todo, aun lo no sabido, haciéndolo a veces en ella, a veces fuera de ella, a cuyo efecto le he arreglado estas afueras amplias de mis prólogos. Cada vez me gana más simpatía este personaje cuya llegada se espera siempre a la narrativa. Las palabras que le atribuyo muestran que ante todo preocúpale cumplir conmigo, con su papel, sacrificando sus gustos que son el de que le oigan todo lo que dice, y el de quedador, pues como tal y muy práctico me fue recomendado y por escasez de personal se le dio el de viajar siempre; han sido tantos los apuros de preparación de esta obra que hasta las demoras de regresar, de llegar, de contestar, de tomar una resolución, que figuran en todo el relato y tanto lo precipitan, hemos tenido que hacerlas apuradas. Así le hemos dado el rol de irse siempre en el libro, a un personaje que por quedarse se quedaría sin nada. Esta frustración de las vocaciones es tan verdadera en la vida que en una novela que no quiere contener verdad alguna, nos aflige la referencia.

Si alguna imperfección halla todavía el lector en el pasaje subsanado, en la explicación presente pídole apreciar la tranquilidad de la lectura que hasta esta página le he resguardado con mis esfuerzos que en ese momento culminaban para no dejar entrar en la novela al Chico del largo palo, quien no se haría rogar para incomodar todo empezando por dejarlo caer sobre algún pasaje apacible de este relato y esgrimiendo siempre esa larga catástrofe por todo el lugar

escénico trocado en pista de su tirantillo y despejado al punto de su aparición por todos mis personajes. Se tiraría al fin en el sofá y observando nuestro ceño: ¿me dejan de cuando en cuando golpearlo? preguntará moderadamente señalando el palo, os pedirá disculpa por no haber llegado antes y permiso luego para irse, como si hiciera mucha falta, anduviera muy solicitado con muchos compromisos de estorbar en otra parte; después de vuestro permiso se quedará igualmente, corregirá la posición de algún cuadro colgado que su palo conmovió. Os iríais entretanto, pues generalmente cuando él se va ya no hay nadie, quién sabe por qué coincidencia.

Su estar contusiona y un genuino no estar suyo no se ha conseguido en el planeta. Su no estar es todavía demasiado cerca. Lugares donde no esté, muy solicitados, no se consiguen ni de los revendedores de su ausencia, y aún se duda de que tenga ausencia. Y se iría también él con tal velocidad como si un irse veloz fuera más irse y satisficiera disminuyendo el haber estado y lo agostara tanto que lo quedado terminara mucho antes. Su "lejos" no dura nada, y de lo aguantado de él se está levantando una estadística. Le falta aprender un quedarse rápido que todos quisieran inventar y enseñárselo; su retirada no es irse ya sino un irse todavía. Y aún se conoce un contuso atropellado por su ausencia. Es la presencia más ocupadora.

Su brusco partir no lo condenamos como tan intempestivo cual su estar; seamos indulgentes: debe atribuirse a que "de golpe" ha pensado que hay en el pueblo una pared de la cual todavía no se ha caído y corre a ocuparla en dejarse caer. El mundo padece de tenerlo cerca y no tiene bastante lugar de donde echarlo. Pero él ha encontrado nuevo espacio en ese doblez del mundo que es la fantasía de una novela. Yo reflexiono que si lo dejo entrar en la mía se sospechará que me valgo de él para estorbar la lectura de alguna página imperfecta. Además sé que no entrando, o donde no está, se porta bien. Por eso mi propaganda dice: "única novela donde no se deja entrar al muchacho del largo palo", "es la novela del muchacho tenido lejos".

Convendría a una novela que quiera público –la mía se aburre conmigo, quisiera que lleguen visitantes o salir a conversar, le gustaría ser leída– empezar su narrativa por un choque o una buena frenada. El público se junta al punto en tal número que ya quisieran algunos libros tener el de una frenada común.

Yo desde que soy autor con envidia le cuento el público a los choques. A veces sueño que la novela tuvo en ciertos pasajes tal agolpamiento de lectores que obstruían la marcha de la trama con riesgo de que los trances y catástrofes del interior del libro aparecieran en la delantera de él, entre los atropellados. Ustedes comprenderán que si la novela se hubiera parado un instante, habría al punto insertado un nuevo prólogo en el hueco así producido en la narración. Y haría ese prólogo dignamente, es decir, con tanto decorado por lo menos de barullo, apuro, denuestos, órdenes, corridas, timbres, frenos, guardas, inspectores y el vigilante que viene a leer el accidente frente a la ventanilla de la pasajera que lee mi novela, en fin, con tal suma de homenajes en torno a la inverosimilitud del hecho, que disimularía enteramente, como lo consiguen las "Compañías", que nunca admiten verosimilitud de los percances tranviarios, una inmovilidad tan luego en la locomoción narrativa. Además, sacaría el brazo por el postigo de mi novela como señal para que no me choquen las novelas que siguen a la mía. No se entretenga el lector con el vigilante mencionado; no es el nuestro; el de la novela está parado en otra esquina de ella.

Despidámonos del muchacho añadiendo que si tiene ausencia es ésta tan roída que su primer llegar ya es frecuente y como 5ª edición de presencia.

NUEVO PRÓLOGO A MI PERSONA DE AUTOR

Soy el imaginador de una cosa: la no-muerte; y la trabajo artísticamente por la trocación del yo, la derrota de la estabilidad de cada uno en su yo.

Varias son las personas trabajadas, es decir, tentadas de trocar, en toda obra mía: Ella, Eterna, William James, Deunamor y el Autor. La irracionalidad del autor y de su identidad se intentó en mi humorística.[1]

"Ella" es la más fuerte descentración: ahí y en "La Eterna" trabajo contradictoriamente su descentración: no la menor, de ser un viviente en lugar de otro, o un soñado en lugar de otro, sino la máxima, de ser a imagen, de ser y parecer no ser real, y viceversa. En Eterna hay también plena descentración, porque es quien con el poder de cambiar el pasado a otros (Dulce-Persona llegará suplicante de cambiar su pasado pues es quien lo tiene más desventurado), no posee el de cambiar el suyo correlativo al tiempo del no conocerse con el Presidente. Deunamor es la suspensión, la cesura de la identidad, y Dulce-Persona la expectativa de ser. Está hacia el ser, pobrecita.

Hágome el mérito de haber vivido construyendo la metafísica de un todo-amante, sin interesarme en hacer la mía: tal como yo soy no merezco ni explicación, ni eternidad; no merezco ni a Ella, ni una metafísica; Ella y ésta las merece Deunamor.

Es muy sutil, muy paciente, el trabajo de quitar el yo, de desacomodar interiores, identidades. Sólo he logrado en toda mi obra escrita ocho o diez momentos en que, creo, dos o tres renglones con-

[1] La doctrina está incluida en "Para una teoría del Arte", en *Teorías*, y el ejercicio en *Papeles de Recienvenido* y *Continuación de la Nada*. (*N. del E.*)

mueven la estabilidad, unidad de alguien, a veces, creo, la mismidad del lector. Y sin embargo pienso que la Literatura no existe porque no se ha dedicado únicamente a este Efecto de desidentificación, el único que justificaría su existencia y que sólo esta belarte puede elaborar. Quizá la Pintura o la Danza podrían también intentarlo.

No creo que la Metafísica sea el placer directo de una explicación: es un trabajo que tiene el placer reflejo de una perspectiva de poder; es un poder lo que se busca; un poder directo del amor: que éste pueda ser causa inmediata (pues, si mediata, toda virtud y aspiración se frustraría porque podrían frustrarse los eslabones intermediarios) en el mundo mecánico, en el mundo de apariencia material, en el cual está la apariencia material: cuerpo de la amada; sólo como causa inmediata, la sola aparición en una psique de un anhelo, deseo, traería la presencia total (visual, táctil, audible, térmica) de la amada a cualquier presente del tiempo, al mismo presente del tiempo, al mismo presente en que está ese deseo, y con la presencia la información-noticia del estado actual en una sensibilidad.

Si en cada uno de mis libros he logrado dos o tres veces un instante de lo que llamaré en lenguaje hogareño una "sofocación", un "sofocón" en la certidumbre de continuidad personal, un resbalarse de sí mismo el lector, es todo lo que quise como medio; y como fin busco la liberación de la noción de muerte: la evanescencia, trocabilidad, rotación, turnación del yo lo hace inmortal, es decir, no ligado su destino al de un cuerpo. (Por lo demás, este Cuerpo no es más que un complejo de imágenes en mi sensibilidad, la misma ligada aparentemente a ese Cuerpo, u otra sensibilidad asociada a otro Cuerpo.) Consiéntaseme, déjeseme como pedía a veces escribiendo James hace cuarenta años, que yo presente una muestra aquí de estos dificultosos intentos confusivos e inmortalizantes del "Yo". En una nota a Percepción del Espacio de su "Psicología", dice James: "Déjeseme ver si podemos avanzar algo nuestro punto de vista teorético. *Me parece* que vamos a poderlo". Yo subrayo; y dejo subrayado este *me parece* en el tono de James que existirá y

será leído todavía dentro de cien años; y al pie de página escribo. Este "me parece" es un preestado que sintió James hace cuarenta años en cierto instante de su esfuerzo de trabajo de pensar escribiendo: pre-sintió que iba a vencer el enredado punto que viene desarrollando. Y el notarlo excita en mí hoy –abril de 1931, en Buenos Aires– la conciencia de que desde hace rato vengo molesto leyendo por un sentimiento de disconformidad, de expectativa, atisbando en qué momento de estos laboriosos renglones James dejará entrever la explicación del espacio por el movimiento (traslación, muscularidad, evocación de éstas) y me dará esperanzas de que había visto también como yo la posible explicación, por evocaciones musculares, de la "afección" localizada.

Pero con separación y énfasis asevero ahora que nadie es más fuerte, más severo, más serio y especializado que yo en metafísica no discursiva, la que olvidó Hegel y que se da en la artística, que yo preconizo. No creo que los metafísicos genuinos, no los bibliógrafos, los historistas y enseñantes de la Metafísica, desdeñen la fuerza de la actitud intelectiva aquí lograda. No creo que nadie que haya sentido el Misterio (el Misterio de sentir, diría; sentir el misterio de sentir, quizá diría James) aportó una iluminación más clara que la que yo habré traído. La verdad en esas páginas no se resentiría aun si apareciesen ellas en una edición de Kant, Hegel, como parte de obra de éstos.

Yo creo parecerme mucho a Poe, aunque recién comienzo a imitarlo algo; yo creo ser Poe otra vez. Y es extraordinario que como autor y como figura un poeta peruano, Mario Chabes, hallara el parecido. No es un parecido, es... iquién sabe!... una reaparición. En el poema "Elena Bellamuerte" me sentía Poe en sentimiento y sin embargo el texto creo que no muestra semejanza literaria.

Yo no haría estas afirmaciones si no fuera para estimular al lector joven a mantenerse en un ejercicio defensivo contra la impresión naufrágica del yo en la muerte corporal.

Sígueme, pues, lector: yo busco "una" eternidad que aún no se buscó, aunque tan fuerte como en mí hubo el Deseo en otros faltó la esperanza y la noción de un camino.

Hay en muchos, quizás en todos, la certeza de un eterno existir personal, pero nadie creyó que la figura humana personal misma pudiera ser retenida eterna por el amor. Y sin esta permanencia corporal cada uno sólo conocería el eterno existir de sí mismo, existir que ni eterno ni pasajero vale nada, un minuto o mil siglos ningún sentido tienen.

Me verás compartir con William James, ansioso y mentalmente privilegiado, una exploración infatigable en la que él tuvo la muerte antes de la verdad, como quizá también me acontezca. Él llegó empero a la verdad del Hecho, sin el preconocimiento y la alegría de "morir" (ocultación) sabiéndolo. Seguramente tentaciones y enredos de las circunstancias apartáronlo de emplear siempre todo su pensar en esta indagación. Sólo si análogas circunstancias no me asedian, confío "saber" antes de "ser".

Dignifico esta busca por la Pasión, sin la cual ni vida ni buscas son deseables.[2] Y por dignidad de ella he laborado en armarme de máxima información; creo que mayor prolijidad de estudio no se ha dado, más preparación calma, autocrítica. Es una reflexión abrumadora la que ahora tiene que asediarme: pues la certeza de eternidad personal la poseo ya al instaurar esta investigación encaminada sólo a la busca de la eternidad corporal, sin la cual la Compañía cesa: el amor, el Recuerdo quedan en ambos y, aun más lacerante, la certeza del existir ocultado de uno y otro, sin esperanza de Noticia y Reconocimiento.

[2] *No toda es Vigilia...* se presenta precisamente como alegato propasión contra el intelectualismo extenuante. ("Pasión, ¡idoneidad suprema del Ser!") Pero además de la metafísica de la Pasión con sus asuntos correlativos Ser, No-Ser, Muerte, Eternidad Personal, Cuerpo, etc., se alude incidentalmente allí al ser del personaje de arte y su operatividad metafísica ("Solución", "El Ensueño es un trámite"). (*A. de O.*)

Espero que el Hombre de Suprema Desventura se dé, solo, a la certeza de eterna existencia de la amada, la que sólo podemos tener por permanencia, eternidad tanto de la figura espiritual como de la figura física personal. Pero, también, asumo el compromiso de seguir buscando esa certeza para otros.

PRÓLOGO QUE CREE SABER ALGO, NO DE LA NOVELA, QUE ESTO NO SE LE PERMITE, SINO DE DOCTRINA DE ARTE

La tentativa estética presente es una provocación a la escuela realista, un programa total de desacreditamiento de la verdad o realidad de lo que cuenta la novela, y sólo la sujeción a la verdad del Arte, intrínseca, incondicionada, auto-autenticada. El desafío que persigo a la Verosimilitud, al deforme intruso del Arte, la Autenticidad –está en el Arte, hace el absurdo de quien se acoge al Ensueño y lo quiere Real– culmina en el uso de las incongruencias, hasta olvidar la identidad de los personajes, su continuidad, la ordenación temporal, efectos antes de las causas, etcétera, por lo que invito al lector a no detenerse a desenredar absurdos, cohonestar contradicciones, sino que siga el cauce de arrastre emocional que la lectura vaya promoviendo minúsculamente en él.

Hay en mi intento varias ideas probablemente originales; me interesa aquí la de método: busco distraer al lector por momentos, opresivamente, cuando deseo impresionarlo para la sutileza emocional que necesito engendrar en él, pequeñas impresiones que concurran al propósito emocional de conjunto de obtener en él un estado único final y general que insidie su sensibilidad sorpresivamente cuando no está en guardia y en conciencia de hallarse ante un plan literario y no espera, ni advierte luego, haber sido conquistado.

Hay un lector con el cual no puedo conciliarme: el que quiere lo que han codiciado para su descrédito todos los novelistas, lo que le dan éstos a ese lector: la Alucinación. Yo quiero que el lector sepa siempre que está leyendo una novela y no viendo un vivir, no presenciado "vida". En el momento en que el lector caiga en la Alucinación, ignominia del Arte, yo he perdido, no ganado lector. Lo que yo quiero es muy otra cosa, es ganarlo a él de personaje, es decir,

que por un instante crea él mismo no vivir. Ésta es la emoción que me debe agradecer y que nadie pensó procurarle.

Sepa el lector que esta impresión, nunca hecha sentir por la palabra escrita, a nadie, esta impresión que se quisiera inaugurar con mi novela en la psicología de la humanidad, en la naturaleza de la conciencia de hombre, es una bendición para toda conciencia, porque esta impresión oblitera y liberta del miedo nocional o intelectivo que llamamos temor de no ser. Quien experimenta por un momento el estado de creencia de no existir y luego vuelve al estado de creencia de existir, comprenderá para siempre que todo el contenido de la verbalización o noción "no ser" es la creencia de no ser. El "yo no existo" del cual debió partir la metafísica de Descartes en sustitución de su lamentable "yo existo"; no se puede creer que no se existe, sin existir. En suma: el existir es igualmente frecuentado por la creencia del no existir como por la creencia de existir. Quien cree, existe, aunque su creer sea el de no existir; quien existe puede efectivamente creer que no existe y alternativamente creer que existe. "Yo pienso" nunca tuvo consecuencias sino inocentes, pero puede decirse, si bien ociosa y distraídamente; puede ser un hecho y un juicio *sentido*. Existir es un hecho pero nunca *yo existo* puede ser un juicio "sentido"; no conteniendo un *momento* de creencia es una mera yuxtaposición de palabras; ocurre que palabras se juntan. Esto os lo asegura uno que lamenta, a diferencia de todos los grandes lectores de Kant, haberlo entendido demasiado, es decir, haberse quedado sin ilusión ninguna de que Kant fuera metafísico. (Los franceses demuelen un pintor endiosado cada veinte años, un poemista endiosado cada quince y un novelista endiosado cada diez; a los ciento cincuenta años puede Kant ser puesto muy en duda. Esto no es un atrevimiento, más atrevimiento sería llamarle metafísico. Anticipo con estos antecedentes, argumentos para la futura demolición de mi Artística.)

No me parece que otros hayan usado este método ni que sea aplicable a otro género que el de la novela. Además de la técnica hay la serie de artilugios de inverosimilitud y desmentido de reali-

dad del relato. Esto es lo doctrinario y ofrece su más prominente ejecución cuando explica enunciativamente, no artísticamente, el hecho que nunca ocurrió pero que fue deliberado con plenitud en una conciencia viviente, la del padre de Dulce-Persona, y que constituye el hecho definidor del destino de Dulce-Persona.

Si me ha salido una novela-museo, ¿qué importa si logro interés por el relato y mientras el lector se cree lector porque los personajes le son personajes en la novela y en los prólogos aunque leve, ahumadamente entrevistos y en actos y hechos truncos –yo creo que la Eterna, Dulce-Persona, Quizagenio, Deunamor serán inolvidables aunque apenas los puse a lectura–, operar, a favor del descuido conciencial obtenido por interesamiento, un "choque de inexistencia" en la psique de él, del lector, el choque de estar allí no leyendo sino siendo leído, siendo personaje?

Si fracasara como tal la que llamo novela, mi Estética salvará el caso: admito que se la tome por novela, por fantasía de buen género, por novela suplente. Si falla la novela como novela puede ser que mi Estética haga de buena novela.

NOVELA DE LOS PERSONAJES

He confiado, con cuidadosa selección y sabiendo cómo se habían conducido en otras novelas, a los siguientes personajes, el desempeño de la mía. Los he adoctrinado en todo lo que la "persona de arte" debe atender, les he hecho leer mis prólogos, estudiosos de Estética. ¿Qué queréis decirme si la novela sale mal? Como autor lo que me incumbió hice: comprobar su disciplina por conducta anterior y darles la teoría que no tenían, de la persona de arte.

Todo *personaje* medio-existe, pues nunca fue presentado uno del cual la mitad o más no tomó el autor de personas de "vida". Por eso hay en todo personaje una incomodidad sutil y agitación en el "ser" de personaje, como andan por el mundo algunos humanos que un novelista usó parcialmente para personaje y que sienten una incomodidad en el "ser" de vida. Algo de ellos está en novela, fantaseado en páginas escritas, y en verdad no puede decidirse dónde están más.

Todos los personajes están contraídos al *soñar ser* que es su propiedad, inasequible a los vivientes, único material genuino de Arte. Ser personaje es soñar ser real. Y lo mágico de ellos, lo que nos posee y encanta de ellos, lo que tienen sólo ellos y forma su ser, no es el sueño del autor, lo que éste les hace ejecutar y sentir, sino el sueño de ser, en que ávidamente se ponen. Sólo el arte realista que no es belarte, el arte de Ana Karenina, Madame Bovary, Quijote, Mignon, carece de "personajes", es decir, éstos no sueñan ser, porque creen ser copias.

Lo que no quiero y veinte veces he acudido a evitarlo en mis páginas, es que el personaje parezca vivir, y esto ocurre cada vez que en el ánimo del lector hay alucinación de realidad del suceso: la verdad de vida, la copia de vida, es mi abominación, y ciertamente, ¿no es lo genuino del fracaso de arte, la mayor, quizá la única frustración, abortación, que un personaje *parezca* vivir? Yo consiento

que ellos quieran vivir, que intenten y codicien la vida, pero no que parezcan vivir, en el sentido de que los sucesos parezcan reales; abomino de todo realismo.

Fantasía constante quise para mis páginas, y ante lo difícil que es evitar la alucinación de realidad, mácula del arte, he creado el único personaje hasta hoy nacido cuya consistente fantasía es garantía de firme irrealidad en esta novela indegradable a real: el personaje que no figura, cuya existencia en la novela lo hace fantástico respecto de la novela misma, como el mundo, el ser, nos parece real porque hay ensueños. A él le encomiendo salvar la fantasía aquí, si todo falla; al Viajero que en la misma vida quizá no existió nunca, pues no creo en los Viajeros; los dos sentimientos que definen al Viajero de calidad son la facultad y deseo de olvidar y el deseo de ser olvidado. El magnífico Olvidador, completado con esta última facultad de indiferencia a ser olvidado y aun la valentía y soberbia de querer que la imagen de él muera en la mente de los otros, muerte más temida que la personal, quizá porque todos sentimos que no hay la muerte personal. La muerte que hay en los olvidos es la que nos ha llevado al error de creer en la muerte personal. Pero esta creencia es debilísima, por eso hacemos muchos más por no ser olvidados que por no morir.

—Y entonces, ¿por dónde erra y anda nuestro Viajero?

—Mi Viajero vive allí enfrente. Y no sale de su casa sino a la hora de fin de capítulo en la novela.

Funciona únicamente como extinguidor de la alucinación que llegue a amenazar de realismo al relato.

PRÓLOGO A LO NUNCA VISTO

El género de lo nunca habido, el de tan frecuente invocación, lo sin precedentes, será estrenado, pues él mismo nunca existió, nunca hubo lo nunca habido, en el corriente año y como es justo en Buenos Aires, la primera ciudad del mundo viniendo del campo inmediato, la única ciudad que se presta para conclusión de una vuelta al mundo empezada en ella y lo mismo para concluir las empezadas dondequiera, como lo han descubierto sucesivamente varios inexorables circundantes terráqueos, con vuelta al mundo anunciada partiendo de Berlín o de Río de Janeiro, que se consumó, sin ostentación indiscreta para este tramo, queda y quedamente con desprecio de todo lo demás de andar, en las calles, tranvías y empleos públicos de Buenos Aires, con casita, casamiento, prole, lo que tiene tanta redondez y heroísmo como la ejecución del furioso anuncio de dar toda la vuelta.

La humanidad pondrá por fin sus ojos en lo no visto, en una muestra de lo nunca habido; no será un puente de no mojarse, una frialdad conyugal, una guerra religiosa entre gente sin religión, u otras cosas no vistas. Se verá realmente lo nunca visto, no se trata de fantasía, es otra cosa: el primer caso del género será en novela. La publicaré próximamente, pues ya han dicho admirados los críticos de manuscritos, "es novela que nunca antes se ha escrito". Y ahora tampoco, pero falta poco.

Tal colección de sucesos se encerrará dentro de ella que no dejará casi nada para el suceder en las calles, domicilios y plazas, y los diarios faltos de acontecimientos tendrán que conformase con citarla: "en la novela de la Eterna ayer a media tarde se produjo el siguiente coloquio"; "se encuentra esta mañana sonriente la Dulce-Persona"; "el Presidente de la Novela, reporteado en vista de los rumores circulantes entre sus numerosos lectores, se sirvió manifestarnos que positivamente lanzará hoy su plan de histerización de

Buenos Aires y conquista humorística de nuestra población para su salvación estética".

"Después del capítulo V de la Novela podemos asegurar que no es por Nec (No-Existente-Caballero) por quien Dulce-Persona tiene triste hoy su existencia." "La Novela enviará esta noche su orquesta de solistas –seis guitarras– a ejecutar varias polifonías en obsequio de las orquestas de los bares Ideal, Sibarita y Real, para que oigan música. El Polígrafo del Silencio con eruditos gestos explicará el propósito, y circulará entre el personal de las orquestas escuchantes la bandejita sin fondo de la gratuidad haciendo sonar las monedítas del agradecimiento. El público funcionará también en armonía de contento, como orquesta de escuchar, trocando luego por un momento sus instrumentos de llamar al mozo por instrumentos de aplaudir, palmotear."

Esta novela que fue y será futurista hasta que se escriba, como lo es su autor, que hasta hoy no ha escrito página alguna futura y aun ha dejado para lo futuro el ser futurista en prueba de su entusiasmo por serlo efectivamente cuanto antes –sin caer en la trampa de ser un futurista de en seguida como los que adoptaron el futurismo, sin comprenderlo, en tiempo presente– y por eso se le ha declarado el novelista que tiene más porvenir, todo por hacer, apresuramiento genial suyo que nace de haber pensado que con el progreso de todas las velocidades la posteridad no se ha quedado atrás; llega hoy más pronto sobre todo la que olvida, se ha hecho contemporánea y ya está, para cada obra, en la última edición periodística del día de aparición. Todos morimos ya juzgados por ella, libro y autor, hechos clásicos o enterrados en el día, mientras todavía nos estábamos recomendando a la posteridad quejosos del presente. Y todo esto se hace con bastante justicia hoy en 24 horas. La antigua posteridad con todo el tiempo que se tomaba para pensarlo consagró multitud de nulidades como gloriosos artistas; hay más equidad y sesudez en un cronista del día de hoy: la solemnidad huera y los moralismos fueron el soborno barato y eficaz con la posteridad hasta ayer nacida. Yo buscaré confiado el juicio de la posteridad universal acerca de mi novela en la última edición de *Crítica* y *La*

Razón del 30 de septiembre de 1929, día de su aparición impostergable, pues ya he consumido todas las postergaciones por promesa y las más literarias por prólogos.

El consagrado futuro literato que no cree en, ni estima, otra posteridad que la noche para cada día, no habrá sentido la urgencia que padecían antes los autores de escribir pronto para tener pronto posteridad juzgante: con la velocidad alcanzada hoy por la posteridad el artista le sobrevive y al día siguiente sabe si debe o no escribir mejor o si ya lo ha hecho tan bien que debe contenerse en la perfección de escribir. O si ya no le queda más carrera literaria que la más difícil, la del lector: La facilidad actual de escribir hace la escasez de lo leíble y hasta ha suprimido la injuriosa necesidad de que haya lectores: se escribe por fruición de arte y a lo sumo para conocer opinión de la crítica. Sinceramente, es hermoso este cambio, es arte por el arte y arte para la crítica, que es nuevamente arte por el arte. El horrible arte y las acumulaciones de gloria del pasado, que existirán siempre, se deben: al sonido de los idiomas y a la existencia del público; sin ese sonido quedará el sólo camino de pensar y crear; sin público la calamidad recitadora no ahogará el arte. La literatura tendría sólo arte, y mucha más obra bella: tres o cuatro Cervantes, Quijote puramente, sin los cuentos, Quevedo humorista y poeta de la pasión sin la oratoria moralista, varios Gómez de la Serna. Libres del horror de un Calderón, príncipe del falsete, que es el no sentir, y éste es todo el mal gusto, de un Góngora, a veces, de los "estos Fabio, ¡ay dolor!", tendríamos tres Heines del sarcasmo y las tristezas, o D'Annunzios de la poetización sin límites de la pasión. Tendríamos felizmente sólo un primer acto del Fausto y, en compensación, varios Poe, varias Bovary con su triste dolor de apetito sin amor, desdeñable y cruento, y ese otro absurdo lacerante: la lírica de dolor de Hamlet que convence y contagia simpatía, pese a la falsa psicología de su causa. Libres del realismo cientificante de Ibsen, víctima de Zola, y este magnífico artista a su vez desmantelado por sociología y teoría de la herencia y patología, en lugar de la docena de obras maestras poseeríamos cien, de verdad de arte, intrínseca, no de copia de realidad. Y típicamente literarias, de

Prosa, no de didáctica, ni de palabra musicada (metro, rima, sonoridad) ni de pintura escrita, descripciones.

Publico aquí un prólogo de tal novela, pues espero hacer obra tan garantida que personajes, sucesos, chistes, comprueben toda su seriedad en ensayos especiales; y hasta el publicarla sea ensayo, anterior al lector. ¡Pero seguido de éste!

Ensayo el siguiente prólogo. Y también una palabra alemana nueva en español que he consultado con Xul Solar en su taller: "Idiomas en compostura". Es un adjetivo compuesto, pero nuevo, no como los botines compuestos.

Al "por - todos - nosotros - artistas - servido - de - ensueños" Lector.

Al "tan - soñado" Lector; Al "que - el - autor - sueña - que - lee - sus - sueños" Lector.

Al "que - el - arte - escritor - quiere - real - más solo - real - lector - de sueños" Lector.

A "lo - único - real - que - el - arte - quiere" el lector de sueños.

A "lo - menos - real, el - que - sueña - sueños - de - otro, - y - más fuerte - en realidad, - pues - no - la - pierde - aunque - no - lo - dejan - soñar - sino - sólo - re - soñar" Lector.

Creo haber individualizado a quien me dirijo: al lector, y haberle conseguido la adjetivación total de su ser, después de tanta fragmentaria, y algunas falsas. "Querido" lector no adjetiva a éste sino al autor, etcétera.

La adjetivación arriba leída –de lo no leído que contendrá el libro hablo provechosamente antes de la novela; pues lo más, aquí, es antes de todo y a éste le dejo poco; por medio de prólogos tengo la fineza de privilegiar a los lectores con el conocimiento de todo el libro, lo que sólo mis lectores han encontrado en un autor abnegado– la doy al público para pasarla en seguida al taller lingüístico del singular artista Xul Solar, que la hará definitivamente una palabra. Y, ya en la cuarta edición, mi salutación al lector, que hoy me perdonarás, será despalillada.

Salud, lector. Qué tristes somos en libros y fuera. Yo, el más nombrado y mejor identificado de los desconocidos, me veo en apuros de Obras Completas, para empezar, de modo que todo el porvenir, toda mi carrera literaria será posterior, en mi caso, a dichas Obras; sólo porque el público no se ha parado a esperarme para darme nombre de un gran desconocido y ahora tengo que merecerlo, componiéndome de golpe un pasado de autor y poder luego comenzar a escribir. Esta situación nueva en vida de escritores, ¿no será adversa al éxito?

Si tienes una pena igual a la mía, tú que me has leído antes que escribiera, yo no la tengo. He concluido mis Obras Completas. En mi satisfacción, incapaz momentáneamente de comprender penas, puedo darte la esencia de una larga experiencia en arte, recogida en la construcción de mi presente Obra Completa.

Libre sin límite sea el arte y todo lo que le sea anejo, sus letras, sus títulos, el vivir de sus cultores. Tragedia o Humorismo o Fantasía nada deben sufrir de un Pasado director ni copiar de una Realidad Presente y todo debe incesantemente jugar, derogar.

Es axiomático error definir el arte por copias: la vida la comprendo sin copias; una situación nueva, un carácter nuevo encontrado en el vivir, sería eternamente incomprensible si las copias fueran necesarias. Efectividad de autor es sólo de Invención.

Dejo hecho el título solamente, pues:

Un prólogo que empieza en seguida es gran descuido: el preceder que es su perfume se le pierde, como el futurismo que se practica genuinamente sólo dejándolo para más tarde –dije.

Diré así, antes, que se trata de uno de los veintinueve prólogos de una novela imprologable según recién ahora me lo previno un crítico nacido seguramente en el tranquilo país del "avisar después"; según otro, más simpático, es decir, más alargador, escasa de prólogos, lo que aún puede remediarse, que se iba a llamar "El hombre que será Presidente y no lo fue".[1]

[1] Este "Hombre que será Presidente" (en la novela) y que no lo fue (en la historia ¿donde acaso quiso serlo?) se vincula a una posible acción polí-

Equivalente a:

"Buenos Aires histerizado entre el bando hilarante y el enterneciente, salvado por el compadrito divino, es decir, que unía la pasión al humorismo". Pero el título que ha quedado para "la novela dejada empezar", que por empezar tarde no empieza menos, y el lector deseará si la lee que estuviera hecha toda de seguir, es: "Novela de la Eterna, y de la Niña de dolor, la Dulce-Persona, de - un - amor que no fue sabido".

Este último es el título que ha gustado a un señor que comenzó a leerlo y prometió volver en seguida para terminar de saber cómo se llama la novela.

La única novela contada toda y que, sin embargo, no contiene nada además, aunque el envión de contarlo todo lleva a más contar y el de leer los cuentos árabes me arrastró en la adolescencia, por ignorar que eran sólo 1001, a seguir leyéndolos después de concluidos: se me avisó muy tarde que lo que leía era después de terminado y así continué devorando cuentos que encontré abundantes en la Moral, la Historia; cuentos del Progreso, la abnegación de los políticos, los religiosos, los propagandistas de cualquier cosa desinteresada, la felicidad del bueno, el arrepentimiento del malo, la concordancia última entre conveniencia individual y general, o Utilitarismo, el orden del Universo y otros milagros de la abundante "fe" de los hombres de ciencia, ¡tan exigentes con los milagros populares!

Novela con dos comienzos, según preferencias.

Con mucho dolor y entusiasmos, pero ninguna muerte, sino la palabra Fin que se escribe lejos, mucho después que se habrá terminado de leer el título y una sola vez, aunque bien la precisarían los prólogos (no todos, pero algunos hasta terminan), y aun el título, cuando concluye: he suprimido Fin del título, Fin del prólogo, para

---

tico-fantástica aludida en notas a "Para una teoría del Estado", en *Teorías*. (*N. del E.*)

mostrar cuán poco de su existencia le debe la novela a la muerte –ni a la vida (verdad, realismo)–.

Con dos casi imposibles casi resueltos: cómo contar lo *último* y qué hacer con una risa equivocada: cómo reponerse airoso después de haber reído una tragedia por no haber advertido el título y confundirlo con una comedia.

Con una única interrupción de lectura y de narrativa para que Dulce-Persona se vistiera y entretanto el lector no tuviera pretexto para leer, que es su modo de mirar.

Con veintinueve prólogos de no dejarla empezar.

Con tres tiempos matemáticos nuevos, exclusivos de ella, de su "tiempo de novela" nunca marcado en narrativas y novelas hasta hoy, como si no fluyera y huyera tiempo en los sucesos fantásticos. Dichos tiempos son: el de la cortesía porteña que no despacha o dice no a nadie sin darle tiempo "hasta el nuevo tango" para que busque otro empleo o se enmiende; el intervalo (de suelo) entre dos caídas del príncipe de Gales: es muy simpático este príncipe agrimensor, que se ha ganado este título midiendo trechos cortos con el largo de su real persona, mas espero que el lector salteado no se sentirá reforzado en sus inclinaciones vagarosas de leer por el ejemplo de ese ilustre cabalgar salteado; en fin, el tiempo mínimo: el que queda ahora para ser el primer sobretodo o la primera gripe de este invierno, o midiendo bajo otra unidad este tiempo: el de salvar a un sombrero negro, olvidado en un asiento negro de silla, del visitante recién llegado que se aproxima, o si se quiere: los cinco minutos del film en que todo el personal de Hollywood ha de correr, atropellarse para convertir en felicidad –casamiento, beso, develación del falso virtuoso– a todas las desdichas de dos horas de cinta.

Con personajes de las tres edades, marcadas por el Olvido: aquélla en que olvidamos el cigarrillo encendido en la boquilla nueva de papá en la pieza de la mucama; aquélla ya avanzada de olvidar un pan sobre un pulido escritorio; y la ya desesperada en que olvidamos todo, incluso la edad, y hasta un sombrero en una sopera, suceso horrible. (Predominará aquélla en que se sube a saltos las escaleras, se enreda el último barrilete o la última línea de

pescar, y aparece el primer billar y la primera noche de olvidar las llaves de volver a casa.)

Con el dolor de la niña, cuyo hermoso amor no fue sabido.

Y las firmezas de ventura de Deunamor el No-Existente-Caballero.

Todo lo cual surtió de confusiones indecibles –mas por lo esforzado de la Novela esta vez se dicen– al empleado bancario que no sabía si era genio.

Terminados los prólogos la novela súbitamente principia, comenzando sorpresivamente por "Una novela ejecutiva, salida a la calle", insertándose apresuradamente al punto el total de la extensa "Novela impedida" y concluyendo con todo lo más que el autor sabía en "De qué llorar", capítulo que os procurará de qué llorar, y la imposible muerte del "Hombre que fingía vivir", presenciada sólo por el peluquero que simulaba estar despierto y viendo, aunque durmiera como siempre en ese instante, cuyo maldito dormir no obsta a que todo venga a saberse y contarse, sin decirse, empero, nada que no esté en el libro, de afuera de la novela, ni impide a ésta que tenga la formalidad de un Fin, en el mismo punto en que lo tienen todas, en el punto de quedarse el volumen sin decir nada, lo que hace dudar de que todo se haya dicho. Aseguramos que pocas veces una novela sólo prometida, aun las que por concluir han sido más ensalzadas, es tan concluida como la nuestra, escrita del todo antes del fin y no dejando a la vista ningún seguir.

Novela, en fin, segura de salir, pues ha sido vuelta a prometer tres veces en cumplimiento de la primera promesa que hice de ella. No contiene ni viajes ni olvidos de seguir: ambas cosas son pretextos para dejar sin personajes al lector aparentando que los hechos del relato no pueden adelantar si varios protagonistas no parten para Londres o simplemente olvidándose durante páginas enteras de escribir la novela, debiendo el lector esperar a que vuelvan aquéllos o que los olvidos se golpeen la frente con una mano y entonces se acuerden. Es por esto que ya dije o diré que no aceptamos entre los personajes a la cocinera que quería licencia para atender botones y tapas de cacerola que no se derramaran y fondos de arroz con leche que no se quemaran.

SALUTACIÓN

Heme aquí extrañamente actual la anunciada Novela que tuvo acertadamente el instinto de asegurarse un estado de no-existencia efectiva –no ha salido del no ser porque lo prometido toma silueta entre el ser y el no ser, y en la perspectiva ajena, como en el alma del prometiente, se le preparan lugares de existencia y se le reservan energía, curiosidad, atención; aun el prometerlo le dio tanta existencia que se le ha reservado premio en ambos jurados– y de mantenerse en esta no-existencia media docena de años para hacer aparición como si su ser no hubiera conocido la nada, lo que doblando su virtud de realidad haría posible que abunde tanta de ésta que, en aquélla, en una fantasía, la no-existencia viva en la persona del No-Existente-Caballero, cuya insinuada sustancia sólo podía efectivarse, respirar, cuya delgada sombra sólo podía tenerse derecha en una novela tan fuerte en el ser como ésta, a cuyo comienzo no ha precedido la nada.

Adiós, también aquí te diré, lector, no porque tú puedas jamás olvidarme, no lo podrás, es la novela que no puede olvidarse, sino porque soy una pobre novela, ardiente, pero flaca en sueño trémulo, telilla de sombras que ha concluido de correrse toda de decirlo todo, puesto que tú empiezas a hacer de ella lectura tuya: Dulce-Persona, el Presidente, Nec –la Eterna no está en el mismo camino–, los tristes seres-personajes viven sólo los minutos que alguien posa escribiéndolos: concluidos de hacer, han concluido, nada son, más tristes todavía porque recorre sus figuras muertas la cosquilla, la mariposa de la mirada lectora o humana, inquietante tacto de pétalos de burla o piedad que deshojáis, escalofriándolas, sobre sus formas que no tuvieron nunca acceso a la Vida.

Ha sido hecha sin vida la Novela y sin embargo para no ser olvidada. Es peor así, más triste, más sin piedad alguna para ella. Es ella, toda la novela, la que podéis llorar vosotros los que sois

eternos, los vivientes, pues tocasteis la Vida y no hay muerte donde hubo un presente, un solo instante de él es seguido de eternidad; podéis llorar, vuestras lágrimas arden en el rostro, corren, humedecen; yo, la Novela, soy un total de ensueño, un ensueño entero, y un día el que me soñó me olvidará; cesaré entonces para siempre, y ceso cada vez que, por feliz, por triunfante, él no me sueña; vosotros no os olvidaréis nunca de existir.

OTRO DESEO DE SALUDAR

¿Por qué no he de tenerlo, y aun por qué no tener el de llamar saludo a lo que resultará no serlo? No he prometido mi continuidad y congruencia mental de hombre, sino sólo la de autor, dar una definida novela. Aquí estoy en todos los antojos que nos cambian de mano el yo en las mudanzas íntimas de cada día; vivo mi día delante del lector. El lector es por definición un simpatizante y yo puedo serle interesante en lo que muestro de mi dudar y variar.

El saber es cosa de hondura y complejidad, nada parecido al triste saber palabras, lo peor que puede ocurrirnos y al mismo tiempo lo que más infatuación engendra. Yo digo que vivimos con muy poco saber, como para creer que no haya mucha necesidad de él. Y si fuera cierto que era muy poco nuestro saber, sería dudoso que fuera cierto: si no sabemos profundamente casi nada es probable que en tan vasta ignorancia quepa el no saber que sea cierto que no sabemos nada.

No es eso lo que quise decir sino que cada uno sabe a toda hondura dos o tres verdades complejas, pero sus contactos de vida son mil aspectos más, de modo que hacemos casi todas las partes de nuestra vida a oscuras, lo que no conduce a una constante desventura ni mucho menos porque el dolor tiende a engendrar por sí mismo el placer, por mera cesación y viceversa. Los aciertos, el saber, pesan muy poco ante esta regla de las cosas.

Pero sí vivimos en constante sorpresa; casi todo en lo inesperado. Íntegramente no conocemos ningún trozo (*íntegramente, trozo,* denuncia la fragilidad del trabajo mental humano), ninguna fracción total de nuestro lote de vida, a menos que dediquemos, lo que rara vez es posible, buena parte de esa vida a conocer todas las motivaciones de cada acción y pasión. Gustamos de reconstruir los comienzos de los efectos y hechos que continúan mucho o poco ligándonos y rara vez hallamos holgura para una evocación metódica.

Tampoco sabemos a menudo sobre qué substancias estamos trabajando ideas o conductas.

En música, por ejemplo, si compulsamos la inmensidad de pequeñas labores melódicas de los artistas coetáneos o anteriores a Bach y de éste mismo, los del pueblo en el pasado y lo popular presente, puede dudarse de que hayamos, con Beethoven y hasta hoy, estado trabajando efectivamente música, o si sólo se hizo música de aquella música remota, no artística ella misma y menos aún la anterior. Quizá todo lo que llamamos música desde Bach, son elaboraciones de obsesión pegada a los temitas y fragmentos de canto que en inmenso número dejaron aquellos músicos y pueblos. Quizá nunca, o casi nunca, ha ocurrido música genuina o individual: tránsito del estado sentido por el artista individual a su expresión directa y personal, busca de medios y deseo sentido de expresarse. He aquí cómo se trabaja largamente a oscuras y se da a nuestro trabajo un nombre que no merece.

Es así también que me pregunto ahora: ¿qué es, en la región de las motivaciones, lo que ha promovido en mí la noción y voluntad de hacer una novela? De estos dos o tres años últimos mi vida no conoce casi ninguna de sus motivaciones, no porque nada sea misterioso, inasequible, sino porque las indagaciones son fatigosas o inquietantes, aun con el interés que tenemos todos por estas buscas de comienzos en nuestra historia y de esquemas de toda la motivación de un acto o sentimiento.

Al principio hubo deseo de expresarme, también de estudiar la vida psicológica, también de comprometerme en un estudio general de estética, también de mejorar económicamente y, por ello, hacerme un principio de reputación que en circunstancias difíciles me facilitara medios de vida. Todo esto se borró con un nuevo gran motivo que brotó con el conocimiento inesperado de cierta persona de tan altas influencias de espíritu, y gracia tan increíble, que a veces no sé si sólo la he soñado.

Para serle grato o seguir soñándola inicié el manuscrito. Quedó este motivo máximo y uno menor que interesa más al público: ejecutar una teoría de Arte, particularmente de la Novela.

Así también es a oscuras que se escribe una carta de esta novela y a oscuras que la persona destinataria se agite por su lectura, y surja en ella conturbación que tampoco ella se defina. No adivina además los motivos de la Eterna, que ésta misma no se conoce bien, y escribe por impulsos desconocidos aquella misiva.

Es con igual confusión que tendrá sus impresiones de esta Novela el lector. No creo haber hecho una novela fiel a la plena doctrina poseída. Si ambas cosas fueran excelentes, todavía concedo al lector mucho tiempo para afirmarse en una impresión, mucho que dudar, que declarar vago o contradictorio o inartístico, puesto que para justificarme de imperfecciones acabo de argumentar lo arduo que es poseerse, así, de motivaciones e impresiones.

¡Adiós, lector!...

CÓMO HA SIDO POSIBLE, AL FIN, LA NOVELA PERFECTA

Ha sido dable, al fin, la novela modelo, que presentamos merced al aprovechamiento de un trastorno curioso a la circulación entre los literatos del personaje Juan Pasamontes, que como todos saben –aun el mismo Sócrates que nada sabía y también los que sólo saben que él lo dijo– es el que viene figurando desde dos o tres mil años, desde las literaturas griega y romana, en toda novela de verdadera sensación y modernidad que no se parezca a otra en nada ni en tenerlo a Pasamontes tampoco.

Siempre se ha reconocido que este protagonista, en la posición invariable que lo hace interesante hasta afligir: Juan Pasamontes aventurándose por incentivos de amor en una montaña con los precipicios oportunos para montañas de novelas, ha caído unos metros en alguno de éstos, lo que es desdicha siempre y más cuando en esos momentos la narrativa tenía que comenzar inaplazable; prueba de ello es que empieza describiendo este accidente que sirve en la novela para principiarla y en la vida de Pasamontes para suspenderla, en el lector para mantenerlo suspenso de preocupación y en el relato para marchar: es el único contraveneno eficaz para concluir con el lector salteado.

Pasamontes está a gran altura y riesgo pero la historia sigue, como las crónicas policiales que no empiezan hasta que no sucede algo; y el andar de Pasamontes por una montaña con todo alegre ánimo de goces, sólo empieza a dar gusto a lectores y autor cuando lo ven errar pie con inmenso peligro. Y se está sosteniendo de la última mata o arbusto, la punta de pie en una pequeña saliente de piedra insegura, agotándose fatalmente en clamores y esfuerzos a treinta o más ignorados metros del fondo del que ya debemos comenzar a llamar abismo.

Toda la novela es contada mientras él está en tal apretura y al final habrá que decir al lector cómo fue salvado. No creo que se conciba enredo novelesco que pueda tener más asegurado al lector, contando con él hasta el final y más suspenso y menos interrumpido su interés, que haya procedimiento con que mejor nos descontemos lector para todas las páginas; aunque entre la primera y la última fueran en blanco las otras, que en sustancia así son casi siempre –promesa de trama, promesa de desenlace, promesa de caracteres, promesa de unidad y de congruencia, incumplidas– el lector no saltearía una. Por tanto, para una novela modelo y en nada parecida a otra, no hay como este Juan Pasamontes, personaje de todas, pues es la personificación de toda trama: comienzo y desenlace sin nada en medio que desenredar, o enredo con simulada solución.

Suspendido en el aire, de él cuelga la atención de todo lector; yo la necesitaba para lo más difícil, el comenzar de una novela y el que el lector comience su tarea. Sea porque Pasamontes lo hace mejor que nadie al procurar estos dos comienzos difíciles –el lector cree que él hace lo más difícil–, sea porque él ha hecho creer en esas dos dificultades, autor y lectores emprenden sus respectivas fatigas más deslizadamente con él.

Deslizamientos y suspensiones ayudaron aquí. Al entrar Recienvenido colgaba su perro en la percha de los vestíbulos; los obreros de Ford cuelgan la gorra, tipo de movimiento, dice Ford, tan leve como los que en el taller compondrán luego el trabajo de la jornada; yo cuelgo un personaje prestado y lo retomo a la salida para devolverlo, pero en el ínterin aferro al Lector en un interesamiento tan intenso que lo arrepiente de todo futuro Saltear. Todo futuro autor agradezca el método.

DEUNAMOR

Deunamor se debe al máximo descubrimiento que concibió la inteligencia humana: la concepción del automatismo de Hogdson; es decir al impulso que el primer hallazgo perspicuo del automatismo psicológico, dio al pensamiento del autor de esta novela, encaminándolo a formular la teoría del automatismo integral, que puede ser estimada como una de las más audaces ideas y claras percepciones.

El autor, partiendo de esta magna lección de Hogdson, no se intimidó de llevarla a su más extrema sistematización. Como decimos, el novelesco autor de esta novela, con cuya magia prometo hacerte también a ti el novelesco lector, descubrió: que nunca está probado que el hombre o la mujer que llora o ríe, que frunza el ceño, grite, se agite, ataque, se defienda, busque, encuentre, juegue, se detenga, escriba o parezca leer o atender sienta o piense cosa alguna; que en ese hombre o mujer existan estados de sonido, color, olor, dolor, de todo lo que constituye la sensibilidad. En suma: que no exista "estado de conciencia", no impedirá en nada –ni la presencia de la conciencia ayudará en nada– que se desempeñen exactamente como se desempeñaría en igual situación una persona con conocimiento y sensibilidad.[1]

Al organismo le interesa vivir: no le interesa ser, tener sentido. El automatismo se hace cargo incesantemente de todo nuestro hacer y ese automatismo es totalmente adquirido por la experiencia individual (experiencia que no necesita ser sentida para producir las modificaciones de adaptación), excepto quizás en los dos reflejos instintivos fundamentales, que son congénitos: la fuga a lo doloroso (que es lo destructivo del organismo, no lo doloroso psíquico)

[1] El lector cuchichea con Hogdson y el autor percibe que ambos anotan acotaciones marginales.

y la retención o persecución de lo placentero. Con este básico automatismo congénito la experiencia va grabando las secuencias fisiológicas de cada emergencia: un hombre asaltado por un mastin furioso al que no vea ni oiga ni tenga recuerdo *sentido* de un perro ni de una herida; o si gustáramos decir: un hombre que se haya levantado ese día con pérdida total de la conciencia, se defenderá o huirá automáticamente, siempre que en una época anterior un perro le haya inferido heridas, aunque no hubiera tenido conciencia de ello. Se diría que debo admitir que ha sido necesario que alguna vez, por lo menos, esa persona haya estado dotada de psiquismo, inteligencia, emoción, percepciones sensoriales sentidas. Pero no es así: el niño puede nacer absolutamente insensible y procederá igual que su hermanito sensible (halo de sensibilidad psíquica).

Los daños sufridos por el cuerpo se habrán asociado a las sensaciones de los nervios visuales y auditivos, por las modificaciones en los tejidos nerviosos provocadas por la figura y los ladridos del animal, sin necesidad de que estas alteraciones neurales se hayan traducido en hechos psíquicos de visión y audición. (Psicológicamente las cosas son así; metafísicamente, todo el fenomenismo material, el cuerpo humano, las ondas sonoras y luminosas, no son ellas mismas más que estados psíquicos o sensaciones en una psique.)

Lo que el autor ha tratado de averiguar pero no ha logrado todavía, es en qué circunstancia puede producirse lo que llamaremos el arrollamiento total de la conciencia en una persona física; mas baste advertir que el estar de la conciencia en un cuerpo es una noción absurda, porque lo psíquico no es manejable en términos de espacialidad: una emoción, una percepción visual sentida, no ocurre en mi cerebro, aunque sea discernible una relación causal entre sentires y alteraciones en un cerebro...

El autor conoció a Deunamor durante muchos años, tratándolo continuadamente, y notó que a partir del deceso de su esposa, a quien aparecía amando inmensamente, algún matiz inaprensible casi en su conducta y en sus expresiones se había alterado de una

manera inquietante aunque indefinida. (El autor profesa en este párrafo de novelista profesional, pero tiene derecho a rogar al lector crea un poco en los milagros de novelas, al menos como yo he consentido en creer durante muchos años, como lector de considerable número de ellas menos explicables y congruentes que la mía.) Y así, poco a poco, Deunamor fue perdiendo su sensibilidad, hasta quedar reducido a un cuerpo sin conciencia.

Si el lector ignora todo lo que yo ignoro (agradezco su compañerismo), debe ignorar cómo explicaba plena y satisfactoriamente, Hogdson, el automatismo diré incompleto por él descubierto. Sólo se puede comprender el integral que yo explico. Por eso juraría que Deunamor dejó de ser una conciencia personal desde hace muchos años, y yo mismo observo que su conducta en la novela es la de un hombre que nada siente, piensa ni ve, en actitud de espera, pero sin sentir la espera, de volver a reunirse con la amada y ser feliz, o sea que es actualmente una insensibilidad con perspectiva de ser una sensibilidad. Esto es muy misterioso, y sería censurable para una persona que ignorara que en el mundo hay cines y novelones de Conan Doyle.

El tono de ambiente opera sobre el automatismo sin que Deunamor lo sienta, por eso participa en los movimientos de la novela.

El cuerpo es el dominante que no necesita colaboración sensible; puede vivir perfectamente sin conciencia y puede también cuando hay conciencia obligar a esta conciencia a vivir, cuando ya no le conviene vivir; se opone al suicidio del hombre de más intolerable desdicha y prescinde de su sentir para hacer todo lo que mantenga la solidaridad de un cuerpo personal: el Cuerpo no posee más plan que el Longevismo, no el Hedonismo.

La novela no tiene a Deunamor por su personaje, sino por el cuerpo insensible pero autómata coordinado de un personaje. No nos jactamos de una novedad que efectivamente sería muy grande, de introducir en la novela un personaje autómata (que funcionara un mes, por ejemplo, a cuerda), porque Deunamor no es un autómata de nacimiento; tuvo, y puede volver, a la conciencia...

La novela espera que el tono visual, táctil, auditivo, de la amada revivida y retornada, operará el milagro de la recuperación conciencial de Deunamor.

Y Deunamor, por su parte, mostrará su cariño a la novela enriqueciéndola con su amada. ¿Cómo la resucitará? Porque es el único hombre que no niega sus sueños. Deunamor revive a su amada porque cree en sus sueños y es feliz pues fía en la eternidad de los amantes.

UN PERSONAJE, ANTES DE ESTRENARSE

—Yo deseo saber entre qué gente me veré aquí.

—Ninguna que desmerezca. La Eterna, Deunamor, el Presidente.

—Porque debe usted saber, señor escritor, que yo ya no estoy para aprender ni para enseñar a otros. Yo me llamé a veces Mignon en *Wilhelm Meister*...

—Pero si tenemos aquí a la Eterna que se llamó Leonora en Poe; y a la que se llamó Rebecca en *Ivanhoe,* y también nuestra Eterna figuró en Lady Rowena.

—¡Cuándo encontraré para mí el gran novelista!

—¿No lo habrá hallado ya usted aquí?

—Pero fíjese que su novela no sea con "cierre hermético" sino con salida a otra, porque soy personaje de trasmigración y me debo no a la posteridad de los lectores sino a la posteridad de los autores.

—Sea: por mí, que se porte bien aquí. No creo por lo demás que los autores del porvenir se conformen con personajes usados, pero esto no me concierne. Estamos entendidos.

PRÓLOGO, TAMBIÉN

Desearía que esta novela tuviera algo de un ensueño, el más sutil que conocí. Lo soñé (*fechando* ensueños; pueden éstos fecharse por su concomitancia con las series de la vigilia, e igualmente por referencias a otros ensueños que los precedieron o siguieron) en 1928. "Me hallaba en una habitación en la cual había un fondo en penumbra o tras un cortinado oscuro y entreabierto, así me parecía alternativamente, actuaba una mujer cuyo rostro no distinguía, sino los contornos de una vaga vestidura femenina; y yo sabía quién era, la sentía conocida sin verla en verdad; sentía cordialidad, compañía de ella, que no me era enemiga su alma; también por momentos no sabía si la veía y reconocía o no. En el despertar subsiguiente o estado que por idea o concepto llamamos despertar, no logré evocar su rostro." Uso comillas para los ensueños y en todo lo que escriba específicamente sobre ellos las usaré, para que si alguna vez yo, que soy ensueño para otros, me aparezco al lector en su mente, me distinga por las comillas como ensueño suyo. Todo el Arte podría llevarlas y todo lo que yo escribí, mis tres libros hasta hoy, *Vigilia, Recienvenido* y *La Eterna,* quise plantearlo en el estado y como una figuración del estado del recién despertar y no del todo sin sueños. Es un estado que debiéramos reservarnos para frente al dolor y los presentimientos de la pasión, como para el idilio de la pasión debiéramos crearnos una supervigilia, aunque la pasión ya lo es.

Me parece haber cierta divinidad, es decir mística, sentido de autoexistencia, en este ensueño relatado, que sólo una vez tuve: es la deleznabilidad o imitabilidad de la identidad personal, el eterno zafarse de la continuidad individual y el reconocerse, confirmarse.

Fuera del estado de pasión (sólo es pasión la altruística) que es de certeza, único estado de realidad por el ensueño en que ambos amantes confluyen y en que debe arriesgarse todo, comprometerse

con la plena vigilia, su entera dicha, su entero dolor, debiéramos vivir a media luz y media acción, a media vigilia, sin reconocer por entero los sucesos y estados, pues fuera de la pasión la probabilidad es de prevalencia del sufrimiento; el ensueño que rememoro es fórmula del estado de media inadmisión de toda certeza y efectividad.

PRÓLOGO METAFÍSICO

Esta novela no consiente separarse de eternidad; quiere tener su frente en brisa de lo eterno; su metafísica no la abandona y es como sigue.[1]

Salvedades: 1° A pocos –sólo 1 por millón de "civilizados"– les aconteció el instante de Infamiliaridad Radical, infamiliaridad de todo: por tanto son poco importantes la explicación metafísica y estas líneas.

2° Además, el hombre es muy poca cosa, tiene muy poco tiempo y fuerzas para pensar; aun el raro hombre que pudo dedicar alguna holgura para pensar y que llamamos sabio y genio, está abrumado de enredos menudos o grandes que exigen aun al más favorecido de ocio un 30% de sus fuerzas musculares y atencionales, además de paciencias agotadoras para el sufrimiento. Por esto "sabios" y "genios" son una condescendencia de comparación con los muy musculares, que en parte no están obligados al saber. Aparte de la suma de cosas mentales pero automáticas (Historia, Idiomas) y aparte del trabajillo irritante de acondicionar páginas, redactar, etc. En suma: que todos los llamados sabios han vivido y han expirado a oscuras y sólo se los recuerda por su especialización, que sorprende por comparación con los musculares y comunes hombres; de sí mismos ellos saben que sólo han logrado aclarar el 10% de lo que ambicionaron. Seamos modestos los llamados *intelectuales*: en todo oficio o vida muscular hay una buena proporción de concurrentes esfuerzos intelectuales netos.

Después de estas franquezas, me entrego yo también a convidar con opiniones.

[1] La doctrina metafísica consta principalmente en *No toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos y Otros escritos*. (*N. del E.*)

El Materialismo es una metafísica; no es ciencia; su inquietud es la misma que la del Idealismo, la esencial perplejidad metafísica: el asombro de inexplicabilidad de que algo "sea".

La ciencia es un pasatiempo de descriptiva del Ser, con esperanza de practicidad y sin asombro-de-ser. El materialismo, como el idealismo, como toda metafísica definida, concluye declarando la total inteligibilidad del ser, la absoluta conocibilidad, a diferencia del positivismo y la ciencia que se atienen al cómo del mundo, del ser, declarando inaccesible a la Inteligencia el *cómo* el ser fue posible, cómo se dio el ser y no la nada, cómo fue dable, cómo algo puede ocurrir, ser, sentirse. Ello equivale a creer, concebir que pudo no ser, que mañana el tiempo, el espacio, las cosas y los sentires pueden cesar, que un día comenzaron después de nada.

Los físicos creen decir algo, comprender, cuando construyen el mundo visual-táctil con átomos, con lo invisible e impalpable. Igualmente, sin ninguna preocupación inventan la aparición de la conciencia del seno de las preciosas recombinaciones de lo insensible, lo inconsciente: la materia. No es que con verbalidad tan ininteligible se calmen; es que no hubo inquietud, asombro todavía: la Metafísica no nació en ellos tan fácilmente como la conciencia de lo Inconsciente. En cambio hallan insensato que el idealismo niegue el Tiempo, el Espacio, el Yo, la Materia; que afirme como Única concebibilidad, único objeto para la inteligencia: el estado sentido, mío y actual; así nombro, defino al ser: lo autoexistente eternamente, lo eterno en mística de la intelección; es decir que la categoría "ser" no es pasajera, no puede perderse.

No concibo un instante de mi no-ser, de mi no-sentir; lo que soy, es decir mi sensibilidad, no empezó ni cesará ni se interrumpe un instante, ni se discontinuará nunca la identidad individual en mi memoria. Un tiempo sin mundo, el no ser del ser, es una noción imposible.

¿Cómo es este Misterio y en él Dicha y Dolor, esta existencia de la cual no saldremos nunca, esta inexorable eternidad personal nemónica, ese Dolor para el que quisiéramos el no-ser, y que herirá siempre, esa Dicha que llegará y volverá, ese inapartable siempre

existir, esa dicha esperada, no actual, para la que quisiéramos el ser con actualidad?

Hay un solo hombre que se preguntó ¿puedo no ser? Es el hombre: que existía. Cuando alguien se va, cuando *otro* se oculta, es el hombre que existe el que se demanda ¿hay la muerte?

Chocante como sea esta verbalidad hay que repetirla: es quien existe el que cree o se pregunta ¿he nacido hoy, antes no era? Puedo decir esto mismo y ya no parecerá verbalidad: cuando quiero pensar en la nada ¿surge en mi mente alguna imagen sobre la cual recaiga ese pensar? Si la hay, pienso en algo y no en nada; si no la hay, no pienso. Tenemos, es cierto, la palabra *nada* que a algo alude: es una negación condicionada, o parcial de existencia condicionada: el no haber tal cosa o sentir en tal lugar o tiempo, es decir junto a tales determinaciones de otras cosas: no hay nada sobre esa mesa; o el no haber en percepción lo que hay en imágenes: no haber en mi casa los manjares en que pienso. *Nada* carece de otro sentido.

El Espacio es irreal, el mundo no tiene magnitud puesto que lo que abarcamos con la más amplia mirada, la llanura y el cielo, cabe en el recuerdo, es decir en imagen, totalmente y con todo su detalle en un punto de mi psique, de mi mente; ésta no tiene extensión, puntos, y contiene imágenes. Suficiente es que lo material pueda hacerse imagen sin posición ni extensión por la evocación en mi mente, que pueda representarse igual y total, *verse* (pues sólo por concepto decimos que en tal caso no vemos sino *recordamos*) y lo prueba el hecho de que en el ensueño o en la evocación despierta muy intensa, la imagen es igualmente viva y suscita las mismas emociones, actos, palabras y gestos, para que sea cierto: 1) que lo Exterior no es intrínsecamente extenso; 2) que la mente, psique, conciencia, alma, sensibilidad –sinónimos en su esencia de lo subjetivo– no tiene extensión, posición ni estación en ninguna parte; 3) que la inmensidad, el Cosmos, es pues un punto, o, mejor dicho, la Imagen *involuntaria,* autónoma, lo contingente o espontáneo frente a nuestra voluntad.

Es decir que todo lo que hay son imágenes, unas voluntarias, otras involuntarias, sueño y realidad entremezclándose y suscitando las mismas emociones y actos cuando son igualmente vivos.

Se puede decir que, puesto que lo vemos, el mundo es inextenso. Pero a veces el objeto presenta tamaño distinto según la posición en que se halla respecto de nosotros; los sonidos emanados de él con igual percusión varían de intensidad, y para obtener de él una sensación de otra clase, la táctil, hemos de realizar un trabajo de traslación. Tenemos pues que lo único que es efectivo del Espacio es el *efecto:* distancia, o sea que dada la percepción de un objeto, de un sonido o perfume, podemos aumentar tamaño, detalle o intensidad según el caso mediante un trabajo nuestro que denominamos acercarnos, y en cierto momento de este trabajo podemos obtener sensación táctil del objeto visual. Que se requiera un trabajo de traslación para que de un objeto que decimos distante podamos obtener sensación de tacto, es el *efecto* del "espacio" y su única realidad.

Asimismo, en cuanto al Tiempo, su realidad reside en su *efecto:* que se requiera una espera, es decir una suma de sucesos, para que después de uno de ellos llamemos *presente* a un cambio o estado de cosas deseado, o temido. Cuando un hecho en representación placentero es deseado, es un hecho *futuro;* si doloroso es temido, es *futuro* también; si doloroso no es temido, es *pasado,* y también lo es si placentero no suscita deseo o alegría; en uno y otro caso siempre que se descarten efectos actuales del pasado o estados actuales que sean parte del hecho futuro. Un estudiante a dos o tres meses de exámenes puede tener alternativamente representaciones de una misma escena: imaginarse en tal aula próximo a una mesa a la que están sentados cuatro profesores; puede esta escena corresponder, con las mismas figuras, al acto de examen de anatomía por el que pasó en marzo o al que sobrevendrá el próximo noviembre: ¿cuál de las dos escenas es futura, o pasada? La franja intelectual es absolutamente la misma, que unas veces suscita afección de temor y otras afección grata. En el primer caso el hecho es futuro; en el

segundo es pasado: el examen que di me es grato recordar, el que *voy a dar* me intimida.

Tamaño (espacio) y duración (tiempo) no son reales sino inferencias respecto del efecto de trabajo muscular de traslación o trabajo mental de espera, inquietud, deseo. La duración es meramente la suma de cambios que deben ocurrir, hacerse actuales antes de que se haga actual otro cambio; y este *antes* y este *hacerse actual* no son implicaciones de tiempo, que serían tautológicas en este caso, sino correlativos psicológicos: así es *actual* un estado cuando la afección –deseo o temor– que le está ligada, culmina en intensidad: el temor de algo como temor es naturalmente siempre actual pero la escena representada o percibida es actual cuando el temor llega a su colmo.

Todo esto dicho para establecer la nihilidad del Tiempo y del Espacio, abstracciones que nos dicen únicamente que ocurren en nosotros representaciones de escenas o hechos que en la percepción o realidad nos procurarían dolor o placer y que sin embargo se dan en nuestra mente unas veces suscitando emoción e iniciaciones motrices y otras nada de esto. (En el primer caso la imagen es de hecho futuro; en el segundo, de hecho pasado.) Tal es todo lo que ocurre en nuestra psique con el Tiempo. *Distante y próximo* (Espacio), a su vez, se diferencian porque la obtención de mayor visión o de otras sensaciones de una cosa exigen, en unos casos, trabajos de traslación, y en otros no: veo una flor y para obtener de ella la sensación de tacto y la sensación de aroma, debo efectuar un trabajo muscular, u otra persona debe efectuarlo por mí. Esto es todo lo que importa el Espacio.

La nihilidad del Tiempo y del Espacio, correlativa a la nihilidad del Yo (o identidad personal) y de la Sustancia material, nos sitúa en una eternidad sin concebibles discontinuidades. Ésta es la certeza metafísica de la novela.

EL HOMBRE QUE FINGÍA VIVIR

(Único personaje que necesita explicación. Y la tiene doble[1]: le faltó existencia pero abundó de aclaraciones.)

1 Puede ser que no le consiga más que una, aunque prometo dos. ¡Otra incongruencia! Pero ya dije, o lo diré adelante, que empleo todo recurso, y entre ello las incongruencias, para desafiar con lo artístico o verosímil, lo pueril verosímil, y señalo y justifico a cada uno. Es un proceder más franco y una labor mayor que me tomo por el público, que la tan usada y cómoda de introducir dementes en las novelas. Quijote, Sancho, Hamlet, son personajes confesadamente enfermos, como el idiota de Dostoievsky y algún protagonista de Hamsun (a este escritor le han premiado un loco, hasta el punto de que si durante una página se conduce con lógica el loco no es premiado y decimos que ha fracasado el autor: el demente exime al autor de cuidarse de absurdos). Y sin embargo siguen creyéndose realistas esos novelistas; hacer novela o teatro con dementes es como hacer ciencia empezando por negar la causalidad, es elegirse el poco trabajo de explicarlo todo por la demencia, usar la demencia como coordinadora de novela, hacer realismo incomprobable para el lector ya que lo inconexo y absurdo es la verosimilitud de la demencia. La locura en arte es una negación realista del arte realista. Los efectos, consecuencias, influencias de la locura en los personajes cuerdos puede ser arte realista, pero la conducta y carácter del personaje loco que es lo que principalmente ocupa a esas novelas cómodas de seudorrealistas, es asombrosa inocentada. Análogamente lo sensorial (goces y dolores del comer, del fumar, de la sexualidad fisiológica, etc.) no es asunto posible del arte; los efectos de la sensualidad sobre lo no sensual del personaje, sí. Ejemplo: la Bovary, vida enteramente despreciable de desesperación sensorial, que al arte no interesa sino como destino de desesperación, no en sus sensualidades. Yo no doy personajes locos, doy lectura loca y precisamente con el fin de convencer por arte, no por verdad.

En esta novela el hombre que fingía vivir no es visto ni aludido, no figura. Es un personaje "así", idiosincrásico; "él es así", y tan característi-

camente, que no se nota que no figura. Quisiera hacerlo, si cabe aún, más prominente en la novela; acrecerle importancia condigna a un no-existente; decir por ejemplo que él ejecuta la Ausencia realizada por fin en arte, lograda en símbolos y aun ocupando lugar.

O dejarle la culpa de todo lo malo que sucede a los personajes o al estilo y elegancias faltantes en la idea y redacción de nuestra novela. O usarlo como acumulando en él, en su inconcebible efectividad de "personaje por ausencia" todos los imposibles abiertamente usados en todas las novelas y filmes y, desde luego, el de saber el autor lo que va a suceder futuro, lo que piensan y no dicen los personajes y otros menudos imposibles que recaman las tramas.

Pero diré, honestamente, meramente, que lo impresionante de este personaje se muestra a satisfacción en el simple detalle de que la primera hoja en que se trata de él es la única que presenta y ha requerido, no intencionalmente sino por un imperativo raro, un subtítulo en paréntesis y una larga nota al pie. Abundan en los relatos y poemas cosas mucho menos explicadas que, aquí, la influyente actuación de un personaje por ausencia, utilizando a una singularidad tipográfica como prueba de eficiencia y sustancialidad de un protagonista inexistente.

Como dije, nadie sabría –así quisiera haberlo conseguido el autor– que este personaje no figura. Si no fuera por Sen (que hasta este prólogo no ha aceptado buenamente llamarse Quizagenio), pues el hombre que no se sabía si era genio tiene predilección por confundirse respecto del hombre que fingía vivir, hacer preguntas, asombrarse, demandar su presencia, aunque ya se le ha dicho que, por su papel, hacerlo venir es echarlo a perder (no porque sea mala compañía la de los demás personajes sino porque con ello la Ausencia, uno de los más adulados asuntos de versos, no comunicaría su fácil encanto a la novela).

La pertinacia de Sen ha obligado a buscar y hallar por fin la explicación que para él tuvo toda elocuencia. Cada vez que Sen pregunta por aquél se le contesta que Hgfg está ocupado en la única cosa que queda hoy en el mundo que avergüence e induzca a ocultarse: está rompiendo la figurita de una caja de fósforos en busca del oculto bono de ahorro que promete la Cia. de Fósforos Victoria. Sen queda enteramente tranquilizado y simpatiza con Hgfg. Sen efectivamente opina que esa tarea es grata, azarosa, y el único motivo grave de esconderse,

El hombre que fingía vivir no aparece porque ha pensado que una novela que durante tanto tiempo no aparecía y por esto se la celebraba, se expone a no hallar nadie que la alabe si no retiene, en la publicidad, algo del no aparecer, algún rasgo de cosa futura; sienta bien a una novela que ha

tenido un largo período de no ser contada, de no existir –lo que ocurre pocas veces; el no existir de un libro se obtiene entre el prometerlo y el publicarlo; libro no anunciado careció de no-existencia–, que mantenga dicho carácter en algún aspecto parcial de su realizarse. Pero además conviene a la rigidez de lo absolutamente fantástico que deseamos reine en ella, pues la invención, no la copia de realidad, es la verdad en Arte, que la novela se asegure los servicios de un personaje de intachable inexistencia.

Todos los hechos y personas de la novela son gratamente imposibles, fantásticos para la realidad; Hgfg, en su grata inexistencia, con la que se ganará la opinión del público, es fantástico para la novela: no sólo no ocurre en la vida; no ocurre en el libro.

El lector comprobará que si del desempeño de todos los personajes estamos contentos el lector y yo y no sabemos cómo agradecer que nos hayan acompañado hasta el Fin, como nos hemos acompañado el lector y yo, corriendo aquéllos a cualquier página a que estuviera el lector para dárselos a leer, de Hgfg lo estará más aún: se ha atenido a su papel de inexistencia sin ahorrar fatigas, con una idoneidad para el prolijo no-ser y una asiduidad de faltar casi enternecedoras; deben haberle requerido una larga experiencia previa. Concluida la novela se le levantó la interdicción de ser y nos visitó como recién nacido agradecido, débil, incipiente y sin un salpique. Esta visita prodigiosa es de lamentar que no ocurra dentro de novela tan linda pero que ya estaba terminada, pues no tiene el don de seguir siempre como quisiera el lector y como lo hacen *La Nación* y *La Prensa* del domingo. Ningún defecto muestra su inexistencia, ni aun de detalles, corriendo a cada momento el riesgo de existir, de ser un fracaso del no-ser, lo que tanto volumen habría quitado a su figuración.

GUÍA A LOS PRÓLOGOS (PRÓLOGO INDICADOR)

Estoy habilitando comodidades y un nuevo Capítulo para escenas y personas sobrevenidas, a las que debo improvisar acomodo, páginas, hechos y redacción (pues mis personajes son todos ligerísimos: en el instante en que dejo de escribir dejan ellos de hacer; como no trabaje yo, queda todo parado; ahí está Juancito "en el aire sin piso del espacio" (es una lírica que surge en mí como un respiro liberador en la gravedad de los prólogos que aún me faltan) a medio caer de un balcón, porque yo paré ayer de escribir, como escritor a conciencia, para desocupar el suelo (y preparar su descripción), que ocuparía su porrazo; no le cuesta nada seguir la acción de la gravedad ¡pues no lo hace! Otra vez me buscaron a lo largo de la Novela porque había dejado a don Luciano metiendo un brazo en la manga del sobretodo y ya no resistía los calambres de esta postura. Más se quejó el Presidente, pues interrumpí redactarlo cuando iba a soplar el fósforo con que acababa de encender su cigarrillo y ha pasado la tarde sin fumar y quemándose. Esto parece mentira. En toda hora hay en mi novela alguien con sólo un botín puesto, un joven con una sola novia o los novios que iban a quedar solos y yo no acabé de retirar a la mamá o hacer cabecear a la tía. También don Luciano fue dejado por mí de escribir en momentos en que se calzaba una nueva Moral y se me encontró lejos cuando me buscaron para devolverle cierta Virtud. Otra peor, pero de provechosa consecuencia: todo un público de inauguración del nombre nuevo de una calle, que contaba dormirse tan pronto se levantara el Ministro a aburrir oratoria. Dejé a éste erguirse y en el momento en que iba yo a redactar dormido al público, me llamaron por un rulo no acabado de redondear o un solo lado afeitado de una cara; como el público era personaje de mi novela y el Ministro no, éste dijo todos sus indispensables conceptos y el público escuchó todo, lo que jamás ha principiado a ocurrir en ninguna inauguración, aniversario, día

de premios del colegio o de estatuta que estrenan. Los públicos de mi novela no volverán a abrir la boca por apellidos de calles. En fin, los editores me previenen que si ceso de redactar al comprador de mi novela en el delicado instante de la instable decisión de empezar a comprar la proximidad de un ejemplar, seré indigno de los mil pesos gastados en pegar en las paredes seguridades sobre la "Mejor novela del mundo desde su principio y el de ella".

A LAS PUERTAS DE LA NOVELA
(Anticipación de relato)

Cómo librarse, un verdadero artista novelista, del lector de desenlaces. Receta contra esta colaña lectora.

De Personajes descartados puede hacerse una lista; de Lectores sólo un género descarto: el lector de desenlaces; con el procedimiento de dar sustanciado todo el relato y final anticipadamente ya no se le verá más por aquí.

Mi táctica de novelista es: personajes sólo entrevistos, pero que tan bueno tienen lo que llega a saberles el Lector que se graban por la irritación lectriz que entre amarlos por delicados y quedar insaciados por conocimiento incompleto o "saber a medias", obran en su memoria dos fijadores nemónicos (no hay memoria sin afectividad, sea irritación o ternura) y quedarán inolvidables. Esta explicación previa a la novela hará que el lector no se preocupe por no entender las imperfecciones; leerá cómodamente así y lo trunco u oscuro no lo atarearán en entenderlo.

El autor debe advertir al lector, cándida, inicialmente: "Ésta es una novela que va a ser así:

Un señor de cierta edad, el Presidente, en un paraje de nuestro país, va reuniendo a todas las personas que en sus excursiones fuera de su casa se le hacen simpáticas, y quieren vivir con él.

Esta tertulia de la amistad se prolonga un tiempo feliz, pero el huésped no lo es: incita a sus amigos a entrar en una Acción.

La Acción se cumple con éxito pero él continúa infeliz.

Concluida la acción se separan, y con otros detalles y sucesos no se sabe más de nadie.

La esencia de este relato consiste, pues, lector, en que iniciándose con un gran esfuerzo, para probarse en la vocación de la alegría, y partiendo su movimiento del perenne descontento del Presidente que no se siente satisfecho con la vida de amistad en la Estancia, pugna por entrar en la acción, y alcanzada plenamente cae en la desilusión de la acción y en el afán de ser feliz por el amor, habiendo antes de formar su grupo de amistad en la Estancia tenido desdén por la Amistad, Acción y Amor y única vocación por la meditación del Misterio.

Antes y después de la narrativa de la novela, lo que dominó en él fue la meditación metafísica, que lo hizo fracasar en la Amistad, en la alegría de la Acción y en la plenitud del Amor.

El único que en esta novela tiene el diablo en el cuerpo es así el Presidente; sucesivamente se queda corto en todo: amor, metafísica, amistad, acción; es profundo en el Misterio, mucho ama a la Eterna, luego busca la amistad; insatisfecho decide la Acción; descontento otra vez y sugestionador siempre, después de noches de deliberar y sufrir invita a la dispersión para siempre a los acompañantes que hizo felices, ilustró y llenó de problemas durante años de vida en comunidad. Para no encontrarse más, deliberadamente, los unidos felices y apartados tristes, para nunca saber uno de otro fortunas, desdichas, finales. Ésta que es la Muerte Académica es una decisión no insensata para los sin Fe –que somos casi todos. Cierto que mejor fuera: unidos y con Fe.

Con estas vacilaciones, el gran personaje Presidente impone a esta novela una redacción y disposición deshilvanada, pero el desenlace de muerte académica le da grandeza y el ensayo previo de los personajes muestra un respeto al público lector por primera vez cumplido por un autor: no habrá más dramas y novelas sino con previa maniobra de personajes a vista del lector.

Finalizando, el presidente autor termina también en dos descontentos: se le impone en tal grado la personalidad de la Eterna que no es capaz de trabajar su poder evocativo en dirección a lo que habría sido el augusto sentimiento de la Eterna en la Despedida y la incógnita de su destino ulterior. Y asimismo el autor, tan artista como se

cree, no puede imaginar ni mencionar cómo seres de tanta inocencia y cariño –Dulce-Persona y Quizagenio– se arrancaran de compañía por la dispersión resuelta.

En suma: queda indescripto el Final de la novela medioescrita del mejor de los semi-novelistas.

Si una novela como la así sintetizada cree usted que tenga probabilidades de gustarle, léala. Y permítame que yo ejerza de artista mientras la lee, pues esa novela puede agradarle sin tener nada de artístico y ningún valor para mí. Pero me será útil para que yo ejerza sobre su espíritu el único operar artístico. Usted sentirá oscuramente primero y después claramente la emoción artística, lo que yo he querido suscitar.

El lector que no lee mi novela si primero no la sabe toda es mi lector, ése es artista, porque el que busca leyendo la solución final, busca lo que el arte no debe dar, tiene un interés de lo vital, no un estado de la conciencia: sólo el que no busca una solución es el lector artista".

ENTRADA EN PRÓLOGO DE FEDERICO

Será tan sustancial como entrar en materia y no obstante trata de otra cosa.

No me hago ilusión de impedir eternamente se entre en la novela el chico del largo palo –a quien ustedes conozcan desde ahora como futuro personaje sin espacio, amojonado en ella, aspirante resistido, y merodeando a figurar en el relato– y prepárole, en mis aprensiones, títulos para caso de un eventual y no deseado abrirse paso a ella, a fin de que aunque recibido a la fuerza no se le nieguen del todo consideraciones en la recepción *de hecho* que se le discernirá (por todas las personas de mi invención que combinan la trama usando de la combinada existencia que he sorteado a cada una, entes nacidos tiránicamente, no como nosotros que fuimos consultados, a la agitación del vivir novelesco por antojos perezosos de Fantasía y que no obstante tan casual y flaca existencia se sienten talmente poseídos de ella que le riñen la entrada a un chicuelo); he consentido lo que él me pidió cuerdamente: que le formara antecedentes acordándole un acceso a prólogo que ablande su ingreso a la novela, para cuando la obtenga a descuido de los poderosos personajes que estén existentes en ésta y asegurados en ello desde el principio, ya como jubilados del existir irreal, con un aire tan acostumbrado a existir cual unos preexistentes de sí mismos, costumbre que también los vivientes hemos traído con nuestro nacer, pues nadie de nosotros recordará sorpresa ninguna que hayamos manifestado de empezar a vivir, lo que si no nos lo contaran no se lo creeríamos a nadie –y yo, como los que recuerdan mi nacimiento no se acuerdan del propio, he optado por no creerlo necesario y afirmado la eternidad nuestra–.

Aunque se le teman más estragos que a un crítico debe considerarse en posibilidad su advenimiento y preparar lo que propicie la paz de ese instante. Con el chico en la novela ya está dotada ella de todo estrago y ahorrados los críticos.

Y bien, hay en él títulos, obras, pasado; no es un chico empezado como el autor de sólo el presente libro y edición (este popular autor recién arrellanado en la Literatura y que aquí se inaugura, no es tan conocido que se exija comenzar la venta de su libro por la cuarta edición como hacen los grandes autores).

Dios inventado para que nos hiciese nacer se preocupó de quedar bien en seguida y creó el Mundo para *hacer creer* (esto no es religioso pero es lo primero de la religión) que se había preocupado antes de nosotros; le puso numeración de 3° y creyó que le pediríamos los otros. "Si esto es 3° que nos den además los anteriores." Al contrario, cuando le vimos el número dijimos: "3° y último". Si se le ocurre ponerle al dorso la dirección del remitente, lo devolvemos.

El chico Federico no dejó de intentar la lucha económica. Puso con todos los amigos y amigas una Fábrica de Ruidos. Se obtenían de metales, zinc, latón o cristales tratados a distancia con agentes minerales por los mejores tiradores de cascotes entre sus operarios. El transporte fácil y gran salida de la mercadería, aseguraban prosperidad. La catástrofe financiera de 1921, los tambaleos de Stinnes, la competencia colosal de la Standard Oil con la Dutchshell, los desaforados marcos papel... lo cierto es que a pesar de la gran salida, no quedaba un ruido en el local al punto de manufacturado; la empresa de Federico no pudo resistir y habiendo encontrado el procedimiento para llenar de estrépito al pueblo sin que se notara, sin hacer ruido, sin que se supiera de dónde salía, cada padre encontró a su chico y ayudándolo a caminar de diversos modos acelerantes, a las dos horas de inaugurado el Establecimiento tan reclamado por los adelantos y comodidad de la población, todo el personal estaba envasado en sus camitas en casa y se evitó una presentación de quiebra obligada sea por las perturbaciones Stinnes, la inestabilidad de los cambios, los marcos ilimitados, la oscuridad de los 14 puntos tardíos de Wilson...[1] o quizá la sola casualidad de que en esa ciudad –y

[1] Alusión a asuntos conflictivos en la posguerra 1914-1918 (competencias comerciales y bancarrotas, emisión ilimitada de marcos alemanes, proposición del presidente norteamericano Wilson para una Liga de las Naciones). (*N. del E.*)

esto facilitó mucho la tarea de recolectar los chicos–, los papás eran más grandes que los chiquitines. Antes de que Federico hubiera definido en sus reflexiones sobre los determinantes del final mercantil acaecido, si la perturbación Stinnes, la guerra del petróleo, etcétera, fue la causante o se necesitaban todas, comienza nuevas operaciones individuales como secretario o apuntador de Dios, para anotar y recordar a Éste todos los "si Dios quiere" referentes a lavados de patio "para el día siguiente" que formulan en las casas modestas las señoras y muchachas cuando en el día se sintieron ya mortificadas a no poder más por las postergaciones que han dejado amontonarse, de baldear los pisos: "mañana si Dios quiere lavamos los pisos", "mañana si Dios quiere, lavo mi pieza". Se venía observando y calculando que cada día Dios se olvidaba de querer unos treinta mil lavados de pisos postergados en todo el mundo. Habrá también que recordar los "mañana si Dios quiere acomodamos el ropero grande"; otros treinta mil. Lo cierto es que Federico se encuentra en la tierra por lo menos desde esta mañana, a la entrada de mi novela, y no hay que preguntarle si también estos negocios con Dios acabaron mal por aburrimiento y paga morosa. Los Dioses son viejos y taimados, por tanto, más sabe el Diablo o Dios, que es lo mismo, por viejo que por diablo.

Pero hay aún algo que no puede callarse un instante más: la ida y vuelta de Federico alrededor del mundo. Digamos por lo menos que fue lentísima: partió al tiempo de removerse los labios y acercarse los párpados pálidos de la Eterna para un sonreír animador de la ingenuidad del Presidente y volvió cuando esa sonrisa se escondía porque el Presidente había pasado de la imposibilidad de candor a la imposibilidad de enfurruñamiento y tomábase de las ropas de la Eterna en signo de querer "irse al roperito", o sea a castigo.

Con lo que queda Federico presentado y entrado en prólogos.

AL LECTOR DE VIDRIERA

Una larga experiencia de principiante de polígrafo, precedida de muy aprobado silencio, ese versado callar que todo lo abarca y a todos gusta, todo-callar enciclopédico, me hizo sospechar la frágil contextura del Lector, mas no es tanta su fugacidad que, al menos, los Títulos y Tapas dejen de alcanzarlo. De tal reflexión nació mi innovación: los títulos-textos. Así quiero explicar la lentitud del título de la novela.

Como la circulación de tapas y títulos es merced a las vidrieras, quioscos y avisos, la ideal, el Lector de Tapa, Lector de Puerta - Lector Mínimo, o Lector No-conseguido, tropezará por fin aquí con el autor que lo tuvo en cuenta, con el autor de la tapa-libro, de los Títulos-Obra. Y considero que "El lector alcanzado" debe ser el título del Título que estamos presentando de nuestra novela, pues un primer suceso ya ocurre en su tapa donde Lector-mínimo es redondamente alcanzado por lo único que mezquinamente han leído los libreros: la carátula, lo único que para el mayor número de los libros se edita de ellos; realmente, la Posteridad, que todos adulan y nadie ha conocido de presente, lo reconocerá.

Los números de domingo de *La Nación* y *La Prensa* quizá me han sugerido las tapas-texto que son una especie de números del domingo de las tapas y día de fiesta de los títulos, pues aquéllos a pesar de lo largos que son están escritos. Como también he observado, después de mucho creer que tales números no terminaban –y esto les aviso a los que siempre hojean esos diarios, todos los cuales creen también como yo que no terminan– que esos números del domingo concluyen: hay que haber tenido un domingo tan desesperado como yo cierta vez en que los leí íntegramente, para salir del error de creerlos infinitos, creencia en infinito que ninguna persona reflexiva debe tener para ninguna cosa.

Quedan pues evidenciados origen y designio de mi inauguración de los títulos-lectura, para aprovechar la mayor circulación que la vidriera procura a la tapa sobre el bulto interior del libro, circulada luego por ese circulador de fósforo encendido y prestador de fuego al otro cigarrillo, que tenemos, muy cordial también, en lo literario: el prestador de libro que, uno solo, si consigue pensión del "Fomento del Libro" y longevidad de los tónicos (éstos son la religión que nos queda, además de las dos religiones argentinas: la fe de que quien va al Paraguay volverá con un loro y la de que con un queso Tafí se vuelve del Norte, o no nos creen regresados; de allá no se puede traer de vuelta –son otras aves– filósofos, como lo pueden aprovechando la baratura de todo en Europa, los caballeros y damas ricas argentinos que van en gira y traen de paso) hace edición a un ejemplar solo, y parece que el agotamiento de venta no hubiera empezado por comprador, tan lejos lo deja e invisible hace a éste el largo trayecto de la circulación prestada. Se calcula cien lectores de tapa por uno de libro; títulos-texto y tapas-libro no erran lector; son la única esperanza de un gran radio de acción de la brillante Literatura, las más de las veces, la guardada y secreta Literatura, recatos que no la contentan.

Prevengo empero a los que se retiran por haber concluido de leer mi título que mi libro sigue después, que no pertenece al género de los facsímiles en madera que simulan bibliotecas repletas. Así que si el lector no sigue leyendo yo no tengo la culpa de no habérselo advertido. Ya es tarde para encontrarnos aquí el autor que no escribe con el lector que no lee: ahora escribo decididamente.

DOS PERSONAJES DESECHADOS

En una novela tan ordenada el lector debe conocer a los personajes. Y han de dárseles clasificados.

Los nuestros son:

Personajes efectivos: Eterna, Presidente.
Personajes frágiles, por vocación de vida, porque creen que serán felices: Quizagenio, Dulce-Persona.
Personaje de la Inexistencia (con presencia): Deunamor.
Personaje perfecto, por genuina vocación, contento de ser personaje: Simple.
Personaje de Fin de Capítulo: el Viajero.
Personaje de la Ausencia, o la Ausencia personaje: El Hombre que fingía vivir.
Personaje relámpago y teórico: Metafísico.
Personaje Impedido y Candidato a Personaje: Federico, el Chico del Largo Palo.
Personaje Ignorado (única celebridad que se contiene en la Novela).
Personaje con el ser de ser esperado: Amada de Deunamor.
Personajes por absurdo: el lector y el autor.
Personajes desechados ab initio: Pedro Corto y Nicolasa Moreno.

No pasean, pues, por mi novela, ni Pedro Corto, que quería leerla primero para figurar en ella –sólo es admisible en lectores que algunos no quieran empezar a leerla si no se les dice antes todo lo que ella contendrá– y que exigía que la obra terminara antes de que se enfriaran unas tortas, recién compradas en el momento en que la narrativa comenzaba; yo creo que su exclusión queda justificada sin hacerme pasible de inculpaciones de avaricia en el número

de los personajes; ni pasea tampoco Nicolasa Moreno, que aceptaba figurar con mucho gusto si su papel le permitía salirse de la novela a ratos para ir a ver si no se le volcaba una leche que dejó a hervir y un dulce de zapallo que había dejado a tercer hervor y al que ocurría a levantarle la tapa cada pocos minutos; alternativas ambas que entrecortarían su actuación en la obra y que yo no pude arreglar, pues sabido es que Dios hizo mal el mundo prohibiendo la ubicuidad.

Espero que la falta del personaje Cocinera no hará temer que yo deje sin comer a todos los personajes del principio al fin, lo que sólo vendría bien a la silueta del elegante Quizagenio. Arreglé la dificultad, mas ahora no recuerdo cómo.

Se me ha olvidado porque yo tenía por ahí también algo que se podía enfriar: alimento o cosa del espíritu, no sé bien, o podía derramarse: un entusiasmo quizás o una claridad en el Misterio, una media frase que podía darme la transparencia de las cosas, la percepción mística: quizás algo más alto: un último gesto de ayer de la Eterna, una sublimidad nueva de su ternura, un sonreír de su tristeza o de gratitud al presente y escalofrío del futuro, de lo que lo concluye; y yo no quería al traerme a mi soledad esa imagen de un plegarse de su faz, cesar de mirarla en el recuerdo, reaparecérmela en la memoria, como quien a una agua quieta arroja una y otra vez la piedrecita que hace jugar en ella relieves de círculos y luces de reflejos.

En fin, Juan Pasamontes había encontrado empleo con nosotros. Quería ser empleado, no personaje de la novela; lo ponía nervioso que lo estuvieran leyendo, cosquilleado por las miradas del curioso eterno: las tuyas, lector. Es decir que en el enredado pensar de este Pasamontes la existencia de los que leen era el obstáculo a la publicidad. Pasamontes está tan echado a perder por las condescendencias que pensó quizá que yo le pagaba cinco centavos y quería vuelto. Es de esa gente que desea que se les preste un traje cuando lo necesita, que es cuando llueve a cántaros; y se encontró con el que sólo ofrece su paraguas cuando el día es hermoso y a persona

que tenga influencia y fianza con el Meteorólogo del Estado, o para que se lo pierdan por otro mejor.

El autor lo ha contado todo sin desagradar a ningún personaje; no me he puesto mal con ninguno y lo probaré con el hecho de que nadie de ellos escribirá contra mí. Pasamontes, tú ocupas enseguida las páginas, no te dejaremos hablar primero que nosotros, prevendremos al público de que conocemos tu lengua.

Algunos de los aludidos personajes quisieron intervenir y no intervinieron: Nicolasa y el Chico del Palo Largo; otros como el Vigilantecito, el Viajero, ni siquiera supieron de tal novela. Nuestros personajes son una "población heterogénea" de pretendientes, ignorados, aludidos y efectivos personajes de la novela; aun hay los personajes variables de figuración y otros actuando con nombres diferentes. Y a más el personaje de la no-existencia. Y hay afuera el personaje que sueña con la novela y el personaje con quien la novela sueña.

Qué me dices de la Identidad, aquí corre todas las aventuras y en los tomos de los metafísicos no se consigue decir lo que sea. Lo que se piensa al tenderse a dormir, lo que se sueña maravillosamente durmiendo y lo que se piensa despertando ¿qué yo común tienen?, y no sabemos que hemos dormido (siempre creemos al despertar que por lo menos estábamos despiertos muchos minutos antes) y no sabríamos nunca que hemos dormido si otras personas (que pueden ser sólo soñadas) no nos lo dijeran, como no nos consta directamente de nuestro nacimiento sino lo que nos dicen otros que no supieron que nacían. Y si ellos no lo saben de sí mismos ¿cómo les creemos? Así que esta novela se parece más a la vida que la "novela mala" o realista, es decir la novela correcta. La congruencia (identidad) de los caracteres hace encantadores a los novelistas de la novela mala o correcta: esta congruencia nunca se mostró en una novela y no la hay en la vida; son poco realistas en esto los escritores realistas; ni siquiera saben decir qué es congruencia.

Quisiéramos hablar de cada tipo de personajes pero sólo explicaré a uno, a ese personaje faltador, porque toma en serio su papel

de Viajero, que está siempre en este viaje inextinguible: busca país o región cuyo clima y sistema político (supongo que no será el electoral) favorezca la existencia de tres requerimientos inmensamente ventajosos: que haga durar hasta cinco semanas la recién-afeitada; que en él los botones, tan efímeros, duren tanto como los ojales.

Damos este prólogo mientras se tranquiliza cierto alboroto que está originando entre todos un prólogo mudable, que, me avisan, se anda cambiando de página; no haya disgustos entre prólogos de una misma novela; este prólogo inquieto es uno que anda buscando dónde falta él, en Novela que halló dónde faltaba ella en el arte, en las almas.

PRÓLOGO PRIMERO DE LA NOVELA PARA EL LECTOR CORTO

Deseo publicar dos cosas: un dibujo que me componga Sirio o Audivert mostrando con alguna persuasividad los agolpamientos de señoritas y caballeros a la puerta de mi casa en requerimiento de figurar como personajes de mi novela; a fin de que me propicie al ánimo de tantas personas que se retiraron enojadas por mi dificultad de complacerlas. Reconocerán así que sólo la imposibilidad material y no un desconocimiento de sus cualidades, obligóme a la inadmisión. Todas ellas leerán mi novela (no porque yo me propusiera reservarlas para lectores por falta de talentos para personajes) y serán los únicos lectores cuya prevista desaprobación de mi novela (por faltar ellos en ella) les será enteramente permitida. Yo tengo idéntica experiencia: no he figurado en ninguna novela y ninguna me ha parecido perfecta y eso que son muchos los autores que consiguen lo que yo he conseguido (en el futuro, en la que escribiré), que no entre en la novela el Chico de la novela.

Y otro dibujo, que podría ser el mismo, pero centuplicando el número de siluetas de personas, que lograra dar una idea aunque remota de los gentíos de lectores que hay para mi novela.

Por todos se ha notado, y en todo caso conviene se sepa, el difundido éxito de escritor que he tenido. Pero alguno dice que es cierto que hay siempre un gentío lector renovándose junto a mi novela, más quizás ocurra esto no por lo mucho que se quiere leerla sino *porque ha de haber* cerca de mi novela, o enfrente, algún aviso de *La Prensa* que dirá (puras conjeturas): "Ama de llaves agradable desea señor millonario, sentimental y célibe, para tomar el exclusivo cuidado de su casa y como persona exclusiva cerca de él". Añaden que lo dicho por los críticos de severa escuela que sólo se preocupan de méritos fundamentales, de estética esencial, al sinte-

tizar su elogio en la conclusión comparativa de que "mi novela tiene más público que el aviso de más alicientes de un gran diario" es una verdad concreta y no un parangón; han hecho el ocioso encomio de la eficacia de un aviso de gran diario para atraer el gentío que había allí. Explican también que una dificultad de sintaxis de que adolece el dicho aviso: no se define si un millonario busca ama o una ama de llaves busca millonario, ha ocasionado que la mitad del gentío sea femenino para un millonario que se ofrece y la otra es una turba de millonarios para una ama de llaves.

Lo que si debo reconocer aquí es que he usado el incentivo de prometerles figuración en ella a algunas personas cuya simpatía o condescendencia deseaba; que alguna vez retiré de la novela a alguna persona por haberme enojado con ella justa o injustamente, o por resultarme de inconsistente fidelidad de personaje.

A LOS NO PERITOS EN METAFÍSICA

Yo no podré dar al ansioso, al joven que ansíe cierto conocimiento o cierto poder que procure alguna ambición o algún sólido rumbo de seguridad en la tiniebla del Ser, nada concreto, un signo en el cielo, un árbol en África, un acorde extraño, una piedra hallada, un perfil de sombras que llevándolo o reteniéndolo en la mente, le significara que el acto o intuición que hubo en su mente en el momento de encontrarlo debe seguirse y es el que lo conduciría al logro de aquel anhelo –pero puedo encaminarlo a pensamientos tan posibilitantes, tan insinuantes de la todoposibilidad, la eternidad, tan embriagadores de misterio, que le creen un interior tan fuerte que ninguna Realidad pueda tener sobre él el poder de dolor y de imposible, de limitación, que tiene sobre quien no ha logrado construirse fascinaciones de pensamientos que vayan siempre consigo.

Todos podemos cultivar un ensueño constante y fuerte que embote mucho de la acuidad de una realidad adversa. Las religiones, el patriotismo, el humanismo, son algo de eso; sobre todo las religiones. La noción de honor es también quizás una combinación voluntaria de una analgesia anti-Realidad.

Pero, para quien no obtenga el Todoamor, que es el Ensueño Máximo, dos veces hedónico: en sí y estéticamente (es decir en el pensarlo, en lo que nos aparece al mirarlo en nosotros o en otro), hay una base de construcción de Ensueño más firme que aquéllas: la actitud del ser místico –lo opuesto del religioso– que sólo se alcanza tocando en todos sus límites la limitación de la Intelección, la impensabilidad del Ser, no la mezquina impensabilidad de las antinomias, prolija vaciedad, sino la impensabilidad aun de ellas.

Mientras llega el Todoamor, emancipémonos de la noción absurda de lo Inconocible, que es un resto de veneración infantil por la Realidad, de temor vago del Hombre frente al Mundo (físico

y psíquico) derivado de una concepción vulgar de la Inteligencia como un instrumento entre otros, como incapaz de otra cosa que percibir causas y efectos y formular leyes causales para el bienestar, para eludir, prever o prevenir males o bienes. Y emancipémonos de lo Imposible, de todo lo que buscamos y creemos a veces que no hay, y, peor aún, que no puede haber. Nada entonces debe detenernos en la busca de una solución plena, sin restricción, sin residuo irreductible.

Pues la Realidad psíquica o espacial[1] es plena, como lo es la certeza correlativa. En cierto límite, Certeza y Realidad, a pesar de Error asociado, son sinónimos. No sólo la Realidad es plena, familiar, cierta, sino que nuestra Certeza y Familiaridad, el aplomo con que la manejamos o juzgamos y toda la jerga metafísica, no puede variar nuestra conducta, ser ilusionada o ser desilusionada nuestra seguridad. Un ejemplo: un obrero que invierte ocho horas diarias en desmenuzar vidrio aplica mil martillazos en ese lapso al vidrio con la siempre cumplida certeza de que el martillazo romperá vidrio: 1000 instantes de Certeza en una hora. Y si ponemos en su lugar a un metafísico ultrapasado de metafísica, le sucederá lo mismo (aunque ningún metafísico pueda saber claramente cuál es el Fundamento de la Inducción). Certeza, Plenitud, Familiaridad de la Realidad.

La teoría de la Eternidad exige idóneos ejercicios de Emancipación de limitaciones absurdas. Y para un solo prólogo, ya es bastante metafísica. A cada prólogo, su afán.

[1] No digo external porque todo, psíquico o espacial, es exterior a la atención o interés con que lo percibimos. Tampoco esta atención va con todo percibir o atender, no todo es doble –sujeto y objeto– y lo que estuvo en la mente o sensibilidad sin ser atendido puede luego ser atendido en la imagen que dejó.

DESCRIPCIÓN DE LA ETERNA

(Que no conoce a Eterno dice Dulce-Persona; he aquí cómo es, para que no quede sin conocerla, pues pláceme dar gusto a las curiosidades de mis personajes.)

Con trenzas anudadoras, como ha de ser también mi novela que atará el alma del lector, alta, hermosa de formas, ojos y cabellos negros, la Eterna no se describe de otro modo que así:

Quien pasa delante de ella pierde el don de olvido. Y si puede olvidarla es un lisiado.

Quien no puede olvidarla se detiene y la comprende, la ama sin resignación posible.

Y a quien da su amor le da lo que nadie tuvo hasta hoy: un Pasado, el que él quiera más, le cambia su historia.

Es tal la delicadeza, tan justa y sencilla sin infatuación su alegría, que a nadie con más monstruosidad puede rozarse una alegría que a ella.

Es quien está más lejos de las sensaciones.

El que la ve, debe al siguiente día aclarar el misterio de la Eternidad de ella y de sí.

Muchos pudieron dar porvenir, pero sólo ella os crea un pasado que améis. Y aun también os da porvenir, porque nada más pediréis ni conoceréis.

EL FANTASISMO ESENCIAL DEL MUNDO

Sintamos, amada, el vacío del mundo, de la presentación geométrica y física de las Cosas, del Universo, y la plenitud, la certeza única de la Pasión, el Ser esencial, sin pluralidad.

Sonreirás como enlazada al vacío desde una ventana que parecía dar a una inmensa e inmovible Realidad Externa y que bruscamente se reduce a un punto, si piensas un instante que en una imagen de escena que sueñas o imaginas pensando despierta puede haber toda la extensión del mundo y sin embargo cabe en tu espíritu o mente, o si quieres, en la vibración de una molécula imperceptible de tu "corteza gris", como dicen los fisiólogos. Si habiendo abarcado con tu vista un panorama con sol, tierra, cielo, bosques, río o mares, riberas, edificios, luego lo piensas o sueñas tienes exactamente la misma imagen inmensa encerrada en un punto de tu mente, de tu alma, o si se quiere en una microscópica célula nerviosa de tu corteza gris. Y aún más, esa misma corteza gris y el cerebro todo es una imagen de tu mente pues no sabrías que existe si no fuera por imágenes que tienes de su forma, color, divisiones, dibujadas o vistas, y tus imágenes de contacto, de temperatura, si has estudiado anatomía. Si la corteza gris existiera por sí, ¿cómo podría pensar en ella misma? Pues esto que estamos discurriendo es precisamente un pensar la corteza gris en ella misma, un imaginarse de la corteza gris a sí misma. Eso somos, con la nitidez de un círculo, nosotros, un pensar la corteza gris en ella misma. ¿Cómo el órgano de las imágenes tendría una imagen de sí? ¿Cómo la corteza gris, donde se dice que reside el pensamiento, pensaría en ella misma, mientras el ojo no puede verse directamente a sí mismo; vemos todo a través de él y a él no lo vemos?

Si dentro de mi mente no hay extensión y en cualquier imagen mía puedo representarme todo lo que he visto, es sencillamente porque no hay la Extensión, todo el Universo no es más que un

punto y, menos aún, no es más que una idea, una imagen en mi alma.

Es esa extensión la que crea la ilusión de pluralidad que no es aplicable a la única realidad del ser: la Sensibilidad,

Aquí me detengo; creo que estas palabras puedan asomar tu sensibilidad al abismo del ser y al reconocimiento de que todo es psique, y por tanto inmortal. Porque ya te insinué en muchas tentativas de conmover tu dolorosa creencia en la muerte, que siento que el obstáculo que me domina para impedir que mi amor por ti sea el todo-amor que mereces y que es todo el valor de la realidad, es esa discrepancia que nos separa en cuanto tú crees que nos espera muerte y un terminar de nuestras personas y de nuestro amor y yo no creo que el todo-amor pueda florecer en seres que se crean pasajeros.

PRÓLOGO DE INDECISIÓN

Cuatro pasmos ofrecen el pasado, el arte y el presente real: la frialdad, fatalismo, negación de lo Humano como posibilidad de felicidad y de intelección, afirmación indirecta del fracaso hedónico e intelectual de lo Humano, que es la actitud de Cervantes con Quijote y Sancho, la única gran actitud de genuina ironía, el único pesimismo auténtico presentado en arte literario en el que tantos pesimistas de cartón quisieran ser creídos; la negación, igualmente rotunda, más alegre y no tan sentida pues es directa a veces y como deliberada, doctrinal, menos segura por tanto, de Rabelais; la Alegría y Tormenta de Beethoven, más rara y más prodigio esa alegría nunca de sí, sino de simpatía abriéndose en la tempestad que siempre está viniendo a su música; y un Gesto de la Eterna que aún no he visto y sé cómo, será y lo veré en su rostro el día de un cierto pedido, si acaso lo hago jamás.

Bien se puede vivir de un solo Cuento y, en verdad, los todoamantes viven de una sola noticia total del Ser, del Misterio que el uno es para el otro en su sólo existir.

Y aun cuando en fantasía encontré a la Eterna, descubrí y hoy sé que de un solo gesto suyo viviría, y otros habrá en ella, tantos, para vivir de sólo uno. Tan inmenso, lleno de significación personal total, que sin haberlo sino presentido posible en ella y que habrá de mostrarse ante una demanda que aún no hice, halléme en entero rumbo del ser.

OTRO PRÓLOGO

Es completamente otro prólogo, no lo he empezado sino aquí, y sólo los que aún no saben lo que en él digo, pueden opinar que no contendrá nada propio de un prólogo necesario; no siempre un lector se defiende bien porque haya conseguido o procurado que las páginas del Arte Literario sean menos; que no haya un prólogo.

Voy a enumerar los libros que a los veinticinco años estaba decidido a escribir. Emplearé un prólogo, unas páginas en demostrar cuántas se ha evitado el público porque las circunstancias de la vida me han negado durante treinta años el papel y tinta, la posibilidad. Es una página bien empleada la que procura al público una conciencia concreta; así me parece que esta página casi iguala en genialidad a las 300 de Maeterlinck escritas en elogio del silencio; es un gusto leer cualquier número de páginas con tal que se dediquen a un suficiente encomio del precioso Silencio. Pocas virtudes pueden merecer más que ésta que la belarte de la Palabra, la Prosa, se aplique a recordarla y explicarla al público.

Esos libros fueron: *La salud de un abogado, La guitarra de un abogado, Teoría del Ser, Doctrina de la Ciencia, Teoría de la Beldad o Estética, El Compás, El Ritmo y la Rima, Espureidades del Arte, Teoría del Esfuerzo en su influencia hedónica personal, Teoría de la Tragedia-Idilio, Poema de Tragedia, Individualismo: teoría del Estado, Crítica del Dolor, La Música como mero caso de placer respiratorio.*

Quien que aprecie el sufrimiento evitado tanto como un placer conseguido, el lector que forme parte del público y tenga la pericia psicológica de reconocer esa verdad hedónica, ¿no se apresurará a disimular discretamente algún fastidio que le cause la necesidad de leer mi libro presente, que lo doy modestamente por todos los no

escritos, al considerar la mucha lectura que pude haberle ocasionado en estos 35 años?

Así, pues, querido lector, un desconocido tan notado que en él pueden tenerse todos los desconocidos del mundo por identificados como tales, os ha hablado en páginas que en autores encuadernados en la forma usual vienen en blanco y, en mí, por primera vez detienen al lector, os ha hablado ya:

De las personas que nada han escrito.

ÉSTA ES LA NOVELA QUE PRINCIPIÓ PERDIENDO SU "PERSONAJE COCINERO" NICOLASA, RENUNCIANTE POR MOTIVOS ELEVADÍSIMOS

Nicolasa se va, y en este prólogo se despide la novela de ella. Más triste que malhumorada, Nicolasa y su corpulento volumen se alejan de "La Novela", dimisionante, como ya se sabe, y pasa frente al vigilantecito que, como buen amigo, la interroga sorprendido:

—¿Cómo le parece que marchará la novela?

—Yo nada sé. Pero usted, que es hombre de buen apetito, se figurará qué podrá resultar una novela sin cocinera: una novela de ayunadores.

La novela la siente mucho y tiene que añadir de ella que cuando todas las mueblerías de Buenos Aires supieron que estaba vacante Nicolasa, se disputaron emplearla, por sus 140 kilos, en probar de resistencia las sillas y las camas. La silla o cama que la hubiera resistido quedaba como sellada por la aplicación de aquella parte del cuerpo de Nicolasa, y este sello importaba una garantía por diez años.

De esta ocupación, que le dio mucho dinero, se cansó pronto, quizá por nostalgia de su puesto en la novela; y vino a establecer una Empanadería próxima a la estación ferroviaria que lindaba con "La Novela". El caso es que el aroma de las deliciosas empanadas era tan poderoso encanto que no sólo estuvo a punto de dejar sin lectores a la novela, porque todos los que acudían eran desviados del camino hacia la Empanadería, sino que en la estación se detenían las locomotoras, como hechizadas. Esto le valió una distinción de la Municipalidad, beneficiada porque ya no habían trenes de pasar de largo, lo que era de muchas ventajas para el público viajero del pueblo.

Aunque voluminosa muy sensible, Nicolasa, mortificada viendo que podía privar de lectores a la novela, abandonó toda esta situación envidiable y trabajó únicamente en invierno, en las grandes avenidas de Buenos Aires, para atajar el viento y el frío a los transeúntes, que se refugiaban al amparo de su persona hasta agotar las localidades.

Todavía puede añadirse que las imágenes (gustativo-olfativo-visuales) de la última empanada que comimos, nos hacían incapaces de atender a lo que se nos conversara y era universal en el mundo-aldea de Verónica el membrete de "estar pensado en empanadas" lanzado al distraído oyente, o el dicho "quien piensa en empanadas no es malo en lo que piensa". Por eso las citas a tratar negocios o por labores exigentes, eran fijadas "para cualquier hora antes de empanadas", y el trato concluido, como también el apostar empanadas, se celebraba en la empanadería. La "empanada y media", una unidad gastronómica de invención de doña Nicolasa, era frecuente premio de apuesta: apostar una docena de "empanadas y media" era a menudo el apacible final de disputas y pronósticos. Un antiguo veroniquense era reconocible en el modo hábil, sin destrozos, de descorrer una "empanada y media"; se las "descorría"; las palabras trozar, cortar, no se usaban con ellas.

La empanada y media fue unidad[1] que tuvo momentos de moneda local; no era raro leer u oír en estipulaciones escritas o verbales, esta cláusula: "Contra reembolso en dinero o empanadas y media". Otras veces se escuchaba: —Qué temporal se ve venir, amigo. —Si, no lo paran ni empanadas.

Pero en resolución, ya dijimos que Nicolasa, que quería tanto a esta novela, se mudó a otra parte para no quitarle a ella lectores que pasaban para "La Novela". Es un ejemplo nunca mentado de adhesión a algo.

Deseamos que ella sepa que este recuerdo le dedica la novela.

1 Tan atrevida innovación fue comparada (por un "personaje de novela") con las audacias de Causs, Rieman y el astrónomo babilonio de la unidad sexagesimal (o sea 60) y por lo menos fue celebrada en su pueblo y en algunos próximos. Pronto será universal. (*N. del A.*)

Pero de persona tan simpática no nos despidamos tan pronto, digamos cualquier cosa más. Por ejemplo la teoría metafísica de Nicolasa.

Se centraba su doctrina en este principio: dos son los poderes máximos de la realidad: el Tizne y la Electricidad; pero la Variedad en el mundo es tal que a estas potencias máximas las detiene: al Tizne una endeble hoja de papel, y a la Luz y al Rayo una lámina de vidrio, de madera, de goma. Así que hay que llevar nuestra conducta entre el temor a esas potencias y el constante recordar que el mundo da ilimitados modos de frustrarlas.

Pero aparte de su doctrina metafísica, Nicolasa tenía también de antiguo cierta tirria a los geómetras, por algún episodio de su vida. Lo seguro es que les cumplió venganza invitándolos melosamente a un banquete por ella preparado. Hizo los manjares tan perfectamente esféricos en su presentación, particularmente el primero, que no sabiendo los geómetras en su escrúpulo por dónde empezarlo (hallándose ante un infinito sin comienzo, que debían respetar), no probaron de aquél, y no habiendo empezado el banquete por el principio, se abstuvieron de empezarlo por lo demás, lo que dobló su mortificación, pues los manjares siguientes no revestían impedimentos geométricos a su muy deseable gustación.

Y ahora ya sí es hora de dejar a Nicolasa en paz.

NOVELA DE LAS COSAS CLAUSURADAS, DE LAS MUDECES, DE LOS SECRETOS, DE LAS FRAGANCIAS GUARDADAS, DE LAS PALABRAS QUE NO SUENAN PORQUE CONFÍAN A UN MOHÍN O SONRISA DE LOS LABIOS QUE HABLEN Y ESA SONRISA TAMPOCO SE DA

Oculta por la luz colgada del día de la siesta, hay frente a la casita de la Estancia lo único que la luz puede ocultar: otra luz; hay una llamita que nadie de los que habitan allí vio, que quiere existir y no ser vista.

Esa llamita –quizá la mirada de la Eterna cuando piensa en su sueño del todoamor tan deslumbrante que esa mirada en ese ensueño rebosante y reverberante se desvanece: no sabe que el Día y la Llamita en él perpetuos en torno de la casa son el todoamor pensado por la Eterna y la mirada de ella con que lo mira.

Empero cuando se despidió, Deunamor dijo a la Eterna: yo conozco la llamita de la mirada que fijas en tu ensueño de amor en el pleno día de cada día de la Estancia y de la novela. Yo no tengo poder, Eterna, para que tu deseo se haga: y aun es mucho haberte hablado y ahora mismo nunca jamás volverás a estar en mi pensamiento. El dolor mío por ti en este instante ocupó mi alma un minuto; sólo tú pudieras lograrlo: nada fuera de Ella, tú misma tampoco, volverá nunca a entrar en mi espíritu.

ETERNA Y DULCE-PERSONA

(Tiempo para esta escena: el de abrirse una flor.)

En todo el tiempo de esta novela, único tiempo de existencia artística y única existencia ésta, de Eterna y Dulce-Persona, sólo pudo conocer Eterna de Dulce-Persona el rosado de sus mejillas, y Dulce-Persona de Eterna –de ventana a ventana y con luz de la tarde– los ojos y cabello negro y pálida frente; y en el silencio campesino y por la noche, sus voces, preciosas ambas y muy diferentes hablando Eterna a Presidente no visible éste, hablando Dulce-Persona a Quizagenio puestos a la ventana.

Después de esto, y fue todo lo que conocieron una de otra, cierto día y una sola y breve vez estúvose la Eterna contemplando en sus manos dos rosas, de desigual tamaño, una blanca, otra roja, que había entresacado de una gran canasta de flores, pasando de una a otra la mirada, comparando; anudólas luego y las colocó en un vaso para el Presidente; mas luego las desató y dejó para él sólo la blanca.

¿Celos? ¿Que amara a ambas? ¿Y, en fin, que sólo a Eterna?

Así también cierta mañana ensayó Dulce-Persona el peinado de trenzas, que nunca usaba, como el de la Eterna, y al fin lo deshizo y volvió al suyo diciéndose con admiración generosa: "sólo en ella quedan bien, aunque tiene 39 años y yo 19. Que la ame, y a mí me acaricie la cabeza solamente, pero siempre".

Nunca se vieron segunda vez ni supieron esto que se acaba de recordar.

PRÓLOGO DEL PERSONAJE PRESTADO

Los novelistas que han comprendido con lucidez que en nada los desmerece adoptar la práctica literaria que yo propuse del uso de personajes prestados, escaparán a la ridiculez de la infatuación de auto-genializarse comprometiéndose a desarrollar brillante, plenamente, un personaje-genio, empeño que, como lo he probado, implica declararse genio el autor, limitándose modestos a tomarme el personaje. ¿Quizá-genio? ¡Pobre Quizagenio, las novelas que te espera vivir!

Los Quizagenios me han procurado (genialidad dudosa, que es la mejor) un descanso de autor en mis noches de gran programa inicial, podado a programa menor cuando ya no pudiendo más reduje a quizagenio a mi personaje genio del atrevimiento inicial novelístico.

AL AUTOR (DE LA NOVELA) ¿NO LE SUCEDE NADA?

Te contaré, Dulce-Persona, el "accidente de lector".

Todo el que llega inopinado e impetuoso a un borde cae al vacío violentamente; un autor debe cuidar de no excitar por demás el interesamiento del lector cuando ya ha elegido el punto en que situará el fin de su relato y este punto está próximo. En una novela de tan seguido y agudo interés narrativo como la nuestra, el autor ha cuidado tanto que no se destroce el lector en una caída y hasta prefiere ralentar tanto la narración cerca del final que, temo tú verás, el lector, concluirá la lectura suave, dormidamente.

No todo autor se toma estos cuidados. No sucederá que el lector sorprendido por el límite-fin de la novela cuando más disparado estaba su apasionado interés por la endiablada madeja de la obra, caiga desbocadamente de un lleno de novela a un vacío atencional.

Como al autor de la novela no le sucede nada, me parece bien, Dulce-Persona, que no le suceda nada al lector, salvo la violenta acomodación mental que debe desplegar para entrar a una tan gran novela, de intensidad única, descornisándose de tal bulto de prólogos incruentos.

(Yo los hago querer a los personajes en los prólogos para ahorrarles el gesto agrio del lector incrédulo y descontentadizo, cuando se estrenen ante él en el relato.)

PRÓLOGO DE DESESPERANZA DE AUTOR

El desorden de mi libro es el de todas las vidas y obras aparentemente ordenadas.

La congruencia, un plan que se ejecuta, en una novela, en una obra de psicología o biología, en una metafísica, es un engaño del mundo literario y quizá de todo el artístico y científico.

Es mistificación de Kant, de Schopenhauer, de Wagner casi siempre, de Cervantes, de Goethe, aparentar una congruidad, un plan en sus obras.

Es tan fantástico que haya fuera de alguna obra de texto o tratado una continuidad, congruencia, ejecución efectiva de plan, como una continuidad en el lector o estudioso de esas obras.

Debo proclamar en el acto que nada hay más delicioso, enloquecedor, que una obra íntegramente congrua. Unidad, continuidad no por repeticiones sino por desarrollo, por incesante variar en la permanencia (de un pensamiento, un sentimiento). Espécimen supremo a mi juicio de desarrollo en unidad es la Quinta Sinfonía de Beethoven.

Completo de mistificación de unidad, Schopenhauer nos presenta en tres tomos *El Mundo como Voluntad y Representación,* con capítulos numerosos, numerados, en aparente simetría. Este pensador, el más grande metafísico quizá, publica un borrador de investigador como un gran libro solidario y definitivo. La distribución de Kant en la compleja *Crítica de la Razón Pura* es como un batido de números dentro de una bolsa. Tal vez Spencer realizó libros verdaderos sin un raciocinio interrumpido, sin una palabra inútil. ¿Husserl es hoy más metódico?

Por lo que digo en el encabezamiento, no tengo nada de qué disculparme.

QUIZAGENIO SE LAMENTA DE SU NOMBRE

—Quizagenio: ¿Cómo se le ocurrió al autor dar a mi nombre la modalidad extravagante de ser interrogativo: ¿Quizagenio? Yo debía figurar en los diálogos así:

"—Dulce-Persona: ¿Qué tenemos? ¿Quizagenio? ¿de nuevo hoy en la Novela?

"—¿Quizagenio?: Hoy es el cumpleaños...

"—Dulce-Persona: Eso de cumpleaños en novela tan novadora es una rutina que la desluce; celebrarlos es vivir contando, es manosear la vida, marcarla con una dirección hacia el Fin.

"—¿Quizagenio?: Meditaré lo que me dices y seguiré con lo que no me dejaste decir. Hoy es el cumpleaños de la Inexistencia.

Pero vuelvo al asunto de mi nombre. Después pensó el autor que estando yo destinado a hablar mucho y sólo contigo, Dulce-Persona, te sería molesto esforzar la pronunciación interrogal de mi nombre. Estoy conforme, pero yo debo ser llamado Plena-Persona...

—Dulce-Persona: Eso sí que está bien y ya no puede enmendarse.

—Quizagenio: Será el único defecto de la novela. Pero lo cierto es que el autor se preocupó de su comodidad, dándome un nombre que nada dice y corto. El no decir nada por primera vez será conciso; hasta ahora siempre necesitó volúmenes.

A LOS PERSONAJES DE MI NOVELA

Saben ellos que estoy contentísimo con su desempeño, pero ruegan que esto lo diga antes de la novela y no espere a su conclusión. Es, aunque no lo manifiesten, porque me saben competente para concluir prólogos y me creen poco para acabar novela. Viéndome en el último prólogo sin cumplir lo prometido, me han rodeado sin salida todos unidos. Ya estaría empezada la novela si no fuera por esta exigencia, que origina un nuevo prólogo.

Pero si reconozco que se han conducido admirablemente, por ejemplo el Viajero, a quien he tenido siempre junto a mí y en la novela no ha cesado de viajar, repartiendo su olor a cuero de valija por todos los capítulos, se debe reconocer que yo, por mi parte, he correspondido con lealtad a su dócil carácter; así, aunque mis escaseces eran asombrosas mientras escribía mi gran novela, no he vendido ni empeñado a ningún personaje. ¿Cuánto me hubieran dado por el Presidente? ¿O por el que hace de millonario con Rolls-Royce? Por la vida y felicidad de Dulce-Persona todos se brindaban a darse en empeño, pero entre todos hallamos cómo evitar uno y otro mal, y si bien he soportado molestias por no desprenderme de ellos por unas semanas, la novela no se ha frustrado por esta causa.

Personajes y autor están mutuamente contentos y se prevé un banquete al conjunto.

PRÓLOGO AL QUE SE DEBE LECTURA RECOMPENSANDO A UN AUTOR QUE NO DEJA ENTRAR AL MUCHACHO EN LA NOVELA

Todos los personajes –y los lectores que se han anunciado– me previnieron que la irrupción del Chico del largo palo en la novela, sería juzgada por ellos como un "chichón de lectura" en la frente del leer, singular metáfora que creo de intención enojadiza; es como si una caña o palo pudiera causar "chichones" a la operación de leer, o como si una lectura acerca de bananas ocasionara resbalones. Comprendo la advertencia si procede de padres de familia incapaces de conseguir en su casa lo que yo logro en la novela: que no la anden chicos, librarse de chicuelos, mantenerlos fuera, y acuden por descanso a quien les proporcionó una lectura no andada por rapazuelos; me significan que cuando toman en manos un libro ha de ser una novela que los chicuelos no la tomen por escalera, parecita, cornisa o rama de higuera, que les sirva subirlas para venirse abajo, conservarse aporreados y renovar hinchaduras y chichones; y tomar altura para caerse y autenticar diferencias de nivel deliciosamente previstas por la naturaleza que permiten a los jovencitos estar siempre abajo cuando los ven y arriba o cayendo en toda otra circunstancia, y no decaer en punto a golpes, pues descuidando renovarlos empieza la vejez.

QUÉ QUERÉIS: DEBO SEGUIR PRÓLOGOS

Qué queréis: debo seguir prólogos y mientras no abuse hasta pretender prologarlos a ellos; y mientras cumpla con hacer prólogos de algo, de ser seguidos (por una novela); y mientras no permita a mi novela la veleidad de prologarse a sí misma (que es a lo que equivale el hacer alusiones biográficas a historias y afirmaciones doctrinarias en el texto de una novela en curso); y mientras os asegure, como lo hago ahora, que estoy en la pista del auto-prólogo, que calmaría definitivamente la aspiración de prólogos (se quejaron alguna vez) a autoexistentes (autoexistencia es la respuesta total al misterio del mundo, implicante de eternidad) no subordinado su ser algo a que algo los siga; el auto-prólogo será a la temblorosa literatura anticipatoria de prologar lo que las dos formas más usuales del reportaje: el auto-reportaje (sin reportero) y el reportaje sin reporteado, al anticuado reportaje efectivo (que exige dos personas y una cita puntual) que la velocidad y expeditividad de nuestra época extirparon por muy enredoso, poco adineratorio y hasta informal con nuestro atareado vivir; –qué queréis, hasta entonces debéis continuar acordando vuestro interés a lo que digo antes de la novela...

LO QUE ME SUCEDE

Yo, que me había figurado ser, una vez, el hombre de la completa ventura, que abriéndose a codos camino entre la multitud gritara: ¡por favor, dejad pasar a un hombre feliz!, tengo, al contrario, que salir a que me favorezcan con una colecta de compasión por todo lo que me sucede, porque me sucede todo. Véase, si no:

Ansío la destrucción de las ciudades y me sale un primo que con extraordinario talento y vehemente empeño brega por las ciudades, su prosperidad y aumento, resolviéndole al urbanismo todos los problemas del tránsito.

Descubro los mejores títulos de novelas y ensayos, y a poco rato mi meditación me demuestra que lo más ridículo e injustificado de una obra de arte es ponerle título.

Descubro el más doloroso e intenso de los asuntos de novela, poema o teatro, y tiempo después mis meditaciones sobre estética me imponen la verdad de que el asunto en arte carece de valor artístico, es extrartístico, y, además, la invención de asuntos de arte es una de las máximas ociosidades, pues la vida rebosa de asuntos.

Concibo y realizo algunos poemas arrebatados, elocuentes, y más tarde, siempre queriendo saber la verdad, descubro la de la nulidad artística de los poemas, en prosa y más aún en verso, en cuanto relatos y personificaciones.

Niego la muerte y me paso estudiando el modo de prolongar la vida para lo cual sólo he encontrado hasta ahora el no usar terapéutica.

Me esmero en la elegancia y talentos de la redacción literaria, y me sale un personaje, el Presidente, que me eclipsa con la grandilocuencia y lacrimosas desesperaciones de sus cartas, y otro, Quizagenio, que intenta cortejarme a una protagonista por el sistema más contraproducente y aburrido: la literatura de cuentista.

Espero la vuelta de un cuento en la esquina de volver sólo los chistes.

Me hago amigo del Lector que hace escribir mejor y me confiesa que encontró al autor que hace más reputación a sus lectores.

En fin, cuando tenía preparado el elenco completo de los asesores estéticos, científicos y filosóficos de esta novela (tres gramáticos, un químico, un historiógrafo, dos descubridores, dos biólogos, un hombre de genio, un pintor de talento, tres poetas, un astrónomo, dos músicos, un matemático, un psiquiatra); cuando ya maduraba el plan de invenciones, teorías embriológicas, palimsestos descifrados y diálogos chispeantes de arte y filosofía a cargo de los personajes, he aquí que me cautiva la simple conversación amable y generosa de la amistad; y todo mi descubrimiento de presentar una novela con laboratorio y técnicos adscriptos, se desmorona tristemente.

No me queda más que proverbializar mi desventura, diciendo:

Lo malo es haber pensado
Después de haber hecho el mal.

PRÓLOGO QUE SE SIENTE NOVELA

No lo empiezo, lector, porque al estudiarlo someramente comprendí que ya tenía mi pórtico para la Novela. Me siento intimidado: es por primera vez que mientras me entretenía fácilmente en hacer prólogos, me doy cuenta de que estoy comprometido a una novela, que llegaría el momento en que habría que concebirla completa y darle forma. La idea de llegar a autor de una novela –que para mí significa intentar la Tragedia, sin lo cual, como aspiración al menos, no me explico el asunto y la novela y todo el arte– no recuerdo cómo empezó y se tramitó en mí; y la composición de prólogos me ha estado ocultando el arduo compromiso a que precedían éstos.

Me proponía dedicar un prólogo a reseñar los resultados de algo que habría efectuado previamente como ensayo general de la psicología de los personajes, no de la trama; una maniobra de prueba de los caracteres, o mejor, del "buen carácter", la resistencia de buen humor y de abnegación de cada uno a la adversidad; un "ejercicio" de la consistencia altruística, de la camaradería que entre ellos debe reinar; será necesario quizá que algunos alterquen y aun se enemisten, el compañerismo de vivir en una misma novela debe notarse: rivales por destino permanente, o sólo momentáneos, han de conducirse siempre como personas que tienen un lugar e instante de colectivo morir: el término de la obra.

Ya tengo el pórtico de mi Novela, es lo primero que se traspone; se entra por él a ser capítulo primero de novela. Ya me parecía a mí que estábamos en la inmediación fascinante (yo estoy fascinado de Tragedia –que debo concebir– y no tengo las palabras, así como en un ensueño reciente que tuve había una persona que yo sabía quién era, que regía todos los hechos del ensueño, y no conseguía yo verla ni nombrarla; en cierto modo, aunque sea una vaguedad, yo tenía la emoción de esa persona pero no su figura ni su nombre) de la

la Novela, que caeríamos a su férvido interior, que cada vez le era a todo tópico o asunto más difícil ser prólogo de ella.

La novela del presente prólogo, de lo que le ha ocurrido cuando, enamorado de la Novela, aspiraba a serle prólogo, es que lo he atrapado y metido en la Novela destituyéndolo de prólogo para promoverlo a capítulo. (Debo decir que todos los prólogos y todos los personajes están enamorados de ella, y que no sólo todos sino que todos los temas posibles de prolongación la han asediado de amores; no habrá dentro de ella sino todoamor, ni hay pluma, palabra o asunto que fuera de ella no la busque, prendado; las Voces, las Miradas, los Reíres, los Suspiros, los Sollozos, el Extravío, quisieran ver realizarse Tragedia y estar con ella.)

Es la proximidad de Tragedia, fascinación que yo mismo experimento ahora y me *extravía hacia ella*, es la Vida misma que toda ella es ante o pos tragedia, pues ésta ya no es la Vida sino su Mística, la que trajo hacia mí este "Prólogo" humilde, ansioso de estar donde el ocurrir trágico.

No querrás creer, lector, que prólogos lleguen, y amen; pero yo sé que si (sin infatuación), y debo servirlo, ya que llegó; debo servirle tópico. Para que de alguna manera tenga asunto un prólogo no empezado, y pueda quedarse donde lo sea de la Novela, como ansía, diré en él lo que sería una falsa minucia dicho en la Novela y debe decirse en alguna parte pero no en ella. Hay algo, correspondiente a su Capítulo I, que debe declararse, pero sería una confesión grosera, gratuita y antiartística, como la de manifestar en la novela misma que ella es una novela.

Lo digo, pues, en este prólogo, y es esto: 1) Que lo que se detalla en el Capítulo I, "Las trece difíciles llegadas de vuelta a casa, del personal de la Novela", es una maniobra para ejercitar y examinar mis personajes y no ha ocurrido nunca. 2) Que todos se portaron altamente como si supieran que el arte mismo los estaba viendo llegar y comportarse; pero puedo asegurar, con todos los informes que un autor posee, que ninguno de éstos pensó en ello, sino sólo que no querían descontentarse unos a los otros ni contrariar a la novela con una falta, ausencia, incumplimiento. Ellos consideraban que

volvían no a casa, sino a la novela, y sabían que ésta tiene afanosa promesa de realizar Tragedia, que es lo que todos los personajes de Arte en todos los tiempos han anhelado ejecutar y presenciar, sufrir.

¿Cómo fue, cómo ocurrió la inspiración en Quijote, en la Quinta Sinfonía, en Tristán e Isolda? (Ah, perdona, lector, estoy estudiando, ansiosamente examino el problema de la Tragedia, busco ejemplos, me asusta mi compromiso y me olvido, en últimos repasos febriles, que ya no es tiempo de estudiar sino de laborar.)

Y bien, quedan dos útiles salvedades por añadir aquí, que aumentarán los pretextos de existencia que buscábamos para este prólogo.

1° Conste que el poner a prueba a mis personajes no implica dudar de los fundamentos con que cada uno de ellos vino recomendado en sendas tarjetas y fue tomado por mí. Es una nerviosidad mía irreprimible, nada más.

2° Conste que el portarse bien que desearon y realizaron todos los personajes, no era el volver a hora a casa sino el volver ese día a toda costa para que no se hallara sola en la estancia, Dulce-Persona, que, por la cortedad de su encargo, sabían todos que sería la primera en retomar. No empiezo a contar nada de la novela con esto; quiero establecer que no hay en mi novela horarios ni exámenes de conducta.

Y conste también que habiendo entre los personajes un Viajero continuo, la reunión de todos en una misma casa no puede haber sucedido, si la novela ha de ser del todo verdadera.

PRÓLOGO DE LA PAVITA Y EL ROPERITO

El autor de esta novela se renueva en frescura cada vez que toma la pluma; la Eterna se lo ha enseñado así. Procede como las pavitas de agua puestas a calentar que aprenden de nuevo a silbar cada vez que las ponen al fuego; notas disminuidas saltan con gran intervalo después de largo silencio y un tímido silbido largo, y por fin de nuevo el tema.

Así yo me acuerdo recién de hablar del "roperito" del Presidente y de sus corridas a guardarse en él cada vez que algo no le gusta, pero sólo en sus coloquios y relaciones con la Eterna, cuando humilde y triste pero sin enojo, aun con más amor, se encamina a su rincón. Es absolutamente un niño siempre para seguir a la Eterna tomado de su pollera, o para alejarse de ella y encerrarse en el roperito.

CARTA GENIAL[1] QUE YO QUISIERA QUE UNO DE MIS PERSONAJES, EL PRESIDENTE, ESCRIBIERA A RICARDO NARDAL

Ya dije que el más ridículo percance al novelista es caer en encargarse de un personaje con genio, que ha de saber el autor hacer desempeñarse en conducta y poderes intelectuales. ¿Qué ideas, hondos pensamientos, audaces doctrinas y descubrimientos le atribuirá y describirá como muestras concretas de "ideas geniales" si el autor no lo es? Y si lo es y se cree, el hecho de encargarse de un personaje que se ha dicho que es genio al presentarlo (y a compás que se dice que es rubio, alto, variable, hijo de ricos, muy cuidadoso de corbata, peinado y delantera de zapato, descuidando lustrarlo en el talón como hacen los soldados llamados a repentina revista; aquí se agrega una salvedad genial, como ésta: "Ocúrresenos que hay una 'Moral de Capellada Lustrada', estrictez ética para sólo lo ostensible, pero que no era la del Presidente, asegurámoslo a pesar de que tiene puerilidades de presumido y cuando le da por la correspondencia se inutiliza totalmente y el estado bobo de 'espera de carta de contestación' le viste un talante que no parece de genio. ¿Por qué la correspondencia, tan entretenida oportunidad de lucir ingenio o jurar pasión, tendrá esa 'espera de la contestación' que propende a una insipidez mental? El 'Divino Cartero' de nuestra novela debe haber sabido que las 30.000 cartas que para su descanso incineró eran correspondencia de ida cuya destrucción descansaría a 30.000 amados prójimos de la perplejidad de ('¿qué le contesto?'). ¿Y qué sigue aquí? Pues que hemos interrumpido decir que encargarse de configurar un genio es declararse genio el autor, lo que nunca se es; y conviene encargarse sólo de casi-genios.

[1] Agolpamiento de lectores a la expectativa.

Y bien, yo quisiera que el Presidente fuera capaz de escribir una "carta genial", porque un autor no genial a alguien tiene que pedirle que salve la situación cuando ésta clama insustituiblemente por una cucharada de lo genial para poder seguirse la novela; y que una vez escrita la carta resolviera que era para Ricardo Nardal. Si luego veo que no lo es y que nada de genial manifestó el Presidente en toda la novela, recurriré al final a una nota que diga: "Advierta el lector que mi protagonista de genio, el Presidente, es tomado en la novela en una época personal breve y que por mala suerte fue justamente una eclipsiva de su inteligencia, un período en que prevalecía cierto aguamiento psíquico; pero su vida ha sido mucho más larga y no se dude de que antes y después mostróse, como digo, genial". Así que no queda probado, con la ausencia de todo rasgo genial en el Presidente, que el autor sea incapaz, por no ser él mismo personalmente un genio, de ejecutar novelísticamente el desempeño de un personaje de esa categoría, con lo cual paso a la carta que yo quisiera que fuera capaz de escribir el Presidente para demostrarse genio.

"Querido Ricardo Nardal:[2]

Antes de ser protagonista de esta novela recordará usted que asistí a su banquete y que le dediqué mi descubrimiento quíntuple de las maneras de aplaudir: para llamar al 'mozo', para espantar gallinas del jardín, para cazar una polilla al vuelo, para hacerse abrir la puerta y para hacer avanzar primeros pasos al hijo de meses; pero ocurre que he descubierto en diez años posteriores dos otras maneras no omitibles del aplauso, y que por un no sé qué –qué choque de misterio tiene este fraseo– paréceme que antes de brindárselos a un público ávido probablemente de conocerlos debo unirlos al nombre de usted por cierta prelación o impulso de prelación que no consigo definir, ¡indefinible!

Los modos de aplaudir deben ser valiosos pues son escasos: dos se descubren en diez años. Helos aquí: el primero es el del autor u orador que se autoaplaude usando frases como éstas, tras un párrafo

[2] Originalmente: Leopoldo Marechal.

terminado: '*Muy bien,* pues, señores como ustedes ven...'; '*Perfectamente*, entonces...'; '*Convencidos* ustedes de lo precedente'; 'Y ello, *claro está*...'; el segundo se constituye con los largos finales musicales de ópera que tienen ellos mismos comienzo, medio y fin, que no pueden interpretarse sino como el aplauso que la ópera se tributa a sí misma. Son los aplausos que hay. Dícese que existe el de aprobación, admiración. Pero soporta dos equívocos: lo ejecutan al final y puede ser que signifique que ¡por fin! aquello se acabó; y además si uno es el supuesto aplaudido siempre dudará si es que aplauden donde uno está o está uno donde aplauden.

Así quédale brindada la lista completa de los siete modos de aplauso, de los cuales cuatro para los demás y tres para uno mismo; no es mala seña para la humanidad que en alguna cosa haya más géneros de lo altruístico que de lo egoístico.

Felices labores, querido Nardal.

El Presidente."

De tales siete aplausos que en el mundo son ¿cuál será para mí? Pues se trata de un llega-tarde como autor –lo que es temprano donde no se lo espera– que, con inocencias de gran novelista psicológico, se deshace en excusas dirigidas a un público que más bien se aliviaría con un entero no llegar.

¿BASTA CON "IR ANTES" PARA SER PRÓLOGO?

Queremos dar novela que sea buena aunque el autor no prometa escribir nunca más y dando prendas de pacto tan altruista –sacrificio de pensador que con tal de poder publicar se privaría, o se privó ya, por sus libros no se sabe, hasta de pensar– meta las cuatro (lapiceras)[1] en el fondo del mar; (¿tendrá éste profundidad condigna a esos hondos implementos con que unos aran y otros arañan honduras?); o, en despedida, como se ha visto, las entregue a la adoración de una entre las más hermosas ciudades del espíritu, universales, Buenos Aires, capaz de comprender lo que hay de desvivirse por ella en tal promesa. Originalidad absoluta hubo si no en lo que ellas produjeron, en el entregarlas; y en tal acto signos de seriedad del carácter del expositor, suspicacia que se adelanta a la justa desconfianza y al mismo tiempo la perspicacia del saber dónde hay más plumas: en el velador de todo dependiente de comercio (un literatomínimo hay en él siempre), allí donde aun manuscritos de obras enteras suyas puede hallarse. Y así lo demuestra presentando nuevo libro poco después de la capitulación espontánea de las pensadoras lapiceras y plumas de compilador. El nuevo libro parece escrito con las mismas".

Que a Buenos Aires una promesa no se le ha cumplido es lo que queda de delicado en la ocurrencia.

No conozco lo que se siente cuando no cumplimos promesas; yo doy la novela que prometí; aún no se había inventado la promesa de no escribir, me faltó ingenio. ¡Qué drama en lo íntimo de la persona para quien el escribir constituya un incumplimiento!

[1] Se recuerda aquí, y se volverá a recordar (para fulminarla de inexistencia: Capítulo IX) la exhibición en vitrina pública de las plumas con que había sido escrita cierta obra de éxito literario convencional.

Creo llegar justo a tiempo, un día antes de que el género Novela comience a ser imposible –el Arte es posible pero todo asunto para serlo de Arte ha de ser imposible–; mi novela ha sido posible y contiene sólo imposibles.

No puedo jactarme de haber descubierto para esta novela la comarca donde no sucede nada, por otro nombre "Tierra de Leones". Mas todo lo imposible sucede en la mía; para lo posible hay la vida y para ésta e igual a ella ¿para qué, el realismo? Y sólo comprendo que el lector se queje si algo de lo Imposible no lo consigue en ella, y sabe él que en alguna parte, en el Arte, al cual acude, ha de hallarse y suceder corriente de lo que revolviéndose en su lecho o asomándose a la ventana no halla: lo Imposible, que no es lo que falta, pues todo lo hay en el mundo, sino lo que nos falta cuando lo deseamos, aunque venga o exista antes o después de desearlo.

Así fue la Eterna un imposible de muchos años para mí y sin embargo era, y era perfección.

Único imposible es morir. Cuán sin límites es la Posibilidad: me fue posible, lo que hoy no puedo concebir, vivir largos años sin el amor de la Eterna y aun sin conocerla.

Así lo cavila y resuelve en su espíritu atormentado el Presidente, a quien la Eterna dice "que él ama lo que ha creado y no lo que ella es".

EL PRÓLOGO MODELO

Es el mejor y sólo lo abandono por afán de que a mi originalidad *no se le halle parecido, pues es ya muy usado.*

Aun Cervantes, Dante y Manzoni suplicaron a la indulgencia que tuviera por perfectas sus obras, pues lo hubieran sido si no fuera "por las miserias y desamparos de la prisión", o porque con "lungo studio e grande amore" habían sido hechas mal, o porque los contemporáneos no saben juzgar: "ai posteri l'ardua sentenza".

Bajo todas las reticencias y disfraces, pues, hay que alegar en un prólogo perfecto, es decir, prototípico de lo malo:

1) Falta de estímulo, de holgado tiempo y de comodidades para escribir bien.

2) Recomendarse a la indulgencia del lector de mala obra como el carpintero que trae una silla que no se para y fía en que se la use sólo por los equilibristas de la familia.

3) Que en mi niñez nadie supo decirme que tenía talento y sin embargo después de probar de todo con el presente sistema literario he aquí mi libro. Como rezan las propagandas de drogas y sistemas longevísticos: "yo era delicado, inapetente, irascible, pálido, nadie confiaba en que viviría, pero usé el sistema Kühne (o el vegetalismo) y hoy resisto tareas notables: leo el Paraíso de Dante, las sabidurías de Baltasar Gracián, sin pensar en nada, sin fatiga alguna".

Lo que me da pena es ver a Cervantes alegar excusas con la honda socarronería de saber que había hecho una obra inmortal. Por tanto estaba recomendando a todo el mundo que si quería hacer una obra perfecta matara o robara para estar en una cárcel oscura con ratones, humedad, hambre y frío, momentos antes de empezar a escribirla.

Ahora, al que quiera escribir una obra perfectamente mala yo por mi parte le recomiendo un tratamiento largo, si lo puede resistir,

de lectura de Gracián, y recordar frecuentemente mientras se escribe, todo el poema que comienza (es lo único que le conozco) por "¡Éstos, Fabio, ay dolor, que veis ahora!". Pero aún mejor sería, siguiendo el contraejemplo de Cervantes, hacer una prolongada vida de molicie, lujo, libertades, paseos, holganzas y sentarse luego un buen día a escribir. Si Cervantes en la situación más incómoda escribió lo mejor, el que escriba en toda comodidad hará terrible libro.

¿PRÓLOGO CUÁDRUPLE?

Espero que mis numerosos prólogos, especie de "Obras Completas del Prologar", y mi novela serán considerados tan buenos como si la Posteridad, que declara lo bueno, me los hubiera encargado.

Y seriamente creo que la Literatura es precisamente la belarte de: ejecutar artísticamente un asunto descubierto por otros. Esto es ley para toda belarte y significa que el "asunto" de arte carece de valor artístico o la ejecución es todo el valor del arte. Clasificar asuntos como unos mejores, más interesantes que otros, es hablar de ética: hacer estética es ejecutar artísticamente cualquier asunto. Los asuntos los encuentra todo el mundo fácilmente, superabundan: las páginas de arte son escasísimas y se laboran con desesperación, con lágrimas e iras de Labor.

Quizás este sufrimiento y harto fracasar anejo al anhelo artístico, es el castigo de quien prefiere soñar a vivir, arte a vida, cuando la vida nos tiene una Eterna en quien toda belleza halló figura, latido, respiro; entonces mirar hacia el arte es como guiarnos por lucecitas domésticas para caminar entre el Día.

Y si teniendo la Eterna perseguimos arte inventivo, más ciegos estamos y caminamos como guiados contra nosotros, la bajeza nos lleva, pues subsistir la invención frente a la Eterna hallada, respirante, es horrible opción contra nosotros.

Cerca de la Eterna la invención es insensatez.

Obsérvese que mi novela es de mucho cuerpo; es muy abocada; contiene tres ponchazos de dispersión (la salida a maniobra de los personajes, la conquista de Buenos Aires y la separación final), dos reanudaciones de lo cotidiano dilecto: el vivir en "La Novela" (después de la Maniobra, después de la Conquista); una presencia del Viajero en cada final de capítulo; un comienzo siempre a cargo de

Quizagenio y Dulce-Persona para cada capítulo, y para la novela toda un preexistir anterior a su ser en dos formas muy diferentes: en diez años de prometerse reiteradas veces su futura publicación y en sesenta prólogos todos pensados para ella; además contiene páginas sueltas de novela que son toda una novedad en novelística, aparte de una página modelo y de una muestra de un día en "La Novela"; un elenco de personajes desechados y un tipo de meritorio a personaje y un personaje por ausencia; de todo lo cual puede encarecerse el mérito de no haber sido nunca antes usado.

Y toda esta robustez de cuerpo, de sustancia, de que se enorgullece esta novela, no se hace sofocante por exceso de ambiente, para el flaco ser de Deunamor, que no quiere existir, gracias a cierta ligereza casi lindera con la inexistencia que reviste el tono de la novela.

Como yo pensé que hay una Literatura buena a venir y una Literatura, una novelística mala hasta hoy, con toda la propaganda que me hice gracias a los amigos de los diarios instándolos a que anunciaran repetidamente mi proyectada gran novela genuina –"La Eterna y Niña de Dolor, la Dulce-Persona de-un-amor que no fue sabido", comienzo de la Literatura Buena– me propuse entretener el ánimo de la gente lectora, y que siguieran leyendo indulgentes la mala aliviados por la conciencia de que ya la buena venía, pues sé que es virtud de lectores decididos esperar leyendo; pero sin lectura pueden abdicar de lectores para siempre, o sea para mi novela también.

Así vino aquel período de prometer mi novela y yo notaba tranquilizado que la gente seguía leyendo malo –lo que tengo que agradecer a sus malos autores– y esperando bueno –de lo que deben éstos estarme agradecidos–: Hemos cooperado, puede decirse, pero nos separaremos terriblemente cuando yo comience. Lo único sensible es que siendo muy buena la nueva novelística, no se sabe todavía cuándo la habrá.

Esto es la justificación de mis promesas de la Novela Buena y también de la confección de la Novela Mala pero última: conservar al lector en espera y en ejercicio.

Construyamos una espiral tan retorcida que canse al viento andar su interior, y de ella salga mareado olvidando su rumbo; construyamos una novela así que por una buena vez no sea clara, fiel copia realista. O el Arte está de más, o nada tiene que ver con la Realidad; sólo así es él real, así como los elementos de la Realidad no son copias unos de otros.

Todo el realismo en arte parece nacido de la casualidad de que en el mundo hay materias espejeantes; entonces a los dependientes de tiendas se les ocurrió la Literatura, es decir confeccionar copias. Y lo que se llama Arte parece la obra de un vendedor de espejos llegado a la obsesión, que se introduce en las casas presionando a todos para que pongan su misión en espejos, no en cosas. En cuántos momentos de nuestra vida hay escenas, tramas, caracteres; la obra de arte-espejo se dice realista e intercepta nuestra mirada a la realidad interponiendo una copia.

El Arte empieza sólo al otro lado de la veridicidad, justa laboriosidad de la ciencia e intruso desgarbado en arte. Que nuestros personajes no sepan si se los trajo a "La Novela" o a la novela. Yo quiero saber qué es lo que fingen los actores escénicos. ¿Fingen que son personas y no personajes, que imitan hombre y no viven? A ellos les está sucediendo su vivir personal; cualquiera sea su "papel" no son personajes de papel, escritos. Que mis personajes no se parezcan ni a las personas ni a los "actores", que les baste el encanto de ser "personajes".

EL PRESIDENTE Y LA MUERTE

El Presidente buscó para la felicidad a sus acompañantes, pero luego de un algo de ella en la Amistad profundamente poseída y en la Acción acertada y jocunda más el retorno alegrísimo al hogar de la novela con la felicidad a la vista y recobrada, su impulso de enfermo les impuso la despedida que robándoles la dicha sólo los eximió de la desgarradura inevitable de verse todos morir (terrenalmente, pues cuenta en su pro el Presidente haberles inculcado, serenándolos para siempre, su "Metafísica sin Muerte").

Sólo por no haber Muerte en esta novela mía es dichoso el autor, aunque, con mucha sorpresa para él, ha resultado tan triste. (No tanto como el Quijote, la obra más espontánea, más imprevistamente pesimista, también para su autor, de toda la Literatura; el Quijote es más triste que esta pasajera mía; en el Quijote involuntariamente, creo, se sancionan el fracaso del Viviente: su Efemeridad, y el de la Inocencia: la justicia; en esta mía sólo la Felicidad, no la Personalidad o Eternidad, fracasa.)

El Presidente resiste el adiós ante la Nada, ante la ocultación eterna de las existencias. (Aunque sabe también que aún más dura es la presencia de los cuerpos ausente el amor que hubo: el Olvido.) Piensa además el Presidente, con la mente tal vez en Deunamor, que si después de haber estado viendo a la amada no ocurre un gran nuevo suceso, la veremos siempre y con igual sensibilidad que cuando la veíamos antes de "morir" porque sin nuevos sucesos no hay olvido, porque no es el Tiempo –que nada es– sino los nuevos sucesos los que debilitan las imágenes de lo pasado. Podría ser una fórmula para inolvidar: sustraerse a nuevos sucesos importantes cuando se nos obliga a dejar de ver a la amada".

En fin, cree el Presidente en la eternidad con memoria Personal, con memoria de individualidad, de todo lo que fue persona una vez.

Se sabe que además de sus deberes generales en esta novela tiene el autor –que a veces es y a veces no es el Presidente– dos diferentes deberes de metafísico: uno con la Eterna: demostrarle y convencerla de la nihilidad de la Nada, o sea de la Muerte, porque para quienes tienen ya el Amor todo su asunto es el porvenir y su posibilidad de cesación; otro con Dulce-Persona: demostrarle y convencerla de la nihilidad del Pasado, donde tuvo su mayor humillación y dolor, liberándola de la franja del haber sido real que acompaña a cierta escena de tortura que hay que aniquilar como imagen sida para convertirla en imagen sin esa franja, o sea imagen de fantasía, de mera irrealidad.

Pero ¿cuál es la angustia metafísica *personal* del Presidente? Él no cree en la Muerte, pero no puede amar lo que se cree mortal, lo que no sabe que sea inmortal; se define sentimentalmente como el desastre del destino "que no puede amar a quien espera Morir". De allí que la desdicha de la Eterna (creerse mortal) es la desdicha del inmortalista Presidente (no poder amar lo mortal). Tal la metafísica del Presidente que encontramos entre sus papeles, concluida, con un punto final expreso.

AL LECTOR SALTEADO

Confío en que no tendré lector seguido. Sería el que puede causar mi fracaso y despojarme de la celebridad que más o menos zurdamente procuro escamotear para alguno de mis personajes. Y eso de fracasar es un luicimiento que no sienta a la edad.

Al lector salteado me acojo. He aquí que leíste toda mi novela sin saberlo, te tornaste lector seguido e insabido al contártelo todo dispersamente y antes de la novela. El lector salteado es el más expuesto conmigo a leer seguido.

Quise distraerte, no quise corregirte, porque al contrario eres el lector sabio, pues que practicas el entreleer que es lo que más fuerte impresión labra, conforme a mi teoría de que los personajes y los sucesos sólo insinuados, hábilmente truncos, son los que más quedan en la memoria.

Te dedico mi novela, Lector Salteado; me agradecerás una sensación nueva: el leer seguido. Al contrario, el lector seguido tendrá la sensación de una nueva manera de saltear: la de seguir al autor que salta.

IMPRECACIÓN PARA EL LECTOR SEGUIDO

Yo que nunca creí en la existencia del Lector Seguido y que he acertado más cuando no creía que cuando creí, había de topar para mi novela con el único lector seguido existente, el que arruinaría y delataría todo mi escamoteo de autor débil y recursista fiado en que se salvarían todas sus incompleteces, inadvertidas. Sí efectivamente andas por mi libro, yo ya sé que no tengo nada que esperar.

¡Qué te costaría callarte, hombre! ¿No te da pena ajar el sereno y doloroso talante de la Eterna? ¿No te conquista el destino cruel y la mansedumbre de la tierna Dulce-Persona? ¿No te infunde pavura y entristece tu orientación en el arte que practicas de ensartar un día tras otro llanamente de tu sólida cotidianidad que te hace cenar plácido cada noche pensando en el almuerzo del día siguiente, sin duda alguna de acertarlo, el inextricable enredo de Deunamor en esa misteriosidad, no me lo negarás, de tener el alma en otra parte y el cuerpo en la novela, donde posará tu amada retornando de la muerte? ¿Me lo traicionarás a Quizagenio, que te ha enseñado habilidades nunca descubiertas para la conquista de las damas, ejecutando las cuales quizá por primera vez conozcas el éxito de llegar al alma de una mujer, que te echará a perder todos tus desayunos y tus almuerzos y ojalá te corrija de tu bilis de publicador de defectos?

No, no tengo esperanza. Nunca un libro te habrá hecho tan feliz.[1]

[1] 68 bajas de lectores.

PRÓLOGO QUE ENTRE PRÓLOGOS SE EMPINA PARA VER DÓNDE, ALLÁ LEJOS, EMPIEZA LA NOVELA

Amanece en la quietud de la estancia "La Novela". Una primer ventana se abre. Un escalofrío matinal.[1] Y frío también para el autor ante lo comenzado, lo irreparable y más incierto que hubo para él.

Tengo a mi lado el amigo que quiere decirme, animador:

—Todo saldrá bien, el éxito es indudable. ¡No se haga esperar más de los personajes! ¿Los hará felices? Bien lo merecen.

—Es que los haré desgraciados.

—No, "personajes" nunca son desgraciados. Yo los he envidiado a todos, aun en los instantes en que clamaban por la muerte.

—Es que los míos clamarán por la vida.

—No puedo suponer que personajes inventados por usted den prueba de gusto tan desacertado.

—Me parece que todavía son felices en la novela, y ha de ser más tarde que empiecen a pedir vida; pero la pedirán. Esta novela es muy triste. No atisbaré más. Y lo que quiero otear empinándome es ver si ya Dulce-Persona con gesto y acento adecuados ha visto tan cerca la felicidad, que empieza a rogar se le dé vida y se llame a otro para el desempeño ulterior de su papel.

Pero este prólogo-personaje no volverá a querer saber nada anticipadamente. Ya presiente que será quizá tan triste como el más vigoroso libro del Pesimismo: *El Quijote*. Tanto que el autor no tuvo fuerzas para decirnos cómo se separaron los dolorosos, los desdichados protagonistas de su novela: el Presidente, y más, mucho más, la inicuamente frustrada Eterna.

[1] A veces me confundo por el trabajo simultáneo de ambas y en ésta, que es la novela buena, redacto algo del género de mala.

1° NOTA DE POSPRÓLOGO; Y 2° OBSERVACIONES DE ANTE-LIBRO

Posprenotados útiles ocuparán aquí cuatro o cinco páginas en reemplazo de las mismas que, en blanco, no dicen nada en el tomo común de la "asendereada - estructura - tradicional - del - encuadernamiento - de - lo - literario" que han impuesto los Editores. Espero que el mío, mi Editor, no me sacará a la burla de todos insertando las cinco hojas en blanco –que doy aquí por reemplazadas– y, seguidamente, la presente crítica a esa práctica. Si hay Crítica para lo escrito, yo hago la de lo en blanco; que así recibe publicidad de los editores y crítica de mí, todos los homenajes de lo escrito. Esas hojas blancas, textos de desdén a lo literario, son las páginas de autor con que se visten figuración de polígrafos en todo libro los nunca autores, los siempre inéditos editores.

Repudio como fraguadas todas las páginas blancas que se publiquen aquí, como originales de mi firma; en redondo las desconozco auténticas, aunque parcialmente contuvieran algún ingenio o pensamiento, y aun a veces alguna de ellas fuera hija de mi pluma en correlación con ciertos momentos de "en blanco" en mi mente, como quisiera algún editor hacerlo pensar.

Considérese que son: cuatro o cinco al comienzo del libro –el Editor comienza con lo suyo–; cuatro o cinco más después de Fin, como si fuera necesario que por lo menos en blanco la Novela continuara; varias entre capítulos; otra con el título de la obra; otra de repetición de la tapa; y todo abusado de márgenes –una veintena, pues, de páginas en que el autor no está publicando nada y el continuo lector nada ha comprado en la librería.

Observación del Editor: Se me permitirá el aserto respetuoso de que, en efecto, el gran novelista que estoy aquí editando y cuyas dotes de ingenio y fácil extensión de párrafos todo el público conoce desde lejos (con nuestra propaganda se acercará más) ha necesitado (no hablemos de dineros) a veces, cuando ya no podía más con su literatura, enviamos entre sus manuscritos algunas páginas en blanco, foliadas seguidamente, de algún relato trunco, y hemos comprendido que nos tocaba hacer algo fuera de contrato.

ÉSTOS ¿FUERON PRÓLOGOS? Y ÉSTA ¿SERÁ NOVELA?

Esta página es para que en ella se ande el lector antes de leer en su muy digna indecisión y gravedad.

DESPIERTA, COMIENZA EL TIEMPO DE LA NOVELA. MUÉVESE

Primer Minuto: Evocación del Rostro de la Eterna

Los besos que me niegas muerden tus labios
Por eso con labios uno en otro encarnizados
Mordiéndose

Escribes el manuscrito de ésta tu novela en que te doy mi espíritu como el tuyo me diste.

Y para lo que no pudo ser tengo tu gesto del divino dolor de tu No Puedo, por el cual negar tuyo se enterizó mi ser en plena persona, *me educaste en el no "Vivir" y tanto más Amar.*

CAPÍTULO I

(Fluye el tiempo, que hace llorar.)

Los "personajes" sacados a maniobras: ensáyase la firmeza de su afición al artístico no-ser.

Diez regresos de buen humor bajo tempestad y fatiga.

Momentos antes del instante presente, de este presente en que usted está leyendo, lector, el Presidente abandonó la silla reclinada al muro posterior del edificio de la estancia "La Novela", que suele ocupar separado de todos, para meditar tristeza o acción, y se internó en aquél.

Parece quieta la blanca casa antigua, modesta de la estancia. Dijérase que su fachada, puertas y ventanas, balbucieran algo de lo que murmura al espíritu el polvo del ancho camino, sin transeúnte ahora, sobre el que oscila el rumor de un paso opaco o la alegría de una campanilla de vehículo que se alejara. ¿Qué dice la casa, el camino?

—Por mí pasan los hombres, los inmortales hombres pasan pero inmortales.

Cuatro son las ventanas de la casa de "La Novela": el Tiempo en las arrugas de sus revoques; la palabrita del viento en la chimenea de la cocina; el palpitar siempre presente de la agüita costera del mar del Plata, la viborita del agua trabajando sus arcos de lomo y la amplitud de cendal acuático y de horizonte del Plata; y la llamita del triángulo de una vela erguida, parada lejos, la eterna barquita del endeble trabajito humano buscador, que toda mirada encuentra en todo mar, trasladándose junto al horizonte donde cualquier breve velamen toca el cielo.

Últimos minutos, en calma, de esa tarde; rayos de luz a lo largo del vallecito de "La Novela" son recogidos uno a uno por la hora final del día en cuyo amanecer vagó una niebla sobre su vivo verdor. Se divisan, empero, todavía, las leyendas de ambos pilares de entrada a la estancia: "Aquí dejad vuestros pasados"; "Trasponedme y vuestro pasado no os seguirá".

Está en su puesto y mira y parece ser, el sutil Vigilante de la novela; su silueta delgada, delicada (verdaderamente un vigilantecito) que pudiera confundirse con el travesaño del alambrado coronado por un nido inmóvil, siempre en el punto (excepto cuando meditó y apuntó el "parte" de la novela concluida, que le fue trabajoso y grave de preocupación por la verdad histórica y artística), un poco allá de la entrada al jardín de la casa; su inmovilidad perpetua, haría creer, y alguno creerá, en un postecillo inanimado, mas quien quiera creer que vigila, mírelo cuando se detiene en su testuz el color final del día y la adicional luminosidad del canto de la calandria o posa el lechuzón oscuro, mudo pero significante, o cuando Fantasía une aquí en la novela y en la estancia como a viajeros que el azar junta en un vagón que corre, a todos los personajes traídos a esta narrativa –exceptuada la Eterna que recién en la noche llegó, oculta a todos ellos, compañera ignorada de ellos en la novela.

Eterna le responde "Aun No" y el Presidente aprende a amar.

—Pues que me hizo saber usted que mañana se ponía a prueba de ánimo fuerte con todos los personajes, he venido no sólo para verlo y asegurarme de la lucidez y fortaleza que deben acompañarlo en la agitación en que se lanza, sino para convencerlo de que debo asociarme a todas las alternativas de su empresa y estar cerca para cuidar su espíritu.

—Así tenía que pensarlo y debía ser; con verla llegar lo comprendí. Usted hace siempre y piensa siempre lo que cada instante quiere. Mas al mismo tiempo, con verla y escucharla cerca de mí, he perdido súbitamente la confianza en los propósitos, y hasta la

memoria de cuáles son, que me han conducido a idear la acción que ha de absorberme, porque me falta el don de absorberme del todo en una pasión que sólo de usted podía venirme. He olvidado súbitamente el por qué de no haber obtenido su amor ni el de mí mismo. ¿Cómo no pude obtener de mí la pasión absoluta por usted que hubiera sido la dicha absoluta, en tanto que todo lo que pienso y emprendo no es más que un mísero "tratamiento" de la incapacidad de pasión, con remedos de empresa y pensamiento?

—No me conmueva ni se dañe. Deje lo que mi presencia pueda traerle, después será pensado, no vacile; quizá después de la acción querrá hablarme otra vez y posiblemente bajo otro sentimiento.

—Sí, decidamos lo más triste: la acción sin propósito, sin amor; presiento en ella salvación, es decir saber amar a usted.

—No nos adelantemos más a pensar en nosotros y dígame qué me toca hacer.

—Mañana todos al amanecer saldremos con separado destino para retornar en el día y Eterna traerá el trocador del Pensamiento en Amor y yo traeré la pausa o espera durante la cual el tiempo no cambia las cosas.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. Voy a dar su cometido a cada uno de los otros.

Lo que dispuso el Presidente ordenar a cada uno, llamándolos separadamente, mientras un repentino viento conmovía la arboleda en torno de la estancia llenando con el rumor de los follajes los interiores de la casa y la lluvia se iniciaba con fuerza, era:

A Dulce-Persona, llamada primero y que llegando lo miró con tristeza e interés: que buscara y trajera lo "tan bueno" que después de ello sólo es optimista y feliz quien extingue su vida y estuvo determinado a hacerlo así desde antes por lo mismo que era optimista, sea eso "tan bueno" cosa de la vida o cosa del arte seguida en este caso del silencio como suicidio.

A Padre: buscar y traer la injuria que mataría al ofensor injusto y cuya falta en el paroxismo de una justa ira, nos mata de desesperación o deja desdichados para todo el porvenir.

(Padre se acerca al escritorio del Presidente justamente en el momento en que Dulce-Persona se retiraba de recibir su encargo. Entonces se dicen:

—¿Cómo, también aquí, Padre?

—¿Y tú? ¿Es aquí donde te ocultabas? Soy amigo del Presidente.

—No debía haber venido. Desde que supe lo que usted pensó hacer conmigo, debiéramos vivir el uno para el otro en la muerte, aunque para los demás vivamos.

—¿Cómo supiste?

—Para qué hablarlo.

—Hablar es lo que yo quería.

— No.

Se alejó Dulce-Persona y Padre fue a recibir su encargo.)

A Quizagenio: recoger el secreto que se dice, pero "en secreto".

A Deunamor: traer la espera imperturbable, en la memoria inmarchitable.

A Simple: encontrar el lector de novelas que todavía quede y que se atufa cuando el novelista consiente en que se dude de su veracidad o admite que algo de lo narrado puede no ser posible.

Se enteran así los habitantes de la estancia, en la salida a maniobras, de que el Presidente los concierta o invita a pasar vivientes a "personajes" de novela, como si les dijera: "Vivís y, aún, sois felices: os invito a una maniobra de 'personajes' para que lo seáis en una novela".

A la mañana siguiente, muy oscura, batiendo el viento y la lluvia la casa, partieron casi todos casi sin verse, y antes que todos, la Eterna. Los que se hubieran sentido tan abrigados y felices en la casa envuelta en eucaliptus que le daban paz y cuya música de tempestad fuera tan placentero escuchar en esa paz, debían todos alejarse, marchar separados, aun la pareja que tuviera trayecto común, ni debían quedarse guarecidos donde hallaran amparo. La orden cruda era: separarse al partir, aunque para las cosas espirituales que

se les habían encomendado ningún rumbo ni el partir fueran necesarios.

Buscáronse en la escasa luz Dulce-Persona y Quizagenio, caminaron unidos hasta el portón, y allí tomó cada uno su rumbo.

El Presidente partió también sin mirar ni buscar a nadie, absorbido. Deunamor caminó extasiado, tranquilo el paso.

Padre, con andar desalentado. Simple fue quien sólo comentó la lluvia, pero lo hizo con un desprecio verbal: "agua, siempre fuiste barata".

El vallecito se llenó de río. El Vigilante vio a todos partir y quedó restregándose los ojos, con lo que no logró ni logrará nunca saber si soñaba o era cierto.

Retornando cada uno en esa tarde, jadeantes de fatiga y prisa (porque debían procurar volver antes que la Dulce-Persona, para que no se encontrara sola), calados de lluvia, de barro, llegó primero la Eterna por ninguno vista y dijo:

—Está hecho. ¿Será para bien?

Llegado luego el Presidente:

—Está hecho. ¿Servirá? No sé; sea por el buen humor.

Dulce-Persona y Quizagenio se reunieron en el portón donde se separaran en la mañana y llegando juntos exclamaron:

—¡Qué bien estuvo!, nos hemos visto sólo en los instantes de las dos oscuridades del día.

—Nos miraremos hoy todas las horas –añade Quizagenio.

—Después que hable al Presidente. Pero le diré que lejos adelante de mí, entreví llegar a una persona que debe estar ahora en la estancia, una mujer.

—No sé.

Deunamor llegó y dijo:

—¡Qué linda está chapuzada la estancia! ¡Cómo la quiero para recordar en ella!

Padre llegó y dijo:

—Concluido el día. Por mí fuera así siempre con tal de olvidar.

Simple llegó y dijo:

—Si el Presidente me encarga traer barro voy y vuelvo en cinco minutos, pero en fin ya estoy otra vez en "La Novela" donde se está calentito.

—Adiós, entonces. Espero sus cartas. Paréceme verlo mejor ahora.

—Sí, comprendo más que anoche. Si no puede quedarse la alegría de hoy ha concluido. Le escribiré muchas veces, tengo más esperanza ahora. Adiós, Eterna.

Padre y Dulce-Persona se encuentran de nuevo:

—Me voy. Entonces, ¿cómo supiste?

—Cuando el Presidente vivió con nosotros escribía algo que yo encontré después, inesperadamente, con el título de "Diario de Dulce-Persona que le escribe al Presidente durante su permanencia en casa de ella", en el que leí lo que pasó en nuestra mesa el día en que te enojaste tanto conmigo por el terrible trastorno que después de tantos, te causé aquella mañana con mi descuido. Él dijo en la mesa, para aplacarte y disculparme, que yo no era apta para cosas de vigilancia y memoria. Yo dije: "sí, yo no sirvo para encargos que exijan memoria sino para un estudio o trabajo continuado". Y tú me miraste de manera terrible, con una amenaza que no comprendí y me dijiste con furor algunas palabras, mirándome de arriba abajo. (Padre bien recuerda que le dijo: "Sí, ya sé para qué sirves".)

"En el espantoso instante que días después tuvimos, comprendí que abrumado por la extrema miseria y eternas desesperaciones a que te llevaron con toda nuestra familia mis increíbles descuidos, y convencido de que todos tus castigos, injurias y golpes de que tanto te arrepentías después, nada podían en mí, ni los recordaba siquiera, y también con la triste sospecha, que nunca merecí, de que me dominaran ciertas pasiones, por eso te habías propuesto una corrección ejemplar. (Padre recuerda con horror el instante en que, es cierto, pensó dejar en su hija una mancha que nada pudiera borrar. Y piensa: "felizmente no pudo consumar lo que sólo el deseo y nunca el odio puede ejecutar".) Y de esto estaba yo ya prevenida por el Presidente, que me cree neurótica, y que al adivinar

en aquella tarde tu propósito me advirtió que si no nos separábamos o yo te mataría o tú me mancillarías enloquecido de ira por las calamidades que yo ocasionaba en casa; me dijo aún más: "su padre es un hombre buenísimo que quiere a toda su familia abnegadamente; nadie más compasivo, generoso que él. Pero a la carga creciente de su bancarrota se añade un trazo de histerismo que se ha acentuado en usted. Evítelo hasta que yo vuelva".

—Es cierto, eso pensé; ¡pobre Presidente!

Y, en verdad, era la pobre Dulce-Persona "por desdicha, quizá" al mismo tiempo de formas incitantes e inocente de sensualidad, rostro agradable aunque no significativo; con voz muy hermosa desprovista de sensibilidad musical, desairada tal vez en el andar, cabellos rubios; muy dócil al cariño y muy intrépida al combate personal, al punto de que Padre cuando la amonestaba debía estar atento a la reacción combativa, aunque sin odio, de ella.

En las formas tan sensuales e inocentes de Dulce-Persona se miraba el resplandor de Buenos Aires, suprema ciudad merodeada por las sombras de campos sin límites, viviendo a oscuras de su destino, como el trasatlántico, iluminado, en la vasta oscuridad del mar en cuyo seno se avanza; en ambos se vive sin noción de rumbo, por tanto con entero sentido del presente; en cambio, cuando se vive históricamente no hay más parte adonde ir la Pasión, hay esa *marcha* de la humanidad, que es el énfasis de la Historia; un presente de pasión, habido una vez, hace ociosa la marcha, el porvenir; la viciosa noción de marcha está sólo en el escribir histórico, no en el corazón de nadie.

La Pasión no tiene pensamiento de situación, de tiempo, de comparaciones; hay para todos un presente igual, un continuo de presente; lo siempre vacío y siempre nada es la nunca colmable noción de Progreso; hay para todos la oportunidad del "lanzamiento" y de las dos salidas de Quijote a la Pasión. Buenos Aires, la Pasión, Dulce-Persona...

Padre concluyó de despedirse diciendo:

—Quién sabe si nos vemos más o cuándo. Me gusta que te quedes con el Presidente. Adiós, Dulce-Persona, y creo que ya no me

recordarás más. No imaginaba que fueras enferma y aún me disgustó el Presidente cuando me comunicó su parecer, para que no te castigara. Ahora estoy convencido. Adiós.

—No sé cómo he tenido valor para recordar y explicar, ni cómo has resistido escucharme. Adiós.

En cuanto a Nicolasa, Federico y Pasamontes, con quienes el lector no cuenta –no figuran, pero solicitaron someterse a la maniobra de personajes para quedar de meritorios de otra novela–, se les acordó que trajeran lo que pareciérales bueno; y entre los tres procuraron una sola cosa, que entregaron triunfantes:

—Aquí está lo que vale de este día (nadie lo creyó así).

Era: la explicación de por qué son tan concurridos los entierros de los matones; descubrieron, dedicando el tempestuoso día a curiosear uno, que aun con lluvia asistían infaltables todos los amenazados de muerte por el bravucón, en agradecimiento de la longevidad que tal amenaza tiene la particularidad de conferir.

Pero Federico, que se aburría porque llovía demasiado poco y el barro le parecía escaso, se quedó dormido y soñó que el Presidente le decía: "tú que tienes los pies ligeros, ve por todo el mundo y vuelve hoy mismo; la humanidad perdonará tu largo palo si te das tiempo en la tarde de hoy para colocar en todos los caminos del hombre por la tierra delante de cada desnivel, pozo o montículo, la cascarita de banana que todo hombre que tropieza por corteza quisiera que hubiera estado allí y vuelve la cabeza fingiendo buscarla y hallarla y deseara que vieran todos los que lo vieron tambalear: la cascarita que debió tener la culpa de la caída". Y soñó que abundó en su *desempeño* trayendo además la cascarita de espíritu que quisiéramos que vieran todos como causante de nuestro tropezón moral cuando hicimos, bajo excitación de polémica, de amor propio, un aserto no meditado y buscamos en torno nuestro los argumentos que nos faltaron al hacerlo.

Engrandecido con su sueño de doble éxito en misión que se le encomendó, soñó que se le concedía entrar en la novela, ser *real* en

ella. Pero sólo lo soñó; y por eso alguna vez se acercó a la Eterna para pedirle que por su magia de cambiarnos el pasado le desterrara la noción de haberse asomado alguna vez a la novela, ya que nunca se le consintió tener vida en ella.

"Diario de la desdichada niña Dulce-Persona que le compone ocultamente su amigo, tampoco feliz, el Presidente, mientras vive en casa de ella dos años."

Dulce-Persona inesperadamente lee "su" diario, que encuentra en el escritorio del Presidente, y cree que éste lo haya dejado allí visible para incitarla a reflexionar sobre su pasión por él, y a apartarse de amarlo. Sólo hubo descuido del Presidente.

El capítulo de principal interés de dicho Diario es la interrupción que ocurre en los propios momentos en que le acaecía a Dulce-Persona su sin igual desventura, y que luego sea reanudado sin saber el autor que se lo ha estado leyendo, hasta que un día encuentra líneas de Dulce-Persona agradeciéndole el interés que por ella significaba ese manuscrito.

Tres son los reflejos del Presidente en la mente de la Dulce-Persona:

Enamorada de él, desde conocerlo, cuando en una de las andanzas de su incierta vida el Presidente fija por un tiempo domicilio en casa de ella, piensa Dulce-Persona que su amor no es sabido.

Un día, al leer el Diario redactado por el Presidente simulando ser escrito por ella, conoce que él había advertido ser la persona de amor de la dulce - niña - de - dolor - de - un - amor que, aunque imposible, ahora al menos era sabido. Y también sabe ahora que el Presidente es su "amigo".

Después de un tiempo, Presidente y Dulce-Persona se encuentran en la amistad de "La Novela": tercer reflejo de una vida en otra.

Aparece el Viajero y dice:

—Yo soy el único que cree que esto sucede. ¿Por qué otros no creerán que yo viajo? ¿Y por qué estaré encargado yo de destrozar el momento de alucinación en que el lector cree que lo narrado acontece?

CAPÍTULO II

(Se mueve el tiempo de novela y resta menos.)

—Dulce-Persona: ¿Qué hay hoy en "La Novela"?
—Quizagenio: El tiempo puro.

En toda la semana comentáronse y disfrutáronse con el alegre ánimo del descanso los hechos de aquel día.

Reuníanse al Presidente todas las tardes, después de separarse temprano con la mente puesta en los agrados de esa velada final de cada jornada, acudiendo cada uno a distintos empleos y preocupaciones. Luego contaban a aquél –cuyo placer favorito era oírles cada noche– cuanto habíales ocurrido o habían pensado en la ausencia.

(Y era entonces, cuando todos reunidos en la amistad, animadas las voces, sin un malhumor, que gustaba andar entre los personajes un ser que nada siente: la muñequita que piensa y a quien la Eterna quiere dar vida, que una vez le sonría; y la plantita tan endeble y mansa que el visitante que la mire sin acariciarla se denuncia perverso.)

Andando en diversos lugares y ocasiones habíales conocido el Presidente, y entresacando de todos sus casuales acercamientos habíaseles hecho amigo, determinándose cada uno sucesivamente a vivir con él en la estancia. Salían cada mañana juntos, excepto Padre que era de presencia irregular allí, en un coche viejo hacia Buenos Aires, a sus estudios o comisiones. La estancia hallábase a veinte cuadras de la estación, sobre la ribera del Plata; luego quedaban los minutos de tren a Constitución.

Era la "estancia" un campo de unas cien hectáreas, en litigio eterno, al cual tenía derecho prominente el Presidente, existiendo

otros interesados por él reconocidos y de quienes había obtenido dos años antes aquiescencia para domiciliarse en dicho fundo, a cambio de vigilar la propiedad y solventar sus cargas. Congregados así al azar como personajes puestos juntos a arbitrio del artista en páginas de fantasía, acompañaban al Presidente desde casi dos años en aquella estanzuela vieja, tierra a espera de frecuentes decisiones judiciales.

Todos los habitantes sentían lo soñado de encontrarse allí reunidos, y al inestable asentamiento de ellos, por el azar de un encuentro con el Presidente, en aquel suelo pasajero como ellos, que podía serles quitado en un instante, asociaban el sentimiento de los grandes soñadores, cual ellos, que se veían en aquel grato vivir libre, fino, afectuoso, cambiante, múltiple de simpatías nuevas, viviendo lo que habían soñado, no convenciéndose con ningún mucho abrir los ojos que estaban efectivamente donde por tanto tiempo tuvieron por sueño estar, por sueño aceptado resignadamente, primero ansiado, real, luego, para sufrir menos con él renunciada su realización, aceptado como sueño permanente intrasladable a lo real, sin virtualidad, como elegido sólo para sueño. Por eso cuando andan por calles de Buenos Aires se sienten reales y ansían volver a latir en la novela; van a la ciudad como a la Realidad, vuelven a la estancia como al ensueño; cada partida es una salida de personajes a la Realidad.

Desde dos años antes el Presidente había escogido hacer de la amistad el asunto de su vida venidera. Y cada nuevo amigo había tenido su recepción por todos con dispuesta curiosidad y simpatía. (Cuando cada uno llegó a la estancia sintióse conmovido por doble impresión y se dijo: "Entro a 'La Novela' y a la novela".) Los últimos amigos conquistados y traídos a aquella convivencia fueron Deunamor y Dulce-Persona.

Deunamor impresionó más que nadie a su llegada. Pero todos olvidaban que estaba con ellos –aun el Presidente tardó en sentirlo real habitante– hasta que volvían a verlo. Sólo después de tiempo se

hicieron certeza de que vivía con ellos el No-Existente-Caballero, aunque a todas horas lo observaran.

Recordaba cada uno su primer día de llegar allí, y al vislumbrar el rostro de todos tras aquella llegada, aquel mirar la casa y dejar caer las valijas o atadillos ante la puerta grande, sentían el traimiento oscuro que los traspuso allí. ¿Qué porvenir luego? ¿Cómo el primer movimiento de caminar hacia la novela, las palabras del Presidente al conocerlos y tiempo después al invitarlos a su morada, y con estas palabras la imagen que ellos en ese instante se hicieron de la estancia que irían a habitar? ¿Y ese dejar cada uno su familia, su pasado, su dolor o su soledad?

De cuantos son hoy en "La Novela" todos ya estaban cuando el inesperado tan placentero para todos, arribo de la Dulce-Persona –bautizada así por ellos luego, y único habitante femenino que hubo allí– y lo gracioso de que desde la ciudad trajera flores en la mano para el Presidente, caminando así a través del jardín. (Qué suavidad fue verla tan en sí que no advirtió el sentido encanto de cruzar con flores a través de un jardín. Pero nadie la vio. ¿Cómo se supo? Por maravilla.) Padre no era regular residente; venía y se quedaba de tiempo en tiempo y en ese día no estaba. Dulce-Persona sólo supo que era conocido de la casa, y lo vio en ella por primera vez, la noche víspera de la maniobra.

Quizagenio fue quien tuvo la sorpresa de abrirle la puerta. El día era algo frío, nebuloso; se divisaban las aguas del Plata palpitando sobre la línea de la ribera, y agitábase la arboleda que lo bordea frente a la estancia. Dulce-Persona fue llevada a la gran cocina de campo, tibia, de abundante fogón que en invierno se ama, blanqueada, de gruesos muros y con aquel constante sonar silbante del viento en las habitaciones campesinas, voz que Dulce-Persona nunca conociera y que nosotros oímos en la primera vacación en estancia y medio siglo después en un retorno inesperado o deseado a los campos oímos de nuevo con el mismo timbre, palabra igual que ha dicho eternamente el viento en las rendijitas y reaparece en el oído desigual de la vida individual transcurrente.

Quizagenio, que cocinaba regularmente para todos, le brindó alimento caliente bien preparado. Antes de recordar a nadie de la casa silenciosa ni de saberse en ella que allí estaban, Dulce-Persona y Quizagenio habían conversado dos horas en un coloquio feliz de hablar cada uno más que el otro. Estas dos horas son las únicas que hubo verdaderamente felices en el amor de Quizagenio por Dulce-Persona y en la amistad de Dulce-Persona por Quizagenio, amistad y amor que nacieron bajo aquella viva conversación sin que supieran ellos que habían nacido. ¿Ese trato y diálogo, esa amistad y amor no estaban comenzados siempre en esas almas? ¿Por qué decir que principiaron si ellos no sintieron ese nacer ni después lo sintieron como comenzado alguna vez? En aquella hora ambas se hicieron absurdas por la composición de dolor que es la covidencia, el absurdo encuentro de amor y amistad.

El viento había estado siempre en la rendija una sola palabra diciendo: en estas pobres almas hubo siempre amistad y amor; pero esas dos palabras, al cambiar diálogo, hacían nacer el dolor.

Un día de los habitantes de "La Novela"

Tomo al azar un jueves de agosto de 1927, segundo invierno que se pasaba en la novela. Todos, excepto el Presidente que ya nunca salía, partieron juntos, temprano, en el coche viejo, pasaron entre el Vigilante, curioso de simpatía por ellos, y el vallecito húmedo y verde, miraron la viborita que dibuja sobre la costa o sobre la línea del borde bajo de la costa, y así se ve desde la estancia en todo instante del día el ondear de las aguas sobre la línea de la tierra que bordea... Y anduvieron en la mañana algo fría y de viento hablando y haciéndose observaciones por momentos hasta que los absorbió el espectáculo de un amplio diario de Buenos Aires que una racha arrebató a alguno de las manos y se dio a rodar y volar sobre el suelo delante de ellos, que llevaban la misma dirección del pampero reinante. No pudieron ya ocuparse de otra cosa ni apartar la vista de aquel aletear y rodar de anchas hojas impresas que descan-

saban, se alzaban, se removían intranquilas o partían a lo alto del fuerte viento y se adelantaban al grupo viajero, sonoro de palabras y exclamaciones en la jaula del coche, y al fin, transportadas por las rachas recurrentes, lo acompañaron delante por quince cuadras, quizá, hasta cerca de la estación en que el carruaje había de detenerse. Entre todos, nadie como Dulce-Persona se agitó e intrigó tanto, entre jovialidad y superstición, con el caprichoso andar del periódico delante de ellos. A Deunamor le complació por entero. A Quizagenio le bastó contemplar cómo a Dulce-Persona le interesaba el suceso, y al Andaluz no le preocupó sino que llegara el momento de apoderarse de él; sin embargo fue enigmático en esta exclamación: "¡Cosas de los diarios! ¿Es que alguien cree que lo que pasa con este ejemplar de periódico es un hecho de prensa?" No se contestó a esto y subieron al tren.

Llegados a Constitución, se separaron algunos; parte del grupo prosiguió unido. En el Centro, Quizagenio acompañó a Dulce-Persona hasta su oficina y besándola (es cierto aunque no explicado) se dirigió al Palacio de Justicia ¡pues era procurador! (inexplicable y cierto). La verdad es que recorría las oficinas y los expedientes tan absorta y dulcemente como a las ollas y sartenes de su cocina de campo, y rara vez un juez tenía corazón para ocasionarle una mala noticia con un fallo adverso ni una olla para desbordársele o sartén para quemársele. El Andaluz se perdía en los bares, pescaba noticias para el Presidente, jugaba una quiniela, hacía quiromancia en obsequio de quien le convidaba y cuando era muy generoso con él el invitante, le adivinaba un feliz porvenir y separaba en su destino los días martes de los días trece, para conseguir lo cual no sabemos cómo se las averiguaba.

En fin, reuníanse para el tren de las nueve todos, cansados casi siempre y con bienestar de alivio de tareas, en el bar de Constitución, bebiendo una taza de té con afán de placer todo el día postergado pues tenían convenido tomar siempre juntos el té de final de trabajo. Vedlos vivir este instante de simpatía y placer al fin de cada día, pues además de sus tareas, decepciones, injurias, órdenes humillantes o indiferencia hacia su anónimo entre la multitud, tie-

nen el dolorcito cotidiano de hallarse lejos de la estancia, forzados a privarse de ella largas horas; ¡vedles esta alegría, esta inocencia, y pensar que nada sienten, que no tienen vida!

Esperados por el Presidente sentado en su silla de hamaca bajo el zarzo del parral trenzado a la trepadora glicina, bulliciosamente se le acercaban y luego se internaban dispersos en la casa, mientras Quizagenio y Dulce-Persona, que lo secundaba en la cocina, avivaban el fuego bajo las ollas que ya contenían las comidas preparadas en la mañana.

El Presidente a la Eterna

"Profundamente, decisivamente: la fórmula de realización de mi alma con que llama el destino en esta hora inesperada, convulsa de desconcierto y dolor, de íntima, despreciable, torpe por inferioridad mía humillación, es ésta:

Si ha de lograrse afortunado el glorioso amor –que sólo él y recién ahora conferiría sentido, explicaría la aparición de una individualidad más, la mía, entre las innumerables que se han dibujado en el Ser, que en verdad me daría la individualidad que hasta hoy no tuve, amor que eterniza el presente, ocupa totalmente la memoria, hace de la eternidad que nos espera solamente un instante, o sólo la memoria de un instante eternizado del sentir, y es el acontecimiento supremo del Ser: para todos hay eternidad pero sólo la Pasión plenamente cumplida puede eternizar un instante, es decir la memoria triunfa de la Eternidad, la reemplaza por el instante de la Pasión, del todoamor, acontecido en cualquier etapa de la totalidad del tiempo, totalidad que es nuestra pues ninguna vida tiene comienzo; la eternización no de la vida sino de un instante, el más alto de ella en el sentir– será después de haberme alejado a estudiar mi alma y hacerla tan bella como la de usted, al retornar cuando mi sentimiento se haya hecho genial.

Anoche, al contemplar su semblante de alegría de amor –que conocí para mí cuando hubo un instante, el primero y no sabido por

usted misma, de amor por mí– vuelto hacia otra persona (esa misma alegría de amor, de pura y exaltada simpatía dichosa y sus ojos en ese rostro largas horas, olvidada de todo otro humano), yo viví dos horas de su olvido; tuve "el Olvido de la Eterna", la inolvidable y que además cura el pasado, sustituye, por ilimitado operar de su encanto, el pasado de quien fue desdichado por otro de dignidad y gracia, tanto un pleno instante de ella desborda.

Tú, Eterna, suelo oírte, dices que un tropezón, una caída del distraído o torpe, no tienen remedio; su ridículo no tiene remedio, a lo que le opongo que el tropezón es, mejor que el "juego" y la "mesa", la oportunidad probatoria de un carácter bello o feo; y para un alma plenamente graciosa (y sólo es tal la que no conoce otro impulso que el de la simpatía) no hay ni lo prosaico ni lo ridículo"...

Aparece la Eterna y lee este comienzo de carta.

Llegada donde se dice que con igual alegría simpática sostenía coloquio con otro visitante, herida ante tanta incomprensión del ofuscado Presidente, pálida y húmedos los ojos, le deja escrito:

—"Adiós, Presidente; no más por hoy. Nada en mi vida fue más cruel que leer sus líneas. Me voy, creo que sin esperanza ya. No me detenga. No puedo imaginarme que me comprenda nunca."

Vuelta a sus aposentos con mortificación insufrible, el semblante en rubor y fiebre apoyado en sus manos, repetía una plegaria y verdaderamente se acogía desesperada a un Dios que nunca se ha definido a sí misma (pues no hace atención a ninguna práctica religiosa) y a quien se dirige sólo inundada de lágrimas y desesperación... Luego, mitigada un poco, exclamó: "Y él, sin plegarias, sufre ahora más que yo. Que rece, quiero que rece. Infelices de este siniestro vivir". Tomó pues el teléfono y dijo solamente: "Rece usted; rece ahora mismo y luego intente dormir. Se lo ordeno: rece". Entonces, más dolorida por él, el causante, retomó y sentada al borde de su cama y en sollozos: "Pobrecito, pobre de mí, que antaño y hace unos meses no más leíamos a la Bovary, destrozada su alma a cada paso de su existir, nos mirábamos al hacérsenos intolerable la lectura de un triste destino, pero siempre con esa envidia o emulación infantil por el ser de personaje de novela. Y

ahora somos nosotros atropellados por la vida, que es furia enigmática, y ahora quizá la vida le hace a él, y a mí, pobrecillos, ansiar ser sólo personajes leídos, nada sentir, ese ser de personaje que todo lector ingenuo halla envidiable lo mismo en la ventura que en las desesperaciones con que lo aflija su novela. Enloqueceremos soportando esto y ansiáramos escapar de la Vida a un capítulo de Relato. ¡Quién me mostrará que él nunca existió, que sólo lo leí, que yo misma no soy sino una sombra, una silueta en páginas!"

El Presidente y la Eterna no alcanzaron el todoamor porque él no quiere posar su cabeza en el seno de la Eterna, para amparo, y ella no logra (es su única imperfección) liberarse de este declive maternal, que en el amor es error, y no puede vivir sin esta sensación en su pecho. Por su parte el Presidente tuvo la ineptitud de no poder amar a la Eterna sin pensarla, sin representársela místicamente o sea como imposible en el ser, porque el ser es inintelectualizable.

—Eterna: no eres perfecta –tiene que decirle aquí su novelista, que es también un amigo.

—Hazme perfecta, pues, si lo puedes, como Dios a los hombres.

—Es que no puedo: la imagen ha venido a mí en la experiencia interior; hace ese movimiento por momentos de buscar una cabeza de amado en su pecho para Amparar; y cuando esquivo, en imagen, ese movimiento alza un rostro triste, descontento; combato esa expresión y reaparece el movimiento de inclinarse y "amparar hacia sí". Triunfo de esto en mi campo mental y se renueva el gesto triste de su rostro tan suave.

Otras veces Eterna le compra "ropitas" al Presidente y éste se rebela contra la maternalización de la relación de amor, se rehúsa a sí mismo la actitud de amparo porque inferioriza: sólo concibe la identificación de iguales.

El Hombre que Fingía Vivir cumple mientras tanto divinamente la Ausencia.

CAPÍTULO III

—Dulce-Persona: ¿Qué va a suceder pronto en la novela, Quizagenio?

—Quizagenio: Te lo diré cuando yo sea el autor.

—Dulce-Persona: ¿Y después qué seguirá?

El Presidente viene hacia Quizagenio y le dice:

—Quizagenio, escúchame, tengo para ti una tarea.

—Si es muy difícil, Presidente, ¿por qué no se la encomienda a Deunamor, que tiene talante de no ser desconcertado por nada? Pues ando desde hace algunas semanas con inteligencia poco dispuesta.

—Pero los ojos bastante ocupados.

—No comprendo, Presidente.

—Te lo explicaré en otro momento.

—Me parece Deunamor muy listo y sereno. Parece que me conoce todo lo que hago y medito, y sonríe. No me gusta que me mire, aunque me salvó de los perros aquí, pues sabrá Presidente que el día que llegué me viera muy mal a no ser que tan pronto acudiera Deunamor. Francamente, Presidente, que a veces creo estar soñando si lo miro.

—Porque no tienes fe en su eternidad todavía, que es como no tener fe en ser: un mortal es un no-ser. A mí a veces, has de saberlo, me parece real, a veces no, como todos, cuando mis certezas se adormilan.

—De todas maneras, prefiero, si tengo algo que hacer, hablar o informar, que no mire, aunque lo hace rara vez, porque me desempeño mal; si no fuera por esto siempre estaría con él.

—¿O con otra compañía, no?

Quizagenio lo mira; cree que no ha dicho eso el Presidente, que sólo lo ha pensado; no contesta.

—Bien: nos conseguirás la alianza o discreción de Petrona.

Tú debes conquistar sus simpatías de manera que ella, por afecto a ti, se abstenga de hablar y divulgar en asuntos de "La Novela".

—Bien, Presidente, lo estudiaré.

—Hace poco Dulce-Persona preguntó por vos. Está acostada.

—Voy a verla. Además me dará alguna idea para hacerme la amistad de Petrona. ¿Cuánto tiempo tenemos para empezar la obra que se propone con todos nosotros?

—Dos meses.

—Adiós.

—Adiós. Ciérrale la ventana si entra luz y está durmiendo; la hablas más tarde.

Quizagenio a veces pensaba en Dulce-Persona mirándola; otras la miraba soñándola; otras pensaba en ella sin dirigirle los ojos (esto no le perdonará la Eterna al Presidente). Pero siempre Dulce-Persona.

(No se ha dicho aún que Quizagenio verdaderamente tenía ciertos rasgos de fisonomía, los ojos..., la nariz..., pero, caramba, esto va siendo mucho trabajo y ahora me acuerdo que tengo en el bolsillo su fotografía, casualmente del gran taller del polaco Generosius, rotulada: "La Fotografía del Salir Bien". Helo aquí con la tremenda dedicatoria que me obsequiara Quizagenio: "Genial Autor: aunque hasta ahora no he podido descubrir ninguno de los rasgos de talento, sentimentalidad, causticidad, jovialidad que según otros ostenta vuestra personalidad, os admiro y quiero profundamente y os creo el más seguido y claro de los novelistas porque me ayudáis a entretener y atraerme la atención de Dulce-Persona, y estáis de mi parte para hacer su felicidad. Vuestro amigo y humildemente colega Quizagenio.")

Instante de las figuras de Eterna y Presidente danzando en escenas

Dos perdones de la Eterna.

La Picardía en los dedos de la Eterna ¿no es el perdón mismo de capitulación de amor?

Hoy está el Presidente en manos de la picardía de la Eterna.

Hoy está en manos de su perdón.

La Eterna es terrenal en cuerpo, y sin embargo a su rostro no llega tremulación alguna de deseos. Es tan exquisita como directora de la Materia, cuyo bordado nadie puede decir cuándo lo ve y cuándo sólo lo piensa.

El Presidente no lo sabe: sabe que cada vez que llega, la Eterna le pone a los ojos el pañuelito de círculos y rombos, o bien sólo las manos, aparentando tener el pañuelito a sus ojos: no logra el Presidente saber cuándo lo ve o cuándo lo imagina. Si dice que lo ha visto, Eterna le pregunta cuántos son los círculos y los rombos; no acierta casi nunca. Y queda contristada, porque cuando el Presidente lo ve efectivamente es porque su alma está a más poder.

Hoy el Presidente es más en el momento de ambos: una poderosa realización intelectual lograda en los dos días últimos lo torna directivo e intelectivo, aclarador en el amor de ambos. A veces el Presidente le gasta los dos perdones, el actual y el de lo pasado. Entonces la tristeza de la Eterna es total; los días fatales del Presidente dan su hora; después de los cuales nuevas noches de desaliento y luego una ternura de delicadeza nueva. Hoy el Presidente y la Eterna están en la claridad.

Espacio que ocupa aquí un diálogo sin autor o prosa no autorística, en que se concede a Quizagenio y Dulce–Persona intenten un merger vivencial.

—Quizagenio: No me preguntes, Dulce-Persona, qué hay hoy en "La Novela". Esta vez no estamos en personaje, vamos a hablar nosotros y para nosotros. Esta vez somos, no *somos* personajes; para entenderlo, mira arriba, en la página en que estamos, Dulce-Persona, el rótulo de esta escena.

"Pero ¿estás dormida, Dulce-Persona?

—Estaba, pero te sentí llegar.

—Entonces ¿no sirve andar en puntas de pie?

—O habrás hecho ruido para despertarme y no quedarte sin nuestra conversación.

—Cierto que tengo una gran conversación ahora, pero sé andar en puntas de pie y así ando siempre por el mundo, porque el que tiene amor no busca los oídos del mundo.

—¿Tienes amor?

—Ya ves cómo tampoco tú lo notaste; ando en puntillas de pie con mi amor.

—Grandes deseos de conversar me estás provocando. Voy a levantarme.

—¿Me iré, entonces?

—No mires y quédate, así me guardas la conversación y no se la regalas a Deunamor. Y tampoco mire el lector, ésta y cada vez que me desvisto. Lea, pero por encima del hombro.

—Es cierto, nos están curioseando.

—No te siento ni respirar, ¿estás pensando?

—Es raro, no pienso. Estoy esperando verte, que me dejes volver la cabeza.

—Puedes hacerlo, te estaba preparando el mate y había olvidado que te hallabas de espalda para no mirarme; creía que te entretenías divisando el campo.

—Qué quietud muestra la llanura, pero no por ella quitaría de ti los ojos; es que no podía mirarte, ¿te acuerdas? Pero antes de contarte el encargo que traigo del Presidente, te felicitaré por tu insuperable matecito.

—¿Así entonces que está muy activo el Presidente?

—Y tanto que ahora mismo, con este último mate, me encamino para arreglarme antes de la primera entrevista a la señorita Petrona.

—Sin embargo, el Presidente tiene también sus calmas: a veces deja quemarse el cigarrillo mirándolo irse en cenizas.

—Es cierto. Qué vida más intensa, bajo su aparente placidez, la del Presidente. Pero ahora me voy.

—¿Cómo, te vas ya?

—Por mí no, ciertamente. Y por ti tampoco, pues si Presidente halla desarregladas tus habitaciones se alegrará deduciendo que estarás plácidamente dormida; siempre nos recomienda que no te despertemos.

—Él no ha venido a su escritorio hoy, ni ayer sino muy tarde desde que llegó la viajera de traje negro.

—Pues hace rato que de aquí veo por la ventana que le han dado aquella habitación.

—¿Por qué?

—Porque anda.

—¿Cómo?

—Anda en el aposento; pasó frente a la ventana algunas veces y miró hacia afuera reteniendo la cortina.

—¿Cómo es ella?

—¿No la has visto? Me voy al patio; vístete del todo y vuelvo a contarte un cuento; si quieres, entretanto, podrías verla desde donde yo estoy ahora, es alta y hermosa de formas. Mejor que la mires tú, no te digo más. No olvides recordarme que te cuente dicho cuento titulado:

Señora muy de su casa
Muy de su casa sin ella.

Nótese que el hábil y sensitivo Quizagenio ha encontrado el método de cambiar la conversación que habrá de ser dolorosa a Dulce-Persona por recaer en la incógnita visitante del Presidente, proponiendo una narración.

—Prepara tu cuento. Ya miré, no se distinguía la persona. Voy a darle buen día al Presidente, miro su habitación y vengo.

Quizagenio, para sí: "pretextos, curiosidad; está mortificada con la presencia inesperada de la desconocida"; luego en alta voz:

—Si es por el cuento, quédate, ya lo tengo; lo pensé ahora mismo; te lo contaré como me lo contaron hace poco.

—Espera cinco minutos, amigo mío.

—Es para que veas que ando ligero cuando me pides algo.

—Presidente no está.

—¿Y bien? ¿Te impacienta que no esté? Tantas veces no está. Aquí estoy yo. Pero ahora sí me voy.

Dulce-Persona, todo para sí: "Ya sé que estás, buen Quizagenio, pero motivo hay para que sufras por alusiones necias al Presidente". Y siguiendo la conversación:

—¿Qué haces aquí, Quizagenio, en este capítulo donde te he encontrado, andando en busca tuya?

—Buscaba el lugar de la novela donde pueda haber vida; creía que fuera aquí en la ventana de "La Novela" donde se respiraría y vendría vida para nosotros dos.

—¿Para qué, Quizagenio? Ya ves que el Presidente no busca vida.

—¿Es posible que lo preguntes, ahora que me has dicho que tengo tu amor? Presidente no sabemos que ame; parece desdichado. ¿Para qué viviría su desdicha? Pero es ahora para mí, para nosotros, encontrados en este cariño, que pidiéramos la vida. Sólo contigo la quisiera. Para el Presidente el tener sólo el "ser de personaje", ahora que es desventurado, es una maravilla de suerte; para nosotros, felices con tu amor, ahora es la vida la que debiera dársenos.

—Te diré... no sé cómo decirte, Quizagenio, que te detienes mucho en un amor de un instante que palpitó en mí hacia ti; es amistad lo que ahora siento; aquel instante ha sido real aunque pasajero.

Es cierto; en la comunidad de acción de un día o en la primera hora de verse, se enamoró Dulce-Persona de Quizagenio, por un día; Quizagenio lo advierte y percibe que al día siguiente ese amor habrá borrádose. Deunamor lo consolará con un consuelo que Quizagenio acepta para siempre: "Ten este día de amor de Dulce-Persona, por tu eternidad".

—No me gusta la conversación; casi te invitaría a que iniciáramos este diálogo como de nuevo. Por ejemplo, yo llegaría a tu puerta y entreabriéndola comenzaría con voz y paso quedo como me lo recomendó el Presidente:

"—Dulce-Persona ¿estás despierta? Porque si no lo estás cerraré aquella ventana que te está dando luz.

—Sí, Quizagenio, lo estoy.

—¿Cuánto dormiste?

—Desde las siete.

—Son las dos.

—Muy bien; me levanto. ¿Qué hará Quizagenio? (eso es lo que debieras haber dicho)."

—Dulce-Persona: No entiendo lo que dices; ¡pobre lector!

—Digo que dices: "Me levanto". Tienes razón: ¿sin advertir mi presencia? Es que es difícil pensar por otro. Además, fíjate: yo estoy haciendo todo el diálogo, pero cuando ocurre como ahora que vas a salir de la cama, a ti te corresponde decirme qué debo hacer.

—Pues que te quedes y mires para otro lado.

—Bien, me retiro. Dame un consejo: tengo que conquistar a doña Petrona, ¿qué hago, Dulce-Persona?

—Arréglate bien y cuéntale cuentos de los cines; no se me ocurre nada más. ¿Acaso se necesita la ayuda de ella?

—Así es, para que no divulgue secretos de "La Novela". Pero yo me arreglaré mal, al contrario de lo que me recomiendas.

—Sí, yo también creo lo mismo; te dije mal. ¿Cómo harás? Estás de buen semblante.

—Ahora sería el momento del diálogo en que podías decirme de nuevo: "hoy *te amo, Quizagenio*, personaje de la *Novela de la Eterna y Dulce-Persona*". Pero veo que te quedas callada.

—Me quedo callada para no decirte: un gran personaje, un personaje digno del Arte nunca dice como tal personaje: "Te amo"; a nadie que ama verdaderamente se le ocurre decir "Te amo".

—Oh, bien quisiera yo también que fueran otras las palabras. Pero no las tienes... Seguiré con los preparativos para la comisión del Presidente. Esta noche ensayaré algo y si noto que sirve te diré qué cosa es. Lo malo es que estaba entusiasmado leyendo a Lombroso; parece que el hombre de genio es mentalmente enfermo. El Presidente asegura que no es así y que Lombroso tenía mucho de genio y nada de loco.

—¡Pero qué tontera hablar de genio! Con tal que nosotros no tengamos ninguno aquí.

—Sin embargo, yo soy muy sano.

—Esto es lo importante; ¡qué suerte! ¿Pero a qué viene decirlo ahora?

—Es que yo pienso mucho.

—¿Y no te atontas así?

—No, no es eso. Cuando me atonto es de otra cosa.

—Yo no pensaría.

—¿Y cómo voy a resolver tantas cosas que tenemos con el Presidente, que no se está quieto, si no pienso? Si no estuviera tan preocupado, con una visita que él le hiciera a Doña Petrona la entonaría tanto que no se necesitaría más para tenerla callada y aliada.

—Que vayas vos es mejor; no le hables más del asunto a él. Te vas a entretener en esa misión; tendrás algo que contarnos cada noche.

—Si salgo mal no tendré ganas de contar. Pero pensaré mucho.

—Parece que vos siempre piensas.

—Creo que sí; tengo facilidad.

—¿Y está de veras tan trabajador el Presidente? Si me hicieras un mate dulce (aún no me he desayunado) te preguntaré unas cosas.

—Bueno, ¿dónde está todo?

—Allí, ¿no ves?

—Ah, bueno; te lo prepararé. Pensándolo bien, tengo también tiempo de tomar mate. Ya adivino qué me vas a preguntar.

—La carta que recibió y la señora que vino después.

—¡Ah! ¿hubo carta?

—En este momento cambiaría el diálogo y te rogaría que repitiéramos aquel que tuvimos durante dos horas en la cocina el día que llegaste.

—Entonces no se te ocurrió preguntar mi nombre ni a qué venía. Creía que las primeras palabras que yo pronunciaría aquí serían: "me llamo María Luisa". ¿Por qué no me dejaste decir esto, que me gustaba pronunciar y lo había pensado todo el camino? No era mi nombre, es cierto, y me había olvidado de inventar un apellido.

—Tu nombre era clarísimo; apenas te vi lo supe; te llamabas Bienvenida.

—Tomaste mi valija y dijiste: "venga conmigo". Pero ahora tienes que hacer. Me voy a vestir, Quizagenio, tengo apenas tiempo para arreglar el escritorio de él.

—Tienes trabajo con todos esos cristales que quiere que brillen llenos de agua.

—¿Y los cuadros?

—¿Qué cuadros?

—Esos montoncitos y ramilletes de papel color que ves dispersos en su habitación él los llama cuadros, pues primero tuvo óleos y acuarelas, los reemplazó después por oleografías muy elegidas, mas ahora ha suplantado todo eso por papeles de color; es su salón de pintura. Es un gran admirador de la pintura.

—Es extravagante, y luego dice que siendo Lombroso un genio hay que creerle todo menos la teoría de que los genios son locos.

—Otra vez hablaremos de genio.

—Es que yo soy muy normal de juicio (y porque lo soy, cuando te recibí te aligeré de tu carga de cajas y paquetes pero no tomé de tus manos el ramo de flores que traías y aunque me dolía verte con él en las manos todo el largo tiempo que conversamos no ofrecí tomarlo de tus manos, no pregunté ni supe para quién era).

—¡Ah! Es verdad que a vos te preocupa aclarar el problema de los genios.

—Lo cierto es que yo soy muy sano. Hace tiempo que no se te oye al piano y cantar; el Presidente dice que debieras estudiar y que cuando llegue un músico amigo te probará la voz.

—¿Así que te vas? –dice aquí Dulce-Persona como deteniendo a Quizagenio que se ha movido como para partir.

—Quisiera siempre estarme conversando contigo.

—Y quédate en este "diálogo"; para eso es. O bien vete con Deunamor.

—Ahora no estará.

—¡Cómo lo quieres! Es muy delicado; si tuviera tanto que pensar como el Presidente, ¿sería tan dulce como él?

—Creo que sí.

—Bien, si te gusta que te mande, como sueles decirme, empieza las visitas a Petrona. ¿Te gusta lo que te mando, que te quedas mirando?

—Te miro, Dulce-Persona... y voy adonde me dices.

—La conquistarás. Quizagenio; vos sabés, yo no sé conquistar; eres bueno, inteligente, libre.

—¿Libre? Lo era; nunca volveré a ser libre pues no podré olvidar.

—Estás enamorado, seguro, lo veo. ¡Qué dolor debe ser! Mas ¿y ella no puede amarte?

—No puede.

—Entonces ella ama.

—Sí, y quizá no lo sabe; y quien ella ama lo ignora también. Sólo yo sé de ese amor, y la amo también, y ella no lo sabrá.

—¡Cómo es la vida! ¡Cuánto sufrir!

—Es mejor que no suspiremos. Me voy.

—Eres bueno, Quizagenio; estás buen mozo y elegante; te recibirá bien. Pero la corbata...

—Está mal, ya lo sé.

—Ven a que te la arregle.

—Muy bien, hazlo, pon tus manos en mí para ello. Después la desarreglaré.

—¡Cómo!

—Tú la pones bien y yo la descompongo un poco.[1]

—No entiendo nada.

—Déjame hacer: yo iré y te digo que mientras encuentre alguna cosa nueva que hacer al revés habrá esperanza de que me gane su amistad.

—Menos lo entiendo.

[1] (Autor: Estoy molesto de una sensación desconocida, ¿no será que me está leyendo algún crítico amargo con burla de que uso a veces "tú" y otras "vos" en mi floja gramática?)

—Es un gran pensamiento: ya te digo, lo que necesito para hacerme querer de Petrona es que vea siempre cada día en mi persona moral algo que arreglar, poner en orden.

—¿Persona moral?

—Sí: mi persona moral es mi peinado, mi corbata, mi cadena de reloj, el moño de mi sombrero, todo lo que tiene revés y derecho, arreglo y desarreglo, un usarlo bien y un usarlo torcido. Estoy seguro: esto es mi persona moral para Petrona. No te preocupes de entenderlo, no creas, por ello, no ser inteligente, pues yo tampoco lo entendería si lo dijera otro.

—Si quieres lo entiendo, pero ya que dices que no me preocupe, que es adivinanza...

—Esta noche cuando escuches mi informe en la sesión comunicando el resultado de mi primera visita, lo entenderás mejor. Adiós, Dulce-Persona.

—Antes escúchame: tengo ansia de decírtelo y te lo digo: ¿por qué fuiste tan bueno cuando llegué aquí?

—Quién sabe... Parecías tan suave y venías como asustada.

—Miedo no tenía; yo lo conocía bien a él. Pero de cualquier manera, si he de seguir viviendo quisiera no encontrar más gente buena en mi camino.

—¡Más raro es eso! Es más fácil para no entenderlo que mi opinión sobre las corbatas desarregladas.

—Explicame de una buena vez eso incomprensible que va a ser tu procedimiento de seductor. Comprendo que todo ocurra naturalmente. ¿Acaso no es linda, Petrona?

—Lo será, pero no con la cara que tiene.

—Y también me explicarás alguna vez cómo no tienes remordimiento para hacerle creer a Petrona en tu falso amor.

—Y bien: el procedimiento –las moscas del remordimiento las espanto ahora– me encanta tanto que disuelve toda moral en mí, aparte de que Petrona es casquivana. Creo que ninguna mujer de su tipo, y aun muchas superiores puede resistir a la inquietud que un moño de sombrero puesto al revés, puesto a la derecha, o una corbata torcida, o una mancha de pared en la ropa, unas medias arrugadas o

un botín desatado, le produzcan. Es una desazón que prolongándose por repetidas presentaciones de un caballero las lleva a la ansiedad desesperada de hacerse cargo de la total persona del hombre mediante el remedio completo de una unión conyugal para acabar con todas las imperfecciones de indumentaria del sujeto que tan irritantemente se ha cruzado en su camino...

—Está muy bien; ¿pero no te parece falta de dignidad imaginarte a vos mismo arrimarte a una pared para sacar la espalda blanqueada, en el camino de una visita a tu enamorada? ¿Qué opinará el lector, de tu plan? Qué descortesía, nunca lo consultamos.

—¿Por qué no nos da su idea, distinguido lector, o se habrá distraído y nos habrá dejado solos?

—Lector: Soy tan interesado en vuestras vidas como discreto de ellas; estad seguros de que sólo me alejo cuando sospecho la fatalidad de un beso, y vuelvo cuando calculo que un espectador amistoso no es indiscreto. Ahora os atendía, cómo no, y aprobaba vuestro plan.

—Muchas gracias, así vale vivir.

Quizagenio se alejó y Dulce-Persona se quedó entonando su quinteta predilecta:

Qué bueno sería ser bueno
Y
Sólo entre buenos vivir.
Dolerse de todo duelo,
A toda dicha sonreír.

—Simple: Oh, cómo no he de embellecer mi tiempo conversándola, ahora que la veo libre y alegre, Dulce-Persona.

—Dulce-Persona: Es cierto, me siento muy feliz. Qué dicha pertenecer a la camaradería de "La Novela". Cuando el Presidente me invitó, yo dudaba, pues mi vida era tan insignificante que todo cambio posible me atemorizaba aún.

—Yo también recuerdo emocionado cuando nos dijo: Os invito a una "maniobra de personajes" para que seáis felices en la novela.

—Para mí este cambio ha sido todo; he olvidado mi pasado, me siento con esperanza.

—Yo ya en la vida era algo feliz. Había empezado a entender la felicidad.

En efecto, Simple es el hombre más fácil para la felicidad: como acomodador del teatro Colón sabía quedarse en su piecita mientras resonaba la orquesta, el canto de gran tenor y la gran dama y los bullicios de asombro de inmensa y poderosa concurrencia, el divino director de orquesta ondeante y flameante de faldones y cabellera aplacando y alzando furores de ópera con sus gestos, toda aquella aplastadora virtuosidad, hasta la virtuosidad de asombrarse en la opulenta concurrencia; Simple sabía quedarse, mientras el cantante daba una legua de "do", tocando una tocata en su guitarrita, manso y contento y sintiéndose satisfecho de vivir, con tal que en tales momentos lograra oír su instrumentito.

—Dulce-Persona: Yo, en cambio, todo he debido aprenderlo aquí. Creo que como todos.

—Simple: Pero a algunos les cuesta. Por ejemplo a Quizagenio, que es el hombre nada fácil que no la emprende a toser si no le ponen para ello un director de orquesta.

¿En respuesta a qué broma de Quizagenio, mientras juntos pintaban las paredes del vestíbulo, Simple intentaba este chiste sobre las dificultades de la felicidad del amigo común? Dulce-Persona sonrió largamente, y juntos siguieron tomando sol entre los álamos, mientras Simple seguía explicándole que él tiene una almita que le procura "el mundo en un cucurucho". (Tampoco se ignore que además del tiempo de la novela, hay el buen o mal tiempo que era proveído por los cambios de humor de Simple.)

Quizagenio avanza silbando a la conquista de Petrona. ¿Hay en él quizás algo de engreimiento?

Tal vez; una pizca de infatuación de seductor y dos pizcas de envidia quizagenializan su carácter.

Sorprenderá mi afirmación acaso temeraria de que hay en Quizagenio al lado de su sólido sentido moral, es decir de simpatía gene-

ral por el "otro yo", por la pluralidad de sensibilidades o individuos que se significa en esta norma suya: "Por lo menos en esta vida cada uno ha de dejar caliente su asiento; dejar, al partir, su lugar, o sea el tiempo y zona en que vivió, un poco más cómodo para el hombre futuro, que antes (o quizá quiere decir: un trabajo y un calor de trabajo desinteresado debe dejarse hecho para los otros, sin recurrir al gran egoísmo del propio destino); hay que ser un hombre que hizo algo más de bien que de mal"; y bien, a pesar de esta moral y, lo que es más disonante, a pesar de su suprema elegancia de inspiración egocéntrica severa, tiene Quizagenio dos envidias –y la envidia es la más dura inelegancia de personalidad, falla en el egocentrismo (se debe ser, hasta que no se logra la Pasión, cerradamente egocentrado, y en el amor absolutamente sin-yo)–: envidia a los mozos de bar el envidiable placer táctil-muscular de correr el trapo sobre el mármol mojado de la mesita en que se ha volcado algo, y lo consumado del efecto secante en que sin embargo nadie cree al ver correr el trapo muellemente; pero más envidia a los mozos del almacén la delicia de lanzar los vasos, teteras, jarras, deslizados sobre el enrejado de la mesa de bebidas.

Entonces Petrona replica a Quizagenio:

—Me parece de alguna insolencia su presentación a mi persona aquí, por más cortés y amable que sea.

—Verdaderamente, señorita Petrona, que me gustaría poder decirle aquí, en este momento, lo que le expresé en una circunstancia semejante, en otra novela, a una joven muy parecida a usted en encantos, aunque no tales. Recuerdo que le dije: "Es muy duro, señorita Luciana, esa mención de insolencia. En verdad me afecta un verdadero impulso a desistir de la visita". Esto último es lo que no puedo decirle a usted señorita Petrona. Así que le diré, porque hoy no me siento con ánimo para desistir de una visita, simplemente: La seducción y lo imponente de su presencia alteran mi lenguaje y mi apostura y he podido parecerle insolente. Pero me libraré muy bien de desistir de mi visita como lo hice en dicha otra novela con la señorita Luciana. No podría privarme de prolongar el coloquio que me deparan las circunstancias con usted.

Otras mieles y alguna copla improvisada han hecho feliz este día de Quizagenio (deseoso de contarle todo a Dulce-Persona) y el secreto de "La Novela" está por ahora asegurado.

CAPÍTULO IV

Carta a la sombra alejándose del amador de la Eterna, joven señor Porcio de Larrenave, por el camino de su olvido de Ella.

Evanescente caballero, señor del Olvido.

Cuando, más que el rumor de tus pasos –el silencio que pasa sobre tu figura caminante– la indiferencia de todos adelante en el vacío tu soledad y te detengas a un reposo, esta carta puede que te alcance, y creerás entonces sentir distante el golpear de otro paso abrumado, comenzando el camino que seguiste, empezando la lección de tristeza que sufriste. Ah, dirás, debe ser el que ocupó mi lugar de preferencias junto a la Eterna, el que inició cuando yo concluía, llegó inocente y causó en el mismo día mi partida, y no sabrá que hay un lugar una sola vez junto a la catadora de almas. Tendrás conmiseración entonces de mí. Tenla.

Me dije al conocerla: cuando se mira así, los ojos cerrados vueltos oblicuamente al suelo hacia delante o hacia el tablón de la mesa a que estamos reclinados y en que nuestro abatido busto hace su sombra insignificante, como vi a Porcio de Larrenave hace cuatro años, la noche en que conocí a la Eterna, ¿qué es lo que se ve?

Ahora, hoy, ya sé lo que es. Sé que se mira así: el camino después de Ella, el trazado por su olvido, el que encerraría los pasos de él desde esa noche, el que también queda para mí desde esta noche.

¿Cuánto tuvo para tí de dolor, señor Larrenave, esa calle? Dime cómo se le quita dolor, un poquito siquiera, a ese camino. Tu experiencia me sirva para no sufrir tanto como tú. ¿En qué se piensa andándolo? Durante todo él, mejor sólo en ella pensar, ¿no es verdad? Pensar en su belleza, en la Eterna siempre, dar a comer al Dolor nuestra vida y cuerpo.

Usted me miraba esa noche, Larrenave, con piedad y malicia y callaba siempre entre todos. ¿Adivinó ya al ver la primera preferen-

cia de ella por mí, que tanto le punzó, que habría de llegar día en que practicara yo el camino de usted?

Téngame piedad: la única compasión que quisiera para mí en este comienzo terrible es la de usted.

Dolorido por usted también. Suyo.

El Presidente.

Con esto dejo dicho al Lector que el primer conocerse del Presidente y Eterna fue un deslumbramiento que se manifestó sin medida como de un inexperto pensador cual él y una Eterna tan majestuosa y profunda en sus sentimientos como suspicaz y maestra en resortes de las auto-ilusiones, los juegos fáciles, del masculino creer amar. Así que mucho tiempo transcurrió antes de que el Presidente buscara el nuevo encontrarse habiendo tomado peso y medida a su inclinación apasionada, comprendido la actitud no ilusionista de la Eterna, y díchose a sí mismo que no lograría apasionarse sino de ella.

Así se puede recorrer de vuelta el camino de Larrenave o una Eterna nos faltaría siempre, dolor no resistible, pensó, para todo el resto de su vida.

CAPÍTULO V

—Dulce-Persona: ¿Qué tenemos hoy en "La Novela"?

—Quizagenio: Todo lo que quieras.

—Hoy nos tenemos a nosotros.

—Entonces tenemos la alegría de Dulce-Persona.

—Y la del Presidente. Que un día por lo menos sea feliz.

—Pero mira, Dulce-Persona, allí está la dama visitante.

—Ojos negros; es hermosa; triste; es seria y atrae. ¡Cuántos somos los tristes, Quizagenio! Ojos negros tenían que ser los de ella. Se inclina suavemente.

—¿Cómo sabes que *tenían que ser*? Ningún médico puede predecir que el futuro recién nacido tendrá que ser de ojos negros. Yo predigo que tus ojos azules son los mejores y más negros que quieras.

—Si mandó primero una carta es que se conocen.

—Se conocerán, pero seguro como que hay cuentos buenos y listos para decirlos, es que si le preguntas a él de qué color son esos ojos no lo sabe.

—Te equivocas del todo, pensador; ella le interesa mucho.

—¡Cómo te estás preocupando, Dulce-Persona! Sufres inútilmente; no hay ningún interés de él en la persona de ella: debe tratarse de los planes de él.

—Y te equivocas en otra cosa: lo primero que observa en las gentes es el color de los ojos y...

—¿Entonces hay más primeros?

—Y la voz.

—Pues en estos dos primeros le ganas tú a ella.

—No critiques mi gramática, Quizagenio.

—Tienes unos ojos mandados a hacer para atender a un buen cuento.

—¡Qué chancero estás, Quizagenio!

—Estoy triste, al contrario, Dulce-Persona: siento el desmayo de ser sólo escrito, cuando pudiera no escrito sino real estar así; el hundimiento que la máquina de cine imprime a los personajes que proyectó delanteros, en primer término, en el momento en que caen en el beso y hay que alejarlos de la visibilidad. Dile al señor autor, Dulce-Persona, que quedemos sólo escritos cuando nos tenga sufriendo.

—¡Todos tristes!... pero te diré que es la primera vez que me haces cumplidos.

—Siento amor y por eso quisiera vida ahora que es cuando en los cines se borra maquinalmente a los personajes, y cuando en las novelas debiera dárseles vida. En esto serían sublimemente superiores al cine. Siento amor y quisiera una vida ahora que ese amor la haría feliz; y entonces pienso con miedo que quizás en el mismo instante el novelista alza su pluma del papel y ceso. En fin, ¿quieres que siga en cumplidos? Tu boca...

—Tu boca debió decir antes que el primer cumplido fue el mío pues hace poco rato te dije que eres agraciado de persona, como también bueno.

—Ahora sí que me voy: allá pasa el cochecito de la señorita Petrona con el legítimo contenido de su persona.

Se despiden.

El cese de un tic tac de reloj

—Dulce-Persona: Lector, necesito tu aliento sobre esta página de desaliento. Inclínate más; es tan triste toda existencia. La Dulce-Persona hoy está triste.

—Lector: ¡Cómo trocaría mi pesadez terrena por tu levedad! ¿Por qué pensativa, Dulce-Persona?

—Porque todo sentir es triste, tal vez.

—¡Valiera mi vida para prestártela, atribulado personaje!

—Pero ya es bastante que uno a otro nos pensemos.

Un saludo de ciprés

En el atardecer, mientras los follajes y el polvo del suelo dan la música inicial de una garúa estival, el Presidente, solo en la estancia siente el desesperado pedido de Pasado que irrumpe en su conciencia: clama su alma por recobrar aquellas noches de hogar que transcurrían para él en la contemplación y cuidados de la respiración de los cinco seres del hogar filial, unidos bajo aquel techo. A eso de las once todos dormían, y dejando su escritorio hacía el recorrido de todas aquellas figuras amadas, los cuerpos denunciados por las ropas de cama, las cabezas, las manos. ¿Ese pasado no podía tenerlo más?

Una de las cinco "páginas sueltas de novela"

La señora que se recuerda en la conversación de Dulce-Persona y Quizagenio era la augusta mujer a quien el Presidente dirigiera seis años antes la siguiente carta, tan descuidada en la redacción por la agitación de esos días de su vida, como ardiente en el tono:

Buenos Aires, julio de 1923.

A Eterna.

No puedo pasar momentos sin pensar en usted.

No puedo captar todavía el total de impulsos que agitaron su conducta hacia mí desde el teléfono del viernes a las dos, es decir la mañana del sábado, ¿recuerda usted?, hasta hoy.

He sido castigado enérgica y tiernamente por la valentía y sensatez de una gran mujer, sin igual en lo que he conocido, discreta, piadosa, activa, pura, y mi orgullo no ha sufrido. Antes bien, el pavor de perderlo todo, inseguro de mi atracción y en estos días, calmado, extraviado por su constante benignidad, no por infatuación sino por insidia de la confianza, de la fe en la felicidad que nos posee y adormece de pronto, todo goce de compañía suya me hizo humilde; sólo el temor rigió mi conducta ante esa admonición pri-

mera que oigo de sus labios; el orgullo no tuvo reacción alguna. Desde que la conocí, la comparación de valías y gracias entre usted y yo se definió al punto, y viví temeroso, sumiso entreviendo siempre la hora en que, en mi inferioridad, no pudiera retenerla, en que la perdería. Nada consideré ahora sino lo que podía perder de usted, hasta el verla quizá; injuria o halago para mi persona ya nada eran para el amor propio.

En la noche del sábado una esquivez, una actitud atormentada en su constante claridad de tono y gesto me la mostraron retenida en la infaltable espontaneidad suya indescifrable. Pero ya tenía cubierta mi esperanza, el corazón cubierto, como dice el español, desde el teléfono del sábado al amanecer.

¡Cómo había cambiado el semblante de las cosas que todas me hablaban tan cordialmente en los días que veníamos viviendo, en la bonanza profunda de nuestro trato que yo había gustado tantas semanas y cuyos días ahora terminaban! Quizá no tendría ninguno más.

Yo llegué de nuevo a su casa la noche del domingo con un último día en mi espejismo íntimo. Pavor del más imperceptible desabrimiento en la actitud que iba a ver en usted al trasponer su puerta, era lo único que había conmigo ahora. Y usted, esperándome, me franqueó aquélla y me otorgó otra vez el precioso acogimiento que engañó siempre de ensueño el instante de verla cada vez. Supe entonces recién que había llamado a mi teléfono, estuvo siempre en agitación, esperó largos momentos próxima al vestíbulo para recibirme, preparó flores para darme, mucho más por pasión que por caridad, inmerecida abnegación puesto que tras ella, usted lo había dicho, un porvenir no podía empezar.

Qué hora oscura tuvimos y lo que menos atiné a ver fue que usted también sufría. Injusto fui yo que soy y he sido en este trato ennoblecedor que me acuerda, el más feliz y libre de los dos.

De este recuerdo nunca nacerá una rebeldía, de mi orgullo nada queda ni lo quiero nunca donde esté usted o su recuerdo. Es una santidad lo que ansío que reine siempre en mi pensamiento y trato con Eterna. Algún día pretenderé que mi espíritu se posesione de

poderes tales que me sea dado trocar por una sin límites la frase que denomina hoy y por mucho tiempo el sentido de lo que ahora sólo es un coloquio de la simpatía.

Mas esperaré tanto y tan quietamente, que quizá sea usted quien se inquiete dolorida de mi sufrir mudo, y generosa como siempre, o quizá, como yo le ruego y ansío, apasionada, humilde de ternura, no compadecida sino gozosa, venturosa de darse a la plenación del inmenso sentir de identificación, de amor, tú, ardorosa mujer hables primero.

Tú la que más sufre, más brega, más es y da, la que alecciona y nada tiene que aprender, nada del alma le es ajeno, la

Eterna.

Y en verdad, Eterna, hay un mundo de cosas que descubrir en su alma de estos días. Una frase suya en el teléfono último del amanecer del sábado fue el primer anuncio –por el acento y el momento de decirla, no por su fría acepción– de huida de nuestro bien. ¡Cuántos otros desencantos habrá tenido usted de mis desaciertos y defectos!

Yo creo ver otros; y me atrae en pesadilla buscarlos todos.

Tenía que ser así. No se puede ser grande frente a usted ni esperé nunca serlo al conocerla, al llegar a usted, sino aprenderlo con usted. Y aún: quería aprender, no inventar, mi santidad de pasión. Esperándolo todo de la pasión, viví hasta hoy sin ella y sin querer prepararme a ella, queriendo aprenderla bajo tormento, desesperaciones de comparación, con la beldad de espíritu que algún día encontrara. Y aún ahora conociéndola vivía más de sus perdones que de martirios de purificación y de fe en mí; vivía de la felicidad de hallar viviente y definida a la Belleza que sería modelo de mi virtud.

¡Qué apiadante y augusta inquietud la suya en esos dos días!

Qué riqueza mostraba su ser en los afanes abnegados de limitar en mí el dolor que era ineludible infligirme.

Yo fiaba en su perdón, nada más, antes. Y ahora: creía ser el que sufría más. ¡Qué deslumbramiento fue usted!

Perdón.

Las gracias de ternura, de energía, de sensatez, de tacto que reflejaban en su acción en estos días en que aún en el intrincamiento de tal conturbación no la abandonaron, ni su fantasía ni la sutil travesura suya en el afecto, exceden a todo lo que presentía yo cuando en el poemita "Fuiste la Noche, triste y engalanada" le dije que no la adivinaba, que no la alcanzaría.

Yo no creía ignorarla tanto y que alguien me enseñara y excediera así.

Mientras usted cree, quizá, que yo estoy mortificado de amor propio y desesperanzado de reciprocidad de afectos, yo sólo me asombro y me humillo de medir el delicado cariño por mí que ha nacido tan pronto en las lozanías de su sensibilidad. Que yo no haya entrevisto el crecer de su cariño me avergüenza: me denuncia lo yermo de mi sentimentalidad, y traiciona que yo no creía merecerlo.

Comprenderá así por qué yo no tuve esperanza alguna cuando sonó el primer aviso, cuando luchando consigo misma se determinó penosamente a despertarme de mi ilusión.

De tan poca esperanza como hube yo al iniciarse nuestro conocimiento, había pasado como un engreído vulgar a concebir la posibilidad de todo nuestro destino. Y no era engreimiento sino encantamiento, y fe en las fortunas de la Pasión.

Algo concreto tiene que haber mediado no para que usted cambie, pues siempre procuró acostumbrarme a la movilidad conmigo de sus direcciones sentimentales. Pero ya me avergüenzo de estos análisis de los aconteceres que brotan o se enlazan a nuestras escasas entrevistas y conversaciones.

No sufras más, sensitiva criatura, que con tan agradecida felicidad por mi reaparición y por el dejarme de aquella vicisitud y el rehacerse del rumbo perdido de nuestra comunión de existencia, te mostrabas el día último tan jubilosa y trémula de reconciliación con la vida. Vuelvo a ti para siempre y acepto presuroso,

intimidado del duro riesgo salvado, los límites, que si los impones es por ineludibles.

¡Eterna!

El autor. He aquí una carta que ningún gran autor de gran novela, parecida a ésta, habría redactado tan deficiente, tan excesiva de palabras y tan sensiblera, tenemos que decirlo.

El Presidente, muy desocupado por lo visto, nunca se vio tan mal redactado y he aquí lo objetable de que personajes de novela se tienten a escribir cartas particulares (pues es notorio que se trata de correspondencia privada no destinada al público lector pues faltan todos los datos para entenderla y adivinar su desenlace, sino a persona que ya sabe todo lo que le van a decir y puede pasarse aún de leerla, abstención muy sensata cuando el novio –no puede disimularse que lo es el Presidente aunque se expresa con un máximo de confusión al respecto– deja que lleguen sus cartas a casa de la novia como si no se hubiese entretenido bastante con escribirlas, pudiendo hacerlo y luego quemarlas, diciéndole a la novia, al visitarla: "te escribí una espléndida carta que me complació mucho, pero naturalmente no te la envié pues era sólo para conservar mi agilidad literaria".

Y así la Eterna cada vez que se veía con el Presidente le preguntaba: "¿Me escribiste alguna carta?").

El Presidente alude en la precedente carta por la primera vez (sin duda lo hace frecuentemente en sus conversaciones a hurtadillas de la novela), a sus coloquios telefónicos con la Eterna. (El teléfono a oscuras, perfección de sólo hablar oral sin espectáculo y sin gesto.)

Es cierto. Todas las noches se hablan largamente y siempre la Eterna concluye con un simulado cantito lloroso y rebelde de niño a quien algo se le niega, y pasa luego a la Palabra para decir: "Yo quiero hacer todo lo que yo quiera. Que me dejen esto y que además me den muchos mimos hasta dormirme, y que entonces sueñe cuanto me guste y quien me ame piense y sueñe en mí."

—Aún no lo aprendí; mañana me acercaré más.

—Pero hoy ya no lo fue; hubo otro sin amor perfecto; ese día más es irreparable. No, el pasado no es irreversible; me lo dices siempre.

—Sí, hay toda Esperanza: cuando los días de amor perfecto son más que los de torpeza, olvido, languidez y aprendizaje, el pasado cae en la nada.

—¿Y después nuevamente cambias?

—No, el amor perfecto es opción definitiva por una eternidad.

—No piedad, no piedad, Presidente. No piedad. Es falso amor el que piedad o amparos pide. El amor es igualdad.

Instante en que todos, al irse a acostar después de interesante plática, están preocupados con problemas que tal vez resolverá el sueño

Presidente: La Alucinación del pasado como culminación en Novela; poder de una situación y escena igual sobre sentimientos que hayan cambiado, como tiranía o confusión.

Eterna: Olvido absoluto; olvido por gran presente; olvido de la persona a que se habla o mira.

Dulce-Persona: Queremos distintamente, a veces encendemos, a veces apagamos luz; ver y no ver; que se nos vea, que no.

Quizagenio: Prueba de arte en el novelista; trasuntar los estados emocionales de un boxeador a quien se cuentan los diez segundos.

Deunamor: Lucha entre pasión actual, amada actual (su imagen) y recuerdo de persona muerta.

Pero Simple no está preocupado como sus amigos por problemas personales o imaginarios pero siempre más o menos lejanos o ideales; tiene que hacer honor a la confianza en él puesta al dejar librado a su idoneidad resolver este problema: con el humo perfumado que sobra de lo que fuman forzados, los actores de cine para disimular su mala gesticulación, hacer la Ilusión de la Eterna: cómo su Esperanza ha de tejerla Deunamor.

—Autor: Tú, lector, que podrías ahora entrarte en mis páginas, perderte del ser y librarte de la realidad y de estos problemas, pues que tienes tanto valor para quedarte real o creerte real, tú, si eres como yo y como la mitad de la humanidad (toda la otra mitad es altruista pues es tan fácil ser bueno como ser malo, por eso habrás notado que los buenos y aun santos no notan ni se preocupan de lo que son. (Si Leopardi hubiera sabido esto, cuántos lloriqueos sobre la maldad humana nos habría ahorrado. (Hablaré en paréntesis sobre el paréntesis: he mandado hacer paréntesis de primero y segundo tamaño (yo no sé por qué la aburrida literatura enfática, casi toda de gramáticos, desaforados o artistas, repudia los paréntesis enfáticos segundo tamaño y emplea dos o tres centenas de adjetivos; es decir organización del instrumento Palabra en léxico y sintaxis, como los ferreteros preparan las paletas sin estimarse por ello pintores) tú, lector, deseas para cuanta figura humana los mejores sucesos y tiemblas de sus posibles dolores. Por eso ansías que cada uno resuelva esta noche sus problemas y mañana amanezca con su mente tan fácil como su corazón.

—Lector: Es cierto. ¡Oh si yo pudiera colarme de noche a vuestras conversaciones y tener siquiera por una hora el ser de personaje! Vida de "La Novela" ¿quién no la suspira?

—Dulce-Persona, que pareces escuchar este eco de la Vida: Respirar; ese alzarse de los pechos; los nuestros no se alzan, y ese palidecer y teñirse de las mejillas de los que se aman. Siquiera al pensar en la nada de lo que tú y yo somos, Presidente.

Unos quieren la vida, otros quieren el arte. Sólo Deunamor está feliz en su ser. (Tirones entre autor y lector para arrastrar a éste al desvanecimiento de sí en personaje. El lector lo desea, pero no se atreve a renunciar por siempre a la vida, teme quedar encantado por la novela. No sabe que el que entra a la Novela no torna.)

—Autor: No debo decirle al lector: "Éntrese a mi novela", sino indirectamente salvarlo de la vida. Yo busco que cada lector entre y se pierda a sí mismo en mi novela; ésta irá asilando, encantando lectores, vaciándolos. El primer lector que se desterró de sí mismo y cayó al aire delgado de mi novela (esto ocurrió en la lectura de la

página 14) era un estudiante de veintitrés años que volvía suavemente las hojas, trabajando fuertemente su pensamiento en seguirme e identificarse. Leía fumando y a veces caía a mis páginas la ceniza calentada que me inquietaba: en cierto momento cayó él, tibio también, aliviado, en lánguido olvidar. Quería mucho a una señorita de molesta coquetería y vaivenes, pero cariñosa. Estaba cansado.

—Lector: ¿No soy yo?

—Autor: Tal vez. Siento pasos leves y una traviesa sombra en esta página. También tú estás, Bienvenido.

—Simple: Habilitaremos en "La Novela" un pabellón de lectores ganados a su encantamiento.

—Nuevo lector: Yo espero nerviosamente mi turno de descender a páginas de la novela. ¿No lo estoy ya?

—Quizagenio: ¿De veras, lector, eres quien lee, o ahora eres leído por el autor, puesto que te dirige la palabra, habla a la representación que de ti tiene y te sabe como se sabe a un personaje?

—Lector: Nada me interesa quién sea; me basta este delicioso mareo que me entra en los ámbitos sutiles de la novela.

CAPÍTULO VI

(Para llenar la ausencia de seis años y sus dudas.)

¿Llaman?... Es mi amor.

Hay belleza: para acariciar
El ansia de un mundo,
Para adormir en laxitud de logro
La peregrinación de esa busca descaminada y presintiente
Que es sentido de la realidad.
Busca sin conocer camino ni cómo es lo deseado,
Qué será aquello que le tiene guardado aplacamiento
Y trocará su dolor de sed en delicia.
En todo el sueño de lo real
Hay Belleza: para detener todo el Dolor.

Respirantes, Humanos, los que, innumerables, cocéis incesantes el aire del mundo, pedido sin tregua en vuestros pechos, y lo elevan vuestras bocas eternamente abiertas a un cielo eterno, seres del latido y la voz que se alegra o se ahoga, que pide, quizá todos los días, el cesar y la eternización alternante, hay belleza para darnos toda la intelección del Misterio, y para parar todo el dolor. Mas ¿dónde está? ¿En el Arte, en la Conducta, en la Intelección, en la Pasión? ¿En Cervantes, en Beethoven, en Wagner o en algo del delirio mayor: en entonación adorante, deslumbrada del Hombre de Walt Whitman?

¿Dónde está Belleza, la aclaradora del "ser" e hipnotizadora de Dolor? ¿Dónde está Belleza? ¿Dónde llama?

¿Llaman? ¿Verdad que llaman?

Es la Eterna, aquella sola en quien el Secreto, amigo nuestro, halló el seguro, que viene para que escribamos esta página, dicha sólo a nosotros, en la que nada de nuestro secreto se desvanecerá pues todas las palabras no pueden contarlo, que cuando estuviera todo dicho el secreto no se habrá arriesgado, nadie lo descubriera, ni cómo es ni si es secreto en un sueño o en lo real.

CAPÍTULO VII

(La Vida quiere entrarse a la novela.)

—Dulce-Persona: ¿Qué tenemos hoy en la novela?
—Quizagenio: Hoy tenemos a Suicidia.[1]

—Dulce-Persona: Oh, háblame pronto de ella.
—Quizagenio: Es cuento de "personajes de novela", no de personas que vivieron, y lo ideé así porque he hallado en ello un método mágico para que tú y yo tengamos vida, seamos personas:

[1] "Suicidia" apareció en la revista *Columna* (1938) y reapareció en *Una novela que comienza* (Santiago de Chile, 1941), como adelanto de:
"La nueva obra literaria de muy próxima publicación en cuya tapa se leerá:

Novela de la Eterna
y la
Niña de dolor Dulce-Persona de un amor que no fue sabido
Dedicada al Lector Salteado
por
Macedonio Fernández

(De los tres aplausos que hay: el de llamar al 'mozo', el de espantar gallinas de un jardín, y el de cazar una polilla al vuelo, ¿cuál será para esta Novela?)

Contendrá el "cuento" que sigue y que su autor se complace en enviarnos para su inserción en *Columna*. Una burla del cuento en una burla de novela, son dos en obra de extremada revisión de Arte al par que de grave, desesperado sentimiento y de ansiosa honrada investigación última de lo estético y desinteresada esperanza de un Arte severísimo, exento de convencionalidad y de sensorialidad.

pues me parece que en el momento en que un personaje aparece en una página de novela contando otra novela, él y todos los personajes que aparecen escuchándolo asumen realidad, y sólo se les siente personajes a los de la novela narrada: quiéralo o no el lector. Hay otro resorte que da "vida" a "personajes" y pediré al novelista que nos está escribiendo que lo emplee con nosotros si éste que voy a practicar no nos da, querida Dulce-Persona, no nos procura la vida, que amándonos tanto hoy, sería feliz para los dos. Ese otro método (ojalá nuestro autor nos esté escuchando ahora, lo aprenda y use apiadado con nosotros) consiste en que los autores de novelas (no han de ser indiferentes a las ansias de sus personajes) presenten a alguno prorrumpiendo en esta vehemente exclamación (sólo en el último renglón de la novela pues hay "personajes" ingratos que aprovecharían al instante la vida que se les da y se irían a vivirla sin quedarse una línea más en la novela) ...

—Dulce-Persona: Y yo no sé si no haría lo mismo, aunque me inspira simpatía nuestro pobre autor...

—El autor: ¿Qué les pica a estos personajes míos que hace rato busco y los encuentro en diálogo dándose un aparte en sus funciones?

—Quizagenio: ¡Pobre autor!...

—Dulce-Persona: Yo nada sé de él pero lo siento vagamente como un alma sin rumbo, quizá un desdichado.

—Yo nada oí ni malo ni bueno y lo único que me preocuparía es que hubiera en él algo de envidioso y me celara por estas dos magníficas ideas que te estoy comunicando. He notado que no lo hace feliz ver al Presidente dispuesto a escribir un libro y le critica sus

---

A eso aspira, nos dice Macedonio Fernández, que nos explica se halla ahora recién salido, pero seguramente salido, de la negación, en lo artístico. No así en cuanto a lo "estético natural".

Auguramos que su obra comportará la más poderosa estimulación a la investigación y la discusión del Arte que se hayan lanzado en nuestro hirviente campo literario, donde el examen y la iniciativa son gustados." (*N. del E.*)

apasionadas y elocuentes cartas. Quién sabe si vería de buen talante la felicidad que puede darme tu amor en la Vida. Y por mi parte, al punto de prorrumpir la exclamación que he elaborado te tomaría de la mano y huiría de aquí a la Vida, pues te aseguro que esa frase dará Vida.

—Sí, huiríamos, llévame en ese momento, estaré tomada a ti cuando me hables eso.

—Sí, como digo, los dos dijéramos a un tiempo: "Oh, desdichado de mí (tú dirías desdichada) con este Horror que soportamos todo contra nosotros, un dolor y un nuevo dolor siempre, oh cuánto ansiáramos no tener vida, ser sólo un 'personaje' de cualquier novela que antes leíamos embebecidos, creídos de que sólo en las novelas había infortunio, desesperación".

—Oh, es verdad, es magia, cada palabra me va alzando, me lleva de aquí, de la nada; siento... soy... Oh, Quizagenio, será verdad, podríamos... retener esto que nos llega. Repite, habla siempre, Quizagenio.

—Yo me confundo, no sé... qué punzada horrible... ¡ay! Dulce-Persona, ¡pudiéramos!... Tengo que llorar; ¡por favor, Dulce-Persona, dime otra vez que sientes! ¿Cómo dijiste, Dulce-Persona?

—Habla, por Dios, di, di pronto otra vez.

—Oh, no, ¡otra vez!

—El autor[2]: ¡Qué escalofrío! Quisiera darles todas las palabras que piden y pidieran. ¡Cuánta pena! ¿Pero han podido alguna vez las palabras dar lo que ellos esperan? ¡Por suerte, al menos que no sea la Eterna quien me implore tener vida! ¡En su majestad de persona y acento si esta demanda clamara como en estos pobres jóvenes, si ella pidiera una vida que hasta hoy no ha mostrado querer,

[2] El autor parece asustarse y creer tener el ser de personaje, atrapado por su propio invento. ¿Se recobrará alguna vez? ¡Si quedara para siempre! Es la décima vez que le acontece: por dos años todos los días ha tenido poco o mucho pensamiento de estos personajes, y a veces ha conocido el sudor y suspensión de ser él nada más que personaje. ¿Tiene más realidad que ellos? ¿Qué es tener realidad?

que en la frustración de amor de su destino desdeña! ¡Qué podría contestar! ¡Si ese amor se cumpliera y en la privilegiada felicidad que sólo el largo dolor de almas augustas puede dar me suplicara hacerla viviente, por magia de palabras de artista, cuán superior sería a mis dones complacerla!

—Quizagenio: ¿Qué nos ha pasado, Dulce-Persona? ¿Qué sentías tú, qué mareo?

—Dulce-Persona: Nada... nada.

—Oh, esto ha sido una agonía de nacer, y se ha frustrado. Déjame reposar, que luego te contaré el cuento.

—Mejor no lo intentemos más; es horrible este ahogo. ¡Mejor no saber nunca lo que es la vida!

—Fíate de Quizagenio, no desesperes tan pronto.

—El autor, apurado y cortante en su discurso: Qué difícil es escribir por cuenta propia, lo que se pensó mucho.

—Quizagenio: Yo soy bueno, Dulce-Persona –y quizá un genio–; pero, ante todo por bueno, has de tener paciencia con la debilidad que me conoces por aparecer no como personaje sino bajo fórmulas de autor. Así te pido me consientas que presente ante ti el cuento que te prometí, y que ahora viene, como si me dirigiera al lector, y con este paréntesis en exordio, aunque lo único que importa a mi alma es estarme hablando contigo, así sea cuando me escuchas distraída.

—Dulce-Persona: Esta vez, Quizagenio, es la primera en que te sospecho una pizca de acrimonia.

—Perdónalo, que yo mismo no la advertí. Considera que he aceptado vivir sin esperanza; a veces esto me altera.

(Si perdonáis a un versificador que quiere cambiarse a cuentista y acabará como todos los literatos procurándose algún fracaso en el teatro –final ruinoso como el de los artistas de la música en la tonelada musical de una "ópera", castigándose con estas clamorosas denuncias de su poca fe, de no haber sido siempre artistas conscientes en artes tan poderosas en su pureza instrumental como la Prosa y la Sonata, con su modesta y descolorida letra de imprenta o

con sus parcas octavas que están en todas las gargantas–, que os prevenga que todos sus relatos se descaminan tan pronto como rozan alguna verdad o misterio científico, forzado el autor por un primor de ciencia que no puede vencer y ¡qué diré! cuando, como aquí, veréis rozar dos problemas cual el del Automatismo Integral, del arrollamiento de la Conciencia por el Automatismo Longevístico, único imperativo de la vida y cuya finalidad es suplantar el pluralismo vital fatigoso y anárquico por un único Cosmos-Persona, el mono-ser libertado por fin de sujeción a la pérfida relación de Externalidad, y, en fin, del contrajuego al Longevismo que le hace eternamente el antieternizador Reflejo de Evasión (de autodestrucción) atisbando cada ocurrir de esa falla del plan longevístico que es la Monoconciencia Afectiva Negativa o sea el instante de conciencia una, es decir, ocupada por un solo estado mental afectivo de dolor, sobre cuyo instante de monoconciencia el Reflejo de Evasión reina omnímodo e instantáneo...

—Si de tan tremenda cosa se trata, dirá el lector, acepto el relato que se descamina.

—Muy bien: aquí está.

—Aunque la Ciencia me parece cada vez más pedante y estéril, como lo muestra el terrible estado de la humanidad, tampoco el Cuento me parece cosa muy seria como género literario; tiene mucho de chiquillería y de receta. Pero venga el cuento; venga lo que venga.

—Me ofendéis tomándolo a resignación.

—Entonces no aguardo más, me voy.

—No, no, ahí va todo seguido. Un lector es un lector. Aunque me ha salido uno respondón que seguramente no conoce ninguna de las maneras de aplaudir.)

Suicidia

Todo estado de placer o dolor que en un momento dado ocupe toda la conciencia (dicho en torpe lenguaje), tiene a su disposición

el total automatismo de la acción (dicho también con poca estrictez, pues la psique no dispone casualmente del automatismo sino que está a disposición de él y del periferismo o centripetismo sensorial).

Este automatismo es instantáneo y siempre el mismo: huyente con un dolor, reteniente con un placer, conservador con un placer, destructor con un dolor.

Si ocurre, pues, en un niño, que ha vivido hasta hacerse de la experiencia[3] de que un organismo es destructible, y por qué medios, un dolor que ocupe fuertemente la psique, el automatismo debe proceder instantáneamente a la destrucción corporal. O se niega que puede haber momentos de un solo estado en la psique, lo que creo no ha sido alegado, o al primer fuerte dolor de cabeza, un ser procedería a su autodestrucción, con la misma coacción interior con que huiría de un incendio. ¿Se asombra alguien del ansioso e instantáneo huir de las llamas? Pues no debe asombrarse de que al primer dolor de cabeza un ser humano con experiencia de la destructibilidad, y medios corporales adecuados a ello, se elimine de la existencia. De más está decir que quien esto afirma no cree que la vida tenga ley de hedonismo, vale decir, que la vida tenga un valor hedónico por el sólo hecho de ser existente, que sea más hedónica que el no ser. No son éstas páginas para convencionalismos: hemos conocido todos muchos momentos y largos años de miseria total y los hemos vivido por esclavitud al Automatismo longevista sin que la Conciencia tuviera poder alguno para avasallar ese automatismo y ordenar el acto de aniquilación. Ásperamente debe hablarse aquí, cuando he de contar la muerte de Suicidia.

Veamos. La vida no tiene plusvalor sobre el no sentir. En la vida hay dolor además del placer. La Conciencia o Sensibilidad no tiene poder alguno sobre su cuerpo viviente, pero siente, inevitablemente, con ciertos cambios de ese cuerpo, aunque no con todos. Y la Conciencia tiene estados simultáneos con los comienzos y conse-

[3] Corporal; la experiencia sentida o psíquica no tiene figuración causal, y por tanto ninguna en las destrezas y fines del desempeñarse del Cuerpo Viviente.

cuciones de muchos actos. El cuerpo fisiológico tiene poder ineludible sobre la conciencia. El cuerpo se propone únicamente persistir en ser una organización; que la conciencia anexa a él padezca, no le concierne. En las series complejas de actos, el cuerpo nunca se encaminaría a la propia destrucción. ¿Procedería a su autodestrucción en el primer momento de una serie eventual de actos correlativos de un dolor en la conciencia; es decir, el reflejo fundamental congénito de fuga al dolor sería el único movimiento *autodestructor* posible, bajo el automatismo longevístico? ¿Qué se responde a todo esto? Que si la Conciencia es susceptible por un instante de ser total y únicamente ocupada por el dolor, será porque hay un momento en los procesos fisiológicos del automatismo en que falla la finalidad longevística de ese automatismo. Hay pues una salvación: morir con oportunismo hedónico, cuando la vida no vale, a pesar de la tiranía de hacer vivir que ejerce el Automatismo.

Todo esto pienso cuando evoco detalles de la muerte de Suicidia. Ya se supondrá que sé que en las tablas de mortalidad figura un 10% de muertes por suicidio, sin contar un 50% de tentativas fracasadas de suicidios que son, miradas inteligentemente, auténticas expresiones del deseo de no ser. Pero yo opino, con muchos, que el hombre no logra ejecutar el suicidio sino en estado demencial, aunque sea la demencia de un instante, pero demencia completamente. Estos suicidios que se ejecutan no proceden de dolor actual, y quizá tampoco de un balance muy adverso hedónico de la vida pasada. Son indudablemente una falla en el imperio longevístico que se llama la vida. ¿Cómo el Automatismo consiente que exista la enfermedad mental de la manía suicida? El Automatismo no puede querer ninguna muerte, ni por mutuo exterminio entre vivientes, ni por enfermedad ni por caos mental suicida. El rumbo longevístico de la vida opera a base de apetitos certeros congénitos, que nunca se equivocan, y mediante la acción que siempre es automática, acompáñela o no la conciencia. Si el individuo muere no es nunca por equivocación de sus apetitos sino porque el Cosmos, la Externalidad da o no da lo que satisface al apetito. Así que debe el Automatismo resignarse a que haya muertes y demencias anhelosas de

muerte. Estas demencias y los fulminantes instantes de la monoconciencia afectiva negativa, son en cierto modo triunfos del hedonismo sobre el automatismo, del deseo de felicidad (aunque sea la negativa del no sufrir) sobre el longevismo mero, irracional, que es el negocio del automatismo, sin ganancias para la conciencia.

¿Pero qué se propone misteriosamente el automatismo con obligarnos a vivir aunque nos disconvenga? Preguntando otra vez: ¿Es que el automatismo no quiere desperdiciar una sola vida en los billones de ejemplares, no quiere que se trunque ninguno porque en cada uno de ellos cifra una esperanza de lograr el Organismo Inmortal? Por esto será que toda vida vale para él.

Vuelvo a Suicidia y me recuerdo que en ella no había la más leve traza de desquicio mental. Por lo cual tengo que preguntarme si fue "persona psíquica" en la cual la ocupación total de la Conciencia por un sólo estado doloroso, aunque fuera breve, fue posible. Esta rendija del Automatismo escamoteó su destino: fue víctima de una aptitud de su conciencia para ser totalmente ocupada, por un instante al menos, por un estado mental. Y la vez que ese estado mental fue de dolor, arteramente se levantó el gatillo del reflejo de evasión al dolor y le escamoteó la vida.

Lo que uno tiene que deplorar es que parecía una persona que, aparte de sus muchos encantos, semejaba predestinada a la posible felicidad de lo humano. Un pozo ciego en que el Automatismo universal de la vida, constituido por la combinación del reflejo evasivo al Dolor y la aptitud rarísima de una Conciencia de ser ocupada únicamente por un estado en un instante brevísimo, sopló fuera de la vida su ser.

Novia, esposa, madre, abuela, cuatro capítulos de antigua y reglamentada vida no se vivieron en ella: tenía dieciocho años cuando el mentado reflejo congénito y la monoconciencia de unos segundos... Es cierto que se llamaba Suicidia, aunque también es el caso que era feliz, que era una persona de contento.

Seguramente no me he hecho entender y no he convencido. Pero es que el lector no se pone en el caso psicológico, en conce-

bir, en representarse el momento en que en una conciencia no hay más que dolor. Si esa conciencia con sólo dolor, es inteligente, si es verdad que somos racionales, debe optar al punto por el acto de destrucción.

Esto es axiomático: alegar que hay futuros placeres es vano no sólo porque no es seguro ni próximo muchas veces, sino porque el imperio del reflejo de evasión operaría sin dejar razonar. Y además en los placeres futuros debe operar la noción del dolor pasado, si se pretende que en el dolor actual ha de operar la noción del placer futuro. Así que el suicidio ocurriría entonces en el momento del placer. Esto sí que puede ser error, ser mi único error: que no acierte en afirmar que cuando el mundo personal psicofísico, cuando la "persona" es sólo dos cosas: un Dolor y el automatismo basal de evasión al dolor, las nociones del posible Placer futuro no tienen ajuste, prontitud posible para interponerse entre el instante de esa monoconciencia penosa y la deflagración del Reflejo de Evasión. Si lograra interponerse ya no sería la hipótesis; pero como la experiencia no es influida por las hipótesis y mi honradez y pasión por la claridad me hacen repugnar tender lazos de petición de principios –que no engañan a nadie pero que dan celebridad y alimentan cátedras–, me someto a la todoposibilidad de la Experiencia y admito tal interposición. En tal caso sería en el Placer cuando ocurriría el suicidio, pero no hace esto diferencia: pues lo que sostengo que triunfa inflexible es el reflejo basal solamente sobre una conciencia en instante de monoconciencia afectiva.

Parece que no salgo del enredo. Pero yo sé que estoy bien en el punto; sólo que no alargaré más porque en cambio otra teoría mía, la del Automatismo Integral, incluso automatismo de la inteligencia, quita todo interés a las aclaraciones acerca del último estado terrenal psíquico de Suicidia. Conforme a mi tal sistematización del Automatismo es muy probable que Suicidia nunca, antes ni en ese momento que tiene comprometido mi narrativa, de su autodestrucción, haya *sentido* nada.

Creo que la percepción de Hogdson, su pesquisa del automatismo fue uno de los instantes de máxima lucidez de la inteligencia

de la humanidad. Pero bajo el estímulo de esa lección magna, yo llegué creo a integrar la verdad originada en él afrontado la dificultad capital de un automatismo plenamente y por sí solo dominando la actuación de la vida; la dificultad era: cómo la Actividad podía tener *dirección* longevística, sin la percepción, acumulación mental y selección de las secuencias causales, depurándolas de la Accidencia, es decir, de las secuencias inmediatas no causales que encubren en la accidentalidad aparencial la fijeza depurada de las secuencias causales. Que los apetitos congénitos no se equivoquen es cierto, pero el cuándo y el dónde encuéntrase lo que los satisface es el saber, totalmente experiencial, fenotípico. ¿Cómo sin haber visto el gato que nos arañó, eludiremos, sin verlo tampoco ahora, el arañazo de otro gato? Pues bien: no necesitamos *verlo* ni *oírlo,* estados psíquicos, ni antes ni ahora; lo que sólo necesitamos es que el trayecto nervioso visual o auditivo esté sano para trasmitir la vibración de la luz o sonido y que antes se haya asociado el dolor (es decir el daño fisiológico, no el dolor de ese daño, pues suponemos abolida o no comenzada la Conciencia, el Sensorium psíquico) a la presencia y ataque y gruñidos de gato (presencia ataque y gruñidos físicos, no psíquicos). La alteración en el campo óptico y fónico por la presencia del nuevo pero igual gato provocará la actitud física de evasión, conectando con la huella cerebral asociada al daño anterior.

La dificultad, pues, era inexistente y el rigor y completez del Automatismo Longevístico se logran y no puede escaparse a la alternativa de declarar mero presenciante a todo el fenomenismo sentido, a toda la Conciencia, que además es afectable al par que no causante en nada, por lo que la vida haga.

Si os he convencido ahora, por fin, ya no será mucho añadir que cada uno de los billones de gérmenes que comienzan tiene el plan de sorber el Cosmos todo, toda la Materia en él, en el molde de individuación que es él, y todo germen, hasta constituirlo en el Cosmos-Persona, único. Suicidia podía ser, como yo, como una semilla de uva o trigo, el germen que se lograra en pleno, que hiciera persona al cosmos y suprimiera la odiosa pluralidad, externalidad –y con ello las muertes–. El Automatismo –que quiere que Suicidia, yo

y la semilla no muramos– se sirve de nosotros para darse alguna vez su propio Descanso.

Pero por lo mismo que el Automatismo es la Total Verdad, nunca podremos saber si la persona a quien miramos vivir, siente. Yo miraba feliz vivir a Suicidia, pero no sé si sentía.

Si sentía no lo sabemos. Y como al lector no le gustará nada que lo expongamos a "emplearse", a gastar la conocida "compasión de lector" con un personaje insensible, no continuaremos hasta informarnos y poderle garantir que Suicidia sufría tanto que lector y autor ya para siempre viviremos avergonzados de haber concebido la hipótesis de su insensibilidad.

Hogdson, sabedor de que todo el saber es fenotípico, se turbó sea por una supervivencia residual de la *impresión* de espiritualidad de la Inteligencia, que "se quedó" en su mente resistiendo a la radical "crítica de la conciencia" que había elaborado, sea por un momento de confusa sinonimia en su mente de las palabras-acepciones "automático" e "inconsciente"; en suma, el querido Hogdson sintió como que fuera mucho afirmar el total automatismo del Conocimiento o Saber, que, sin embargo, es meramente la automática depuración de accidentalidad de las secuencias invariadas, depuración que se cumple por sí sola en razón de que lo que siempre se repite se graba más que las meras coincidencias de contigüidad o sucesión. Esta depuración sin necesidad del milagroso "raciocinio" bastaba...

Pero Quizagenio, nada corrido de notar dormida a Dulce-Persona, la despierta con cuidado.

—Dulce-Persona: Parece que tienes un mal amigo en ese querido Hogdson que nombraste. No te has de juntar con él si es el malo que engañó a Suicidia.

—Quizagenio: Oh, si hubiera creído que escuchabas, hubiera hablado de la "ablación conciencial" y habría subrayado que por aclarado que quede el automatismo integral que profeso, nada del Misterio esencial del Todo se aclara; ninguna explicación en Mecánica o en Psicología será nunca apta para ninguna reducción en el Misterio.

Pero como uno nunca sabe cuándo el lector duerme... Y sépase que Dulce-Persona no es de las que disimulan haberse dormido oyendo un cuento. Es tan encantadora en sus inocencias que me ha preparado para autor no irritable que al contrario sabe simpatizar con el lector que se le duerme; y éste por tanto no piensa corregirse.

Una vez que ya la tenemos a Dulce-Persona condolida y puesta de parte de Suicidia, ésta no quedará sin quien la busque, consuele y le concluya su cuento, pues Dulce-Persona se identifica con todo dolor y un "personaje dejado de contar" es lo que más teme para sí y para otros como desdicha.

Rectificaré (como autor o como Quizagenio) que no admito suicidio bajo monoconciencia del dolor en un instante demencial, y la demencia suicida, difieren: en que ésta es un estado crónico de apetencia del suicidio y va con pre-representación constante de placer del acto destructivo. Demencial igual a antivital, no igual a antihedónico.

CAPÍTULO VIII

(Que no.)

Pero un día no fue como todos. Encontraron, volviendo de Buenos Aires, ensimismado al Presidente. Y en la noche avanzada, reunidos todos, díjoles:

"Con mala noticia os hablo.

He prolongado dos años esta prueba de la amistad y aunque me dio, por vosotros, una vida que vale más que el no vivir, no ha dado a mi destino conciencia de finalidad, de dignidad. Sólo la Pasión puede darla. Y la curación de mi alma para la pasión que no logré de la amistad, espero, última y nueva esperanza, de la Acción.

Decidme si me acompañaréis en ella, que tendrá por asunto el que alguna vez hemos examinado: la conquista de Buenos Aires para la Belleza".

Es cierto; viejo tema del Presidente era rescatar a la gran ciudad cuyo destino sentía poderosamente, salvarla. Él había observado como nadie el sentido de su historia, la verdad de su grandeza. Pero era necesario depurarla de ciertos enervamientos de conducta y de alguna necedad.

Así los había exhortado el Presidente, otras veces, en las que Quizagenio llamaba sus lúcidas meditaciones:

"Si la solemnidad, la postura docta, las estatuas y las calles con apellido fueran proporcionadas a la virtud y al pensar profundo, cuán poca de esta estofa habría; este vivir no necesitaría tanta paciencia ni abundaría tanta tentación de una vileza a cambio de celebridad.

Por ahora, la profusión de estatuas, aniversarios, volúmenes de historia, apellidos de esquina y escritos de la segura virtud hacen muy sospechosa a esta sociedad de la perdonable pobre gente que somos todos; sobresalta notar tanto trabajo de los hombres por pare-

cer buenos, en una civilización tan enamorada de las cerraduras Yale y de los buenos modales, trampa de adormecer víctimas.

Ciudades de mejor gusto tendrían calles llamadas de la Lluvia, del Despertar, la Madre, el Hermano, el Llamado, Vive sin Nunca, Volverás, Despedida, Espérame Siempre, Retorno, Familia Amorosa, Beso, Amigo, Saludo, Sueño, Otra Vez, Desvelo, Quizá, Rehácete, Olvido, Emprende, Vuelve a Mí, Tertulia, Vive en Fantasía, Dolor Fantasía, Cerco Florido, el Camino Rocío, la Risa, Mesa de Hogar, Sonríe, Llama a Mí, y la gran avenida El Después Sueña con el Hoy cruzada por la avenida del Hombre No Idéntico.

Darle a la vida luz y no cenizas".

Cómo fue la mirada alelada, ojos muy abiertos buscando rumbos y viendo el fantasma del porvenir y vacilaciones de un camino, ante el futuro dudoso y el presente feliz cambiado.

También a vosotros –había concluido el Presidente– un día la amistad no os bastará; – y así quedaron en las horas del ante amanecer puesta en el aire sin sostén la mirada, mirando porvenir, no queriendo mirarlo, siéndoles dolor mirar el suelo, la casa, el presente que gustaban mirar acariciando.

Cómo fue la larga mirada que en ese amanecer tuvo el Presidente para la figura de Dulce-Persona dormida en su cama agitada en ensueño bajo la angustia de la despedida de amistad que escuchó con todos horas antes, del dolor de vencido del Presidente que su cariño adivinó en aquella decisión. Y soñando o sufriendo del presente cortado, de las que no habría más mañanas de todos alegres en la cocina y en el jardín y de las noches de todos animados, acompañados, despreocupados o adolorados también con alguna pena de cada uno, leve en la armonía del común vivir, instante en el placentero largo de los días.

Con tristeza por el porvenir de Dulce-Persona, por el presente de la Eterna y de él, con pensamiento de todo lo que también próximos los pies de la Eterna, así fue la mirada, apoyado el codo en el respaldo de la modesta cama de Dulce-Persona y la mano sosteniendo la frente y haciendo pantalla a la mirada con el rostro en ángulo con la cama y la mirada en ángulo con el rostro, dirigida a ella.

La amistad abría los ojos viendo fantasmas; se les llenaron los ojos de fantasmas a los amigos; la mirada en vacío a la proposición del Presidente. "¿Pero es posible, Presidente, que la amistad no baste?"

Mas ante la convicción del Presidente en la obra de supresión de la fealdad en Buenos Aires, todos estaban anhelosos de ser los conquistadores de la belleza y el misterio.

"Eran felices; pudieron ser felices"

—¡Se rompió!

—¡Hay otra igual, no lloréis!

—¡Pero la Vida no es así! La amistad que hubimos límpida y contenta no volverá la misma.

—Presidente: Y un amor que una vez no pudo ser no podrá ser...

—Quizagenio: Mas en mí fue de primera vez y lo guardaré eterno, sin el de ella. ¿Qué es el "yo amado"? Una palabra; tendré por mío el amor de ella por él.

—Deunamor: En la vida. ¿Pero en la eternidad personal? El tiempo individual eterno es para todo Posible; sólo en cuanto al espacio y al tiempo hay lo imposible: estar y no estar al mismo tiempo en un punto; ocurrir y no ocurrir al mismo tiempo, es lo único imposible. En verdad no hay imposible sino lo contradictorio, es decir sin sentido. Amar y no amar es contradictorio, no amar hoy y amar mañana no lo es.

—Presidente: Me dais la eternidad y en ella la total posibilidad, y en ella mi identidad invariable. Mas no es tal identidad la de quien no puede amar a una perfecta amante y mañana lo puede. ¿Acaso no soy otro cuando siento lo que no sentía antes?

Pero Deunamor calló, por lo que alguien puede pensar: lo que más me gusta en "La Novela" es la discreción de inexistencia, el trato invisible e imposible con el No-Existente-Caballero.

CAPÍTULO IX

(En el tiempo entre dos expulsiones de Federico que se acerca veinte veces cada día a "La Novela" desierta.)

La Conquista de Buenos Aires

El Presidente seguía con atención desde tiempo atrás las noticias de la encarnizada discordia que fermentaba en Buenos Aires, por el antagonismo de los dos bandos en que se había dividido la población: Enternecientes e Hilarantes.

Cada uno de estos bandos buscaba dominar; uno con la poemática ultratierna y la invención de relatos apasionantes, y otro con una literatura y multiplicidad de ingeniosos dispositivos dispersos por la ciudad provocadores de grotesco.

Entre los recursos del Bando Hilarante, se recuerda el que impusieron manu militari de hinchar y retorcer los espejos de la ciudad, imaginación que se ordenó y ejecutó en veinticuatro horas y por la que estalló una verdadera crisis de histerismo hilarante que acabó con todo el tránsito, el oficinismo, los negocios de Buenos Aires por una semana. (Recurso que se sospechó equivocadamente era urdido por el propio Presidente y explicaría sus frecuentes viajes y detenciones en la capital.)

La semana siguiente había sido dominada por los Enternecientes. Apoderados de todos los altoparlantes de la ciudad, hicieron repetir todo el día, unánimemente, el poema lacerante de una mujer de avanzada edad y de facciones muy desairadas, que con muy hermosa voz juvenil había enamorado a un joven ciego; cuya mujer, la tarde en que debía esperar la llegada de su novio a quien un genial cirujano acababa de lograr devolverle la vista, se suicida quemándose en una pira tan poderosamente preparada que redujo en instantes su rostro y su cuerpo a cenizas, en tanto el joven novio, cre-

yendo que preparándose ansiosa a recibirlo con sus mejores vestiduras había ella perecido en un incendio casual, enloquecido se arroja del balcón. Este relato versificado fue repetido por toda la población como desayuno, almuerzo, merienda y cena, con el resultado de que un niño hubiera podido apoderarse del gobierno de Buenos Aires al finalizar la semana enterneciente. Y en verdad, doblemente desdichada: mujer que no resistió verse contemplada con horror por el amado que creía en ella y la imaginaría tan bella: tal horror no habría sentido él nunca ni en ese primer momento porque un nacido ciego nada visual imagina y cuando ve no discierne belleza y fealdad quizá nunca, aparte del acostumbrarse.

(Tampoco entre los metafísicos faltaba la guerra civil: entre los Almistas, que querían que la Conciencia Humana llegue al Reflejamiento Tercero, y los Automatistas, que creían que la suprema sabiduría es el retorno a la Psíquica Zoológica.)

El Presidente meditaba sobre esta discordia ciudadana, y conociendo la inclinación a la tolerancia, al conciliado convivir que singulariza a las sociedades argentinas, exentas de terquedades, había cavilado largamente y por fin creído encontrar que esa exasperación inusitada de los porteños debía tener su germen psicológico, pero irreflexivo, en diversos señalados errores por Buenos Aires incurridos en el curso de los últimos treinta años, y quizás alguno bastante más allá, particularmente descuidos en la vigilancia de los gustos y prácticas de la estética de la convivencia civil.

También atribuía el Presidente parte del desencanto de la vida porteña, a la falta de realización de algún hecho histórico que habría decorado su pasado y se frustró.

Extirpada la Fealdad en su historia o en sus calles, reparada alguna injusticia histórica o demasía del entusiasmo ciudadano, la lucha entre ambos bandos desaparecería y Buenos Aires quedaría eternamente conquistada para la Belleza y el Misterio.

Fue así que el Presidente llegó a Buenos Aires con su diminuta pero eficiente hueste, y con el plan de convocar a los corifeos de ambos bandos y convencerlos de que su actuación tan disonante

con el modo de Buenos Aires no podría sino constituir el fruto de un impulso o sugestión o causa que ellos mismos ignoraran.

Y Enternecientes e Hilarantes comprendieron la esterilidad de su disputa y la fecundidad de obra bella que esperaba el esfuerzo común.

¿Cómo ocurrió? ¡Por milagro de novela! (Milagros más abstrusos, como el de concepciones virginales, han hecho vivir de lo incomprendido a la humanidad, por siglos. Como más tarde lo sumo de no ser comprendido por nadie ha hecho célebre, por las loas de los que no lo comprendieron, a algún filósofo. Más milagro es el de estas glorias que los modestos, útiles milagros de que se vale la novela.) Y por diversos recursos sutiles y amenos de desesperación o encantamiento de la población de Buenos Aires, hasta tornaría dócil a la hueste presidencial. Así: pasear en las salas de los bares, entre los olores alcohólicos y tabáquicos, una hirviente olla de un gran puchero múltiple y sabroso que desparrama el perfume hogareño, enternecedor, de sus vapores, operando el desmontamiento del humor de orgía; el riego imperfecto de los árboles de plazas y veredas, dejando algunos sin regar, lo que desespera a quienes miran regar; la mujer que anda preguntando a todo el mundo si tiene la cara más ancha que larga; los espejos fijos y delgados que no alcanzan más que para la mitad lateral de la cara; máquinas fotográficas automáticas y distribuidas disimuladamente; la circulación subvencionada de gordos y sordos que estorban en todas partes; todo el mundo gritando a sordos y viendo a gordos discutir con el guarda del ómnibus: "Sí, señor, yo paso de los noventa kilos, traiga la balanza", y atarearse a causa de un decreto municipal de gratuidad de pasaje a los noventa kilos, previa toma de peso; el chirrido de corchos frotados sobre botellas (ejercicio predilecto de Quizagenio); el sombrero al revés, la corbata desarreglada...

Entre tantos recursos, ejercitados indistintamente por toda la compañía del Presidente, uno singular ideó y ejecutó la Eterna: hacer transcurrir por calles de Buenos Aires, de un extremo a otro,

a un mensajero con una lámpara encendida, para que la llevara a un artista que en ese momento carecía de luz y estaba sentado a su escritorio lleno de inspiración.

Y quizá este mensajero se cruzó con otro que el bromista de Quizagenio lanzó a través de la ciudad: un trombonista que por una parte tenía paralizada la respiración y por la otra, en una mano paralítica también, llevaba encendida y apretada entre los dedos una vela que no podía apagar soplando, ni soltarla; y que con súplica gesticulada de que alguien la extinguiera para no quemarse recorrió muchas cuadras y finalizó chamuscándose los dedos, como se lo había anunciado Quizagenio, que quiso hacerle creer en el asombroso egoísmo de toda la población, de la que nadie se ofreció a apagar su vela; con lo cual se propuso jugarle una mala broma al prestigio de fraternidad o de benevolencia de la población, cuando en realidad esa actitud negativa se debía al recelo en los transeúntes, de tratarse de un chiste, el miedo porteño a la cachada.

En fin, compitiendo con Quizagenio en el despliegue de las bromas conquistadoras, la Dulce-Persona hizo averiguar cuál era el hombre de Buenos Aires más incapaz de manipular máquinas y a la vez más miope, y le mandó de regalo una radio en exaltado funcionamiento, dotada de un cierre muy complicado y diminuto, lo que hizo del al principio *obsequio* una calamidad final, ya que el pobre hombre no sabía cómo librarse del aparato para dormir o descansar, porque aunque miope y torpe era agradecido y gentil y no podía hacerlo callar de un martillazo; sufrió, además, la rebeldía de la casa de pensión en que vivía.

Todavía recuerdo los cuentos apopléticos hechos circular cada medianoche; llamadas telefónicas electrizadas; imanes poderosos distribuidos subrepticiamente, que atraían invenciblemente todo lo metálico que llevan encima hombres y mujeres; y los sobres-cartas, es decir cartas escritas en los sobres repartidas en todos los asientos de tranvías y ómnibus con premio al que acertara si era un sobre con carta o una carta sin sobre. (El sobre-carta resucitaba una propaganda del autor iniciada ocho o diez años atrás, que se proponía

lo mismo que el actual intento de conquista de Buenos Aires: dotar a Buenos Aires de misterio, que nunca tuvo.)

¿Cómo la población no iba a salir a la plaza pidiendo un Presidente Quita-dolor de tantas exasperaciones?

El idealismo de la Conquista podrá imaginarse fácilmente pensando en las pocas acciones que parece obligado recordar; e hízose así a la ciudad de Buenos Aires accesible a toda belleza, borradas todas las faces y vestigios de fealdad del vivir porteño.

A varios hechos del pasado ocurrido se les fulminó de inexistencia valiéndose del hechizo de la Eterna que desata pasados y ata nuevos pasados sustituyentes. (Por eso veis a veces pálida a la Eterna y notáis que no puede pronunciar las enes de las sílabas finales en "on". Cuando dice "pasiom", "salom", han ocurrido las únicas manifestaciones alteradas que se le conocen, y esa alteración acontece únicamente cuando ha cumplido en la noche la inmensa fatiga mental de nulificar un pasado, y, más aún, la de inventarle otro contentador a algún ser de historia dolorosa.)

Entre esos hechos están: el fusilamiento de Dorrego; el martirio de Camila O'Gorman; el destino de Irma Avegno[1]; la exposición de las plumas de cierto escritor a la adoración del público porteño, del inteligente y modesto público de Buenos Aires; la publicación de las cartas de cierta emperatriz que eran de tan bello sentimiento como fue torpe violar su intimidad.

Un hecho que no ocurrió, por magia de novela se tornó existente: la presidencia argentina ejercida por Carlos Pellegrini, el más interesante tipo de presidente, ya que sin presidente parece que no sabemos respirar. Interesante porque al menos era hombre sin comedia, y habríamos experimentado si sin comedia se puede gobernar.

Se cumplió la belleza de la no-Historia; se suprimieron los homenajes a capitanes, generales, abogados, gobernadores, en los

[1] Borrado el rastro de los pasos de esta mujer –irrevocablemente desengañada de la piedad humana– en busca de la muerte voluntaria por calles de Buenos Aires y caminos de los suburbios.

que no se recuerda el nombre de ninguna magnífica obra de madre, ninguna gracia fantástica de niño, ni suicidio sin luz de joven atontado por la vida; se dejó su muerte a los muertos y se habló sólo de lo viviente: la sopita, el mantel, el sofá, la lumbre, el remedio feo, los zapatitos, la escalerita, el nido, la higuera, el pino, el oro, la nube, el perro, ¡Pronto!, las rosas, el sombrero, la risa, las violetas, el tero (qué más hermoso que aprovechar la hablilla de los niños para hablar de Alegría); plazas y parques con los nombres de las máximas vivencias humanas, sin apellidos; calles de la Novia, el Recuerdo, el Infante, el Retiro, la Esperanza, el Silencio, la Paz, la Vida y la Muerte, los Milagros, las Horas, la Noche, el Pensamiento, Juventud, Rumor, Pechos, Alegría, Sombra, Ojos, Paciencia, Amor, Misterio, Maternidad, Alma.

Se deportaron todas las estatuas que enlutan las plazas, y su lugar quedó ocupado por las mejores rosas; únicamente se sustituyó la de José de San Martín por una simbolización del "Dar e Irse". En fin, en la ciudad presentista algo hizo al tiempo no transcurrente, como la historia, sino un Presente fluido, con memoria solo de lo que vuelve cotidianamente a ser, no de lo que no se repite, como los aniversarios. Por eso el almanaque de la ciudad tiene 365 días de un solo nombre: "Hoy", y la avenida principal se llama también "Hoy".

Y muchas más pequeñas cosas se cumplieron, cuyas pequeñas tristezas pueden ser el horror de la vida, por ejemplo lo regateado: la copita a medio llenar, o la lamparita de luz ahorrada, o la corbata dada vuelta, o las flores artificiales en los sepulcros.

Al ver el vecindario de Buenos Aires cumplido este plan de depuración de la cultura, de su pasado reciente, la salud civil se restableció por sí sola. Todos los afiliados a la pugna hilarante-enterneciente se despertaron una mañana preguntándose cómo habían podido jamás vivir una vida de idea fija y de contienda tan banal y descabellada.

Y el Misterio quedó brindado al revelar el Presidente, concluida la Conquista, el hecho más singular de ciudad alguna, de que fue

único testigo sabiente. Pues he aquí que en un día del año 1938 y dentro de un período de mero vivir, de frivolidad, al ocurrir que el cuerpo de Alfonsina Storni tocó las aguas de la muerte la ciudad se desplazó sobre su eje girando su perímetro unos centímetros. El Presidente, perplejo aún al ignorar si ese esguince urbano fue un clamante "no mueras" o una, aunque dolida, aprobación a una temida y triste declinación de vivir, sabe que gracias a ese hecho, a la sensibilidad de la sede de una ciudad al instante de la muerte de una alma soñadora, Buenos Aires entró al Misterio.

A la misma hora de la mañana siguiente, vueltos el Presidente y su hueste a la estancia de "La Novela", se daban los buenos días. Pero el Presidente volvió por la noche a Buenos Aires y yo sé a qué. A asignar a las dos Plazas Centrales los nombres de "Ciudad sin Muerte" y "De los Hombres No-Idénticos"; estas denominaciones se completaban en un enlace de una Plaza con la otra. (Lo no-idéntico está exento de muerte.)[2]

Gracias a tales remedios y esperanzas, y a la Muerte Cachadora inventada por la Eterna, y al Chiste-Risa Resucitante creado por el Humorista, Buenos Aires quedó bendecida.

[2] Quizás alguno encuentre poco lucida la tan prometida Conquista de Buenos Aires para la Belleza y el Misterio. Es que era inevitable: lo imperfecto, trunco, y quizá insípido de una obra que sólo fue pensada como una curación, por la Acción sin Objeto, de un estado de depresión y desorientación del hombre que la ideó. Si este capítulo de la Conquista el autor lo hubiera realizado lozana y graciosamente, hubiera falseado la psicología de esa Acción. Por lo demás, a mi incrédulo y listo lector lo satisfaré confesando que el capítulo es simplemente la obra de un autor en agotamiento, que no da más.

Pese a cuya confesión no puedo evitar verificar 63 bajas de lectores exigentes de una estilística impecable.

CAPÍTULO X

Una sesión de vuelta a "La Novela"

—Dulce-Persona: Escucha, Quizagenio: lo que me tocaría quizá decir, en una novela tan ordenada, en capítulo de más adelante que aún no ha comenzado, te lo diré ya. No puedo retenerme; bullen hoy en mi ánimo tristezas, aspiraciones, un afán, un desacomodo en todo mi ser, descontento, un llorar. ¿Has visto el Respirar de los que viven? ¡Qué misterio! ¿Qué ansia será que nosotros nunca sentiremos, *respirar*? ¡Qué dignidad, qué comunión con el cosmos!

—Quizagenio: Esto sí que me hace sufrir.

—Te quiero, Quizagenio, triste amigo; en esta hora te amo. Suframos de todo lo que digamos y di todo lo que quieras clamar o decirme.

—Este dolor que sentimos es de personaje: son lágrimas que no ruedan, que no entibian las mejillas. ¡Respirar!

—Sí, respirar. Como dijo una vez el autor de esta novela:

> Ni grato ni quejoso
> Voy respirando el aire de la Vida.

(El autor, corrigiendo: ¡con mayúsculas también "Aire"! Pues sí, señor, que mis personajes ¡tenía que ser Dulce-Persona! me están citando, me hacen célebre. Y bien doloroso que me cae, ver cómo ansía vivir y nada hay en mi poder de una vida que darle. Solo me es posible, y gustoso, perdonarle, que se desahogue diciendo aquí lo que estaba dispuesto para el capítulo duodécimo. Lo confieso, siento poco a poco mi enamorarme; y si crece, si me enamoro (bien puede sucederme), entonces sí que sabré lo que es dolor y humillación de impotencia, hallar lo para mí imposible en lo originado por mí; un tan intenso ensueño siquiera cambiárase por

una tenue realidad. Aunque no me conviene como artista –la continuidad de mentira es la dignidad del Arte de la novela– diré que Dulce-Persona existe; no lo diría si no fuera que mientras escribía la nota efectivamente me sobresalté de un principio de amor por ella, triste de imposible me quedé un instante, pues olvidaba que existía y que con un llamado de teléfono podía oír su admirable voz; ahora que sentí la nulidad de mi poder de darle vida comprendí recién la tortura de desear la vida de lo irreal para otra persona, como acababa de insinuar la de desearla para sí misma en Dulce-Persona. Lo creado por mí deseaba su realidad y su autor también, hallando así su autor el mismo imposible; cuán fácilmente la mente olvida, confunde, se enreda y el sentimiento se extravía en cuanto a su objeto y el lugar de realidad o de fantasía en que está. Y todavía no sé si mi novela vino al impulso de una alta femineidad, si vivía antes o nació a personaje o no aquí, la Eterna. Todo ello no implica escuela realista, porque nada he copiado de Eterna; no lo intentaría ni lograría ninguna mente de artista, ni aún he querido denominar a ésta "Novela de la Eterna" aunque es la que me ha inspirado, afinado muchas percepciones torpes en mí y me enriquece de misticismo y pasión cada día.)

—Quizagenio: Nos hemos mirado hoy más veces que nunca y además muchas en estos meses cuando me acompañas y ayudas en quehaceres. Yo siento la tristeza de la corta existencia que tendremos en la novela, quiero desahogarme, estar en la verdad.

—Dulce-Persona: Me asombras y me inquieta lo que dirás; ¿te crees tan sin vida?

—No, Dulce-Persona, yo existo y lo quiero, porque te he conocido. ¿Tendremos la desesperación de que nada haya que pueda darnos vida? Después de haberte conocido tan graciosa, tan dulcemente encontrada aquí, tan inesperadamente llegada donde yo estaba y tan derechamente hacia mí el llegar tuyo cuando nos encontramos en el portón, y tanto acompañarnos aquí...

—Eres tan compañero, tan cortés.

—¿Y tú?

—¡Algo de la vida que tuviéramos!

—No somos irreales, Dulce-Persona. Si lo fuéramos como son los personajes de cine, estaríamos fumando. La vida la tendríamos y seguiríamos pidiéndola; y lo mismo somos que el ser de todos los que habiendo tenido vida se hallan en el morir, ese flaco ser del moribundo que en gestos y palabras pide vida y en realidad no siente pena de perderla ni lo cree, ni deja de ser.

—El autor: Me están incomodando. ¿Qué cosquillas son ésas de ser que los hace sufrir? Quién hubiera pensado que personajes míos –no le ha sucedido a ningún autor; muchos consiguieron personajes contentos como Hamlet, Segismundo, inclinados al no ser– por el contrario me consternaran con estos antojos.

—El lector: ¡Qué trastorno, dónde los leeré si salen a la vida! Que dejen su dirección. Además, ¿qué más quieren ser que ser agradables a la vida? ¿Y, en fin, el título del capítulo no avisaba: "Aquí se tratará de la más espantosa desesperación que nadie imaginó"?

—El autor: Mucho me lisonjea usted; si no fuera por los personajes con antojos sería tan feliz por los lectores como usted. Qué bonita desesperación tan completa que he ideado ¿no es verdad?

—El lector: Me apenan los personajes. Pero yo existo. ¿Hay algún otro capítulo de ganas de vivir? Si es así no leo más; no hay otro espectáculo tan incómodo.

(Pasa el hombre feliz que busca, no obstante, el país donde ser feliz sea bueno. Se parece al Presidente: tiene toda la felicidad menos la teoría de la dicha.)

—El autor: Oh, cómo comprende usted mi gran pensamiento. Sin embargo, no puedo prever lo que antoje a los personajes; yo sólo sé lo legible de lo que van a decir y hacer. Tú mismo, lector, aquí eres obra mía y sin embargo...

—El lector: Aquí sí, ¿pero en mí mismo?

—El autor: Veo que te gusta vivir y para ello es necesario que no te mencione ni te deje hablar más aquí, sino para enamorarte de Dulce-Persona. (*Para sí.*) ¡Qué poder tengo de crear apariencia y

muerte, de regir todo esto y sin embargo hay alguien en la tierra en cuya alma quisiera ser soñado y no lo logro!

—El metafísico: Es mucha enredada fantasmagoría de personajes, lector, autor. Y no es que finjan enredarse; no saben qué son. Esto no resuelve todo así: son todos reales; cualquier imagen en una mente es realidad, vive; el mundo, la realidad es toda mera imagen en una mente. Lo que no es imagen es la Afección: placer, dolor. El existir no es pre-deseable; en el pre-deseo de ser ya hay ser; lo que no hay es el comenzar, el no haber sido, en el cual situaríamos el deseo de ser.

—El autor: No lo dudo: ¡tente por apagado!; ahora cesas tú en mi mente, en la novela, y ésta siga. ¡Fenece, profesor de ser! ¡No existas más!

—El metafísico: Espera, no me extingas, oye esto: más que una imagen en una mente no podemos ser, en forma y cuerpo; aparecernos en una mente es nacer.

—El autor: Huye, Metafísico, corrido también como todo aquí por la frustración.

—El metafísico: Llámame a ilusionarte en tus últimos momentos.

—El autor: Veamos cómo son los tuyos; no te escribo más. ¡Cesa!

(Y efectivamente el autor dejó de escribirlo; pero es cosa tan increíble resolverse a dejar de ser sin un ontólogo, que el lector solo se convencerá de que no se habla más de él aquí leyendo todo lo que falta de la novela.)

—El autor (*Al lector*): Pero para que no se crea que, exiliado el Metafísico, la novela queda en tinieblas, le digo que mi privilegio no es el de inmortalidad, porque esa propiedad es suya, mía y de todos; mi privilegio es que mientras usted nada sabe hoy, no recuerda de su rica existencia meramente conciencial de antes, yo, fatigándome y mortificándome muchos años, obtuve traer a mi recuerdo todo eso que quise recordar de mi preexistencia conciencial. Esto me ayuda a concebir la posexistencia conciencial, la eternidad personal. Y de lo que más grato me es recordar, puedo dar un trasunto...

CAPÍTULO XI

(Paréntesis en la novela para un fragmento de ensayo de la teoría de: la novela leída por personajes de otra novela.)

—Quizagenio: Anoche, como estaba desvelado, me puse a leer una novela. Abundante de amores y casualidades, pasan las cosas más extraordinarias. Te diré que, si es por fantasía, yo no me quedaría atrás. ¿Qué te parece si alguna vez realizamos la idea de Deunamor, y todos nos comprometemos a escribir una novela?

—Dulce-Persona: Me parece muy bien. Pasan tantas cosas interesantes en la estancia. Contando nada más que una siesta del sábado cuando caminamos todos entre los bosques ribereños, tendríamos argumento. ¿Le damos esta sorpresa al Presidente?

—Pero es seguro que a Deunamor se le ha de haber ocurrido una trama sutil.

—Y tan simple que es él.

—Pero ahora quiero leerte un capítulo de la novela que leí anoche. Se llama *Adriana Buenos Aires.*[1] ¿Te gusta?

—Comienza, que me desespero de curiosidad por saber lo que serán esas personas.

—Te leeré algunas escenas. "Apasionada joven dormida: ¡Qué latido del alma trágica de las cosas te hace, inocente, maestra de tentación, para que todo lo miserable que he juntado en mí mientras quemaba mis dolores en la vida, para que toda la ceniza amarga y necia de mis dolores me ahogue, para que temblando en crimen y miseria me alce sudoroso y sollozando, pálido en la luz pálida de este amanecer...! Cualquier cosa que yo haga contigo, Adriana, aquí y ahora será lo único no Imposible, mandato de Tragedia. No

[1] Novela entonces inédita y actual tomo V de las *Obras Completas*. (*N. del E.*)

sé para qué me levanto de mi lugar oscuro y me veo trémulo en la luz del trémulo amanecer parado frente a mi puerta inclinado hacia tu lecho que es el mío. La soledad me empuja las espaldas en este rincón de la dormida casa, pasado y porvenir los piso con rabia. Todo es una sola mancha en el mundo."

—Qué triste es todo esto.

—¿Acaso te parece o sientes que estás en una situación semejante a la de este personaje, o, aunque no haya semejanza, te encuentras en un padecer tan intenso?

—Yo quisiera ser ese personaje. Ahora no se trata de leer amenamente una novela. Yo no le veo fin a las desesperaciones de esta vida.

—Haz un esfuerzo para no volver al pensamiento de desesperación. Creo que a ti y a mí, mientras nos acompañemos, es deseable el vivir. No es verdad que la existencia que tenemos ahora sea apetecible.

—Sigue la lectura.

—Pero lo patético es que la pobre muchacha, que está dormida, cree que la persona que le habla es su amante Adolfo, mientras se trata de un amigo común enamorado de ella. Y él no sabe si besarla o no.

—Léeme esa página; nuestro dolor acompañe al dolor de esos personajes.

—"Criatura bendita, pecho de amor, juventud ya maternizada, me digo inclinado sobre su sueño. Si yo te besara y nunca lo supieras tú que no me nombras en tus sueños y crees tener en mí, aquí, a quien nombras y me hablas con el nombre de quien te amó y maternizó y me recibirías con regaladísimo abrazo en tu lecho... no te beso porque duermes y te despertaría a una realidad de dolor; no te beso porque no sé qué hay en el impulso mío de besarte: ¿cariño? ¿deseo? ¿venganza de él? ¿vanidad de saberte besada por mí para siempre?"

—Pasiones de los vivientes, quién las sintiera.

—¿No es mejor ser como nosotros, suave Dulce-Pasión, digo Dulce-Persona? ¿Qué piensas de lo que acaece a esos seres?

—¿Son como nosotros? ¿Más felices que nosotros? ¿Son como el lector y el autor?

—Yo quisiera explicarte qué son; a qué reino pertenecen; cuál es su creencia y destino.

—Pero yo prefiero que me cuentes la historia de ese beso.

—Pues he aquí que hesita una vez más y la besa. "No; te besaré, Adriana, en la boca, porque busco el beso de amor y que me lo respondas. Comprendo que lo que me impulsa es únicamente el amor. Después de esta noche desesperada no tengo vigor ni claridad para negarme este frescor de sed, este apaciguamiento."

—Es terrible la "vida". Yo le tiemblo, me asusta. ¿Pero sabes que por momentos, ante la vehemencia con que lees, me siento como alzada por la Vida?

—Es posible. Anoche, mientras asistía como lector a una de las escenas más dramáticas, sentí levantarse mi respiración, pero fue tan breve que sólo soñé quizás efectuar lo que los vivientes llaman respirar. Fue una sensación no sé cómo decirte, nosotros no tenemos términos.

—¿Y cómo concluye esta escena que me lees?

—Pues al inclinarse a besarla susurrándole: "Busco tu boca, Adriana, besémonos", una sombra se movió en la entreluz de la puerta.

—¡Yo quiero la vida! ¡Yo quiero estos sobresaltos y tinieblas, yo quiero la vida!

—El lector: Quien la pierde soy yo. En este instante, siento que no existo. ¿Quién me llevó la vida?

—El autor: Pellízcate, pues necesitas sacar de ti el sonido del timbre de realidad, de ser. Nadie se pellizca, en el sueño.

—Quizagenio: ¿No te parece que nos está escuchando el lector?

—El lector: Yo digo que no entiendo.

—El autor: Pero, lector, usted no ha leído bien salteado, entonces. Ha caído usted en el vicio de la lectura seguida. Mi novela no es novelón. Lo irreprochable, lo impecable no es su género; no hay receta para su naturaleza de obra de arte. Discúlpese a esta novela de un principiante de novelar.

—El lector: Ah.

—El autor: En cuanto a mí, no soy el Presidente; estoy por saber quién soy ahora. Si me equivoco seré un finalista, pero habré tenido por error una exaltada alucinación que puedo llamar venturosa. Me apena el Presidente; quisiera la vida para él y que tuviera todo un amor. Mas no lo veo en buen camino; lo consume la inteligencia, vacila entre la pasión y el misterio del ser. Le falta una palabra, una no más, una sola percepción que lo salvaría. Él se dice: Hay cuatro opciones: el Misterio de Ser, la Pasión, la Ciencia y la Acción. No es así. La Ciencia y la Acción son entretenimientos, son el vivir por vivir, el longevismo. No hay perdón para los entretenimientos, son todos abyecciones (de poder, erudiciones, glorias, riquezas), goces menudos; las abyecciones de la segunda y tercera parte del "Fausto", la juguetería de los menudos deseos sólo perdonable a la infancia como ejercitamiento. La respuesta es: dentro del misterio hay una claridad plena, la Certeza y solo una: la Pasión. La certeza es esencial al estado místico, pero el único estado místico no es la religiosidad, es la Pasión. No son las religiones, todas enfermas de negación de nuestro ser, de subordinación que nos torna aparenciales sin realidad, sino la Pasión, conciencia de plenitud y eternidad a nada supeditada. He escrito la novela para alegrar a la Eterna que la quiere concluida y cree que la hallará apasionante. Seré así el autor de una metafísica fantaseada y de una novela metafísica. Quiera mi suerte que no se desencante de ésta la Eterna, y no intentaré nada más en Arte para no correr nuevamente el riesgo que con muchos temores y desalientos estoy corriendo con escribirla. Y aun pavor sentí ha poco escribiéndola; por eso tuve que decir fuertemente "No soy el Presidente". Atosigamiento, vahído espantable: por un instante temblé, ansié, creí ser personaje sin vida de mi novela, creando al Presidente, creándolo tan parecido a mí. Y ya mis personajes han querido todos vivir. Seré triste que digan al despedirse, al cesar: "Los que quisieron vivir te saludan".

La rama cede al posarse un pájaro

—Presidente: ¿Conoce usted las dos sutiles basuritas: la del aire que "entró en los ojos" (los dispépticos espirituales andan por el mundo con una basurita en los ojos) y la basurita de tiempo, esos minutos de una llegada apremiada que no podrán servir para ocuparlos en hacer llegar anticipado el suceso?

—Eterna: No, yo conozco las dos tristecitas: la de la sonrisa que no se dio a la mirada que no se repetirá y aquella romanza de Schumann que no pudimos escuchar juntos.

Es tal el poder de la Eterna, que solo ella en el mundo puede hacer ciertas diferencias creídas imposibles: así el Presidente le pide siempre, cuando se ha servido una taza de té, que con su cucharita le revuelva el azúcar, pues nadie lo hace con su influencia o precisión. Y aun algo más imposible: puede revolver de tal modo que haga menos dulce una taza de té con azúcar excedida.

—Dulce-Persona: Sigamos, sigamos; es la Vida que nos está naciendo.

—Quizagenio: Yo tampoco hoy quiero se dude de que vivo.

—Dulce-Persona y Quizagenio: Aléjate de nosotros, Vida, que somos muy felices. ¿O no?

—El lector: Vuelvo de mi mareo. La vida me recupera. ¿Dónde estuvo ese instante mi conciencia?

—Dulce-Persona y Quizagenio: La tuvimos nosotros, y supimos qué es ser humanos. Gracias.

—Adriana Buenos Aires: ¿Por favor van a dejar en paz nuestra vida privada?

—Dulce-Persona: Un instante, querida Adriana. Vuestro beso nos ha dado la vida. Autor, danos la palabra que necesitamos.

—Quizagenio: Guardaremos vuestro secreto, Adriana y Eduardo de Alto. Y os ofrecemos el nuestro: Dulce-Persona y yo somos dos personajes de la "Novela de la Eterna", dos buenísimos amigos.

—Eduardo de Alto: Nuestro amor no tiene por qué callarse. Aprended vosotros, por si alguna vez la vida os hace personas como a nosotros, y os amáis.

CAPÍTULO XII

Modelo de página suelta de novela

Definición del dolor de pasado, joya sentimental que la Eterna sembró en su pecho; mejor llamémoslo dolor de un Imposible sutilísimo solo en el alma de la Eterna acendrado, pues ni en el Ser o Mundo hay imposible alguno ni en alma alguna esta emoción de un cierto imposible creado en la mente de la Eterna.

Este imposible hállase en la irreversibilidad, la no aniquilabilidad de una porción cualquiera del pasado de un sujeto sensible cualquiera, lo que no se presenta como sentimiento sino cuando ese sujeto hace el hallazgo siempre accidental, que pudo o no acontecer, de la amada o persona a quien puede amar más que a sí. La Eterna, que es la única persona humana (individual, no ideal) que tiene el poder de cambiar a otro el pasado, aun a su amado, no tiene el de cambiar el propio. Y además no puede acontentar su alma a aceptar que su amado no la amó siempre, sino después del hecho inferior, insignificante, de "verla", y pudo además ni verla pasar nunca a su lado, indiferente, ignorándola y aun con mal humor de hallar su camino levemente estorbado por ella, a quien él no miró, absorbido en busca egocéntrica.

Al conocerse, ella cambió el pasado del Presidente, de modo que ya no recordó un instante en que no se contuviera el conocerla y amarla, en tanto Eterna se ve a sí sin él y sin su amor en casi toda su historia. Y aun cuando el Presidente le ha hecho concebir –y aunque no del todo, creer en la eternidad y memoria personal eterna– y aun cuando cree de sí misma y de él que si son eternos después de muerte (pero no después de olvido), aun así por ese pasado Eterna teme del porvenir. Tal vez crea que algún día el todo-amor sea una vez, no obstante guardar siempre un desfallecimiento

por el no amor y no conocimiento mutuo en ese pasado sin visión ni pasión entre ellos, pero aun así turba a Eterna el futuro de amor.

Respuesta del Presidente

¡Esas lágrimas, Eterna...!

Esas lágrimas que sólo cual en tus ojos se dieron jamás, son la más alta línea de ola que se ha alzado en el Ser o Realidad, son la suprema obra del Mundo, de tal belleza cual una cumplida Razón de Ser, luego de la cual también el cese de la Realidad es posible y justificable. Tus lágrimas del místico imposible de un amor sin pasado de no amor, dolor escondido del todoamor que en muchas mujeres aparece apenas y en ti va constante en cada momento, esas lágrimas son una demanda clamante que me dobla en un pensar que no alcanzo a igualar a tu Sentir, pues mis certezas de pensamiento, de futuro, no tienen respuesta para tu demanda de un no ser del pasado, para tu pedido del no haber sido antes de amar. Tus lágrimas son la Lágrima del pavor y afán de una existencia sin fin, de imposible cesación.

El problema es tan arduo como grave para mí por tu bien, Eterna; debo consultarlo con hombres magníficos por inteligencia y por nobleza: páginas de William James, Schopenhauer, Hegel, Fechner, tórnanlo menos difícil al auxiliarme en mi esfuerzo de todoconocibilidad. He leído, he meditado, me digo y me respondo: En un presente mental cualquiera, puede decretarse y operarse la destrucción de un pasado, pues en ese presente un pasado personal tiene las dos notas de lo personal y lo pasado, y la operatividad de la psique puede en ese momento, con labor e insistencia, disociar esa escena de hecho pasado en imagen actual, de sus dos notas o franjas: de lo propio y de lo pasado, y convertirla en imagen de ocurrencia ajena y de mera fantasía, no de ocurrencia efectiva y pasada propia.

Lo que no puede destruirse, y es indiferente, son los efectos del hecho pasado. Esos efectos se sentirían pero indiferentes al fenó-

meno de la memoria y a la discriminación de "efectivo" e "imaginario" y a la designación de "ajeno" y "propio"; esos efectos serían sentidos pero no como propios con causa en nuestro pasado. Y lo importante, el efecto único temible de un pasado sin amor sobre un amor actual, no se da: si un día la plenitud de amor se alcanza como creemos haberla alcanzado, prueba ello que ningún pasado puede sobre él.

Así que percibo, Eterna, que es especioso definir el escozor que sientes como el sentimiento amargado de haber tenido un pasado sin nuestro amor. Hay un amargor, es cierto, en ti, pero no procede de la noción de un pretérito sin mutua visión sino, lo sospecho, de una inseguridad de que el amor nuestro de hoy sea el pleno amor logrado. Así que vengo pasando, de una a otra pena, al pesar de sospechar que no estás cierta más que de tu pleno amor y no del mío, y de esto estás dolorida, no del pasado.

El mamboretá elegante e indeciso que quiere entrar en la novela y se ha detenido frente a mi manuscrito.

CAPÍTULO XIII

Novelas en "La Novela"

Como saben Dulce-Persona y Quizagenio por las conversaciones en la estancia (largas pláticas de los sábados sobre arte y ciencia, encauzadas amistosamente por el Presidente), éste prepara una novela. Por eso quisieran ofrecerle el argumento de la vida en "La Novela", pues un día cualquiera de esa existencia daría encanto a un relato.

La novela que piensa escribir el Presidente –y que nunca escribirá, según él– comportaría una concepción original de "novelismo de la conciencia" o "novela sin mundo". (Así alterna su pasión de pensar con su pasión de crear.) En el cuaderno de apuntes, Dulce-Persona y Quizagenio encuentran estas notas:

Los personajes, que no son personas físicas sino conciencias, fueron gente de la vida, estuvieron en el Dualismo o Mundo; viven ahora en el universo del acaecer conciencial, absolutamente indeterminístico (con determinismo interconciencial: cada vez que ocurre un estado intenso en alguien, pasa a los demás; ¿por qué ocurre un estado intenso?, ¿por qué obra sobre los demás?; no existen estos "por qué": así se presentan los hechos y eso es todo).

Viven como conciencias operando causalmente entre sí; cada una con su fenomenismo conciencial; conservan la memoria del tiempo corporal; pero no son mera memoria, son actualidad. (Salvo Mnemonia, que es sólo Memoria.) Alguien viene con un resentimiento o un olvido, temor o perplejidad; el sentimiento más poderoso da el tono al grupo conciencial. El despliegue conciencial es absolutamente libre; es el ocurrir, ni más ni menos que como ocurre una marea sin nuestra voluntad; en cada conciencia los estados advienen sin causa alguna; es ridículo decir que un torbellino de materia ocasiona el miedo o la ira, pues ¿por qué viene el torbe-

llino?; es la espontaneidad continua, o sea: que estamos en el verdadero misterio.

Los personajes de esta novela, pues, carecen de cuerpo físico, de órganos de sentido, de cosmos. Directas las comunicaciones, sin palabras (que inventa y atribuye el autor); mero psiquismo directo que opera de conciencia a conciencia; la cercanía que siente una conciencia, de otra, no es distancial sino conciencial; causación entre conciencias, ligadas entre sí pero desligadas cada una de todo cosmos; pluralidad conciencial con intercausación inmediata.

Los personajes tienen que vivir de ideas y estados psíquicos; son individuos psíquicos. El efecto que busca esta "novela sin mundo" tiende a disolver la supuesta causación del cosmos sobre la conciencia; si sin tigres nos sentimos heridos y ahorcados por un tigre, sin cosmos podemos sentir lo que sentimos, colores, sonidos, olores. Hay una serie de fenómenos en el fenomenismo conciencial que tienen original, que aparecen la primera vez contingentemente y luego se reproducen a voluntad, que son copias; pero una infinitud –y los verdaderamente más importantes en sí, los apetitos, los deseos, el fenomenismo afectivo– no lo son; los primeros son importantes extrínsecamente por la supuesta causalidad: aparece el tigre como causando muchos dolores de destrucción, pero en sí son inafectivos –colores, sonidos, líneas, ruidos– aunque causan subsiguientes hechos de cualquier intensidad de dolor y placer.

En otros términos: el efecto conciencial que busca este novelismo es delinear en la intelección del lector el mero ser conciencial sin mundo, como una posibilidad inteligible. Desacreditar todo el librerío de novelas que ya no es tiempo, narrativas de sucesos de conventillo, de hombre actuante sobre el mundo y actuado por el mundo; la conciencia sin causa, cuya operatividad se presenta.

El siglo actual de la humanidad no es para relatos de sucesos de la relación Cosmos-Persona, sino para el sueño de la conciencia, para el Individuo meramente psíquico, libertado del Cosmos.

La novela debe desarrollarse en un clima sin disturbios, reyertas, celos, aunque existan las tristezas de la vida, como agrupamiento intercausal directo e inespacial (las otras conciencias son el

"mundo" exterior de cada conciencia). Vivientes que no se dibujan ni escriben, casas que no hay; juego con la muerte que ocurre y nunca mata: Donde Todo Vuelve De La Muerte. Los personajes mil veces vueltos de la muerte, de automuerte por mero deseo, sin veneno ni puñal; que tienen a la muerte por un dormir sin horario, no nocturno. (La muerte no es la policialidad que conocemos, sino una mesa eternamente concurrida y de la que se levanta uno y dice: yo me voy a dormir; eso es la muerte.)

Los personajes que el Presidente ha prefigurado para su novela, hasta ahora, son:

—Postumia: la que desea ser amada muerta, sólo muerta ser amada.

—Suicidia: muere a cada instante "por su propia mano": por un resorte o llamado conciencial al no ser instantáneo, lo que acaece por carecer de simultaneísmo conciencial: cuando entra un dolor, no hay en su ser más que dolor, y el automatismo de evasión al dolor ejecuta el gesto del suicidio.

—Olvidador: el hombre que sabe que el secreto de la mujer es la intolerancia para la idea de ser olvidada por hombre: profesa la apariencia de olvidar porque sabe que vence a toda naturaleza femenina. Y entre sus andares, triunfando siempre, encuentra a Ellalanomujer (hay que no ser mujer para soportar ser olvidada) y piérdese instantáneamente el Olvidador; ella presente y ausente lo olvida. Olvidador se desespera de que cada vez que es visto es nuevo para Ellalanomujer, y se enamora; se enamora de quien no puede recordar ni recordarlo por más de un cuarto de hora. Y es así castigado.

—Bellamuerta: la por haber más amor ida, por exaltar el amor.

—No-olvidable: no consiente ni aún en la muerte conciencial saberse olvidada. (Esta muerte conciencial, única que hay en la novela y procurada por propio deseo o por ciertos reflejos defensivos de la conciencia, sólo significa una suspensión conciencial. Así como por un esfuerzo de la mente, en la tierra, llamamos a existencia en el presente mental a un recuerdo que se nos escapa, así las meras conciencias poseen el resorte de un ímpetu de propia parali-

zación. Y estas soluciones de continuidad obtenidas por propio ímpetu de la conciencia para sí, en No-olvidable no podían aniquilar un sentir, el sentir de no poder ser olvidada. En todas las personas psíquicas de la novela, la solución de continuidad conciencial que es la muerte, deja latente una pulsación conciencial, un hilo de realidad conciencial que nunca falta: en No-olvidable el no poder sentirse olvidada; en Postumia la apetencia de ser amada muerta; así en todos.)

Perdita: no sabe dónde está; quién fue ella; a qué viene; a qué fue antes; qué será; si la que siente es ella u otra. Cuando está opresa de tristeza exclama: Qué triste está No-Olvidable o qué triste está Retroante, sus amigos.

—Volupta: aspira a un beso de un año y morir.

—Indiferente: le interesa exactamente igual la conciencia o la muerte eternas. Hace temblar a todos con esta santidad de indiferencia.

—Sin-ahora: todo lo siente con *franja* de Pasado, bajo las especies de lo acaecido; "yo estaba con hambre" es "yo estoy con hambre". Su memoria desplaza su presente: "lo amé a usted" es "yo lo amo". Vive en pleno pasado pero con sensibilidad actual, y en verdad carece de presente ni pasado puros.

—Pretendiente a la Vida: quiere volver al mundo corporal, en el que debió ser muy feliz, por rarísima excepción.

—Amneses: sin pasado. Lo del día anterior no ha sucedido.

—Mimosa: odia lo privado de mimosidad: la Materia. Busca la emoción de ternura, de acariciamiento.

—Retroante: cambia los pasados. Alguien le pide que lo torne a un pasado feliz. Otros, que le cambien pasado hasta quedar convencidos de haber vivido otra vida que la que vivieron.

—Mnemonia: sólo tiene memoria, carece de ser actual y vida. Pero posee la memoria perfecta: no hay hecho, por instantáneo, por insignificante, que no lo tenga en presente, que no pueda revivirlo.

—Inmima o Inmimia: sólo os ama muerto. No quiere ser amada. Se alarma o repugna de toda caricia o interés por ella. Dice a todos, en una conversación: "He hallado a Mimuerto. Cuán feliz soy. Pero

a veces no lo soy. Pobrecito, qué sería si yo muriera." (Buscaba el hombre cuya expresión delatara que iba a tener la suerte de morir pronto, para ser feliz cuanto antes; no deseaba la muerte de nadie, pero buscaba la persona que la expresara.)

—Eterna: no conoce muerte; no tiene su conciencia un instante de suspensión. Máxima intensidad de la conciencia.

—Deunamor: espera a Bellamuerta. Debe obtener la resurrección conciencial de Ella y probarle definitivamente que no hay dicha superior a la plenitud de conciencia en pasión actual, es decir eterna.

—No-torna: sin eternidad personal; no vuelve. Todos saben que no tiene más que una vida y una muerte, mereciendo el cuidado, la obsesión de los que saben que un buen día podrá escapárseles. Sólo muere por causa; sin una causa no muere. Y como no saben cuál es esa causa única, la llenan de exquisiteces de amor y previsión. ¿Pero no será una dicha lo que la aniquile?

No se crea que en alguno de sus planos de conciencia el Presidente no se da tiempo para trabajar en su novela más de lo que aparente distraerse con las anteriores anotaciones. Si alguien supiera espiar aun mejor que Dulce-Persona o Quizagenio su conciencia, o quizá ya sus papeles, encontraría más frases caídas no se sabe de dónde, ideas a labrar, nombres, situaciones, palabras cargadas. Por ejemplo:

—Mientras el autor tenga cuerpo y escriba para lectores con cuerpo, al escribir la novela del grupo conciencial usará las palabras que ese grupo no usa para nada pero que los lectores sí necesitan.

—Explotar las palabras en sus elementos aceptivos desdibujados, en sus asociaciones irregulares. Hacer actuar o utilizar cosas o núcleos de asociaciones como: El tic tac de un reloj de velador – El silbo del viento – Los umbrales – El guante – Un pequeño peine – Un trueno muy lejano – La racha fresca – La cediente patita hollada de un gato – El primer tanteo de silbar de la pavita al fuego – La vuelta de la cabeza en la almohada – La ira de la rosa – Piano que se cierra – El botón suelto – Desafío del clavel – El supresor de perfiles – La mirada que vuelve a los ojos – ¿Habrá otra vez?

—Explotar los grandes desgarros y dulzuras del vivir familiar.

—El contexto nemónico del presente: qué posición tiene un presente cualquiera: me levanto hoy y pienso ayer.

—Dentro del asunto genérico conciencial, decir por ejemplo: "Dulzura fue que dijo sí"; "Habló y dormía"; "Él sentía que alguien lo moría", "Por la puerta que no había entró el sin cuerpo caballero olvidado".

—Escenas: Con risa de la rosa – Con rumor de tic tac de relojito bajo la almohada – Con respiro del dormido – De la mirada que se cruza.

—(Para metafísica del novelismo inter- o intra-conciencial.)

La conciencia sin "viviente", no obligada a un "cuerpo".

Pluralidad de todas las que fueron no "existencias" sino vidas", es decir de las conciencias ligadas a instrumentos materiales.

Lo que hay de individual es el recuerdo: cada uno en su paisaje nemónico diferentísimo; mientras permanecen en familia el sentimiento de quien siente con más poder se trasmite a los demás, de manera que no hay más que un sentir; el estado más fuerte da la tónica e invade las otras conciencias, hasta que debilitándose sea otro quien sienta más y unifique el campo conciencial a su alrededor. Lo individual se sostiene en esas múltiples memorias del existir corporal que tuvo cada uno; pluralidad en el existir sólo conciencial en que se encuentran.

La aparición espontánea de estados conscientes en mí, la atribuyo a apariciones en otros. Ahora, no sé por qué se establecen estas intercomunicaciones concienciales partiendo de alguien en quien comenzaron. Porque puedo concebir que yo fuera la única conciencia y en ese caso no se causarían mis estados ni por la materia ni por estados de otros. Por qué se ha dado el mundo plural de las conciencias, no lo sé, ni en qué persona comenzó la serie de estados que debía contagiarse sin comunicación ostensible, directamente, a toda otra conciencia sin cuerpo. Creo realmente que el único sentido que tiene esta vida es que la conciencia opera sobre cuerpos y nunca directamente sin mediación de ellos, tanto sobre las cosas como sobre cuerpos que se constituye como temporal y

espacial un Mundo, y de esta constitución espacio-temporal procede la ilusión que llamamos Memoria y la ilusión de Identidad individual, por esa memoria asida a lo external. La pura conciencia no tiene ni tiempo ni espacio ni memoria.

¿Todo el ser de estos seres es ser de sueños? ¿El sueño coincide con el estado? ¿No queda nada para el ensueño? Pienso que sí: cuando sueñan la cercanía de otra conciencia.

—Una insinuación enternecedora: una loma de leche hirviente (hecho terrenal) que estremeciera a los seres sin tierra.

—Francisco empezó a desesperarse de sus tareas de mucamo. Ya ni siquiera el desdoblamiento del delirio lo salvaba. "No –se decía, cavilador–, yo no soy para valet de casa de barullo y de personas con cuerpo; voy a ofrecerme de valet a un grupo conciencial." Entonces fue en busca del Místico para que lo asistiera en la muerte autovoluntaria. Tras una pausa de acomodación, aquí se lo tiene. "Alguien viene, Francisco, abre", piensa, por ejemplo, ahora. O: "Comprende, Francisco, que no es exactamente como antes". Y parte hacia la puerta. Abre la Nada con llave de nada y un instante de tiempo inmóvil, después, el Olvidador hace tertulia con él.

En ese clima de sueños el Presidente juega. ¿Lo salvará el Arte?

(El Presidente se aleja discutiendo con el Autor sobre su mal gusto de hablar tanto de sus proyectos y tan poco de la Eterna. Y convienen que en cada página aparezca nombrada.)

Y Dulce-Persona, que se ha alejado en la noche por los caminos con la sola compañía de su perro y un bastón de sauce que hoy le ha desbastado Quizagenio, piensa suavemente en la luz de la casita en la noche de luna, como otras veces prefiere contemplar la luz de la casita en los campos oscuros.

Recuerda que a la tarde, caminando por el jardín, el Presidente le había inventado el cuento de la locura del jardinero ante el espectáculo de las flores, presentando el ilimitado reemplazo de una belleza por otra mayor. Todo en la creación es posible, nada hay que no pueda ser soñado, que no pueda acaecer. El ser no conoce un

no. El Presidente se lo había dicho en su fórmula predilecta: la todoposibilidad del acontecer, la libertad de la Realidad.

En que están en este instante los moradores de "La Novela"

Quizagenio y Simple suspenden la tarea de corte del césped del cantero que rodea el aposento de Dulce-Persona, pieza aislada y circular con ventanas a los cuatro rumbos. Y entonces se entretienen en la mutua sabiduría; Quizagenio dice: "Los signos matan a las cosas: el traje de luto al dolor, el ir a misa a la creencia; la teología hace ateos". O: "Dios hizo el mundo y yo os lo doy estudiado". (Nótese la influencia del Presidendisminuyente, y la combate: como el Progreso es sombra cercenadora en el Presente, Dios lo es en el Ser y en la Pasión; no se quite nada al Presente de la Pasión.) O aún profundiza en la meditación de la conducta humana: "Humanos que mil veces cierran los ojos sin pensar en la muerte". Simple contesta con pensamientos como: "Dos son las verdades que no quieren las feas, las dos fidelidades que no se quieren: la del espejo y la del fotógrafo". O: "Puede uno ser abnegado pero no como para tirarse al agua a salvar un pez que está ahogándose".

Deunamor sueña, porque mientras sueña existe; y mientras, su amada le sonríe, pues están ciertos del venturoso encuentro tras el amor embellecido por la muerte. O dice al aire estas palabras enigmáticas: "Los Fondos de la Vida. (Que hay placer en todos los dolores.) El reloj adelantado y la majestad de la Vida: las uñas blancas y la hora exacta aceptada y las uñas pintadas para ilusión de la Vida".

Eterna recoge de entre las hojas las violetas para la jarrita de la mesa de luz del Presidente, esas violetas que dejará sin que nadie la vea, con una tarjetita en la que habrá escrito:

Violetas ...
Violetas ...
Y una Eterna

y a cuyo dorso el Presidente escribirá:

Amor sellado con violetas.
Desaprisionaste de mi mano la tuya

¡Y más aprisionaste
mi corazón!

O le envía entre hojas de helecho una flor en papel, en cada uno de cuyos seis pétalos habrá escrito una letra de su nombre; y él responderá en el tallo de esa flor:

Conoce lo tarde que es
Quien vivió sin verla
Y ve ahora a la Eterna.

(Aunque alguna noche le haya confesado que todo lo que en un largo vivir alguien hubiera perdido, en el hallazgo de Eterna se recobraba.)

El Presidente y Dulce-Persona vuelven del paseo hasta el bañado, cuya gruta formada por seis sauces intriga por su misterio de teros, patos y alguna pequeña culebra, y hasta cuya profundidad algún día penetrarán. Dulce-Persona maneja el coche, el mismo en que el Presidente los acompaña todos los días hasta la estación, y se deja convencer por alguna idea u observación.

—Las dos Hablillas que he descubierto –está diciendo el Presidente– son: la Muerte y la Vejez o Proceso de los Años. La fatalidad del morir y del progresar de la edad como descaecimiento y cambio por sola virtud del tiempo, son dos engaños: la muerte ya he explicado que nada es, y la más intensa vejez, en un mayor número de casos, es la vejez joven, la que ocurre de veinte a veinticinco años,

cuando se descarga sobre el hombre la responsabilidad y exigencias de la vida, saliendo del vivir providenciado por padre y madre, de que se ha gozado. La vejez es simplemente no los años sino toda relación de excesiva carga de la vida con respecto a la reactividad personal psicológica.– Y también le hará ver el Presidente el ridículo de su vida: que desde hace treinta años estudia al mismo tiempo biología, es decir cómo no morir, y metafísica, es decir cómo nadie muere.

Entonces Dulce-Persona le dirá al Presidente, como un murmullo:

—¿Por qué no podríamos seguir así, en este Cochecito, toda la vida, sin pasar el tiempo, sin apreciarnos menos, todos juntos, en "La Novela"?

—¿Por qué no?

Y en este mismo instante el Viajero (Viajero pero no de museos es el nuestro; mira lo que vive, no el Pasado), se acerca a la playa del Plata, frente a los portones de la estancia.

—¿Y tú podrías ser feliz, Viajero, ahora agotada tu busca?

—Quizá, porque es busca inventada, no impuesta.[1]

[1] De aquí en adelante el autor sigue solo. Los últimos lectores se dan de baja al autor. Y, naturalmente, retíranse a *escribir.*

CAPÍTULO XIV

(Todavía.)

¿Y el Presidente? ¿Y la Eterna?

El Presidente, que sólo es impulsivo cuando ha llegado a la extricación de cada tema de su conducta (y cuya vida pasa resolviendo en problema todo hecho de su conciencia), hace tiempo que medita en el sentido de la empresa cumplida.

Y es así como después de la Conquista de Buenos Aires para la belleza, vuelto a "La Novela", despertó un día con la tristeza de haber descubierto que la ciudad es una fealdad irremediable, por lo mismo que renuncia a la más accesible, ilimitada y constante recreación e incitación: la Naturaleza.

Fue necesario que concluyera la Conquista para sentir el vacío creado por esta enigmación de su obra: ¿Debe la ciudad existir? ¿No es pobrísima comprensión, yermo pensamiento creer posible una ciudad con belleza, sostener en Belleza lo que vive en omisión de Naturaleza? ¿Creer que pueda entenderse cosa alguna, ni tener cordialidad con cosa alguna, sin habitar toda hora del día y la noche de la Naturaleza? Nada se sabe sino mientras estamos viéndola, oyéndola. Los libros lo denuncian; hechos, pensados en las ciudades grandes ¿hay alguno que sepa algo entero, total?

La contemplación de la naturaleza, la de la vida animal salvaje en su espontaneidad, y la de las moradas y obras de la humanidad más antigua con su sugestión del tiempo; las moradas del vivir humano, no tanto las pirámides y dólmenes; las pirámides quieren vivir para el futuro mientras las casas quieren vivir para el presente, vivir para morirse, para la actualidad de cada instante; he ahí los tres excitantes y sugestiones mentales sin lo cual nada, absolutamente nada puede entreverse del misterio.

(Al mismo tiempo descubrió el Presidente que el camino más sencillo de supresión de las guerras es la supresión de las ciudades; que no se puede guerrear contra una nación dispersa en granjas que forma una ciudad compacta de quince millones de habitantes en ciento cincuenta millones de hectáreas.)

Se sumó, pues, en el ánimo del Presidente, a la tristeza de toda Acción sin motivo intrínseco, que no interesa en sí al operante (sobrevenida después de la empresa), la tristeza del tema mismo de la acción: la Ciudad frente a la Naturaleza.

Presidente y Eterna.

La Eterna lo ve todo en la tierra pero no el Misterio; el Presidente ve en todo el Misterio.

La Eterna piensa por todos en la tierra, y en la nada de todos en la eternidad. Eterna cree en la muerte. Niega la Eternidad, cree y acepta ese despido de amor que es la muerte. El Presidente cree que la muerte nada es: que no hay otra que el Olvido (sin aniquilación corporal) de los que se amaron.

El Presidente da lucecitas a la Eterna y Eterna da la almohada tibia y blanda de sus hombros que traen el sueño.

La Eterna era toda para el amor; el Presidente todo para el pensamiento.

La Eterna dice: que todo su presente de amor se lo roba la noción de que hubo un pasado en que el Presidente ignoró que ella existía, no la amó ni adivinó, que pudo el Presidente pasar a su lado sin mirarla. Esto la horroriza. ¿Qué contestarías a esto, lector? Bien se puede escribir una novela para responder a esto que la Eterna sufre y piensa. El Presidente hasta ahora no ha sabido cómo disipar ese abismo en las noches de la Eterna que en cada coloquio que tuvieron, cuando todo parecía tan completo, aparece fatalmente, ese sentimiento de la Eterna de no poder contemplar la posesión con todo contento, el amor que ahora había entre ellos, que no hubo antes y pudo no haber nunca. ¿Hay esperanzas de que el Presidente posea algún día la lucidez de convencerla?

La Eterna tiene Dios y el Presidente no; Eterna quiere –y el Presidente no– que haya maternalidad en su amor, que él recline su cabeza en el pecho de ella.

Las dos inexistencias entre el Presidente y la Eterna: una que sólo conoce la Eterna, una que sólo conoce el Presidente. (Entretanto, hay el inexistente porque no conoce aún a la Eterna y está en el camino de conocimiento, y está el No-Existente-Caballero que reflexiona: "El autor busca inexistencias y yo estoy tan acostumbrado en la inexistencia, como la mujer en la existencia, pues el varón nunca llega a acostumbrarse a la existencia".)

Ya os lo dijo Deunamor: siempre será triste el Presidente, o si no dadle otro Pasado.

Y ese Pasado se lo cambió la Eterna, y además le trajo el trocador del Pensamiento en Amor. Pero algo no pudo: cambiar su propio pasado ni el de los demás para con ella. Por eso su imposible, el de ser comprendida.

¿Y qué le dio el Presidente a la Eterna? Pues por eso mismo, porque no ha conquistado su pleno amor, porque no supo elevarse a la gracia y ternura de la Encendida (que no quiere que él la haya *olvidado* cuando no la conocía) ¿qué pudo darle?

Eterna tiene el poder nunca tenido: el de cambiar nuestro pasado, y el mayor imposible para sí: tolerar el pasado sin amor y conocimiento de ella por su amante: nada puede para este imposible sólo existente para ella. (¿Otro imposible: ser comprendida?)

Eterna es mayor que el más alto ensueño, y por perfecta real, pues que lo soñado en totalidad, en todo su detalle y que como idea cubre todo lo deseado, es real, ya que confrontada con *lo real* no hallaríamos estado nuevo. El Presidente encontró todo lo que soñó o soñó más alto; y todo lo que soñó y todo lo que halló fue menos que la simple perfección original de la Eterna. Es la perfección real.

Si queréis un nuevo pasado, la Eterna puede dároslo. El Presidente, en cambio, sólo sería Historiador para cambiarle el Pasado a la Humanidad, no para darle el mismo que le da la historia. Le daría al Hombre un Presente que la Historia le quita. El Presentismo:

vivir sólo en el Presente, sin Historia ni Progresismo futuro, podría ser su consigna. Pues empezar, no empezar – en – otro, no provenir, no parecerse a nadie, es lo que todos somos. La Historia y el Evolucionismo, que son dos énfasis, nada explican, pues no es por porvenir sino por ser que somos misterio.

Maniobras, Amistad, Acción... ¿Qué pierde al Presidente? ¿El Pensamiento?

Drama del Presidente es: el pensamiento como pasión, porque el Amor es ser, lo más del Ser, y el Pensamiento es sediento de la noción (o problema) del Ser. La pasión es lo más del ser y el ser es lo más del pensamiento. Por eso el Pensamiento puede ser Pasión. Pero en su Pensamiento-Pasión el Presidente es desdichado: le falta lo Real de la Eterna pensada, la personificación de lo Real pensado.

¿Vale el Arte para quien se mortifica en esa ausencia? El Presidente trabaja en su novela sin mundo, quizá, para propia liberación; trabaja, pero sin alegría.

Aún queda una esperanza para el Presidente, y acaso para todos:, la trasfusión pro-realidad de la Eterna; una colecta de "vida" para la Eterna. Pues lo más triste es que después de haber sentido todos la antipatía y los riesgos de la propuesta del Presidente a dejar la Amistad por la Acción, se entusiasmaron con ésta, esperando la felicidad de ella; y es el propio Presidente quien ha de contagiarles su desilusión de la acción, que creían haberla hecho tanto y tan bien.

Por eso ahora los congrega a todos para proponerles dar vida a la Eterna, para que alguien se salve, en la novela, de la irrealidad de personaje.

CAPÍTULO XV

Poema sin término, e inmutable, de la cambiante Eterna

A Eterna:

Antes que, puesto al pie tuyo, acierte de ti y de mí la primera palabra del decir que hoy para ti comienzo, inclina tu faz amable y el lúcido espíritu que en ella, con ceño o con serena frente, muestra sus labores y sus reposos, hacia mí, y hacia el pensar grave que el arte mío impuse siempre; y hoy más que antes de hoy, en estos días que por ti se hacen Hoy para mío, lo quiero severo y rico en adivinaciones del misterio que pulsa en tu ser y en la línea graciosa de tus pasos pequeños y eternos, pues ahora el Asunto eres tú, si soy tu artista, y tú eres quien más espera en mí y más en mi persona.

Pues yo hago de tus esperanzas en mí, la esperanza mía. No la traía conmigo cuando llegué y hoy esperanza tengo, y mejor que mía tengo la tuya en mí, y no la quiero por mía, ni la tengo sin ti. Sabes ahora así que si dejas a tu fe cesar, nada seré al punto, nada en mi habrá para morir ni aun la esperanza, pues en tu ser estaba lo que mía pareciera.

Cambiantes en ti.

Agitación, en lo inmortal, es tu fantasía en tu amor. Cual si hubiera muerte, cual si los latidos estuvieran contados, te das ardiente a apresuramientos de vida; todo lo ensaya tu inspirado ser y en todas partes llamas para que nada del amor quede sin tentar y nada duerma en él, sea por el sueño sorprendido; ¡cual si muerte pudiera haber!, cual si debiérase conocer y contar una a una las arenas.

Mi amor ni mi pensamiento tuvieron anuncio de cómo fuiste ayer.

Nueva a mi conocerte, y otro amarte demandándome, con lo que ya conozco y amo de ti, bella otramente te hiciste, ayer quisiste ser: el ser de la Noche te diste.

Todavía no sé esperarte antes que llegues: en tus cambios geniales te me adelantas y aunque te sigo entusiasta, mi amor no te adivina antes todavía. Algún día presentiré lo que has de ser y querer ser cada mañana.

Mas, en tus ardientes ficciones, ¿no ocurrirá en alguna hora el abismo de que pases tan adelante de mis adivinaciones que al verte trasmutada, mudada de belleza pero siempre hermosa igualmente, te ame primera vez con todo nuevo amor, infiel al haberte amado; me hagas infiel a ti con tus mudanzas y enamorado siempre de lo que no varía en ti? ¿No es así una muerte, la única acontecible al amor pleno, amarte con olvido de que ya te amaba?

Sólo aprendiz soy aun del misterio de amor que se enseña en las luces de tus ojos, y en tu movible acento, y puedo vacilar, perdido en el reconocerte por las hechicerías y mutaciones en que te transfigura la avidez de renovaciones de tu beldad eterna.

Todo lo hay en lo eterno, y así puede acaecerme amargura de haber dejado de amarte, siendo siempre la que amo; puedo "otra" amar en ti, si cambias tanto que mi memoria no te alcance y reconozca. Déjame aprender. Y luego adivinar.

Noche es la belleza que te plugo vestir ayer

Como si pensaste haberte tus ojos pedido ser una vez parte en el atavío de la noche: luces estelares en ella –mas no fue así sino voluntades de tu alma, hacendosa de decoraciones y transfiguraciones de sí, de ardientes ficciones con que tu espíritu se da fantasía y la esfuerza para que Belleza guarde tu ser contra el mundo, el cosmos involuntario y cercador– fingiste mimada demanda de los ojos –que, es cierto, los figuras y nombras inquietos– lo que en las exaltaciones en que vives para guardarte infranqueable a las Fuerzas de lo no espiritual fue deseo de tu inquietud vigilante: la Noche, la

Beldad-Tristeza: quisiste ser y apareciste bella hasta doler en mí, de igualarte en el ser imposible, de explicarte en el arte, también.

Tú que afirmas las lámparas de tu espíritu –el día no tiene luz ni posesión la noche si no lo consientes– sin temor de perderlas, quietamente plegaste la mirada y el respiro sin temor de perderlos, para ser la Noche y ante mí perderte en ella inmensa y sin caminos... Y hoy que de la noche has tornado, de la noche poseyente, enigmática, y a la Partida, al Sueño colindante –en su seno la partida, el sueño invisibles tropezándonos– me escuchas con un respiro que ha agitado la cumplida andanza de fiado corazón y urdiente fantasía.

Eras la honda noche, con sus hondos de ébano, alturas de luz en el tocado cupular de la Láctea, hoyuelos de fulgor que dan dispersos distancia, inmensidad al amplio tenderse de la comba celeste.

Tu pensamiento cumplió en tu persona, vestiduras y mociones, la estatuaria de la noche, su andar sutil y grande, su respiro retenido junto a nosotros y su gran voz de ámbitos, y el respirar armonioso en toda la extensión, su paso cerca que despierta el aire en nuestro rostro, su marcha lejos conjunta en todos los horizontes y cimas, en el volcamiento procesional hacia el alba. En ti se hizo "palabra" la "voz" de la noche continua y la misma, su hablar por primera vez conocí y en tu mano supe aun más prodigio: el rozar de la noche.

La noche que elige sus preciosos atavíos, parcos, delicados, invariables, no el día de deslumbramiento oprimente y sin elección; la palidez lunar de tu faz que se azula en los negros ojos y cabellos. La que tiene voz cercana que nos zozobra y ancho rumor igual en los ébanos vastos que jaspean la hondura y la altura. La noche que nos roza, y temblamos, como sus luces distantes.

La noche que es la vida en beldad de tristeza, mas con latidos de un esperar, de voluntarios pensados ornatos parcos y excelsos, así te hiciste, de pálido y negro, desechando cuanto te distrajera de inmortalidad, en las supremas inhesitantes preferencias de tu ser, en las renacientes alegrías de espiritualidad con que te das toda belleza que defienda tu eternidad y el elegido Deseo con que quieres vivirla.

Y eras la Noche, tan severa en aspectos, como lozano estaba tu corazón de la inventada entusiasta ficción.

Día entornado

Ya sé quién será el "pálido" que en tu corazón podrá vencerme. Aquel que andando antes que yo en el camino a veces descubro, a veces no, avanzando con afán junto a los muros y setos. El que anuda rosas a los cercos; y en la blancura de mil chispas con que se alza en luz la alta siesta estrecha una cinta de sombra negrísima a cada pie de tronco, y estira delgado un reguero de sombra negrísima al pie de las breves paredes campesinas, y al de los muros un negro perfilato tablón, en el "a plomo", en la verticación y oscilación del día todo, del lago llameante de la Siesta. Breves manchas de negrura, tordos del deslumbramiento, secretos guardados del Día al pie de los rosales como si de ese secreto crecieran los rosales y la fragancia de las rosas fueran lágrimas de ese secreto.

Algún otro con la palidez del arte y del amor, algún otro "pálido", más amoroso y artista. Ése es, y no tiene más vida que la que tú o yo le damos. Es el que crees, sueñas hallar en mí, el que yo ansiara ser: el Artista, el que cuida aun las sombras a las cosas, para que no las abisme el Día, lo Real en transparencias del ser de ellas, el que ama todo y dice todo.

Invisible, si traspasado de luz en el seno de la Siesta; oscuro, en la Noche, pero claro su rostro con palidez suya y de luna y de estrellas. Como lo piensas tú, como lo pienso yo.

Tú que tienes en ojos y cabellos las tintas negrísimas, odios de luz con que las cosas esquivan el sorbo de la Siesta; las cosas tiernas qué aman sus sombras y humildes amores, que el artista les cuida, y no quieren abismarse en el poder transparentador de aquélla y esperan, reteniendo sus sombras; caminan hacia la Noche, recogidos en la mano sus tules, lo que les dice que existen: sus sombras.

Tú anudas con Noche tus pasos en el presente, y te haces secreta al llamado del Día, del Presidente; tú haces nocturno tu presente y amas deslumbrador tu pasado.

Tú que amas la noche y eres ella a veces en palidez, en estelación, en tus ojos, en el suspirar, en el silencio, en no-presente, en la Recordación. Tú. En esa tu palidez de recordación, de amor, en esa creo, no en aquella con que un día la muerte se fingirá en ti.

Eras la noche, en que vi mi camino.
¡Me llevas, eres noche que guía!
Noche iluminante, te llamo,
porque la luz de la noche te hace lozana,
la del día te hiere y te prohíbe tu mundo.

Eras la noche. Sólo se me mostró en mi camino en la noche que eres.

También sólo yo era
quien podía descubrirte
en sombras de la noche.

Cómo espero retenerte

Seré vencido, pero sólo hay un pensamiento, y es el mío, que pueda darte la respuesta entera del Misterio de tu ser y de todo ser, y algún día por ello me buscarás en los senderos de la eternidad. Te diré la palabra que sólo yo poseo y quedarás a mi lado perennemente. Tengo el pensamiento que explica todo ser y el tuyo por tanto. Y busco ahora en tu retrato el rastro no de tu ser sino de cómo eres, porque eres cual te vemos y conocemos.

Querido ser:

Nada vale como tú, como nosotros; obra de hombre o del mundo, ninguna tiene suspiro, lo que suspira en ti, aquello que se aligera o descansa, o se despide, por un instante, del recordar murmurio con que en ti, por un instante, las memorias durmiéronse. Ni esa corta risa, tan noble, trémula y húmeda de lloro, que es mía, que es la palabra que para mí tienes, la palabra que entre todas las tuyas sólo tiene en mí quien la comprenda; que antes que yo llegara ni después que todo el Porvenir haya llegado, Nunca otro la libará de tu garganta, de tu ser, como tu artista que aquí te habla, que te ha encontrado y te seguirá. Y que no quiere que tú, el Manantial, la perenne Niña, que todavía tiene sus primeras lágrimas en esa tierna risa de un instante que a veces en el coloquio logro de ti y que parece último singulto de un llanto en corolas que se abren con el día que se abre: lágrimas, lágrimas de la Mañana, de la esperanza, del "no más llorar"...

No pudo ser

Tú me darás el signo
dolorosa Eterna.
Piadosos uno de otros hirámonos
con el beso de olvido
que quede quemando en la memoria
mas sin amor nos deje en este suelo.
Sin este amor que no pudo ser.
Sea entonces cuando ese beso de lágrimas
apriete nuestros rostros en la suprema cercanía
que conocieron nuestros cuerpos.
Cuando sintamos el último dolor de pasión
y el mayor.

El signo
forjémonos letal
todo de dolor
pero con muerte.
La muerte que es pedida
para inicio de amor,
no la que es horror de los amantes.
El día tras la noche,
no la noche del día.

Sumisión

Si no puedo a tu lado quedar
tú misma has de darme
talismán que me guarde de amarte.

Piadosa como fuerte conmigo
forja tú misma el beso de olvido,
el beso de fatalidad, de lo imposible,
que somete nuestros destinos.
Y arrancándonos a él
sea nuestra partida,
separándonos de cuando más cerca estuvimos.
De la única caricia que nos dimos,
de lo que más cerca nos tuvo
arranque el primer paso sin retorno
en nuestros sometidos destinos.

Y nos esperaremos atormentados
donde amor sea vencido.

Mientras pude, tu amor dormido
no desenlacé sino cuando despertaste.
Ya sé cómo será.

Lo ha sabido ya impaciente mi amor
en el ardiente estudio de porvenir:
nuestras manos atrayéndonos ilusas dirán: ven a mí
luego...

Oh Eterna, en tu boca ya no se diga más: soy pasajera

Suspensa has quedado, plácido el respiro
que murmura el quieto existir,
plácido un mirar a lo lejos, y un pensar descansando
que al interesarse por momentos quedamente
sin agitación ni demandas a la vida,
influencia la blanca mano del cariño
que sobre la mía posaste, como por una brisa,
y así voy sabiendo los pasos nuevos de tu pensar.

Conociendo en la tibia opresión de tu palma los
andares de tu alma,
bebiendo contigo el aire que respiras,
que recién latió con la voz en que decías:
soy pasajera.
En las lindes de mi mirada, abajo la blancura
de la mano,
en alto el arder igual de la negra pupila, que no
miro en adivinarla complacido.

Lo que dijiste, y el callar sin mirarme de ahora,
tan precioso de una espera
graciosa y segura de la respuesta que sabes
Mi mente quedó buscando enamorada con todas
sus fuerzas
por dártela inmensa, eterna.
Ese callar, Eterna, en boca que fiada en amor
sutilmente sonríe, ese callar gentil como es clara

la luz de tu sonreír que sólo yo descubro,
quisiera guardarlo.
Y en mi eterna memoria he de tenerlo eterno como el
muy rico decir que tuvo nuestro amor.
Ese callar
Ese callar que apretaste voluntaria en los labios
tan cerca de mí contemplación dichosa,
provocándome.

A los enojos de amante que en mí hay contra
lo efímero
y, en todo mi pensar, contra las muertes.
Quita ese callar con que, en el seguro de amor,
juegas
y finges la no esperanza mientras cierta esperas
la respuesta que sabes tengo inocultable
para todas las ficciones del cesar, del partir
que llamamos morir.

Tan cerca venturoso mirando tu garganta
y el vivir de tu pecho con murmurio del respiro
que lo visita.
Se va y vuelve, lo conmueve y se pierde
en la significación inmensa
de las bocas entreabiertas.
El aire que bebemos,
el son del latido
y la oscilación de los pechos unísonos del mar.

Eterna, que amé
aunque no esperé ser tu amado
y hoy ¡cuán modestamente, cual si nada dieras
cual si no alumbrara a tus prodigiosas palabras
la magnificencia de una creación de Vida!
me diste el comienzo más real de la mía,

más prístino, más inaugural que un nacer
en tus palabras "Sí, yo también te amo".

Sí, como quien tiembla,
como quien tiembla feliz de un sueño hermoso
y, dolorido, del despertar que se lo quite
y, empero, es la realidad que lo espera
y el despertar lo que guarda su dicha,
así estoy trémulo
sin recibir la ofrenda, sin creerla,
sin recibirla en la íntima, segura alegría de mi ser,
sin darle mi fe,
el presente del amor tuyo, que con tantos ruegos
llamé antes,
de ese amor que tantas veces los ensueños me dieron
y el despertar me despojó.

Aunque pudiera
que hoy lo real es más venturoso para mí que todo
ensueño,
seas tú quien me lo diga otra vez, me llame, me
despierte;
que aun fáltame denuedo
para correr la cortina de la mañana, del despertar,
y a trueque de lo real alejar este ensueño.

Compañía hácese

"No es que no supiera
sino que tardé"
te dijo, extraña a mí de turbada, mi voz, sumisa
de contento,
en vez primera del conocerte.
Adivinada, ahora mi pie en tu umbral

hizo mi conocerte.
Que eras sabía, pero no lugar e instante
de hallarte.
Ni cómo mirabas, decías y estabas figurada.
Sólo tu alma sabía que era de amor.
Y nada más en ella pudiera haber
y nada más en mi pudiera haber.

Sino que tardé
porque los cercos decían a mi caminar
aquí y más andando
una vez, otra vez:
"Amor nunca fue, no será".
Y en verdad flores en ellos marchitábanse
en la máxima siesta, todo luz.
Dije a cercos y muros en los campos
"Ya lo he dejado todo, amor se me ha de dar".
Ya sé no ser sino amor,
ni deidad, ni saber,
ni el mundo, ni lo humano
tengo ni siquiera
sino ella.
Compañía.

Es la sombra en el día de amor

Aquello que en mi amor a ti más es amor es el pensarte increada, eterna, y verte frágilmente, dócilmente vestida de todo lo que es mortal; y pensar que tendrás también tú un día en que en tu rostro, en tus manos, la muerte estará fingida.

Certeza tengo que de ese sueño te alzarás. Aquel pensamiento –el de tu Corazón enmudeciendo, sin ya más lo que mi amor le escuchaba, sin aquel repetirse en tu siempre y solamente un latido: "amado mío" –es dolor pero no palidez, atormenta mi terrenalidad, no desmaya mi certeza.

Silencio en tu pecho, mano que no estrecha y siempre siguió a la mía que llamara en tu palma, es dolor, es todo lo vivido sumado en un tododolor de un instante. Es, hecho dolor, todo lo que fuimos desde que tu corazón olvidó todas las palabras que a la vida daba, para latir siempre y solamente: "amado mío" ¡hasta este callar pavoroso!

Si tú o yo ha de ser quien escuche último pálpito, si tú o yo ha de ser quien conozca por primera vez el silencio de un corazón, el mío, el tuyo, de nosotros dos quien así conozca mayor dolor parta también, no clame pidiendo un palpitar más siquiera oír, pagado el dolor de la Tierra, pagada la Vida, corra al nuevo encuentro, a un despertar juntos, que lo hallarán tan cerca como está todo despertar, del sueño.

Así digámoslo siempre.

A veces, a tu lado,
se entrecierran tus ojos y me olvidan.

Olvidado y cerca de ti
soy como quien quedó en la noche
a la cabecera de un amor que se ha dormido.
Pero no duermes, partes; amas siempre, pero no
a mí.
Vigilo entonces
la anudación que se labra entre nuestras horas
y ardientemente busco
echar, sin que lo sepas,
nuevo nudo, invisible y el más fuerte.
Mas no puedo trabarlo cuando ya has tornado.

Y siempre quedaré temiendo
ese pasado tuyo que vuelve,
ese presente tuyo que me quitas.

¡Vive Persona!

Para tus ojos con tantas dudas
es la tarea de cuidar un ardiente sentimiento.
Mirar, y girar la mirada
para todo lo que estás temiendo
al pensar en lo que quieres, más amar,
y puede serte herido.
Descubre tú, ¡descubre!
Yo miraré hacia donde mires.
Si tú no encuentras ¿quién encontrará?
Hoy sí yo hallaré donde tú halles.
Tú Todoamor y yo Claridad.

CAPÍTULO XVI

(Hoy hay más pasado que ayer.)

Entonces la Eterna tendió al Presidente un pliegue de su vestido tomado entre sus dedos y le dijo: "tómese de aquí y sígame a su penitencia".

Esto deseaba el Presidente –ser tratado como un niño que la madre corrige– cada vez que ya no podía con su malhumor y depresión durante las conversaciones frecuentes en que Eterna aparecía tan segura aunque tan amante, más que él certera en el mimo y cierta más que él siempre de lo que podía descaminar, degradar o embrillecer su amor. Enfurruñado, dominado, embriagado de verla siempre más bella, cariñosa, enérgica, clarividente que él, resignábase con el sutil inteligentísimo pensamiento que lo hacía feliz: "Básteme que toda belleza haya en ella; ¿qué importa lo que soy yo?"

Así, la siguió.

Y la Eterna...

De pronto, más suave la actitud y la rica voz cortés, Eterna se vuelve a ti, lector, y te dice:

—Te hablo, lector; la Eterna soy; una mujer quizá noble, quizás hermosa y fuerte en el pensar, de sentimiento generoso y de grave destino, quizás altiva y de majestuosas maneras, quizá de suntuosa casa y de generaciones principales; con un pasado límpido y severo, quizá no dichosa, y capaz para una ventura cuya risa exquisita, estremecida, rebosante, resonando como desde hondura retenida, sin estrépito, quizá borrarla del mundo la idea de la Muerte.

"Leíste lo que aquí figuro haciendo y diciendo y pensarás qué levemente pasan las horas con el Presidente. Deja que de estos renglones se alce a ti mi acento, que de este escrito mi figura se alce, y te diga mirándote de cerca:

"Dime, apiadándote, dime, ¿sientes mi hálito?, ¿tengo una voz que tú oyes?

"Cada día tengo más pasado: vivir es crear pasado; pues que éste crece cada día para mí, lo que sólo en quien vive ocurre, vida debo tener y tú mismo estarás en la misma corriente que yo de Tiempo, murmurante, tenue, transcurrente, y adviertes que hoy conoces en cada página más pasado mío que antes.

"Pero no sabré nunca lo que soy; si quizá me ha acontecido que alguna vez fui real y un artista extraño en designios con avidez, tesón atormentado, me tornó en sueño en páginas que su mano cubría de palabras.

"Y si es así tengo lo que también tú: cuanto ha de acaecerme predeterminado por el causalismo novelístico. Y lo que no tienes, un espantoso dolor: el de saber además que cuanto han de sufrir y lograr mis ambiciones está ya dicho, además de prefijado en estas páginas; todo lo que ignoro y ha de acontecerme; más allá de esta página nada sé de mí y de la suerte deparada a mi gran aspiración y más desconcierto aún y rebeldía hay en mí si pienso con qué despreocupación leerás lo que está dicho, sin ver, sin pensar que cuanto lees, y a medida que lees, es el suceso que en ese mismo momento me lacera, quizás, y me arrebata de lo que mayor bien mío era o iba a darse para mí."

Es cierto, Eterna, eres perfecta, en el sentido de la única perfección: en el tener emocionalizada toda tu existencia sensible, es decir, que toda mínima ocurrencia en ella y todo mínimo acto o consecuencia de acto tiene juicio emocionado de sí misma, ternura, reproche o risa de sí.

Por ello el Presidente, al conocerla tal –y no teniendo una sola emoción de sí mismo– se tornó al instante y para siempre niño. Ella, que aplaude toda caricia de los que se aman y las daría y aceptaría todas, le niega hasta hoy toda caricia que él le convida o que él le codicia; sería incansable e indiscerniente en caricias, pero sólo amando y amada sin perplejidad alguna. Su tortura de ser tanta y no poder aceptar caricias ni condescender consejo en darlas, es la des-

ventura mayor y menos aparente, y más sola e irreconocida que cabe a lo humano.

Deunamor comprende el amor de la Eterna. Él, que es Deunamor y fue el primero en sospechar el afecto de Quizagenio por Dulce-Persona, y más de una vez pensó en este amor y el de la Eterna, cree que aunque Quizagenio sea quien más quiere a Dulce-Persona y también sea ella *lo que él más quiere,* no por esto sería Dulce-Persona *la más querida* de las mujeres, si no comprobáramos que Quizagenio es *el hombre de mayor poder de cariño* que hay en el mundo, pues podría haber otra mujer que tuviera *todo el cariño* del hombre de más fuerza de amor que en el presente hubiera; y también podría esa otra mujer ser amada por el hombre más amoroso pero no ser lo único o lo que más ese hombre amara.

En cambio, Eterna no quiso sino ser la *únicamente* amada por el hombre de *más amor,* y no lo tuvo ni encontró, ni tiene un espléndido ya que no máximo amor humano. Ella es lo que la Realidad ama: la Perfección. La realidad ha descansado de su ansia de realizar el ser de la Perfección o identificación de la pluralidad entre iguales o aniquilación de la Pluralidad. Ella lo sabe, que es la amada del Ser, del Mundo, y ello hace la felicidad de su frente; no tiene el amor total del Individuo amante realizado, y he aquí el inmenso dolor de su boca oprimida: es la más desdichada y la más feliz. He aquí que no se la comprende. He aquí que la Realidad es todavía infeliz, se la siente convulsa, extraviada. Aun el mayor amante no llegó a la mayor amante; tuvo el amor y aun el único amor de varios individuos realizados, pero no el todoamor del mayor amante. La Realidad todavía no puede detenerse: el absurdo, la torpeza de la Pluralidad continúa, no se ha deshecho.

—Autor: ¿Para qué diablos escribo? Lo que haces, lector, y lo que hago ¿es mejor que dormir? Un lector puede definirse como un hombre que no puede dormir sin un libro en la mano; pero es una pequeña manía, muy disculpable. En cambio, el autor escribe lo que ha dormido, o han dormido otros.

—Lector: Yo busco y espero.

—Autor: ¿Ser autor?

—Lector: Porque me resisto a creer que "literato" es: quien deja en el mundo todo dicho y nada sabido.

—Autor: Lector que a veces eres recuerdo de presencia frente a mis páginas y no tienes presencia: tu cara se acerca y espejea en mis hojas soñando ser, y no tienes presencia. Lo que me ocupa es el lector: eres mi asunto, tu ser desvanecible por momentos; lo demás es pretexto para tenerte al alcance de mi procedimiento.

—Lector: Gracias.

CAPÍTULO XVII

(Un momento más, o un momento menos, en "La Novela".)

—Dulce-Persona: ¿No lo notas algo caído al Presidente?

—Quizagenio: Con entusiasmo abordó la Conquista de Buenos Aires, ejemplar actividad desplegó, pero advierto ahora enervamiento en sus iniciativas.

—Quizá los recuerdos.

—Cómo pesa el pasado.

—Pero muchos viven de un instante en que fueron felices.

—¿El pasado o el porvenir entristece al Presidente?

—¿Si le preguntáramos? ¡Es tan bueno!

—¿Será celoso de su secreto?

—Creo que no. Si llega con semblante propicio, procuraré conocerle sus preocupaciones.

—Pero, también hablemos de nuestro hoy.

—Quizagenio: Hoy tengo dos nuevos argumentos, dulcísima Dulce-Persona; ¿ves cómo cumplo mi promesa de inventarte un cuento o drama cada día? Pensando en las vidas, casi todas tristes o vacías de gran inspiración, me complace crear destinos henchidos de algún matiz o intriga que haga preferible vivir a no haber vivido.

—Dulce-Persona: A mí también me entristece el descolor de haber vivido. Vivir debe ser más que soplar la luz para dormir. Pero no quiero deprimirme, sino reír en tu compañía.

—Tendré que inventar un nuevo argumento; era tan feliz contigo que deseaba llorar.

—No importa, cuéntame tus dobles cuentos de hoy, aunque no sean felices.

—Si lo deseas. Mi primera invención es meramente un esquema novelístico. Se llama: "El perfecto *tercero* o el *amigo del amor,* o el

tercero de amistad en un amor". Para mí dos de las más delicadas actitudes humanas son: la colectiva de saber ser noblemente *público de la Pasión* y la de *tercero de amistad* hacia el amor de otros, o hacia la pasión del amigo muerto. Mi novela se llamaría "Transparencia de Tercero en amistad de un amor", o "Tercero Transparencial", o "Novela de la Tercero-transparencia de amor". ¿Te parece?

—Por falta de títulos no iba a faltarle éxito.

—Es que cuando te miro las improvisaciones se embarullan.

—Pero siempre tus inventos o burlas o grandes pensamientos me hacen pasar contigo los mejores instantes y yo en cambio no sé siquiera demostrarte cuánto ánimo y compañía me das. Pero me acuerdo de tu novela; es melancólico vivir a la sombra de otras vidas. ¿Y tu otro cuento?

—Es muy trágico y quizá te impresione, se llama "Todo el Miedo". Aunque también es un esbozo, el relato será un poco largo. ¿Qué te parece si lo dejamos para luego?

—Cuéntamelo ahora mismo. Con vivo placer lo escucho: podría durar toda la tarde.

—El personaje dice: "Aunque moribundo, necesito hablar..."

—Autor (a Dulce-Persona y Quizagenio): A mí igualmente ya me pasó lo que está contando Quizagenio. (Al lector): Al ver la actitud entusiasta en Dulce-Persona de escuchar a Quizagenio, se percibe que en su mente lo está declarando el más fino e inventivo contador de experiencias de vida. Dulce-Persona no recuerda que yo existo como narrador. Mientras a joven dispone una bandeja con los ingredientes para un mate que va a obsequiar a Quizagenio para que no deje de contar cualquier detalle de lo ocurrido a su protagonista, te contaré lo mío, lector. La Eterna es deidad cuando escucha: contemplarla en su escuchar hace al Presidente fracasar en todo relato. Yo me paralizaría exactamente igual, pero le llevaría las narrativas escritas y tal vez obligado por esto llegaría a escribir hábiles novelas.

—Quizagenio: ¿No oíste un murmullo? ¿Sería la Vida que querría entrar? Siempre acecha.

—Dulce-Persona: Sigue, sigue, estoy pendiente de tu agonizante.

—El moribundo se remueve y dice: "Háganme ustedes quedar, pues me falta decirles mi gran secreto individual". Se le responde: "Sí sí, que se quede. Quédese, Suplido: todos se lo pedimos". Pues sabrás que en aquellos tiempos y aquella raza psiquiátrica de los anormitas se hacía quedar, en la vida, a las personas como hoy se hace quedar a las visitas queridas o afables a punto de retirarse de la tertulia. Y bien, habló garbosamente el enfermo de muerte: "Vais a saber por qué me hice dar siempre el nombre de Suplido. Yo nací y fui hecho vivir con existencia suplente en reemplazo de Dionisio, aquel hombre hermoso e inteligente que el Mutilador anormita, de nuestra raza, tenía reservado para torturar con mutilaciones magistrales, como modelos quirúrgicos trazados con el Extrabisturí. Sabéis todos que la mutilación-tipo que amamos todos es la Mutilación Pura, es decir sin odio, sin la suciedad, vulgaridad de las apetencias del Odio.

—Prosigue, por favor; el narrador de este cuento no tiene derecho a respirar.

—"Y bien: yo estuve viviendo atento hasta que hallé mi Destripador, incomenzado, que no se había inaugurado todavía, que por eso sería mío exclusivamente, pues yo quería, como todos nosotros ansiamos, conocerle su primer Acto (digno de tal nombre, es decir de destrozamiento) en mí, naturalmente. Y pasé horrores de martirio moral cuando... Pero no, estoy arrepentido de haber pedido prórroga de vida: debo ser yo hasta sus últimas consecuencias, debo morir con mi gran secreto individual..." Suplido suplicó pues que entre todos los anormitas le buscaran una muerte con efecto retroactivo al instante de serle concedida la prórroga para la arrepentida confesión. La agonía tiene sus deberes pero también sus derechos, y los anormitas no quisieron, a pesar de la ansiosa intriga en que los hundía Suplido, forzarlo a que descubriera los horrores de su martirio moral.

—Quizagenio o Suplido: debes aprender la costumbre de no prometer cuento cuyo final legítimo no te conste; de otro modo,

puedes dejar una heridita de curiosidad en la mente de quien lealmente se entrega a tu relato. No me conformo con Suplido llevándose a la tumba quizás el más grande secreto de los anormitas.

—Reconozco cierta defección de Suplido, aunque pienso que si hubiera sabido que te ibas a interesar tanto no hubiera dejado de confiarte el secreto del Extra-bisturí. Y propongo leerte el primer capítulo de "El hombre con una sola nariz" (novela increíble).

Pero Dulce-Persona no quiere olvidarse tan pronto de Suplido, de modo que Quizagenio ha de ingeniarse en abismarla en alguno de los problemas sutiles que él gusta frecuentar: existencia o ser del hombre del cual anda otro igual en el mundo (el hombre bis), o existencia o ser del hombre que es aludido en correspondencia o diálogo entre quien lo conoce y quien oye hablar de él sin conocerlo. Pero como Dulce-Persona sigue pensativa, opta por pretender curar aquella herida mental por una cosquillita mental. Entonces le cuenta que aunque en el trayecto de Buenos Aires a Río de Janeiro el paquete no llevaba náufrago oficial, la orquesta hacía más ruido que una mudanza y hubiera ahogado los clamores de un centenar de náufragos. Y que el capitán logró gran resultado con el siguiente método: cuando faltaba viento favorable hacía servir todos los platos hirvientes y con lo que soplaban en la misma dirección los mil ocupantes del buque para aliviar de calor los manjares, se tenía un viento más que regular, y, al fin, con tanta solicitud, llegó a puerto un día antes de que fuera tarde.

—Bastante poderosos tus inventos y argumentos, amigo; ¿pero son para gentes de la vida o gentes de novela?

—Lector: ¡Basta de argumentos de personajes y más argumento para la novela! Desde hace varios capítulos está inmóvil. ¡Es cómodo hacer una novela en que el lector tenga que pensarlo todo! Aquí no hay nada sobreentendido, todo debe ser contado.

—Autor: Por favor, no me pidas que te oculte desenlaces, que te adule tus gustos por el todovaliente pistolero, por el todosagaz pesquisante, por la modistilla que casa con el millonario, por el chófer de quien se enamora la princesa, por la venganza que se cumple plenamente contra una injusticia; te pido, lector, que no me vulgari-

ces, pues los autores están muy expuestos a ello y hay que sostenerlos hacia el verdadero arte. ¿No leíste mis prólogos?

—Sí, fácil es ahorrar trama cuando se carece de imaginación; ¿cómo concluye tu novela?

—¡Eso es lo que querías!

—Demás lectores: ¡Fuera, lector de desenlaces! Te daremos la "novela rosa". Y si no te basta, uno de nosotros te contará la trama. O llamaremos a los personajes y podremos luego librarlos de tu curiosidad. Aquí viene uno.

—Personaje: Voy a contar en seguida lo que pasa en la novela; me río de los desenlaces ocultos, inadivinables, como algunos que se dicen músicos y todo lo que alcanzan a hacer es un acorde imperfecto y tener al público esperando su resolución. Mi vida...

—Lector: Perdón, procuraré enmendarme. Veré si logro desinteresarme de que la novela termine o no.

—Demás lectores: Todos lo deseamos.

—Autor: Me siento muy flojo, lector. Yo lo he dejado dormir a sus anchas, ahora déjeme usted dormir a mí.

—Demás lectores: No molestemos al autor. Obra de arte en que se espera el fin ni es arte ni hay emoción. Sé nuevo, lector. No adules nuestras pasiones. Que esta novela no termine. No hay más momento de arte que el de plena lectura de presente.

—El Presidente (interpelando al autor): ¿Qué son estos murmullos? ¿Otra página sin la Eterna? ¿Por qué no se nos muestra y actúa la Eterna, autor?

CAPÍTULO XVIII

Montoncito brillante de deliberación hablada en vientecillos de cuchicheo, de los personajes que combinan dar vida a la Eterna.

Cada uno de los personajes intenta hacer algo para dar vida a la Eterna. Uno habla de buscar un rayo de luna en una rosa, otro de hallar un ala de golondrina dibujándose sobre la faz de la gran luna.

Hasta que uno interrumpe:

—¡Cómo vamos a darle vida que no tenemos!

Deunamor quebranta el desconcierto de este momento:

—Lo que necesitáis no es tener vida; lo que falta es saber si la Eterna la quiere. Hasta ahora no hemos pensado en esto. Sólo el Presidente podría decirlo. Que lo diga. ¿La Eterna quiere la vida?

Presidente: No podéis atormentarme más, que con tal pregunta. Querría la vida si alguien que anda por el mundo valiera lo que vale el amor de ella. Pero así no sucede y antes bien su único motivo de contento es saberse personaje.

CAPÍTULO XIX

¿Qué es aquí? El Dolor
Capítulo de las espaldas
Se corta

Han conquistado a Buenos Aires para la belleza y el misterio y todos aspiraron a volver a la estancia, es decir a la amistad. Se ha reanudado y repetido el antiguo vivir en "La Novela". Uno quería reparar el jardín o restaurar las pinturas y otros habían iniciado una blanqueada general de la casa de la estancia, para seguir la vida de antes.

La Acción se ha cumplido y las almas no se han colmado; la Acción sin la Pasión sigue para el Presidente sin sentido. Por eso puso punto a aquélla con conciencia de haberse cumplido en todas sus partes, con el resultado que de ella se esperó, pero al mismo tiempo sintió que su alma nada había logrado. No hay en él ningún contento; sus actitudes y conducta hacen presentir que la vida en "La Novela" no recobrará el tono de antaño. Hay en todos los personajes el escozor de lo que ha de durar poco o ser desistido o truncado.

Hasta el último intento, dar Vida a la Eterna, se ha frustrado, por la vacilación del Presidente.

La alegría está amenazada de fenecimiento. El Presidente no está en ese tono y otra vez se teme uno de sus cambios de decisión. Al fin, parte para la meditación metafísica.

Sólo a Deunamor, el No-Existente-Caballero, parecióle la acción tan buena como el no haberla hecho y se sintió tan feliz finalizada como antes de hacerla y de saber que se iba a hacer.

El autor al lector:

Así vino a suceder: reunidos al llamado del Presidente en una de sus sesiones, les manifestó con muestras de gran tormento que él dejaba "La Novela". Y como se figuraba que nadie querría quedar en ella, los invitaba a cumplir una despedida eterna de todos y a procurar elegir cada uno el camino que más lo distanciara de los demás, de manera de asegurarse al menos que ninguno habría de conocer de los otros la despedida por muerte. Y todas las amarguras de la separación por muerte las presufrieron tan por entero en esta despedida colectiva por separación, que sintieron haberse tributado las lágrimas de la despedida mortal.

Sólo Simple quiso hablar, sólo él insinuó rebelarse, retener para todos la situación de felicidad posible. Nadie le oyó, seguramente, pero dijo, murmuró (todo final de Presidente debía tener este infaltable esbozo de sublevación que autentica las Presidencias):

—¡Por qué elegir el Dolor, por qué! Nos vamos de la Dicha. Irse del Bien.

Pero Deunamor, el hombre a quien la muerte prometía más, aunque con expresión muy grave se abre paso entre todos y aléjase diciendo:

—Por favor, tened compasión de un hombre feliz: dejadme pasar.

La muerte era su Verdad.

Más desdichados no se puede haber sido que lo fueron. Excepto Deunamor, todos los que el Presidente reunió antaño en su estancia "La Novela" han sido desventurados, pues conocieron la felicidad. Quien tiene más dolor ¿no es la Eterna?

No se ven ahora más que las espaldas curvadas de todos los personajes, alejándose.

Noticia última

Dulce-Persona no renunciará nunca –ha dicho– a dos cosas: a la vida proseguida en "La Novela" y a lograr que esa vida se viva con el Presidente. Partirá en su busca. Quizagenio encantado. Todo él se dará a secundarla.

Queda la esperanza con los que quedan en "La Novela".

Felicidad, Felicidad no se renuncia. Cualquier ciudadano renuncia a cualquier presidencia, pero un Presidente de Novela no renuncia.

Al entrar en prensas esta novela se ha cumplido la dispersión de las espaldas, la despedida sin mirarse, la muerte académica.

CAPÍTULO XX

Epílogo

El golpe hacia abajo del viento sobre los ahogos del humo enloquecido de las chimeneas, y la ansiosa escapada veloz a la altura que logra por instantes, es lo de todo destino.

Empero hay lo perfecto de intelección y amor, el alma clara y cálida, movilidad de lo límpido, la limpidez pulsante, línea de aguas del mar, las claras almas, siempre pulsando de algún Sentimiento, de las grandes matronas, y también de Deunamor.

También la perfección de adversidad para un destino de alma plena y clara. Es demasiado el dolor de la Eterna que era para el todoamor y por desesperación se esclavizó a la piedad, frustración de amor. No debió hacerlo.

Pero no se ame, ódiese al Presidente; ningún peor encuentro que la Inteligencia acercándose a la Calidez. Lo que sólo es inteligencia no debe curiosear al Latido. Es vil.

Todo hecho y ningún contento.

FIN

INTENTO DE SEDACIÓN DE UNA HERIDA QUE SE TIENE EN CUENTA

Aquí es el espacio en que los lectores se agitan por resurrección de personas y continuación de sucesos, cuando la novela los ha enamorado. (Porque mi libro fue anudador como las trenzas de la Eterna, anudador de cariño de los lectores que no sabrán dónde, en qué página, los conquisté.)

En el momento final de una novela desgarradora, todo lector apreciativo anhela pedir al autor la resurrección de alguno o varios personajes, la resurrección novelística, es decir la de seguir siendo personajes, no el nacimiento novelístico que es el hacerse persona el personaje; y, como no se puede seguir siendo personaje sin ser continuada en sucesos la narrativa, el autor aquí había de satisfacer al lector prosiguiéndole los pasos y percances a ese personaje.

La preferida continuación de personaje que adivino en el deseo del lector es seguramente la de Dulce-Persona, y la continuación de sucesos que más íntimamente quisiera ver ocurriendo el lector es la continuación de la vida en "La Novela". El dolor de la Eterna tiene tal halo de grandeza que el lector no tiene alientos para seguir siendo lector de la Eterna, y por ningún modo deseara ir adelante sabiendo de ese sublime y transido destino. En cambio, no menos listo que el autor, el lector concibe que si yo le avanzo sucesos a esta novela, en la persona de la Eterna y en el ambiente envidiable de "La Novela", no tardará Quizagenio en husmearlo y reaparecerse en pos de Dulce-Persona. Ni aunque él no me lo urgiera, tampoco yo resistiría a mantener a Dulce-Persona separada de él. El estado de ánimo del lector es éste: apostaría él cuanto posee a que juntos en "La Novela" Dulce-Persona y Quizagenio, no sólo habrá cuentos y diálogos insuperables como los que se le conocen a Quizagenio, sino que ambos serán felices, inmensamente e imperturbablemente, y el lector tendrá al mismo tiempo el pícaro placer de ver

a un autor que se ha empeñado en especialista en infortunios totales, obligado a pintar la felicidad inquebrantable. Pondría en mis manos, ladinamente, una "felicidad irrompible", y se aseguraría risa para mucho tiempo al contemplarme fracasando en romperla, esclavo de mi instinto de pesimista. Si él lo hace, yo lo firmo; pero describir yo una felicidad, sabiendo que ninguna felicidad fue nunca inmortal en el arte y que unas cuantas lágrimas y sollozos y ¡aydemís! desventurados se leen por siglos, no me empeño en tal tarea cuando me queda todavía por inventar lo menos una docena de situaciones de salirse a la vida los personajes.

¿No es una tristeza, lector, que los vivientes venturosos de la estancia "La Novela" erren lejos dispersos, quitados de volver a aquella existencia inocente?

Aun con tan pocos detalles que os di de cómo se vivía allí, cierto estoy que la envidiasteis entrevista; y conocida nadie os arrancara de ella como no fuera la súbita imperatividad de salvar de humillación a la Eterna, o a Dulce-Persona de una brusquedad de tono involuntario del Presidente con ella.

A mí, el autor, me duele más que a nadie interrumpir esa vida; nadie tuvo más aptitudes que yo para una cálida sociedad de afectos.

Ningún autor tuvo la visión de la tortura del lector después de la palabra FIN. Nadie se cuidó en ese momento. Por primera vez lo hago yo, que sé que en obras que enamoran el lector quiso siempre dos páginas más que desacaten la palabra FIN. E, ido el libro, se queden junto al lector.

Por último, reconóceme este mérito (me ahoga pensar en ningún mérito), reconóceme que esta novela por la multitud de sus inconclusiones es la que ha creído más en tu fantasía, en tu capacidad y necesidad de completar y sustituir finales. Exceptuado yo, ningún novelista existió que creyera en mi fantasía. La novela completa, que es la más fácil, la única usada en el pasado, aquélla toda del autor, nos tuvo a todos como infantes de darles de comer en la boca. De esta omisión irritante y de pésimo gusto, tomaos libre resarcimiento en la mía.

LA NOVELA EN ESTADOS

La escuela artística que ha de dominar pronto, al reinar la máxima severidad de arte, cultivará únicamente la novela en estados, un como melodismo sin música del sucederse los estados que trasuntan los capítulos, una como metáfora de lo que se sintió en cada tiempo de la novela.

La prosa será como la música: sucesión de estados sin prolijidades de motivación, como se comprende si se reflexiona que en una sonata de Beethoven escuchamos en un cuarto de hora la totalidad de lo sentido leyendo una novela de cuatrocientas páginas, de muchas horas.

Doy un sumario ejemplo en lo que sigue, intentándola con mi propia novela.

Esta es, en estados, la misma novela que acabáis de leer.

—Eran una pluralidad humana en simpatía (Estancia "La Novela").

—Aparecen sin pasado: ante una felicidad que no se soñó para esperarla sino como imposible, y para sentirla más real, cortaron sus pasados, los hicieron sueños; vínculos, familias, recuerdos, olvidaron.

—Tras el dolor de forzar el olvido, eran felices cuanto se puede ser sin la pasión. El Presidente, que los convocó, los anima.

—Una inmutación de una gozada alegría de convivencia, primer insinuarse de la inseguridad.

—Para escapar a ese primer temblor de felicidad frágil, lánzanse locamente a órdenes del Presidente todos –Presidente, Eterna, Dulce-Persona, Quizagenio, Deunamor, Padre, Simple, Andaluz– a la maniobra de alegración, acto raro de ejercitamiento en el soportar activo.

—Todo lo han concluido; probados los personajes, retornan al vivir ilusionado en la estancia.

—Pero no volvió por entero la alegría. Se inquietan con la inquietud del Presidente que dispone la salida a la Acción.

El plan es sofocar la lid obstinada y larga en que se destroza Buenos Aires entre el Bando Hilarante y el Bando Enterneciente, enceguecida discordia que el Presidente juzga engendrada por haberse consentido en muchos años el reinado de la Fealdad en ella.

El Presidente y los suyos dominarán la contienda y extirparán la fealdad civil.

—Así se hace y se logra, todo por milagro de novela.

—Saciedad triste de una obra triunfante que erróneamente se creyó devolvería la dicha a los habitantes de "La Novela".

Fue real la dicha en la Amistad que les dio el Presidente sin hacerse sentir, delicadamente, pero el desdichado sombras que él era necesitó la Acción; más tarde, descontento otra vez, los invitará a la dispersión, a la muerte simulada.

Él fue desdichado por no ser lo que debió ser, sólo Pensador, e hizo la desdicha de la Eterna que fue lo que debió ser. Y ello obliga a ser escritor y lector de lo triste.

—Las espaldas, curvas del dolor sin Muerte, se desvanecen en la distancia.

AL QUE QUIERA ESCRIBIR ESTA NOVELA

(Prólogo final.)

Lo dejo libro abierto: será acaso el primer "libro abierto" en la historia literaria, es decir que el autor, deseando que fuera mejor o siquiera bueno y convencido de que por su destrozada estructura es una temeraria torpeza con el lector, pero también de que es rico en sugestiones, deja autorizado a todo escritor futuro de impulso y circunstancias que favorezcan un intenso trabajo, para corregirlo y editarlo libremente, con o sin mención de mi obra y nombre. No será poco el trabajo. Suprima, enmiende, cambie, pero, si acaso, que algo quede.

En esta oportunidad insisto en que la verdadera ejecución de mi teoría novelística sólo podría cumplirse escribiendo la novela de varias personas que se juntan para leer otra, de manera que ellas, lectores-personajes, lectores de la otra novela personajes de ésta, se perfilaran incesantemente como personas existentes, no "personajes", por contrachoque con las figuras e imágenes de la novela por ellos mismos leída.

Tal trama de personajes leídos y leyentes con personajes sólo leídos, desarrollada sistemáticamente cumpliría una uniforme constante exigencia de la doctrina. Trama de doble novela.

Dígolo para confesar que mi libro está muy lejos de la fórmula de la belarte de personajes por la palabra. Queda también esto, pues, como "empresa abierta".

Dejo así dados la teoría perfecta de la novela, una imperfecta pieza de ejecución de ella y un perfecto plan de su ejecución.

Nótese que hay una verdadera posibilidad en el adosamiento de la doble trama, por el que obtendría mediante una alquimia conciencial una asunción de vida para el personaje-lector, con vigorización de la nada existencial del personaje-leído, que es mucho

más personaje por ello, que acentúa su franco no ser con un énfasis de inexistencia que lo purifica y enaltece lejos de toda promiscuidad con lo real; y al propio tiempo repercute la asunción de existencia del personaje leyente en el lector real, que por contrafigura con el personaje se desdibuja de existencia él mismo.

Este confusionismo deliberado es probablemente de una fecundidad conciencial liberadora; labor de genuina artisticidad; artificiosidad fecunda para la conciencia en su efecto de fragilizar la noción y certeza de ser, de la que procede la universal intimidación de la igualmente absurda y vacua noción verbal del no-ser. No hay más que un no-ser: el del personaje, el de la fantasía, el de lo imaginado. El imaginador no conocerá nunca el no ser.

ÍNDICE

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA 7
DEDICATORIA A MI PERSONAJE LA ETERNA 9

PRÓLOGOS
Lo que nace y lo que muere 11
Prólogo a la eternidad 13
Perspectiva 14
Prólogo a mi persona de autor 17
Andando 18
El autor también habla 20
A los críticos 23
Carta a los críticos 24
Presentación para la Eterna 26
Hogar de la no existencia 27
Somos un soñar sin límite 29
A los lectores que padecerían si ignorasen lo que la novela cuenta 30
Nuevo prólogo a mi persona de autor 36
Prólogo que cree saber algo 41
Novela de los personajes 44
Prólogo a lo nunca visto 46
Salutación 54
Otro deseo de saludar 56
Cómo ha sido posible, al fin, la novela perfecta 59
Deunamor 61
Un personaje, antes de estrenarse 65
Prólogo, también 66
Prólogo metafísico 68
El hombre que fingía vivir 73
Guía a los Prólogos (prólogo indicador) 76
A las puertas de la novela 78
Entrada en prólogo de Federico 81
Al lector de vidriera 84
Dos personajes desechados 86
Prólogo primero de la novela 90
A los no peritos en Metafísica 92
Descripción de la Eterna 94

El fantasismo esencial del Mundo 95
Prólogo de indecisión 97
Otro prólogo 98
Ésta es la novela que principio 100
Novela de las cosas clausuradas 103
Eterna y Dulce-Persona 104
Prólogo del personaje prestado 105
Al autor (de la novela) ¿no le sucede nada? 106
Prólogo de desesperanza de autor 107
Quizagenio se lamenta de su nombre 108
A los personajes de mi novela 109
Prólogo al que se debe lectura 110
Qué queréis: debo seguir prólogos 111
Lo que me sucede 112
Prólogo que se siente novela 114
Prólogo de la pavita y el roperito 117
Carta genial 118
¿Basta con "ir antes" para ser prólogo? 121
El prólogo modelo 123
¿Prólogo cuádruple? 125
El Presidente y la Muerte 128
Al Lector salteado 130
Imprecación para el lector seguido 131
Prólogo que entre prólogos se empina 132
Nota de posprólogo 133

ESTOS ¿FUERON PRÓLOGOS? Y ESTA ¿SERÁ NOVELA? 135
DESPIERTA COMIENZA EL TIEMPO DE LA NOVELA. MUÉVESE 137
Capítulo I 139
Capítulo II 149
Capítulo III 157
Capítulo IV 172
Capítulo V 174
Capítulo VI 184
Capítulo VII 186
Capítulo VIII 198
Capítulo IX 201
Capítulo X 208

Capítulo XI 212
Capítulo XII 217
Capítulo XIII 220
Capítulo XIV 230
Capítulo XV 234
Capítulo XVI 247
Capítulo XVII 251
Capítulo XVIII 256
Capítulo XIX 257
Capítulo XX 260

INTENTO DE SEDACIÓN DE UNA HERIDA QUE SE TIENE EN CUENTA 261

LA NOVELA EN ESTADOS 263

AL QUE QUIERA ESCRIBIR ESTA NOVELA 265

OBRAS COMPLETAS
MACEDONIO FERNÁNDEZ

I PAPELES ANTIGUOS
Escritos (1892-1920). Datos para una biografía. Bibliografía completa.

II EPISTOLARIO

III TEORÍAS

IV PAPELES DE RECIENVENIDO y CONTINUACIÓN DE LA NADA

V ADRIANA BUENOS AIRES

VI MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA

VII RELATOS, POEMAS y MISCELÁNEAS

VIII NO TODA ES VIGILIA LA DE LOS OJOS ABIERTOS y otros escritos metafísicos.

IX TODO y NADA

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
julio de 2015 en **Mitre & Salvay**, Heredia 2952
Sarandí, Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Macedonio Fernández definió las condiciones para una poética de la novela en la Argentina y estableció en *Museo de la novela de la Eterna* las bases de una historia del género. Propone una relación directa con las grandes poéticas europeas del género y define ahí la especificidad de la tradición. No piensa en el referente ni en la localización sino en los usos (irreverentes) a que somete los procedimientos y las formas del género. Sencillamente inventa una historia nueva, funda el origen: escribe la primera novela buena y anula la tradición anterior. Con este acto que borra todo contexto se integra en la más típica de las tradiciones argentinas. **Ricardo Piglia** / Fragmento de *Conversaciones imposibles con Macedonio Fernández*

Esta novela, ordenada por Adolfo de Obieta, trasciende el marco de las letras latinoamericanas y permite suponer que toda literatura de vanguardia, de alguna manera, tiene un punto de contacto con esta singularísima propuesta macedoniana.

CORREGIDOR.COM

ISBN 978-950-05-3014-9

CORREGIDOR

Cubierta: Ezequiel Cafaro